



EL REY ANTE EL ESPEJO

ANA ROMERO

CRÓNICA DE UNA BATALLA:
Legado, asedio y política en el trono
de la reina Letizia y Felipe VI



Índice

Dedicatoria

Cita

Introducción. La cámara real

Capítulo 1. El trono y la vida

Madrid, NYC

Los cuatro magníficos

Juego de retratos

Capítulo 2. Animal herido

Transfusión de sangre

El comandante Esteban

Los guardianes de Erasmus

Capítulo 3. El reloj de los ciervos

El día del abrigo

Las cuatro fachadas de Hildeyard

#Fakenews: de Sánchez a Rajoy

Capítulo 4. EL PESO DEL PASADO

Deus ex machina: de 1990 a 2017

Un *revival* de sexo y espionaje

Eaton Square

Capítulo 5. *Moonlighting*

Móviles en la cloaca

Un válido del siglo XXI

El Santo Grial

Capítulo 6. Nieve, tiara y caza

Título y honor

Plebeyismo y matriarcado

El verbo conjugado

Capítulo 7. Un rey en seis minutos

El monstruo de ojos verdes

Diez días de agosto

El último *Bribón*

Agradecimientos

Créditos

A Victoria y Ana María, siempre.

*Mediado el curso de nuestra existencia
me vi metido en una selva oscura
desorientado de la recta vía.*

*¡Cuán duro trance es relatar cómo era
esta salvaje selva espesa y ardua,
que al recordarlo me renueva el miedo!*

DANTE ALIGHIERI
Divina comedia, I, 3-6

Introducción

LA CÁMARA REAL

El país, la familia, la Corona. Todo cabe en esta sala del Palacio Real donde estamos hoy, antigua cámara de la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena, la madre viuda y austríaca de Alfonso XIII. Desde aquí rigió España durante dieciséis años esta mujer abnegada y prudente, y aquí ha querido reunir su tataranieto todos los símbolos de un poder que no tiene. Felipe VI, el primer rey verdaderamente constitucional de nuestra historia, el primero que exhibe al público unos instrumentos de mando ocultos hasta 2014 en una cámara acorazada, el primero que vive pegado a una Carta Magna.

Aquí está el tesoro de la actual monarquía española, tres siglos de historia, de Felipe V a Felipe VI, diez reyes y una sola reina, Isabel: el cetro, la corona, el trono, el bastón de mando, el Toisón de Oro y todo lo relacionado con la sucesión en diecisiete días de junio de 2014 (los discursos originales de ambos reyes, la Mesa de las Esfinges sobre la que Juan Carlos I firmó su renuncia, las plumas estilográficas). Vale la pena visitar este lugar, si es posible, sin turistas ni *selfies*. En silencio, a solas, la mejor forma de experimentar la presencia física de un poder fuerte y frágil a la vez, como es el del Estado.

En el centro exacto de la estancia está la urna de cristal con el cetro —un bastón de oro y rubíes con una bola de cristal de roca que perteneció a Carlos II, el rey yermo que abrió la puerta a los Borbones— y la corona —un ejemplar bellissimo, en plata repujada, que usó Carlos III, el monarca

reformista de larga nariz borbónica que quiso prohibir los toros en España—. En esta caja de cristal convertida en espejo imaginé un día la cara reflejada de Felipe VI mirando el campo de batalla que fue el inicio de su reinado. Fue así, a base de visitas a este palacio tan cerca de casa, como tomó cuerpo este libro, el segundo que escribo sobre la monarquía en España. En el primero, *Final de partida* (La Esfera de los Libros, 2015) el protagonista absoluto es Juan Carlos I, el anciano rey atrapado en una tormenta perfecta de la que sólo puede salir mediante la abdicación. Contar esa historia fue una experiencia áspera, un viaje de ida cuyo recuerdo me es ingrato: no es fácil desnudar al monarca que trajo la democracia a España tras cuarenta años de dictadura a sabiendas de que es gracias a él, en gran medida, por lo que mis hijas y yo vivimos hoy en un país avanzado y libre de Occidente.

Juan Carlos I fue «una fuerza de la naturaleza», según definición de una persona que le conoce y le quiere. Para lo bueno y para lo malo. Así vivió y así cayó, víctima de sus propias pasiones, hasta que le tocó emular al emperador Carlos V: con cinco siglos de distancia, provocó una situación inédita en nuestro país como es la convivencia de dos reyes y dos reinas. Para colmo, a golpe de iPhones y redes sociales, muy lejos del sosiego del monasterio de Yuste.

Este segundo libro es un viaje de vuelta con un sabor menos agrio: hay esperanza en el primer esbozo de Felipe VI a pesar de las múltiples dificultades a las que se enfrenta, entre ellas un entorno periodístico viciado del que he tenido la suerte de poderme separar. El personaje central es Felipe VI, pero no está solo. Cohabita con su padre con dificultad, como pasaría en cualquier familia, máxime en la real, y además orbita en torno a media docena de mujeres. La primera y más sobresaliente, la esposa, la reina Letizia, la consorte plebeya, la madre de la heredera, la mujer en la que Felipe VI confía, un enigma que provoca sentimientos encontrados en la sociedad española: el desprecio que por ella sienten algunos españoles se remonta en la historia al que sufrieron otras reinas como María Luisa de Parma o María Cristina de Nápoles. Para lo bueno y para lo malo, como su suegro, Juan Carlos I, brilla con luz propia y una personalidad volcánica en medio de la nórdica discreción de su marido.

Letizia Ortiz Rocasolano, la primera plebeya de una dinastía española compuesta por quince reinas europeas, la periodista divorciada que a los treinta y dos años se casa, contra todo pronóstico, con un príncipe heredero cansado de vivir fracasos amorosos, un joven introvertido que lucha contra los gallos que a veces arruinan sus discursos. Una reina de sangre roja aceptada a regañadientes por los españoles. A Isabel de Farnesio, la madre de Carlos III, la apodaron «la pamesana». A la reina Sofía, «la griega». A María Cristina de Nápoles, la mujer de Fernando VII, directamente «la puta napolitana». La reina Letizia es extranjera de clase y de carácter, una mujer a la que los españoles no logran clasificar: ni reina madre como Sofía de Grecia ni reina de los corazones como Máxima de Holanda. Una reina de la moda a la que criticar según el nuevo deporte nacional.

Le falta empatía y le sobra perfeccionismo, pero exageran las voces llenas de envidia y conspiración que la convierten en una versión española de Wallis Simpson, de cuya mano vendrá la Tercera República, según algunos ecos de sobremesa. Sus defensores, menos activos que sus críticos, mantienen que juega un papel central en la consolidación de la monarquía gracias a un pasado plebeyo que ya no existe.

La madre, la reina Sofía, la más querida y respetada de la familia, convertida en matriarca defensora del castillo. La hija mayor, la princesa Leonor, una niña de doce años desconocida, como lo es también su hermana menor, la infanta Sofía, de once años. La infanta Cristina, la hermana del rey, juzgada y absuelta por un tribunal de justicia pero no por el pueblo, cuya sentencia condenatoria la mantiene aún alejada de la familia. La hermana mayor, la infanta Elena, la figura más castiza y borbónica de esta saga, representante del plebeyismo, esa tradición tan española que se inició como reacción a las costumbres francesas de sus primeros antecesores y que hoy comparte con su padre, Juan Carlos I, en su versión más contemporánea: tacos, toros, buena mesa y chistes.

Gira esta historia en torno a una transición entre reyes obligada por la biología en medio de dos monumentales crisis políticas, una en Madrid y otra en Barcelona, ambas interrelacionadas hasta conformar un problema español único que lleva dos siglos enturbiando la convivencia. Se trata de una epopeya en tiempos modernos, la lucha de dos personas —Felipe de Borbón

y Letizia Ortiz— por preservar la Corona en España y asegurarla para su hija Leonor. Hay aciertos, errores, desgarros, traiciones y drama en una corte obligada a cohabitar en una España convulsa. En algo más de tres años, Felipe VI sólo ha disfrutado de nueve meses de estabilidad política (de noviembre de 2016 a agosto de 2017). El resto transcurre en esa selva dantesca que identificó mi colega Miquel Alberola y cuyo final despunta en este libro, que quiere ser una radiografía de ese tránsito difícil.

Para hacer esa placa he observado a los protagonistas como corresponsal real, «habitual» en nuestro argot, y he entrevistado a cuantas personas he podido. Atrás queda algún viaje en autobús, con más plasma que wifi, sándwiches fríos y escoltas de inmejorable celo. Felipe VI tiene más de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg que de Borbón, y eso hace difícil analizar su «planteamiento profundo para lograr la institucionalización de la Corona al servicio de España», según su entorno de Zarzuela. Se trata de una obra en proceso de final abierto al filo de los cincuenta años, cuando ya tiene acuñada hasta moneda conmemorativa por su cumpleaños el 30 de enero de 2017.

Lo que sabemos es que está protagonizando una especie de Segunda Transición más compleja que la de su padre hace cuarenta años, y que lo hace como él es: con calma, con información, de manera calculada. En la década de los setenta del siglo pasado, monarquía y democracia eran sinónimos en un país en el que seguían existiendo los mismos «cuatro gatos» monárquicos que identificó el general Kindelán para Franco. He entrevistado a más personas que en el libro anterior, he trabajado más y más profundamente, y mi impresión es que siguen siendo cuatro los gatos monárquicos. Los juancarlistas se están tornando en felipistas, pero aún están aprendiendo. Me lo explicó el profesor Juan Francisco Fuentes: una monarquía meritocrática como la española se hace al andar. Felipe VI está en ello.

Son muy pocos los españoles que cada día se levantan soñando con la Tercera República, como bien sabe la izquierda republicana y la derecha madrileña. El ruido está sobre todo en las redes, donde se acumulan indicios como esos que dejan los miércoles en Twitter el hashtag #República en forma de Trending Topic (TT). Felipe VI se ha enfrentado a dos referéndums ilegales en Cataluña así como a una declaración unilateral de república.

¿Llegará el día en que el resto de España se incline por votar sobre la modalidad de la jefatura del Estado? Para el profesor Fuentes, Cataluña es, sin duda, la «prueba de fuego» de esa monarquía meritocrática o juancarlista que representa Felipe VI. El debate república-monarquía que tan astutamente sorteó en 2014 Rafael Spottorno, el ideólogo de la abdicación de Juan Carlos I, puede estar más cerca de lo que pensamos. O no. Nada está escrito, y menos el futuro del trono español.

«Cuando se abra el debate república-monarquía, que se abrirá, la derecha no va a apoyarlo. La derecha no es monárquica. En España no hay monárquicos. La monarquía es un anacronismo que ha habido que tolerar porque garantizaba el famoso salto de la ley a la ley, sin revoluciones», me dice un veterano político conocedor de los corredores del poder en España y que forma parte de esa «derecha madrileña» que identifica el profesor Fuentes en su libro *Con el rey y contra el rey* (La Esfera de los Libros, 2016). Una derecha que desearía acabar con la monarquía pero que no tiene «un plan B» alcanzada la república, muy en la línea de esa «pulsión nihilista» que según Fuentes caracteriza a ese estrambótico grupo. La *alt-right* española, que incluye al veterano Antonio García-Trevijano, ya muy mayor, como principal representante.

Este libro comienza con la abdicación de Juan Carlos I el 2 de junio de 2014 y termina con el discurso de Felipe VI el 3 de octubre de 2017, su particular 3-O, lo que más ha ayudado a fijar su reinado. Un trienio que demuestra lo evidente: el futuro no está escrito en España, como tampoco lo está en el mundo. En 1870, diez de las quince mayores economías del mundo eran monarquías. Ahora sólo quedan tres entre las grandes potencias: España, Japón y el Reino Unido (sin incluir a Canadá y Australia, que pertenecen a la Commonwealth). De las tres, España es la que tiene menos arraigo entre la población, por tiempo y por origen excepcional. Su restauración data de 1975 (la japonesa, del siglo VI antes de Cristo, y la británica inamovible desde el siglo XVII) y vino de la mano de un dictador.

Para que no se cumpla la profecía del rey Farouk de Egipto —«En el mundo sólo quedarán cinco reyes, los cuatro de la baraja y el de Inglaterra»— las monarquías constitucionales occidentales están obligadas a ser democráticas, predecibles, transparentes, serviciales y hasta un punto

aburridas. Al mismo tiempo, han de preservar la magia y la distancia debidas. Una fórmula imperfecta que sólo parece dominar la reina Isabel II, felizmente instalada en el trono desde hace sesenta y cinco años. ¿Qué son los reyes? «Otra cosa», concluyen todos a los que pregunto y que saben algo de esto, como un ministro de alcurnia o un editor que lleva medio siglo pegado a Juan Carlos I.

Esa otra cosa es la hazaña que ha de protagonizar Felipe VI para cuadrar el círculo: combinar los valores republicanos de educación, igualdad, fraternidad, meritocracia, concordia y diversidad con el intrínseco sentido de la desigualdad que representa la monarquía. Según Zarzuela, la «obsesión» de Felipe VI es la educación de los más jóvenes. No en vano es apodado con sorna Preparado: es el primer rey de España licenciado en Derecho y con un máster en relaciones internacionales. Para algunos eso no basta. «A Felipe VI le falta algo de lo que a su padre le sobra», explica una persona de larga experiencia en Zarzuela, haciendo una inevitable comparación entre reyes que en más de una ocasión saldrá a relucir en este libro.

Por eso es aún Felipe VI un rey en busca de sobrenombre. El Tranquilo, el Normal, el Discreto, el Frío, el Alemán, el Último Borbón. Muchas de las personas entrevistadas para este libro se han declarado convencidas de que Felipe VI será «el mejor de los Borbones» después de Carlos III, cuyos retratos pintados por Anton Raphael Mengs se han podido ver este año no sólo en el despacho del rey, sino de nuevo en el Palacio Real, un lugar fascinante lleno de sombras, túneles e historias que Felipe VI ha querido recuperar como centro de la vida real en detrimento del palacio de El Pardo, de oscuras referencias franquistas.

Aquí, en el Palacio Real busqué más de una tarde inspiración frente al monarca cazador al que Mengs retrata de pie, cetro en mano, con un manto de seda, terciopelo y armiño que se adivina pesado. Como el manto figurado de Felipe VI, tan pesado que muchos de los entrevistados afirman que será un buen rey, pero también el último. Pocos hay ahora en España que se imaginen testigos de la proclamación de la princesa Leonor como reina. Será el último, aseguran, porque el único instrumento de trabajo y poder del que dispone es la Constitución de 1978, un texto lleno de lagunas que se ha quedado viejo para las necesidades del pueblo español del siglo XXI.

Una carta magna que le da escasas atribuciones como jefe del Estado, tan pocas que a lo largo del mes de septiembre de 2017 fueron subiendo las voces —desde la derecha sobre todo— que clamaban por una intervención más contundente del rey en el conflicto catalán. Así lo hizo, y le fue bien. El 3-O puso su *auctoritas* en forma de Corona encima de la mesa a pesar de que la Constitución del 78 le da cero capacidad política. Ostenta el mando supremo de las fuerzas armadas como capitán general de los tres ejércitos, pero la carta le condena a reinar pertrechado en ese bagaje moral que faltó precisamente al final del reinado de su padre.

Esa antigua corte que casi destruye a la Corona en España también desfila por este libro. Aquí regresan los reyes eméritos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, casados de derecho pero separados de hecho desde hace más de cuarenta años. Iñaki Urdangarin, el único cuñado de Felipe VI, defraudador convicto. Corinna Larsen, princesa impostada de apellido prestado —Zu Sayn-Wittgenstein— que amasó una fortuna y puso a la monarquía en vilo. Marta Gayá, la primera y última compañera de vida del rey emérito.

Hay figuras más trágicas, como Carlos García Revenga, la sombra de las infantas, que lo dio todo por las hijas del rey Juan Carlos y que fue expulsado del paraíso como ejemplo de limpieza y redención a pesar de haber sido declarado inocente. O como Rafael Spottorno Díaz-Caro, el hombre que salvó la vida y el trono de Juan Carlos I, relegado al ostracismo tras ser condenado por el uso inadecuado de una tarjeta de crédito.

En el universo shakespeariano que son todas las historias reales abundan también los ambiciosos, los faltos de escrúpulos, los que sólo buscan su propio interés y hasta los traidores. Como Javier López-Madrid, que no estuvo a la altura de ser un válido contemporáneo. O como David Rocasolano, el primo escritor, y Jaime del Burgo, el amigo-cuñado-enemigo. Y el gran truhan de los *power brokers* de Madrid, resentido y revuelto contra la Corona, el muñidor de escándalos y filtraciones 24/7: el comisario José Manuel Villarejo, *Pepe* para los amigos.

No puede haber un rey sin consejeros. En torno a Felipe y Letizia hay un sanedrín, masculino, conservador, poco conocido por los españoles. Son cinco, y llevan toda la vida en Zarzuela. Son los hombres del rey (y de la reina). Jaime Alfonsín, abogado del Estado, gallego, discreto. Domingo

Martínez Palomo, guardia civil, sevillano, cerebro gris de la Casa. José Manuel de Zuleta, duque de Abrantes, oficial y caballero, jerezano, la sombra de la reina Letizia. Jordi Gutiérrez, periodista-dandi descendiente del poeta romántico García Gutiérrez, catalán, tan silente como Alfonsín. Alfredo Martínez, diplomático, asturiano, el hombre del protocolo, que parece ideado por la mismísima Nancy Mitford (*Don't tell Alfred*).

«No hay improvisación en los actos del rey y de la Casa», es el mantra de este sanedrín protector. Pero sí hay mucho miedo a meter la pata. Recién llegado a la primera línea de batalla en junio de 2014, Alfonsín se lo confió así a un amigo: «Estábamos muertos». Discreto a morir, fácilmente sonrojable, el Javier Arígora de algún sueño, se empeñó en que la proclamación de Felipe VI fuera de bajo perfil, nunca en domingo para no dar alas a los manifestantes republicanos.

Final de partida fue un retrato al óleo de un mundo que se despedía. *El rey ante el espejo* son siete acuarelas independientes con un hilo conductor: el principio de salida, la apertura de un rey joven y vigoroso dispuesto a mantener el puesto por el que esperó desde niño. «Pero si todavía no ha pasado nada», me dijo Pablo Iglesias cuando le pedí hablar para este libro hace ya casi un año. Tenía razón, entonces, y la sigue teniendo ahora si por ese «nada» entendemos grandes escándalos como los que casi provocan la caída de la monarquía. Pero ha pasado mucho, de todo y por su orden. Si no, que le pregunten al propio Felipe VI, encanecido y envejecido en estos tres años hasta alcanzar una prestancia de la que carecía en 2014. Muchos comparan la crisis de Cataluña a un larguísimo 23-F.

Claro que han pasado cosas. Y tantas. En 2014 y 2015 tuvo que limpiar la Corona hasta el punto de romper con su hermana Cristina, la que más cerca estuvo siempre de él, y retirarle el título de duquesa de Palma. En 2016 se enfrentó al año político más complicado de la democracia español con diez meses de bloqueo sin Gobierno. En 2017 estalló a lo grande la crisis catalana que heredó aderezada además con un trasfondo de terrorismo yihadista. En medio hay conspiraciones como las ha habido siempre, y las habrá, en la villa y corte de Madrid. ¿Quién da más? ¿Cuánto queda para que las estrellas se alineen y el nuevo rey pueda disfrutar de un año —sólo uno— de tranquilidad?

Su biografía, excepcionalmente normal, hacía prever otra cosa. Nació en España y aquí ha vivido el medio siglo que tiene. Llegó al trono a muy buena edad, años antes de lo previsto por la impericia final de su padre. Tuvo tiempo para reflexionar largo y tendido sobre el modelo de monarquía que quiere imponer, sereno y cercano. Pero el momento nunca llega y los peligros no acaban en Cataluña. El sentimiento republicano anida en el corazón de un centenar de los trescientos cincuenta diputados del Parlamento. Las redes sociales —la nueva ágora del siglo XXI— son bombas dispuestas a estallar en minutos, y de hecho lo hacen, por todo y por nada: los mensajes *compi yogui* de la reina Letizia, los gustos cinematográficos de la princesa Leonor o las comidas de Juan Carlos I con amigos como el contador de chistes Arévalo. Un caldo de cultivo *millennial* e inhóspito en el que Felipe VI intenta abrirse camino en un mundo que bascula entre los tuits de Trump y las machadas de Putin. Entre sobresaltos, logra hacer viajes de Estado (Japón, Reino Unido y pronto Cuba), que él considera lo mejor de su reinado.

La realidad es dura y hay que pelearla a diario. Desde 2011, la monarquía arrastra un suspenso (4,34) aunque menor que el que dejó Juan Carlos I (3,72 en 2013). Todas las encuestas antes del conflicto catalán indican que los españoles están satisfechos con la labor de Felipe VI, pero esa mayoría del 60 por ciento no incluye a los más jóvenes, auténtico campo de batalla del nuevo rey. Cualquier gran error bastaría para hacer bascular la opinión de los españoles y de esos «cuatro gatos» monárquicos.

Este libro ha sido casi más difícil de redactar que el anterior porque he mirado más dentro. Hace ocho años que puse una antena en la Casa Real, primero con Juan Carlos I y ahora con Felipe VI. Para investigar y escribir ahora he intentado aplicar la máxima de un amigo querido: «Que puedas volver cada noche a tu casa y mirar a tus hijas a los ojos».

Palacio Real, Madrid, otoño de 2017

Capítulo 1

EL TRONO Y LA VIDA

—*¡Qué bien mientes!*

Lunes 2 de junio de 2014, palacio de La Zarzuela, aproximadamente a las once de la mañana. Felipe de Borbón y Grecia, aún Príncipe de Asturias, cuarenta y seis años, provoca con esta frase la carcajada de su padre, Juan Carlos de Borbón y Borbón, setenta y seis años, todavía rey de España. Juan Carlos I acaba de destacar en su discurso de abdicación «la madurez, la preparación y el sentido de la responsabilidad» de su heredero. Tras recibir la prueba final de la alocución televisada, se funden en un abrazo. El padre algo cargado de espaldas, el hijo casi dos metros de alto.

La broma, fraternal, cariñosa, permanece suspendida bajo el techo de la estancia, un pequeño detalle doméstico en medio de la enormidad de lo que está ocurriendo en España: por primera vez en cinco siglos, un rey abdica la Corona en su hijo. La escena pone fin a dos años de intriga palaciega, con desconfianzas, cambios de opinión y sufrimiento: el proceso shakespeariano de un hombre consciente del éxito que ha sido su reinado pero también de la decadencia personal en la que está embarcado. Juan Carlos I se ha metido, él mismo, en un bucle del que no sabe salir. Quiere salvar a su Corona y al mismo tiempo no hace más que estropearla. Esa batalla interior, que dura ya dos años y de la que ha mantenido al margen a su heredero, ha acabado.

La veintena de personas que pulula por el despacho se empieza a dispersar. Hay que correr hacia Torrespaña para montar el discurso del rey y

darlo por televisión. «Ahora queda lo más difícil», afirma Juan Carlos I, que está de buen humor, aliviado, contento de haber dado el paso que ha meditado en los dos últimos años. Coge su iPhone —es uno de los pocos que lleva móvil en ese despacho— y escribe un mensaje que su destinataria no lee. En Nueva York son las cinco de la mañana y Corinna duerme un sueño de cinco estrellas en la habitación 1107 del hotel The Mark.

La intermediaria germano-danesa, de cuarenta y nueve años, acaba de perder el combate final de una guerra que ya no es la suya. Su pulso con el Estado español comienza el 14 de abril de 2012, tras el accidente de caza en Botsuana que da al traste con su ambición de alcanzar algún tipo de estatus real en la corte española. «Primero vamos a Madrid y después usted se puede ir a la mierda», le responde un miembro de la seguridad de Juan Carlos I cuando ella pide insistentemente trasladarse de forma directa a Ginebra desde el delta del Okavango antes de pasar por la capital de España. El rey, muy dolorido con la cadera rota, debe ingresar lo antes posible en quirófano. Para el escolta, llueve sobre mojado. Hace tiempo que ha podido comprobar, desde la invisibilidad del cargo, cómo Corinna menosprecia al monarca.

La germano-danesa, de mal humor, pasa el resto del viaje en un extremo del *jet* privado hablando con sus familiares, Philip Adkins, primer exmarido, y Alexander, el niño de diez años que tuvo con su segundo marido, Casimir zu Sayn-Wittgenstein. El rey va solo, supervisado por el médico de la Casa. Aterrizan en Madrid y Juan Carlos I va derecho al hospital. Ellos, al hotel Villamagna. De allí, cortesía del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), un primer vuelo a Londres. Corinna no lo perdona. Diez años con el rey Juan Carlos, un hombre veintisiete años mayor que ella al que ha cuidado y acompañado, y ahora esto. Al día siguiente, España despierta al escándalo. El nombre de esta mujer rubia, hermosa, lista, queda marcado públicamente en todo el mundo como la acompañante secreta del rey cazador. Teme sobre todo por sus negocios de intermediación internacional florecidos dentro y fuera de España a la sombra del rey. En 2004, cuando empieza la relación, tiene una nómina de menos de dos mil euros mensuales como vendedora en la armería londinense Boss, donde también organiza cacerías para ricos como la que montó en la finca La Garganta (Ciudad Real) en febrero de ese año,

que es cuando conoce al rey. En la primavera de 2014, cuando rompen, su futuro económico está resuelto con holgura para siempre.

No así su reputación. Por eso paga una iguala de nueve mil euros mensuales y a veces hasta facturas de cuarenta y nueve mil euros a la firma de abogados Schillings, expertos mundiales en el cuidado de la imagen con sede en Londres en una oficina en los alrededores del Museo Británico. Muchos periodistas españoles han recibido sus misivas, que rara vez han servido para algo. La última vez que Corinna recurre a Schillings es para que la defiendan frente a los periodistas españoles que cuestionan el uso que ella hace del apellido, el título y el tratamiento de su exmarido, el príncipe Casimir. Una disputa absurda y embarazosa a cuenta de una nobleza que fue abolida en Alemania ¡en 1919! La gresca empezó cuando en junio de 2017 Casimir anuncia su compromiso con una joven modelo americana, Alana Bunte, y los medios españoles especulan con la posibilidad de que Corinna deje de ser alteza serenísima, princesa de apellido impronunciable, y vuelva a ser Larsen a secas.

Una afrenta para ella, que se ha jactado de mantener a su exmarido cuando éste no tenía ingresos y que ha acordado con él amigablemente el uso de estas dignidades. Hay discusiones. Desde el castillo de la familia en Alemania, el Fürst Alexander, cabeza de la casa, emite el veredicto: desde que se divorció de su hijo en 2005, Corinna es sólo Larsen. Schillings contraataca con una nota: según la ley británica, su cliente tiene derecho a seguir siendo princesa y a apellidarse Zu Sayn-Wittgenstein. Chismes y papel cuché. Tras años de impostura, Corinna se muestra ante los españoles como lo que es: una especie de Emma Bovary del siglo XXI enfrentada al deseo y la realidad. Tres años después de su ruptura con el rey, los nobles europeos hacen piña con Juan Carlos I: Casimir llama directamente al rey Juan Carlos en julio de 2017 para hacerle partícipe de la embarazosa situación y del interés que están mostrando algunos periodistas españoles, como yo misma. El monarca hace tiempo que no le dirige la palabra a Corinna y pide a su entorno que la evite, a ella y a esos ataques de furia que él conoce tan bien.

Uno de esos arrebatos ocurrió en 2012 justo después del accidente de Botsuana. Entonces envió Schillings una primera misiva a Zarzuela exigiendo una declaración pública del rey de España para limpiar el nombre

de Corinna. Según esta carta, Zarzuela tenía que negar con contundencia las «falsas alegaciones» de los medios acerca de su relación con Juan Carlos I, afirmar que el rey no iba a renunciar a su «amistad» con ella y explicar que Corinna estaba ya en Botsuana con su hijo y su primer marido de vacaciones cuando, casualmente, llegó allí Juan Carlos I. Zarzuela se opuso de forma categórica a hacerlo. Entre otras cosas, porque todo lo que se pedía era mentira. Llevaban ocho años de relación y habían viajado juntos a Botsuana desde Mónaco en un avión privado. «Ella quería un *statement* de reina consorte, y en la Casa se negaron a hacerlo. Era grotesco y humillante, no se podía aceptar. El daño a la Corona habría sido infinito», recuerda una persona que conoce los hechos de primera mano.

Pero entonces, el rey estaba enamorado y siempre le daba la razón a ella. Exigió a sus empleados que obedecieran los deseos de Corinna e hicieran ese comunicado oficial. Pero ahí se enfrentó a una pared a la que no estaba acostumbrado. Lo único que consiguió fue incluir un párrafo perdido en un artículo del diario *El País* en el que se decía que el rey no iba a renunciar a su «amistad» con ella. El resto, nada. En primera línea de batalla, estuvieron los dos hombres que más contribuyeron a salvar su vida y el trono para su dinastía: el diplomático Rafael Spottorno, jefe de la Casa del Rey, y el general Félix Sanz Roldán, director del CNI, y que se había hecho amigo personal del monarca durante sus años como jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD, nombrado por el presidente Zapatero).

Otro de los ataques de furia de Corinna ocurrió más de un año después, en el verano de 2013, cuando volvió a exigir un reconocimiento público de su estatus. Esta vez, redactó una nota ella misma que Juan Carlos I había de hacer llegar a Bob Colacello, cronista social de *Vanity Fair* América, como si fueran declaraciones del propio rey de España. «Corinna es una amiga leal y que me apoya sin fisuras. Ella, su familia y sus dos hijos, Nastassia y Alexander, me han dado mucho apoyo moral», decía la nota, que incluía la exigencia de describirla como «una mujer muy trabajadora que ha aportado muchos contactos» a la vida del rey. Corinna informó a Colacello de que las *declaraciones* del rey les serían entregadas por un intermediario durante un almuerzo con él en Madrid. Pero el muro infranqueable de Spottorno y el general volvió a funcionar. Colacello no puede publicar esas declaraciones

para gran disgusto de Corinna, que se vengó describiendo al monarca como «un anciano caballero que lucha por su salud» cuando el reportaje de *Vanity Fair* se publicó finalmente en otoño.

Las ofensas se van apilando y la relación se deteriora. Corinna está convencida de que ella tiene un lugar en Zarzuela como miembro de la familia real, y se compara ante el rey con la infanta Cristina, a la que considera mejor tratada que ella a pesar del caso Nóos. «Nunca entendió cuál era su sitio», dice de ella una persona que la conoce desde hace años. En Abu Dabi la oyen hablar mal del monarca, de quien empieza a cuestionar su salud mental y del que dice que está «secuestrado» en Madrid por ese entorno de Zarzuela. Es el principio del fin, aunque el rey septuagenario sigue enamorado e ignora las evidencias que se empiezan a amontonar sobre su mesa acerca del lenguaje despectivo que Corinna utiliza para referirse a él. En agosto de 2013, el rey pasa unos días en Sussex, en casa de Adkins, el exmarido de Corinna, y allí discute con ella la posibilidad de casarse y de iniciar una vida juntos, pero a ella el plan no le convence.

El 13 de septiembre de 2013, el destino se adelanta en el Cuarto Azul, la estancia más privada del monarca junto a su dormitorio. Ocurre por la mañana, cuando el rey intenta levantarse con la ayuda de una muleta y de Miguel Fernández Tapia-Ruano, el fiel médico militar que ha pasado media vida en la Casa y que ha reemplazado al histórico Avelino Barros, ascendido a coronel tras pedir su salida de Zarzuela en plena presión post-Botsuana. «Estoy muy mal», murmura el rey, la cara hinchada, el cuerpo vencido, incapaz de ponerse de pie. Una infección ha invadido la prótesis de la cadera izquierda que le implantó el año anterior el doctor Ángel Villamor. Unos «bichitos» que pueden pasarse a todas las partes del cuerpo donde el monarca tiene titanio, como la otra cadera o la rodilla. El resultado sería una septicemia y la muerte. Palabras mayores.

Spottorno, que quiere sinceramente al monarca a pesar de lo que le ha hecho sufrir, entiende en ese momento dramático que su deber es salvar a ese rey que ahora ve desnudo y vulnerable. Insiste en que hay que buscar una segunda opinión médica y termina encontrando al mejor especialista en la clínica Mayo (Rochester, Minnesota). Es el doctor Miguel Cabanela, gallego, «un hombre decente, de una pieza», según los que le conocen. No irá a tomar

copas con el monarca ni lo visitará por la noche en Zarzuela para acompañarlo en su soledad, pero le dirá la verdad y le salvará la vida. Una semana más tarde, el viernes 20 de septiembre de 2013, Spottorno libra la segunda parte de la batalla por la vida y la dinastía de Juan Carlos I. Esta vez, de nuevo contra Corinna, que quiere que el rey se opere en Estados Unidos.

Ese viernes 20 tiene lugar la primera rueda de prensa de Zarzuela en toda su historia. Un hecho extraordinario en un día único. La rueda, anunciada para las seis de la tarde, tuvo que adelantarse a las cuatro debido a la tormenta de rumores que se desató cuando España supo de su existencia. Hasta que se celebra, son horas trepidantes en Zarzuela. En primera convocatoria, el objetivo es informar a la nación de que Juan Carlos I se va a operar en Estados Unidos, pero el mero hecho del anuncio hace que Twitter se incendie. Para horror de Zarzuela, tan pronto se afirma que Juan Carlos I vuela en secreto hacia Houston, donde tiene que ser operado «a vida o muerte» como que va a abdicar. También, que Zarzuela va a anunciar el divorcio de los Príncipes de Asturias. He tardado años en aproximarme a lo que ocurrió ese día en palacio, algo que no pude hacer en mi anterior libro.

Zarzuela, esa mañana, se transformó en un gran pozo de adrenalina en el que los acontecimientos ocurrieron a la velocidad del rayo. La operación estaba prevista de urgencia para el 25 de septiembre en Rochester, porque Corinna había convencido a Juan Carlos I de que en Madrid su vida corría peligro. Además, ella podría acompañarlo durante su convalecencia, algo que sería muy difícil de hacer en España. De nada sirvieron las sabias palabras de sus consejeros: «El rey de España no es como el rey de Arabia Saudí o el rey de Marruecos, que puede ausentarse seis semanas del país para recuperarse en una clínica en el extranjero». El monarca estaba decidido. Iría a Rochester.

Sin saberlo, Alfredo Pérez Rubalcaba, entonces líder de la oposición, toma una iniciativa que acaba trastocando los planes de Corinna. Ha dormido mal esa noche, preocupado por la decisión del rey de ir a Estados Unidos. Cuando se levanta, agitado, llama por teléfono a Spottorno: «El rey no puede ir a Rochester». A continuación, llama al presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, y lo saca de la reunión del Consejo de Ministros. Rajoy está de acuerdo con Rubalcaba y ambos llaman por separado al rey para intentar convencerlo. A pesar de la presión política, Juan Carlos I se resiste. Spottorno

interviene de nuevo con la complicidad de Cabanela, que sube al dormitorio del rey y acaba convenciéndolo con el siguiente argumento: «La operación tiene un 96 por ciento de posibilidades de éxito en Estados Unidos y un 93 por ciento en Madrid». Hay *fumata* blanca, pero falta un detalle: ¿en qué hospital? En la Casa se decantan por La Paz, pero Juan Carlos I se niega en redondo. En La Paz agonizó Franco hasta morir, y él no va a ir al mismo sitio.

El acuerdo que satisface a todos es la clínica Quirón en Pozuelo de Alarcón. Aliviados, Spottorno y sus ayudantes terminan de hilar los pormenores de la histórica rueda de prensa adelantada ya a las cuatro de la tarde para frenar los rumores. Mientras tanto, al rey le toca bailar con la más fea: tiene que llamar a Corinna y confesarle que ha tirado la toalla, que se operará en Madrid. Ella lo interpreta como otra posición más perdida en su lucha por alcanzar el estatus que cree merecer en Zarzuela.

Madrid, NYC

Por eso, cuando el 2 de junio de 2014 despierta en Nueva York y lee el mensaje en su móvil, Corinna siente una mezcla de disgusto y desprecio: «Acaba de cometer el mayor error de su vida. Ha firmado su sentencia de muerte. Pasará el resto de sus días en una jaula de oro». Tampoco le ha hecho caso en esto, en lo más importante. Pero ella ya no va a mover un dedo. El monte de El Pardo queda muy lejos del Upper East Side de Manhattan, lo que va de un país del sur de Europa, periférico, provinciano, latino, frente a uno de los barrios más exclusivos, sofisticados y ultrarricos del mundo. Así lo ve ella, que no conoce los detalles de la pequeña gran historia que ha tenido lugar en Madrid mientras dormía y que ha cambiado el curso de la historia de España.

A las siete cuarenta y cinco de la mañana, Leopoldo González-Echenique y Castellanos de Ubaó, abogado del Estado, cuarenta y cinco años, casi dos al frente de Radio Televisión Española (RTVE), nombrado por el PP pero no afiliado al partido, ha dormido mal, inquieto. Sabe que va a ser testigo directo de un hecho histórico que le provoca «sentimientos

encontrados» como miembro de una familia monárquica de larga tradición. Su padre era amigo personal de don Juan de Borbón y él mismo siente un «respeto reverencial» por los titulares de la Corona española.

La noche anterior, tarde, González-Echenique avisa a su conductor, poco antes de acostarse, del cambio de hora en su traslado habitual desde su casa en el centro de Madrid a Torrespaña, la sede del ente, para que éste no tenga tiempo de hacerse «preguntas raras». Desde el viernes 30 de mayo por la tarde, cuando recibió la llamada de Zarzuela, vive «abrumado por la responsabilidad» de participar en un secreto de Estado que requiere de toda su «discreción y reserva». Esa mañana, su aspecto es imaculado, como siempre: alto, pelo moreno oscuro repeinado, manos grandes y cuidadas, traje de chaqueta impecable. Pero la procesión va por dentro. Se desvía de su ruta diaria para recoger a un viejo amigo, Jaime Pérez Renovales, entonces número dos de la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría como subsecretario en Moncloa, compañero de promoción en la llamada «Gloriosa», una hornada excepcional de altos funcionarios, entre ellos Iván Rosa, el marido de Sáenz de Santamaría. Hoy en día, Pérez Renovales ha regresado al Banco Santander, pero su cara sigue resultando familiar a muchos españoles: él fue el maestro de ceremonias que ofició el acto de abdicación de Juan Carlos I en el Palacio Real el 18 de junio de 2014.

Esa mañana, los dos abogados del Estado salen juntos de la ciudad y enfilan la carretera de La Coruña en dirección al CNI, cuya sede fue construida en los años ochenta del siglo pasado en la solitaria Cuesta de las Perdices, transformada hoy en un Valdemarín lleno de viviendas de lujo, incluidas las que están edificando pegadas a la valla del servicio secreto. Allí se encuentran ambos con el equipo institucional de RTVE, que ha llegado antes en un pequeño autobús desde Torrespaña, donde fueron convocados el viernes anterior. Son ocho personas que dependen de informativos y que están liderados por María José Dupré. Están acostumbrados a no preguntar, y nadie se sorprende por la cita del lunes a las siete de la mañana en el Pirulí. Empiezan a sospechar que esto es distinto en la sede del CNI cuando les retiran el móvil, aunque el general Sanz Roldán, simpático y dicharachero, les tranquiliza informándoles de que es para evitar ser grabados sin que ellos se den cuenta. Siguen sin decirles el motivo del desplazamiento. La idea de

custodiar los teléfonos es de Sáenz de Santamaría, que lo propuso durante un *brainstorming* en su despacho en La Moncloa pocas semanas antes del Día D.

Pasadas las nueve de la mañana, el grupo al completo llega al palacio de La Zarzuela, que está muy cerca del CNI. A esa hora, Juan Carlos I acaba de firmar el decreto de abdicación ante el presidente del Gobierno, que lo refrenda. Al marcharse Mariano Rajoy, entran en el despacho los técnicos de RTVE con todos sus aparatos. El Príncipe de Asturias está aterrizando en ese momento en Torrejón, viene de El Salvador y está a punto de subirse en un helicóptero que lo llevará a palacio. Dentro del despacho está el jefe de prensa de Zarzuela, Javier Ayuso, simpático y de buen humor. Al entregarle el *pendrive* con el discurso del rey a Dupré para que lo introduzca en el *teleprompter* hace una broma: «¡Es el de Navidad, pero este año se graba un poco antes!». Ayuso, exdirector de comunicación del BBVA y hoy en día de nuevo periodista de *El País*, fue un gran soporte de Spottorno en esos dos años que vivieron peligrosamente en Zarzuela. Después, como periodista, volvió a jugar un papel relevante en la defensa de la monarquía.

Los técnicos institucionales no saben muy bien lo que está pasando en el despacho. Algo grande, imaginan, pero siguen en la inopia a pesar de que la maquilladora ha empezado a sospechar seriamente: cuando empieza a maquillar al rey, éste le dice que es la última vez que van a coincidir para grabar un mensaje televisivo. De repente, la palabra abdicación aparece en el *teleprompter* y los corazones se aceleran. El resto es historia conocida. El rey se emociona y se equivoca dos veces. La emisión se retrasa hasta la una, cuando ya lo sabe toda España: el monarca que les ha acompañado durante treinta y ocho años y medio ha decidido irse. González-Echenique, acelerado, sale corriendo con el *pendrive* en la mano. Enfila la M30 a toda velocidad junto a dos técnicos y llega a Torrespaña con el tiempo justo para supervisar uno de los vídeos más vistos de la historia de RTVE. A la una todo ha acabado. Necesita caminar, y lo hace, solo y durante una hora, desde el Pirulí hasta la calle María de Molina. Ahora puede llamar a su mujer y contarle todo lo que ha estado ocultándole el fin de semana entero, uno de los más largos de su vida.

Los cuatro magníficos

En 2017, tres años después de la abdicación, terminé de colocar las piezas del puzle. Creo que mi versión de los hechos es la que más se aproxima a lo que realmente ocurrió, aunque la verdad completa y última sólo habita en el corazón de Juan Carlos I. Para construirla la he contrastado con fuentes de toda solvencia. Cuatro hombres gestionaron la abdicación de Juan Carlos I, además y sobre todo del propio monarca, que toma la decisión en el otoño de 2012: el general Sanz Roldán, el primero en conocer la decisión; Spottorno, el principal gestor y protagonista como jefe de la Casa del Rey, y sus antecesores, Alberto Aza y Fernando Almansa. Se les llegó a apodarar los cuatro magníficos. Juramentados en el silencio, juntos celebran con una cena en una casa privada el éxito de la Operación Abdicación el 18 de junio de 2014 a las doce y un minuto de la noche, cuando Juan Carlos I se convierte en rey emérito. La imagen que atestigua ese momento la veremos algún día publicada en los libros de historia.

En la fotografía, de izquierda a derecha, observamos a los cuatro hombres que rodean al rey. Todos pertenecen a la generación de Juan Carlos I y tienen la cabeza escasa de pelo y coronada de gris. No parecen tristes ni alegres, quizá satisfechos por el deber cumplido: el granadino José Fernando de Almansa Moreno-Barreda, décimo vizconde del Castillo de Almansa; el madrileño Rafael Spottorno Díaz-Caro; el conquense Félix Sanz Roldán y el asturiano nacido en Tetuán Alberto Aza Arias. Spottorno y el general, los que más hacen, son también los que más cerca están del rey en la imagen. La foto nos lleva al principio de esta historia, una tarde de otoño de 2012, cuando en su despacho, Juan Carlos I comunica a Sanz Roldán su decisión de abdicar. No lo hace por el cargo que ostenta el general, director del CNI, sino porque en los últimos años han ido desarrollando una relación de confianza que se ha convertido en amistad entre dos militares de similar edad. Esa confianza se hace extensible al hijo, el Príncipe de Asturias, que también llama y consulta al jefe de los espías por asuntos que nada tienen que ver con el cargo.

El general, de setenta y dos años, lleva medio siglo sirviendo en el ejército de tierra contando desde aquel primer destino al salir de la academia, con veintiún años, en el Sáhara, donde disfrutó con lo nunca visto en su

pueblo de Uclés (Cuenca): el mar azul e infinito. En 2009 se convirtió en el octavo jefe del CNI desde el comienzo de la democracia después de ganarse la confianza del presidente Zapatero, que, al igual que el rey y que el Príncipe de Asturias, le pedía consejo y opinión a menudo no por su condición de JEMAD, sino como ser humano lleno de sentido común. Bajito, simpático, con un cociente intelectual cercano a la genialidad, es hijo de un guardia civil raso. Juan Carlos I lo considera su amigo. Aprendió a leer en la escuela de su pueblo gracias a un maestro llamado Raúl del Pozo, el columnista de *El Mundo*, al que sigue viendo en Madrid. Felipe VI, con ese sentido del humor británico o alemán, contenido, tan distinto al de su padre, se refiere a ellos dos como «los de Cuenca, que tienen mucho peligro».

Con Spottorno comparte Sanz Roldán agudeza, inteligencia y el convencimiento de que el destino los puso a servir y a defender el Estado español representado en la figura del rey. Son los dos protectores —consejeros o consejeros-protectores— a los que correspondió gestionar el final del juancarlismo. Agobiado por la responsabilidad de ser el único que conoce lo que el rey tiene en la cabeza, el general pide al monarca que lo comparta con alguien más, con el jefe de la Casa, que será también el responsable de poner en marcha el proceso. Eso ocurre el lunes 19 de noviembre de 2012 en el despacho del rey en La Zarzuela, donde Juan Carlos I cita a Spottorno con el general sentado ya frente a él. Ajeno aún a este papel que le ha asignado la historia, Spottorno cruza el túnel que conecta su despacho en Magnolias con el del rey en Cristales y toma asiento frente a Juan Carlos I, que por primera vez y ante dos testigos verbaliza su propósito de abdicar, tal vez, el 5 de enero de 2014, día de su setenta y seis cumpleaños.

La intuición le dice a Juan Carlos I que le van a ayudar pero también que ese final que tanto le cuesta ha empezado a escribirse. Ninguno de los dos va a reírle las gracias y en ocasiones será difícil argumentar con ellos. Ambos lo quieren, y lo seguirán queriendo de por vida, a pesar de que al general le ha llamado «hijo de p...» y a Spottorno le ha dicho: «Estoy hasta los c... de ti». Entonces no saben que ese 19 de noviembre es el principio de un proceso largo y doloroso en el que Juan Carlos I irá aplazando la fecha y dudando hasta que llega el momento de no retorno, el *breaking point*: el 6 de enero de

2014, celebración de la Pascua Militar, cuando se queda en blanco en medio del discurso que está leyendo en el Palacio Real después de volver de madrugada de Londres, donde ha celebrado su setenta y seis cumpleaños con Corinna.

«Su propio pundonor de militar le hace avergonzarse de su comportamiento y comprender que ya no puede seguir», explica una persona de su entorno. Duerme apenas unas horas, bebe durante la cena y comete excesos que su edad ya no le perdona. A partir de ese embarazoso momento, nunca más volverá a dudar de la decisión que comunica el 19 de noviembre de 2012 a esos dos hombres, y que diez días más tarde se hace extensiva a Aza y Almansa en una primera reunión a cuatro dirigida por Spottorno en la que se establecen los puntos a estudiar: el acto político, las consideraciones jurídicas y las consecuencias materiales del mismo. Arranca así, a la hora de la merienda, la operación de Estado cuya necesidad había intuido el presidente Zapatero, pero por la que no movió un dedo hasta el final de su mandato.

El segundo presidente socialista de la democracia (2004-2011) no vio, o no quiso ver, la decadencia de la Corona de la misma manera que ignoró la crisis económica hasta que fue una realidad tan grave que le acabó costando el puesto. Sólo *in extremis*, el 21 de diciembre de 2011, el día mismo que Mariano Rajoy fue investido en las Cortes, se decidió Zapatero a hablar sobre el problema de la monarquía. Tenía premura entonces por compartir con su sucesor lo que consideraba un grave problema de Estado: la familia real se había vuelto disfuncional, un reino de taifas dirigido por un monarca perdido en la niebla de un romance que le mantenía alejado de las cuestiones del país. La reina Sofía por un lado, los Príncipes de Asturias por otro y las infantas Elena y Cristina también. Las reuniones conjuntas de los seis miembros adultos de la Casa Real, una vez al mes, en esa época eran difíciles por no decir imposibles.

El día de la investidura de Rajoy, ese 21 de diciembre de 2011, y para transmitir su mensaje ominoso al Gobierno, Zapatero pidió una cita con Jorge Moragas, que aún no se sabía próximo jefe de gabinete del nuevo presidente a pesar de que había ejercido el cargo desde 2008. Moragas se desplazó a Moncloa en moto, su medio de transporte favorito, y se perdió la investidura

de Rajoy en el Congreso. El diplomático catalán de pelo ensortijado y el presidente leonés de cejas arqueadas pasaron horas juntos, entre otras cosas porque Zapatero sabía ya que Moragas iba a ser el principal guardián de Rajoy en Moncloa, el hombre que ocuparía los zapatos de José Enrique Serrano o Julio Feo. Por eso le habló muy claro: la Corona se había convertido en un problema para el presidente del Gobierno.

El rey, le dice, escucha más a su acompañante extranjera que a sus asesores. Con la reina Sofía no cruza palabra. Los negocios del yerno, Iñaki Urdangarin, comentados en voz baja por los políticos, han estallado en forma de caso de corrupción tras pasar de ser comentarios *sottovoce* como los que hacen Francisco Camps o Esteban González-Pons a hechos conocidos públicamente. El Príncipe de Asturias no puede controlar a su padre, que está en caída libre, según Zapatero. Moragas escucha. El PP, concentrado en ganar unas elecciones que se le habían escapado en dos ocasiones, no ha reparado en la evolución de la jefatura del Estado y tampoco lo hará al principio de la legislatura marcada por la crisis económica a la que Rajoy dedica toda su energía.

Hasta el viernes 13 de abril de 2012, cuando Spottorno irrumpe en Moncloa después del Consejo de Ministros, Rajoy no es consciente de la magnitud de la crisis que hay en Zarzuela. Juan Carlos I está volando hacia Madrid con una cadera rota y Rajoy no sabía que estaba en Botsuana, aunque sí le había llegado que estaba fuera de España. Todo lo demás lo ignora: el delta del Okavango, la peligrosa extranjera, el hijo pequeño, el primer marido y Mohammed Kayali, el empresario hispano-sirio que actúa como mano derecha en España del príncipe Salman de Arabia Saudí. Kayali es un fenicio «aguililla», según la descripción de un ingeniero español que en 1980 participó en la construcción en seis meses de la mezquita de Marbella, supervisada por el propio Kayali con el dinero de los Al Saud. Kayali compensó bien a los trabajadores españoles por darse tanta prisa: cheques de cien mil pesetas de las de entonces, viajes a Disneyland (Estados Unidos) con la familia, relojes.

Todo esto lo ignora Rajoy, que tiene delante a Spottorno desgranando los pormenores de la excursión cinegética, los protagonistas, las circunstancias. Su pesar de tanto tiempo. El deterioro. Rajoy se lleva las

manos a la cabeza pero hace poco por cortar el desastre. Algo después, preocupado, envía a José Manuel García-Margallo a Zarzuela a investigar cuál es la situación del rey, ya que piensa —equivocadamente— que su ministro de Asuntos Exteriores tiene una estrecha relación con Juan Carlos I. Margallo también le ha contado a Rajoy, como a tantos, la historia de su primera boda apadrinada por los padres de Juan Carlos I y se ofrece a mediar con ese supuesto *leverage* que tiene con el monarca. Almuerza con Juan Carlos I y con Corinna y no consigue nada, excepto ganarse el apodo de Papagallo y la antipatía del rey, que le manda de vuelta a Rajoy con el siguiente mensaje: antes la abdicación que renunciar a Corinna.

Así, cuando los cuatro magníficos se reúnen por primera vez medio año después, ese miércoles 28 de noviembre de 2012, no hay nadie del Gobierno que sepa lo que están tramando. Desde ese momento, Spottorno se pone a trabajar en el documento general de la abdicación. Sólo, de noche, en el corazón del Madrid por el que transitaron Antonio Pérez, el duque de Lerma, el conde-duque de Olivares y Manuel Godoy. A la vuelta de las vacaciones en enero de 2013, apenas mes y medio después de la reunión en casa de Aza, los cinco ya disponen de un primer borrador secreto sobre las consideraciones a tener en cuenta para llevar a cabo la abdicación del rey. Son diez páginas en las que está todo lo que ocurre un año después, aunque con una ley orgánica de un solo artículo y apenas una línea destinada a evitar cualquier atisbo de discusión en el Congreso que atasque la abdicación. Esa obsesión por evitar la discusión parlamentaria es la que lleva a algunos republicanos moderados como el diputado canario Pedro Quevedo a decirme años después que la abdicación de Juan Carlos I fue una «trampa» y que por eso él votó en contra de la ley orgánica cuando llegó el caso en julio de 2014.

Ya en ese borrador está adelantada toda la arquitectura institucional que permite, en diecisiete días, asegurar el futuro de la Corona de España. Como hizo Torcuato Fernández-Miranda cuarenta años antes, un camino trazado de la ley a la ley. Spottorno lo hace de la monarquía a la monarquía en un terreno en el que no hay nada, ni normas ni tradición. El documento, a pesar de su importancia, tiene un nombre bastante plano: «Consideraciones a tener en cuenta para una posible abdicación». En junio de 2013, Spottorno presenta un segundo borrador aún más pulido, algo así como el que entregó Torcuato

Fernández-Miranda al rey en 1976 con la terna de nombres para elegir a un presidente del Gobierno que sustituyera a Arias. Se trata de que el monarca lo lea, lo medite, y añada o quite según las dudas que se le planteen. Algún día su contenido se estudiará en las universidades españolas. Es un borrador — casi al milímetro— de lo que acaba ocurriendo un año más tarde. Juan Carlos I no varió ni una sola coma de él.

Desde el primer minuto, Spottorno pone el foco en la dificultad política «de magnitud» que se avecina en España. Faltan dos años para que la fragmentación política sea un hecho en nuestro país y el bipartidismo dicta aún los destinos de los españoles, pero el *timing* es fundamental: mantiene Spottorno, lúcido, que la abdicación ha de ser «no anterior a mayo de 2014 ni posterior a junio». El camino, advierte, está lleno de obstáculos ese año 2014: 25 de mayo (elecciones europeas y autonómicas), 11 de septiembre (la Diada), 9 de noviembre (primer referéndum en Cataluña) y, después, las primarias del PSOE.

En 2015, continúa Spottorno, la situación será aún peor: elecciones municipales en mayo y generales en noviembre que conducirán en 2016 a una fragmentación política y a una incertidumbre enormes. Spottorno acertó al cien por cien. ¿Se imaginan que Juan Carlos I no hubiera abdicado y hubiera tenido que hacer frente a la crisis de Cataluña en 2017? A Spottorno no se le pasa incluir, fuera del calendario político, fechas importantes como el Mundial de Fútbol en Brasil. Pide comprobar qué partidos se jugarán el 13, el 18 y el 23 de junio. De esta manera, el Día D se perfila claramente como el lunes 9 de junio de 2014.

Hay puntos destacados en el documento. Uno, lo poco —o nada— que la Constitución de 1978 ofrece como hoja de ruta para «resolver» una decisión «personalísima» del monarca. Apenas una mención a una ley orgánica en el artículo 57.2: «Las abdicaciones y renunciaciones y cualquier duda de hecho o de derecho que ocurra en el orden de sucesión a la Corona se resolverán por una ley orgánica». Otro, la absoluta necesidad de evitar un debate en el Congreso de los Diputados sobre las características de la jefatura del Estado. No puede abrirse el melón república-monarquía al calor de la abdicación de Juan Carlos I.

También, y Spottorno medita mucho sobre esto, el estatus del rey padre. Dos reyes vivos, uno en ejercicio, otro jubilado. ¿Cómo será la convivencia? Todo el proceso, concluye, ha de estar presidido por «el reconocimiento, la gratitud y la generosidad» del hijo hacia el padre y del pueblo a su monarca. Se determinarán, punto por punto, todos los aspectos de la futura vida de Juan Carlos I: su título, su salario, su lugar de vivienda y de trabajo, sus obligaciones.

Así, en el segundo borrador de junio de 2013 y en el revisado de marzo de 2014, Juan Carlos I pide expresamente que se le habilite una vivienda fuera de La Zarzuela, su hogar desde marzo de 1963. Él la quiere en el palacio de El Pardo, la antigua residencia de Francisco Franco, a escasos diez minutos en coche de La Zarzuela. Su deseo es instalarse fuera del recinto donde viven la reina Sofía y los Príncipes de Asturias cuando aún cree que, tras la abdicación, podrá pasar el resto de su vida con Corinna, a caballo entre España y el resto del mundo. Al final, nada ocurrió como estaba previsto. Tras la ruptura de la relación, Juan Carlos I se queda a vivir en La Zarzuela y se habilita un despacho de trabajo en el Palacio Real con un comedor para recibir invitados. Apenas se utilizan. Se habló mucho de estas estancias en los primeros meses tras la abdicación y alguna que otra persona (pocas) pasó invitada por allí. Poco a poco fue dejando de usarlo. Le incomodaba el desplazamiento y tener que vestirse de manera formal. Prefiere utilizar uno más pequeño en La Zarzuela, donde sigue viviendo, con su dormitorio de siempre y su Cuarto Azul. Recibe con jersey, cómodo, sin las apreturas de una corbata y una chaqueta. En casa, pero viajando constantemente.

El documento en cuestión sobrevive a intrigas palaciegas, operaciones quirúrgicas, enfrentamientos familiares y cambios de opinión en esos diecinueve meses transcurridos entre la reunión a tres en el despacho de Zarzuela y la abdicación. Suceden muchas cosas y al rey le cuesta mantener la decisión. Plantea muchos interrogantes. ¿Estará preparada la princesa Letizia para asumir el papel de reina consorte? La relación con su nuera es difícil. La última palabra, sin vuelta atrás, se produce el 21 de febrero de 2014, cuando de nuevo llama a Spottorno a su despacho y se declara dispuesto a «meter la directa» aunque sigue empeñado en hacerlo después del verano. En una reunión posterior, Spottorno le convence de que es demasiado

tarde, y así llega, por fin, la reunión definitiva del 1 de marzo de 2014 entre los cuatro magníficos y el rey.

En ese encuentro es cuando deciden embarcar en la operación al histórico Landelino Lavilla, exministro de UCD y expresidente del Congreso, miembro del Consejo de Estado como Aza. Conoce las tripas de la justicia española y es la persona más adecuada —por cercanía, confianza y formación— para investigar a fondo los recovecos legales de una decisión inédita que puede dejar a Juan Carlos I a la intemperie de posibles querellas. Como ministro de Justicia de Adolfo Suárez actuó como notario mayor el 11 de mayo de 1977 en la *abdicación* de don Juan de Borbón, Juan III de derecho pero no de hecho. Un acto modesto y familiar teñido de melancolía por el que el heredero de la Corona de España reconocía por fin a su hijo Juan Carlos la legitimación dinástica apenas un mes antes de las primeras elecciones democráticas.

Incluso después de este encuentro definitivo, hay personas que empiezan a dudar de la voluntad real de Juan Carlos I de abdicar. ¿Estará intentando alargarlo *sine die*? Marzo y abril de 2014 son meses de mucha consulta, de mucho hablar con personas que nada tienen que ver con la Casa oficial. El rey duda. Consulta con esa segunda casa regida por la voluntad de una mujer de origen germano-danés e intereses contrapuestos a los de Juan Carlos I.

Habla con amigos extranjeros, a veces miembros de autocracias árabes ajenos a los usos y costumbres de las cortes democráticas, así como a sus normas de ejemplaridad. Millonarios extranjeros de autoridad ilimitada. Corinna le recomienda que no abdique, le insiste en que puede tratarse de una trampa urdida por la familia y por sus consejeros para quitarle el poder y le recomienda que tome todas las precauciones legales posibles en caso de hacerlo. La muerte de Suárez, el 23 de marzo, es el golpe definitivo: se lo oculta a Corinna, pero la fecha del lunes 9 de junio de 2014 ya está escrita en su cabeza y en su corazón. Ese día dejará de ser rey.

«Hasta que no lo vea firmar, no me lo creo», llega a afirmar una persona muy cercana al monarca cuando apenas quedan ya unas semanas para el Día D. Juan Carlos I se duele, siente que le están arrancando la piel, teme estar cometiendo un acto de cobardía. Ahora que está débil, ahora que España parece que no lo quiere como antes, ahora más que nunca debería de

permanecer. Esta impresión se la transmite a un amigo de la península arábiga: «Es mi vida, mi vida entera la que se va». En Madrid alguien me lo explica así: «¿Tú te imaginas lo difícil, lo infinitamente difícil que tiene que ser? Dejar de ser rey, tú mismo, sin que nadie te obligue».

El fin de año de 2013 lo ha pasado en Omán con Corinna, pero las cosas no van bien. Allí ha vuelto a tener serios problemas de salud, la cadera recién operada se ha resentido y ha tenido que ser atendido por un médico palestino muy bueno que frecuenta la corte del sultán Qabus al Said. Es la época en la que todavía intenta buscar residencia para vivir con Corinna. En Madrid, en El Pardo. En Londres, en Eaton Square. ¿Fuera de España? El sultán les ofrece Omán. El rey de Marruecos también se muestra dispuesto a regalarle una amplia extensión en Marrakech donde construir un palacio para los dos. A Corinna le encanta la idea de Marruecos. Desde Madrid, el muro en forma de general Sanz Roldán se interpone entre ellos y el palacio en Marrakech: el rey de España, incluso abdicado, no puede pasar largas temporadas en países no occidentales con una mujer que no es su esposa.

Marzo es el mes en el que Juan Carlos I comunica a su entorno la decisión cocinada con los cuatro magníficos. A su hijo, el heredero, se lo dice el miércoles 26 de marzo de 2014 durante un almuerzo en el que están los dos solos. El futuro Felipe VI reacciona con «frialdad y tranquilidad, como es él», según fuentes solventes. El lunes 31 le llega el turno al presidente del Gobierno, Mariano Rajoy Brey, sesenta y dos años, el gallego zen que ha llegado a la presidencia tras perder dos elecciones generales seguidas y que se pone de inmediato a su disposición. Motivos no tiene para oponerse, sino todo lo contrario: la abdicación le proporciona material para un relato histórico sobre el que asentar su presidencia. Adolfo Suárez fue el presidente de la democracia. Leopoldo Calvo-Sotelo, el del golpe de Estado. González, el de la entrada en Europa y la modernización del país. Aznar, el del euro y el crecimiento económico. Zapatero, el del matrimonio homosexual y el hundimiento económico. ¿Y Rajoy? Además del no rescate en 2012, tendrá en su elenco la sucesión dinástica pacífica, el tránsito político más importante desde la Transición. A esto se añadirá después la gestión de la crisis catalana.

La principal preocupación del presidente Rajoy es que no haya filtraciones y que se prepare con minuciosidad. Pregunta quién más lo sabe.

El rey le da nombres y se *olvida* de mencionar a Felipe González. En el capítulo de las filtraciones, los hacedores temen a la Princesa de Asturias, antigua presentadora de televisión que podría irse de la lengua con sus amigas periodistas. Los temores son infundados: los Príncipes de Asturias mantienen una actitud impecable durante el proceso. No comentan nada con nadie y no interfieren, según fuentes solventes.

El rey Juan Carlos está de acuerdo en que a determinados periodistas no hay que avisarlos con antelación, pero sí incluirlos en una *charm offensive*, una ofensiva de encantamiento. Hay que invitarlos a Zarzuela, darles de comer, pasarles la mano por el lomo y hacerles sentir queridos y poderosos. Hombres todos, dueños, directores de medios y analistas por igual, todos se sentirán enormemente importantes y cuando llegue el momento no dudarán en elogiar la decisión tomada. La clave es el secreto. A nadie se le ha de decir nada. Absolutamente a nadie.

Cuando los juramentados se van por las ramas, y ocurre a menudo, es Almansa el que los devuelve al foco. El diplomático granadino es un hombre inteligente que sabe distinguir muy bien el grano de la paja. Hay un punto espinoso que merecerá horas de debate: el asunto de las leyes, abdicación y aforamiento. ¿Ambos puntos deben ir en la misma ley orgánica? Spottorno mantiene que la ley orgánica de la abdicación ha de ser lo más simple posible. Aboga por un artículo único que «resuelva» la abdicación en exclusiva. Apenas una frase que no provoque susceptibilidades y se apruebe de corrido. Otras voces discrepan. Los más prudentes apoyan a Spottorno e insisten en que lo primero es lo primero: conseguir que el Parlamento apruebe la abdicación sin poner problemas y después, en una segunda ley orgánica, ir a por el aforamiento de Juan Carlos I.

Ganan los prudentes, los que no quieren arriesgar la proclamación de Felipe VI por el blindaje de Juan Carlos I. Rubalcaba avisa de que los *poderes especiales* que tiene sobre el PSOE son limitados: decidió dejar de liderar el partido en marzo, pero aceptó quedarse hasta el verano para prestar un último servicio al Estado. Tenía razón. Los diputados socialistas votaron masivamente a favor de la ley de abdicación, pero Rubalcaba sólo consiguió que se abstuvieran en la de aforamiento. El alma republicana del PSOE,

domesticada durante cuarenta años por las bondades del bipartidismo monárquico, enseñó los dientes.

Sí están todos de acuerdo en la «solemnidad» que han de tener los actos de abdicación y de proclamación. Pero no hay tiempo para esperar un día festivo. Hay que hacerlo rápido, sin dar ocasión a los que se oponen a organizarse y a protestar. Tan rápido que nadie se dé cuenta de lo que está pasando: es la confirmación democrática de la segunda restauración franquista. Desde el 9 de mayo, hay una molestia diplomática añadida: está pendiente la visita de Estado del presidente de México, Enrique Peña Nieto, y su mujer, la exdiva de culebrones Angélica Rivera. A lápiz, se le busca acomodo inmediatamente después de la abdicación, con un rey saliente y otro entrante.

Todo perfecto, y todo a punto de irse al traste. La última semana de mayo, Aznar, que lo sabe desde 2013, casi estropea la operación porque se lo comenta a su mano derecha, Javier Zarzalejos, con quien Spottorno mantiene una tensa conversación, aunque éste niega la mayor. Hay más personas que empiezan a sospechar seriamente. Entre ellas, yo misma, que intento comprobarlo con el general cuatro días antes de que ocurra. Me da largas y luego me lo justifica así: «Con la cantidad de gente importante a la que tuve que decir que no durante muchos meses, ¿cómo se lo iba a confirmar a una periodista cuando estaba a punto de suceder?». Para evitar filtraciones, la fecha se adelanta al lunes 2 de junio.

Spottorno tenía razón. Inmediatamente después del mensaje de abdicación hay manifestaciones por la república en Madrid y en Barcelona principalmente, pero también en otras ciudades como Cádiz. Podemos ha tenido un enorme éxito el 25-M en las europeas y se siente fuerte: emite un comunicado pidiendo un referéndum para decidir el modelo de Estado, un pacto que trate a los españoles «como ciudadanos y no como súbditos». Una bróker española en Londres, Helena Fernández de Bobadilla, citada por *The New York Times*, formula una petición *online* en la que se pregunta si los españoles quieren «otro rey» o «ningún rey». Eso, en un momento en el que menos del 50 por ciento de los españoles apoya la monarquía, según la última encuesta de Sigma Dos realizada para *El Mundo*.

Una situación límite para la institución de no ser por la maquinaria del Estado afinada por Spottorno durante meses de reflexión. La operación la culmina en sus últimos días la vicepresidenta Sáenz de Santamaría, una mujer despierta, desconfiada, y buena conocedora de las interioridades del Estado y sus leyes. Todo se produce tan rápidamente que los republicanos no alcanzan a organizarse. La familia real apenas tiene tiempo para respirar. Una sucesión vertiginosa de acontecimientos:

Martes, 3 de junio de 2014. Un Consejo de Ministros extraordinario aprueba el proyecto de ley orgánica que va a las Cortes, donde la Mesa del Congreso lo admite a trámite y dispone su aprobación urgente.

Miércoles, 4 de junio. El futuro Felipe VI aparece públicamente por primera vez desde la abdicación y entrega el Príncipe de Viana en el monasterio de Leyre (Navarra), «uno de los solares originarios de nuestra patria española». No sabe que será el último galardón que entregue: en diciembre de 2015, el Gobierno cuatripartito de izquierda y nacionalista (EH Bildu, Geroa Bai, Aranzadi e Izquierda-Ezkerra) decide que los reyes ya no estarán ligados a esos premios. Lo comunican por email a Zarzuela. Es la España que vaticinó Spottorno. En Madrid, el rey Juan Carlos recibe el aplauso de los empresarios en un acto en el palacio de El Pardo. Alguno de los presentes ha utilizado a Corinna como intermediaria con el Gobierno de Abu Dabi en el asunto de las renovables. Más tarde, preside la corrida de toros de la Beneficencia. La plaza lo ovaciona.

Jueves, 5 de junio. Se filtra la fecha de la proclamación, a pesar de que la ley orgánica aún no se ha aprobado en las Cortes.

Viernes, 6 de junio. Sáinz de Santamaría, entonces portavoz del Gobierno, confirma que el aforamiento del rey Juan Carlos tendrá lugar a través de una ley orgánica. Lo que no cuenta públicamente la vicepresidenta es que fue a ella a la que se le ocurrió meter la ley de aforamiento en una ley en curso, de tapadillo, para sacarla adelante sin problemas.

Miércoles, 11 de junio. El Congreso debate la primera ley orgánica, la de la abdicación, y la aprueba por 299 votos con 23 abstenciones y 19 en contra, entre ellos el socialista Odón Elorza.

Martes, 17 de junio. Los reyes Juan Carlos y Sofía dan un almuerzo de despedida a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Esa misma tarde, el

Senado aprueba por 233 votos a favor, 5 en contra y 20 abstenciones la LO 3/2014.

Miércoles, 18 de junio. El *BOE* publica la ley orgánica. El rey firma la abdicación sobre la mesa de las esfinges usada para para rubricar la entrada de España en Europa en 1986. Hay algo lúgubre en el ambiente. Juan Carlos I, ya emérito, casi se cae sobre la silla cuando la nueva Princesa de Asturias, Leonor, se acerca para besarlo. Peor es lo que sucede cuando su madre, convertida ya en reina Letizia, le va a dar un beso y él aparta la mejilla.

Esa noche, el rey se reúne con los cuatro magníficos en casa de uno de ellos para cenar. A medianoche se levantan para tomar la mencionada foto.

Jueves, 19 de junio. Juan Carlos I se niega a ir al Congreso a presenciar la proclamación de su hijo. «No hubo forma de convencerlo», señalan fuentes conocedoras de la decisión. Ve por televisión el discurso de su hijo, que anuncia «una monarquía renovada para un tiempo nuevo». Se fija en que ni Artur Mas ni Iñigo Urkullu aplauden sus palabras, y también toma nota del calor con el que es acogida la reina Sofía. Se alegra aún más de no haber ido y de haber pedido a sus asesores que se «inventen» algo para que él participe en los actos del día. Así ha sido. A primera hora en Zarzuela entrega el fajín de capitán general de los ejércitos españoles a su hijo. Tras la proclamación, sale al balcón del Palacio Real con los nuevos reyes para dar imagen de unidad familiar e institucional. Los dos actos le cuestan, pero los acepta. Lo que peor lleva es lo que él llama «el besuqueo» de la reina Sofía, que sólo le ha dado un beso en la mejilla.

Viernes, 11 de julio. Tres semanas más tarde se produce un punto muy importante del guión de Spottorno, el último, la ley de aforamiento. La burocracia del Estado le da un nombre larguísimo por la trampa que idea Soraya para aprobarla: Ley Orgánica 4/2014, de 11 de julio, complementaria de la ley de racionalización del sector público y otras medidas de reforma administrativa por la que se modifica la Ley Orgánica 6/1985, de 1 de julio, del Poder Judicial. La ley pone a Juan Carlos I al abrigo del Tribunal Supremo. Sale adelante sólo con los votos del PP. Lo hace a hurtadillas en el procedimiento de dos enmiendas a esa oscura ley de racionalización del sector público. Protege también a las reinas Sofía y Letizia, así como a la Princesa de Asturias. Llega a lo justo para evitar las demandas de paternidad

que han vuelto a presentar la belga Ingrid Sartiau y el camarero catalán Albert Solá, que ya lo habían hecho en 2012 en juzgados ordinarios. Entonces fueron rechazados por la inviolabilidad del rey de España y ahora, gracias a esta nueva ley, van al Tribunal Supremo, que las archiva.

Así, entrado el verano de 2014, acaba la operación diseñada por estos cuatro hombres. En el camino, el año anterior, se ha sumado Felipe González, que ayuda a los juramentados a que Juan Carlos I no decaiga en su empeño. En marzo de 2014 han entrado los Príncipes de Asturias y la reina Sofía, así como Rajoy, Rubalcaba y Sáenz de Santamaría. Después vienen los técnicos, los llamados hombres del *pendrive*, porque trabajan con dispositivos USB para evitar que lo que escriben quede fijado en los ordenadores: Jaime Alfonsín, el secretario del príncipe; Javier Ayuso, el jefe de prensa; Domingo Martínez Palomo, director del gabinete de planificación, y Pérez Renovales, el subsecretario que semanas más tarde, el Día D, comparte coche con su amigo González-Echenique.

Luego hubo otros, dentro y fuera de España, a los que consultó y con los que se desahogó pero que no sabían que la abdicación era un hecho decidido. «¿Tan mal lo he hecho? ¿Realmente no me quieren? ¿Tú qué crees? ¿Me están engañando?». Estas preguntas se las hizo el rey a más de uno, como por ejemplo al embajador Jorge Dezcallar, el primer civil que dirigió el CNI en 2001. O a esa otra persona de la península arábiga que me hizo llegar la preocupación del rey apenas unos días antes de la abdicación. Juan Carlos I, desde niño, recela incluso de las personas que lo quieren, hasta de los cuatro magníficos, sobre todo cuando se interpone Corinna. Uno sobre todo entre esos cuatro, Spottorno, se ocupa de pavimentar el camino con tesón y lealtad. «Todo estaba hundido cuando el rey lo llamó en el verano de 2011», explica una persona que conoce bien las vicisitudes de Spottorno desde su regreso a Zarzuela cuando Corinna reina en la Casa, estalla el caso Nóos, la crisis económica atenaza a España y la salud del monarca se desmorona: «Él *conocía* la Casa, la gente que la compone, la familia, los secretos. Corinna lo había estropeado todo».

Juego de retratos

El Salón de Ministros es uno de mis sitios preferidos en el Congreso de los Diputados. Para llegar hasta él hay que cruzar una saleta entelada en satén rojo que huele a rancio. Hay una gran mesa ovalada con sillas de cuero verde donde se reúne la Mesa de la Cámara, el órgano de Gobierno del Parlamento y, muy excepcionalmente, el Consejo de Ministros. La puerta está cerrada con llave y al otro lado, el misterio: posapapeles en el mismo cuero verde que los sillones, tapices del siglo XVII y un óleo gigante de Juan Carlos I (2,23 x 1,34) pintado por Ricardo Macarrón en 1976 que sigue ahí tres años después de la abdicación. Felipe VI está a sus pies, pequeño, en una fotografía tamaño folio enmarcada en plata con una corona en el friso. Cuando los miembros de la Mesa se fotografían, el pelo enhiesto de Marcelo Expósito (Unidos Podemos) lo tapa por completo.

Después de la abdicación, una «comunicación velada de Casa Real» frena en seco el deseo de iniciar un cambio de cuadros para hacer una transición tranquila, según fuentes conocedoras de los tiempos empleados al principio de la sucesión. Tanto es así, que en 2017 sólo el Tribunal Supremo y el Constitucional lucen retratos de Felipe VI. Pero detrás de este juego en sordina de lienzos está el hecho fundamental de que Felipe VI empieza a tomar decisiones desde el primer momento a pesar de la imagen popular que emerge de palacio y que encuentra su camino en las redes sociales: la de un hombre sin carácter en manos de una mujer con mucho temperamento. «Detrás de esa percepción amable y cariñosa del rey, que existe, se encuentra el verdadero Felipe VI, un hombre flemático que lleva toda su vida esperando a reinar», señala una persona que lo conoce bien. Su primera medida, la regeneración de la familia y de la Casa, parece ya algo viejo y superado. Los que la hicieron con él no olvidan lo duro del trance por el que pasaron para cambiar el funcionamiento de un equipo humano, familiar y profesional, acostumbrado a actuar de una determinada forma durante casi cuarenta años.

Como someterse a una auditoría o aplicar el decreto que acaba con el papel de la infanta Elena (la infanta Cristina ya estaba apartada) al igual que ocurrió con las hermanas del rey Juan Carlos, las infantas Pilar y Margarita.

Dentro de muchos años, las biografías opuestas de padre e hijo apenas serán una nota a pie de página en la primera sucesión dinástica tranquila en España desde 1788. Pero en esta época inicial del reinado de Felipe VI, cuando aún hay tantos creadores de opinión vinculados a Juan Carlos I, las comparaciones son inevitables. El padre volcánico, el hijo frío. El padre expansivo, el hijo introvertido. El padre frívolo, el hijo serio. El padre intuitivo, el hijo reflexivo. Los que de verdad conocen a Felipe VI insisten en que es «el equilibrio» su principal característica: «La serenidad, la seriedad, el gusto por las cosas bien hechas». Eso no lo convierte en un hombre «frío en el sentido negativo», sino como sinónimo de su incapacidad para «perder los nervios».

«No puede ser definida como fría una persona que es capaz de acordarse del cumpleaños de un empleado en pleno viaje y de pedir que se le saque una tarta con velas cuando no se trata además de un alto cargo», señala un estrecho colaborador.

Juan Carlos de Borbón y Borbón (Roma, 5 de enero de 1938), el rey saliente, se cría entre internados suizos y el exilio portugués y pasa casi toda su vida buscando el cariño y la aprobación de los demás. Tiene diez años cuando llega a España por primera vez, en blanco y negro, el 9 de noviembre de 1948. El viaje en tren, y todo lo que viene después, está amañado por dos hombres enfrentados por el poder: su padre, Juan de Borbón y Battenberg, y el general Francisco Franco, que tiene la última palabra. Un niño rubio y solo en la España oscura del franquismo con una misión: abrirse camino entre el cinismo y la ambición de sus mayores hasta conseguir la restauración de la monarquía.

Felipe de Borbón y Grecia (Madrid, 30 de enero de 1968), el rey entrante, destinado a ser el primer Borbón en tres generaciones que nace, reina y muere en España. Se cría en casa, en familia, y a los nueve años ya es Príncipe de Asturias y tiene el trabajo y el futuro asegurados. Nada le falta. Va a Los Rosales, un colegio creado ex profeso para la élite del país y los hijos del rey a diez minutos en coche de La Zarzuela. Hasta los dieciséis años no sale de España y cuando lo hace, la reina Sofía, que lo adora y lo protege, le impone en su viaje a Canadá para hacer el COU la compañía de un fiel guardián: el general gaditano José Antonio Alcina, que odia estar tan lejos de

su familia numerosa. Con veinticinco años, previo paso por las tres academias militares (Marín, Zaragoza y San Javier), el príncipe vuelve a Washington DC, a una de las mejores escuelas de posgrado del mundo (Walsh School of Foreign Service, en Georgetown) para un máster de relaciones internacionales que dura dos años pero que él cursa en uno.

El currículum más brillante en trescientos años de Borbones. A los trece años da su primer discurso oficial en Oviedo en la entrega de los premios que llevan su nombre. A los quince hace un primer viaje oficial a Cartagena de Indias invitado por el presidente de Colombia, Belisario Betancur, acompañado por Felipe González, que queda impresionado por el «saber hacer» y el «saber estar» de un chico tan joven. A los dieciocho, realiza la jura solemne de la Constitución en el Congreso de los Diputados. Tan distintos, padre e hijo. A los diez años, cuando Juan Carlos I llega a la estación de un Madrid extraño y extranjero, Felipe VI recibe de su madre un telescopio con el que aprende a mirar las estrellas. Ni siquiera el bagaje emocional se parece: Juan Carlos I no sabe lo que es el calor de una familia, Felipe VI sufre desde niño por el matrimonio de sus padres.

Las comparaciones, inevitables. Las opiniones también. «Juan Carlos fue el mejor rey para ese momento, y Felipe VI lo es para ahora», afirma una persona que ha servido a ambos. Un viejo conocido de Juan Carlos I, uno de los de verdad, de los que no se reconocen «en las francachelas y en las risas» del último periodo del juancarlismo, comenta: «Los años como pretendiente al trono —casi treinta— constituyen la mejor formación de don Juan Carlos. Lo que más ha hecho en su vida ha sido hablar por teléfono. Tiene un carné profesional de los más ricos de España y de Europa. Puede hablar con quien quiera. Todos esos años —veintisiete con Franco y otros dos que su padre le niega la legitimidad dinástica— don Juan Carlos tiene que pelear por el trono».

Y continúa: «Para mí está mejor preparado que su hijo. Durante todos los años que pretendió el trono bajo Franco buscó vericuetos a través de personas que a veces lo traicionaban por miedo al dictador. El poder daba mucho miedo. Ese tira y afloja es un entrenamiento que dura muchos años. Se fue formando de la manera más dura, él solo, buscando a gente en la que confiar. Por eso, cuando llega el socialismo, en 1982, tira los pies para

delante y se piensa que está todo hecho. A la gente le parece que se relaja demasiado pronto, pero se olvida de que la lucha no empieza en 1975, que empieza ya en 1948, de crío».

Si Juan Carlos I emplea veintisiete años en conseguir el trono, Felipe VI tiene que esperar un total de diecinueve años desde que regresa de Estados Unidos hasta su proclamación. Al final, ambos se ven obligados a convivir de nuevo en el complejo de La Zarzuela, el padre en la vivienda de siempre, el pabellón de caza del siglo XVII transformado en chalé de los años sesenta del siglo XX, y el hijo a medio kilómetro, en el Pabellón del Príncipe, una casa de dos pisos más moderna, construida a principios del milenio. Un rey emérito y un rey en ejercicio, dos monarcas con dignidad de majestad. Spottorno y Alfonsín improvisan a falta de tradición, y le ponen a Juan Carlos I un sueldo de quince mil euros al mes sin funciones determinadas. La sucesión no es un hecho automático con el cambio de reyes. Lleva su tiempo. Al principio hay curiosidad por saber cómo se van a repartir los papeles. Pronto, las dudas se disipan. Hay un solo rey, Felipe VI.

El rey saliente regresa al ojo público tres meses después de abdicar, comprando morcillas en el hotel Landa de Burgos, donde ha comido huevos fritos con guindilla y ha iniciado una ruta gastronómica y turística por España y parte del extranjero que lo encumbra como *foodie* de la *jet set* mundial. Comilonas, toros, vela y hoteles de gran lujo, un estilo de vida aristocrático y privilegiado con un punto castizo, por Guadalajara, San Sebastián, Girona, Cáceres, Madrid, Bilbao, Sanxenxo, Los Angeles, Qatar, República Dominicana, Saint Tropez, Palm Beach. Al principio, y por poco tiempo, con el corazón roto.

Sólo el rey tiene derecho a disponer de nueve ayudantes de campo militares. Al principio, a Juan Carlos le chirría disponer de ellos sólo para sus actividades oficiales. Pero así sucede también con el médico que le acompaña y el avión oficial. El rey emérito aprende a bastarse con el *pool* de ayudantes de la Casa, aunque al principio le asignan a los que aún no se han jubilado y lo conocen más. Tampoco la reina Sofía puede usar aviones oficiales para actividades privadas. Desde el primer día, la política de la Casa es de «riguroso procedimiento», una manera de actuar que los actuales inquilinos

no identifican con falta de agradecimiento. Se trata, simplemente, de gestionar con profesionalidad y reglas el dinero público.

Ahora más que nunca depende Juan Carlos I de los amigos que ponen el *jet* privado a su disposición o que compran un barco ex profeso. España sigue adelante y los tiempos han cambiado. Felipe VI quiere «generar respeto» y pone en marcha, al principio sobre todo, una especie de contrarretrato del padre: Juan Carlos I en Casa de Campo (República Dominicana) con los multimillonarios Fanjul, y él en el Matadero, a orillas del Manzanares, bebiendo un botellín de cerveza con la reina Letizia. Son los tiempos iniciales en los que sus críticos le achacan estar «contaminado quizá por su mujer», que le lleva a cultivar la imagen del rey-*hipster*, el rey *cool* que todo lo cambia y lo moderniza. En Zarzuela no comparten esta visión: a lo largo de estos tres años, la política comunicativa de los reyes ha sido austera hasta decir basta, raquítica incluso, y antes prefieren salir perjudicados que «jugar» con la opinión pública a base de retratos que «no se justifican desde el punto de vista de la realidad».

Según su entorno, a Felipe VI no le gustan las «campañas mediáticas» sino las «reflexiones profundas». Se trata de «hacer pedagogía cívica, institucional y política» en un país que en nada se asemeja al que su padre heredó de Franco. El rey y sus consejeros leen papeles y estudian números. Abundan los documentos sesudos, como el de la socióloga Belén Barreiro —expresidenta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) y ahora fundadora y directora de MyWord—, que el 1 de julio de 2012 escribe un artículo en *El País* —«Regreso del futuro»— en el que habla de un Partido Radical (Podemos, aún inexistente) y de cómo «la fractura generacional y la crisis institucional amenazan la democracia». Escribe Barreiro: «En estos años ha habido abuso de poder en puestos destacados del sistema judicial; tramas de corrupción mal resueltas en algunos partidos; operaciones financieras que han arruinado a miles de familias; o *affaires* cuanto menos turbios en la jefatura del Estado».

Felipe VI quiere enterrar esos *affaires* del pasado, esa intriga palaciega vivida entre 2012 y 2014 y concentrarse en el futuro, el suyo y el del país, que depende de esa generación de españoles que ahora tienen entre dieciocho y treinta y cuatro años. Pero este primer trienio se presenta tozudo: el

estancamiento político y la inestabilidad institucional serán sus señas de identidad. Su reinado no será el de las dos Españas de Machado, sino el de las «cuatro Españas» que describe Barreiro más tarde, en junio de 2017, también en *El País*: una sociedad cuádruple generada por el enfrentamiento de digitales y analógicos empobrecidos-acomodados, «fruto de la recesión y de la revolución tecnológica y que han configurado un nuevo mapa social en el que es fundamental tejer alianzas». Jóvenes, según Barreiro, más «antagonistas» que «precursores»: «Más que explorar nuevos recorridos, buscan transitar hacia destinos contrarios». No se definen en términos ideológicos como sus padres: no son conservadores o socialistas, sino liberales o progresistas.

La sucesión, el *intermezzo* entre reinados, se presenta larga, pero ya la adelantó Juan Carlos I ante las cámaras de televisión española ese 2 de junio de 2014 en su despacho: «Hay que dar paso a esa nueva generación que reclama con justa causa el papel protagonista, el mismo que correspondió en una coyuntura crucial de nuestra historia a la generación a la que yo pertenezco». Más fácil dicho que hecho.

Capítulo 2

ANIMAL HERIDO

—Apretó los puños con tanta fuerza para no llorar que estuvo a punto de hacerse sangre. Todavía me acuerdo.

Viernes, 22 de octubre de 2004. Oviedo. Teatro Campoamor. Letizia Ortiz Rocasolano, treinta y dos años, Princesa de Asturias desde hace cinco meses, muestra a esta persona que así habla las palmas de sus manos con las marcas que se ha autoinfligido durante tres minutos y medio de tensión sobre el escenario. Es el tiempo que ha tardado su marido, el príncipe Felipe, treinta y seis años, en dedicarle unas cariñosas palabras en medio de su discurso oficial.

«La ceremonia de este año tiene un nuevo y emocionante significado para mí, pues me acompaña por primera vez mi esposa, la Princesa de Asturias», dice el príncipe, que en este punto gira la cabeza hacia ella y la mira con dulzura. El teatro entero se pone de pie y le dedica una ovación que transforma a la periodista en un ovillo humano con los puños cerrados bajo la mesa presidencial.

La mirada baja, la cabeza inclinada que deja ver un peinado antiguo, pesado, un recogido de pelo ensortijado que no le favorece. Ni un solo centímetro de carne al aire, sólo la cara, con su nariz prominente y dos surcos enmarcando los labios. Lleva un vestido beige muy severo, con lazada, hombreras y tirilla al cuello que le da un aspecto marcial. La ovación se eterniza. Desde el palco la observan en modo entomológico su suegra, la

reina Sofía, y su cuñado, Iñaki Urdangarin, apoltronado en su condición de *wonder boy* real. Guapo, distinguido, con éxito en los negocios y un palacete recién comprado en Barcelona, mira desde arriba, displicente casi, a la cuñada que se duele en su vulnerabilidad. La reina Sofía aplaude como ella es o aparenta ser, natural, afectuosa, cercana. Lleva una chaqueta fucsia que le da un toque alegre. Parece hasta más joven que su nuera recién casada.

Tres veces tiene que dar las gracias el príncipe Felipe para que se acaben los aplausos. Hasta la cuarta no puede continuar con su oda a Letizia: «A ella me uní hoy hace cinco meses, un paso ilusionado de ambos por construir un hogar, formar una familia, y compartir el hermoso afán de servir a España con plena entrega, leales a nuestra historia y comprometidos con el futuro de nuestra sociedad. Comprenderán por ello lo cortas que se quedan las palabras y cómo se mueven mis sentimientos al expresar estas ideas y al recordar al mismo tiempo que la Princesa de Asturias ama profundamente esta tierra por haber nacido en ella y por haber vivido aquí años decisivos e inolvidables junto a su familia y amigos». Hay otra ronda de aplausos un poco más corta.

Todo esto pasa en Oviedo, donde está datada, el 24 de octubre de 2003, la primera foto pública de los futuros esposos juntos. El príncipe saluda a la periodista, que está allí informando sobre los premios para TVE diez días antes del compromiso oficial. En medio de ambos se ve a José Antonio Sánchez, director general entonces de RTVE y presidente ahora. Todos sonrían. Oviedo, donde las emociones de ese 22 de octubre de 2004 se confunden con la explosión mundial de sentimentalismo y fantasía que provocó el fracaso matrimonial de Lady Diana y el príncipe Carlos.

Con su divorcio, el heredero de la Corona británica certificó la defunción de las uniones reales por conveniencia. Ocurre en Japón en 1993: boda del príncipe Naruhito con Masako Owada, una diplomática profesional de veintinueve años que ha estudiado en Oxford. En Noruega en 2001: una camarera a tiempo parcial con un hijo de una relación previa y de nombre Mette-Marit se casa con el príncipe heredero, Haakon, y declara en una entrevista en televisión: «A veces me despierto y me pregunto dónde estoy». En Dinamarca en 2004: una abogada australiana llamada Mary Donaldson contrae matrimonio con el príncipe heredero, Federico, al que ha conocido en

un bar en Sídney, y describe así su relación: «Imagino que se puede decir que es un cuento de hadas».

Y en Madrid en 2004: Letizia Ortiz Rocasolano, la chica del telediario, se casa con Felipe de Borbón. Pero España es diferente: aquí no hay declaraciones empalagosas de la futura reina en televisión. La dosis de magia e ilusión se reserva para el 22 de mayo en la catedral de la Almudena, el balcón de granito sobre el sur de Madrid que mandó construir la reina María de las Mercedes, la andaluza que se casó por amor con Alfonso XII y murió seis meses después. Lluve ese día a cántaros, y los supersticiosos no se ponen de acuerdo: ¿buena o mala suerte? El ambiente Disneyland invade Zarzuela y satura a algunos, empezando por el rey Juan Carlos, que no da crédito: él, que durante toda su vida ha mantenido en el anonimato a las mujeres que quiere porque está convencido de que corona y amor no son sinónimos, ha tenido que aceptar el envite de su hijo y consentir un matrimonio al que se opone vivamente.

El almíbar tampoco casa con los tres diplomáticos que llevan las riendas de la Casa del Rey en ese momento. El jefe, Alberto Aza; su número dos, Ricardo Díez-Hochleitner; y el encargado de prensa, Juan González Cebrián. Los tres desapruaban la «horterada» que están viviendo en el norte de Europa y deciden que aquí habrá un acto de compromiso más castellano, controlado y casi sin preguntas cuando los felices novios se presenten ante los medios. El 1 de noviembre de 2003, Letizia Ortiz, con un Armani blanco de chaqueta y pantalón, habla con control, telegenia e impecable dicción del «profundo amor» que sienten el uno por el otro: «Hasta los treinta y un años que tengo he trabajado como periodista con ganas, ilusión y fuerza y de esa misma manera afronto lo que ahora iniciamos con responsabilidad y con vocación de servicio a los españoles».

Todo va bien hasta que, casi al final, espeta al príncipe el famoso «Déjame terminar». La leyenda Letizia acababa de empezar y yo me la estaba perdiendo en Londres, donde intentaba compaginar la crianza de mi primera hija con la corresponsalía de *El Mundo*. En el universo anterior a Facebook, WhatsApp, Skype, Twitter e Instagram, cuando internet aún no había tomado el control de nuestras vidas, el Reino Unido formaba todavía parte del extranjero. Ajena al ruido de Madrid, el acontecimiento me pareció de lo más

normal, muy en la línea de lo que estaba ocurriendo en el resto de Europa, incluidas las islas británicas, donde ya se intuía la boda civil en Windsor entre el príncipe Carlos y Camilla Parker-Bowles, la divorciada que amargó la existencia a Lady Di. El día de la boda de Felipe y Letizia organicé una *wedding party* paralela para españolas e hispanófilas en mi casa de Pimlico. Había champán y sombreros frente a la televisión. Ahí estaba Maartje, mi amiga holandesa tan fan de la argentina Máxima Zorreguieta, la reina Máxima.

En esa boda alternativa de exiliada española, alguien aludió a que Letizia Ortiz era divorciada, un detalle que no encontré en ninguno de los periódicos españoles que leía a diario por mi trabajo como corresponsal. Los británicos sí lo mencionaron, en portada además, pero yo no me había fijado. En España eran días de panegíricos en los que Letizia Ortiz fue convertida en chica diez que siente «pasión por Wagner, Grieg y Tchaikovsky» y se emociona al escuchar «el *Réquiem* de Mozart» (*El País*, «Un amor sin barreras», 9 de noviembre de 2003). Una mujer «muy participativa, muy activa, despierta, dinámica y habladora» (ya desde los tiempos del colegio público La Gesta, al que acudió en Oviedo), que destaca por ser «amante de su trabajo, lectora empedernida, cariñosa y entregada». ¿Cómo es posible que Felipe VI no la hubiera descubierto antes?

El motivo por el que no encontré detalle de su divorcio en la prensa española fue porque estaba escondido en el interior de las crónicas en un escueto párrafo. Entre los sonrojantes perfiles que se escribieron en 2003, había que bucear con ahínco para encontrar mención de su boda civil en un pueblo extremeño a los veintiséis años con un profesor de literatura de su instituto diez años mayor que ella. Una minucia en el currículum de una mujer impresionante que «atesora libros en su casa de ensayo y de cine, devora a Ryszard Kapuscinski y es una apasionada del cine». Luis María Anson, que en tiempos fue la referencia monárquica en España, la describió así: «Es una belleza sin estridencias, albriciada por la serenidad y la armonía». En *La Razón*, el periódico fundado por él mismo, había catorce páginas dedicadas al compromiso pero una sola línea —la ciento dos— en la quinta página para mencionar el matrimonio relámpago de Letizia Ortiz con Alonso Guerrero.

Hasta *El Mundo* de Pedro J. Ramírez, que se jactaba de ser el que más y más díscolamente informaba sobre la monarquía, se apuntó a la ola de la pomada y defendió el matrimonio del príncipe Felipe con la periodista de televisión como un paso que ayuda a «desmitificar» y «democratizar» la monarquía. En portada, ni mención del exmarido, al que el periódico llegó a entrevistar para hablar sólo de literatura, como si se tratara de un experto en la cuestión o un conocido autor. Nadie, ningún medio, planteó la posibilidad de que el matrimonio morganático del heredero tuviera que contar con la aprobación de las Cortes. Tampoco ocurrió con sus hermanas, las infantas Elena y Cristina, que no emularon a sus tías Pilar y Margarita y no renunciaron a sus derechos sucesorios cuando se casaron con hombres que no eran de sangre real.

El detalle de la boda de Letizia Ortiz con Alonso Guerrero, con el que empezó a salir a los diecisiete años, es importante por lo que revela del carácter de la reina, según una persona del entorno de entonces. La relación comienza dos años después de llegar al instituto Ramiro de Maeztu de Madrid y dejar su Asturias natal, donde pasa toda la infancia. Coincide también con el comienzo del resquebrajamiento del matrimonio de sus padres. «Alonso representa para ella el conocimiento y la estabilidad, una brújula vital en una época convulsa y de búsqueda —el final de la adolescencia y el principio de su vida de adulta— que culmina en el divorcio de sus padres. La decisión de salir con él y luego de casarse con él a pesar de la diferencia de edad demuestra lo obstinada que es, lo convencida de que las decisiones que toma son las correctas. Era ya alguien que mostraba seguridad en sus juicios e inseguridad personal. Así era entonces y así es ahora». Indagar en el perfil psicológico de la futura reina de España que siempre quiso tener una vida distinta, mejor, más feliz, de lo que había sido la suya, quizá habría sido más interesante que describir su «pasión por Wagner». Letizia Ortiz quería triunfar en la vida, en el sentido clásico y positivo de la palabra.

Pero ya en esos años primeros, la adulación convive con la canalla. Al mismo tiempo que edulcoran sin rubor el pasado de Letizia Ortiz, van tomando nota de lo que encuentran en las alcantarillas para cobrarse el favor de su discreción en Zarzuela. Un ejemplo es la romería mediática que

protagonizó Antonio Montero, veterano fotógrafo de la prensa rosa, para colocar en algún medio en Madrid una entrevista con el periodista estadounidense Jim Russo, excolega y exnovio de la futura reina en la agencia Efe. Nadie se atrevió a comprar ni las fotos ni las declaraciones, pero algunos registraron la información con gusto para incluirla en los dossiers que atesoran a modo de inversión periodística como hacían con Juan Carlos I.

Años después de la boda, en uno de mis muchos viajes Madrid-Cádiz, paré en Almendralejo, veinticinco mil habitantes, Extremadura profunda. Allí se casó Letizia Ortiz en primeras nupcias el 7 de agosto de 1998 en el salón de plenos del ayuntamiento, la casa natal de José de Espronceda, «príncipe del romanticismo», según figura en la placa de la pared. El convite se celebró en El Paraíso, un restaurante con jardín algo desangelado a la entrada del pueblo que ya no se llama así, pero al que todo el mundo sigue conociendo con ese nombre porque allí «se casó la reina». Hay invitados que estuvieron en ambas bodas, la civil de Almendralejo y la canónica del Palacio Real, y esta circunstancia me dio pie a pensar en la biografía que está por escribir de una joven plebeya que camina con tesón de El Paraíso al Palacio Real. La historia de la periodista plebeya que conoce al príncipe heredero justo seis meses después de divorciarse de un profesor de instituto. Mucho más interesante, épica y real que la de la chica diez fascinada por Wagner. Qué oportunidad perdida, la de poner en valor el origen social de Letizia Ortiz sin vergüenza preventiva. Con imágenes, de modo que nadie pudiera intentar vender las fotos de El Paraíso por más de medio millón de euros, como acabó ocurriendo.

Entre el sirope empalagoso de lo publicado sobre la reina Letizia y las exageraciones que comentan a viva voz los periodistas en la burbuja de Madrid hay una peligrosa brecha que, de momento, permanece tapada. Felipe VI y la reina Letizia detestan las maniobras orquestales en la oscuridad y el ejercicio de hipocresía que representan estos tratos sin nombre. La infantil manipulación biográfica de la princesa —«periodista» pero nunca «periodista divorciada»— la convirtió en carne de hagiografía barata con efecto bumerán en el futuro.

La biografía amputada de Letizia Ortiz obvió datos únicos en la historia de la monarquía española. La decimoquinta reina de la dinastía Borbón no es

sólo la primera divorciada, sino también la primera que no tiene una gota de sangre azul en sus venas, la primera, desde 1878, que es cien por cien española, la primera con carrera universitaria, la primera que ha desempeñado un trabajo profesional previo a su condición adquirida de reina, la primera que es hija de divorciados —un periodista y una enfermera sindicalista— y la primera cuyas dos hermanas —Telma y Erika— tuvieron a sus hijas sin pasar por la vicaría (aunque los medios, cómo no, llegaron a describir a Erika y a su pareja, Antonio Vigo, como «matrimonio»).

En 2009, cuando regresé a nuestro país, internet y los rumores acumulados bajo las hagiografías de Letizia Ortiz desembocaron en la peor de las situaciones. Los pasquines del siglo XVIII habían sido sustituidos en la España del siglo XXI por el boca-oreja, las redes sociales y los periódicos digitales para ahondar en el retrato pérfido de la reina Letizia, una leyenda urbana que empieza al socaire del «Déjame terminar» y que ella misma acaba cimentando debido a un «carácter fuerte, duro, nervioso, controlador y en ocasiones desabrido», según una persona que la ha tratado. Las intervenciones estéticas aumentan su aire de frialdad y distancia, una tensión interior que no pasa desapercibida a nadie, ni altos funcionarios que entran en contacto con ella por trabajo ni simples españoles que la saludan en actos oficiales. Esta actitud vital ha hecho que los aduladores de antaño, muchos de los cuales continúan actuando, hayan sido sustituidos por la «turba de inquisidores» que denuncia Jon Juaristi en su libro *A cuerpo de rey* (Ariel, 2014).

La imagen de la reina Letizia está compuesta, sobre todo en la burbuja madrileña, de una suma de tópicos y de prejuicios, con un claro desequilibrio entre el panegírico y la crítica feroz, sobre todo oral y anónima. El escritor vasco Juaristi llama por eso a defender a la reina Letizia de los maledicentes porque tiene una trayectoria vital —ampliamente conocida— que es como la de «miles de mujeres españolas». Esa biografía pendiente de la reina Letizia tendrá que encontrar el equilibrio entre la hagiografía y la inquisición. Hagan la prueba. Pregunten por la reina Letizia, sobre todo en reuniones en las que las personas se quieren dar por bien informadas. «Me cae fatal», es la respuesta habitual, sobre todo por parte de señoras que jamás han cruzado una palabra con ella. Ahora bien, esta reacción también se encuentra entre los

que han estado cerca y han detectado malas maneras: un móvil en sus manos en una cena oficial, un rapapolvo al guardaespaldas que no alcanza a ponerle bien el abrigo o una simple mirada de censura con unos ojos grandes e inquisidores que pueden convertirse en gélidos. Algunos se han quejado a la Casa del Rey. En la apertura oficial de la legislatura en noviembre de 2016, un miembro del PP me lo dijo así de claro: «Nos ha puesto mala cara porque piensa que somos todos unos corruptos».

Abundan las historias truculentas sobre la reina Letizia. En Madrid, basta pegar la oreja a la acera o a la mesa del restaurante. Uno presencié cómo se refería al príncipe Felipe como «éste» delante de los expertos en política exterior del Real Instituto Elcano, a los que censuró que a ella no la invitaran «nunca». Otro se llevó las manos a la cabeza porque al príncipe lo llamó «él» y no por su nombre. Un tercero aseguró que la reina sacó el espejo delante de María Dolores de Cospedal para retocarse el maquillaje en la Pascua Militar de 2017, «porque no la aguanta». Otro, que arrastró al príncipe Felipe de un acto porque estaba harta.

Las historias de horror son mucho más frecuentes que las que indagan en su trabajo en el campo del cáncer o de las enfermedades raras. Los gestos que más echan en falta en ella los españoles, actos solidarios como visitas a hospitales para alegrarle la vida a un niño enfermo, son mantenidos siempre fuera de los medios. En Zarzuela no quieren convertir a la reina en una copia de las *celebrities* que viajan por el mundo besando a niños en la cabeza. Esa estética, puesta en circulación por Lady Di, la reina Rania de Jordania o Angelina Jolie, es copiada a veces en los países occidentales por mujeres plebeyas que utilizan la solidaridad como un ascensor social que chirría en una institución como La Zarzuela.

Para mí, como para tantos, la reina Letizia forma parte del acertijo que describió Churchill: un jeroglífico envuelto en un misterio metido en un enigma. Cuando pienso que estoy cerca de entender al personaje, ocurre algo que da al traste con mis supuestos.

El jueves 20 de octubre de 2016, viajé a Oviedo, el lugar donde el príncipe y la periodista se fotografiaron juntos por primera vez, para cubrir la entrega de la trigésimo sexta edición de los premios Princesa de Asturias, que es como se llaman ahora esos galardones desde que Felipe VI fue proclamado

rey. Ese jueves por la tarde en el *hall* del auditorio de Oviedo vi entrar a los reyes para el concierto previo a la entrega de premios y no pude evitar pensar en el vídeo de 2004 de Letizia Ortiz encogida bajo el desprecio de su cuñado Urdangarin. Doce años más tarde, ahí estaba la reina de España. La lazada beige había saltado por los aires y en su lugar apareció una mujer exuberante, esculpida en blanco, hermosa, excesiva, bastante retocada, con un peinado ondulado a lo Rita Hayworth, un traje de punto pegado al milímetro, negro, revelador, algo inapropiado para una representante de tan alto rango, los labios rojos, Gilda, espléndida, chocante. No había manera de quitarle los ojos de encima y ella lo sabía.

Pasé el concierto con la *Novena Sinfonía* de Beethoven de fondo y la cabeza puesta en la metamorfosis de la reina, cuyo perfil —ahora perfecto— veía recortado en la oscuridad del auditorio. ¿Qué hay detrás de ese cambio? ¿El gusto por la provocación? Cuando terminó el concierto, la reina se acercó a estrechar la mano del pueblo y de los periodistas. Sus apretones de mano son casi dolorosos, como si quisiera infligir a los demás ese daño que se hizo en los puños en 2004. Está fuerte y en forma. No hay trazo ya de vulnerabilidad en ella, si acaso un aplomo que a veces impone. Tampoco hay ya comentarios o gestos impertinentes, y se vislumbra una majestad adquirida cuando aparta la mirada ante la pregunta de una mujer sencilla que se refiere a la princesa Leonor como lo haría de la hija de la vecina: «¿Por qué no vino la niña?».

Transfusión de sangre

Para escribir este libro he intentado acercarme al menos al acertijo que hay dentro de la reina Letizia. Un día, después de mucho preguntar, pensé encontrar la respuesta en el club Puerta de Hierro de Madrid, posiblemente uno de los sitios más exclusivos de España, el club de los clubes privados, un enclave privilegiado ligado a Alfonso XIII, el bisabuelo paterno de Felipe VI. El edificio escurialense sólo tiene quince mil socios y en 1987 se congelaron las solicitudes de entrada. Polo, golf, tenis, pádel y negocios, un templo de discreción que se jacta de ser lo más parecido a un club británico en España.

Los camareros preparan espléndidos dry martinis en ausencia de teléfonos móviles. La presencia real es poderosa: hay un busto de Alfonso XIII, un retrato de Felipe VI de niño y una fotografía enmarcada de Juan Carlos y Sofía. También se siente, clamorosa, la ausencia de la reina Letizia en el feudo de la aristocracia española, donde la «anomalía letal o letizial» que señala Juaristi se agranda.

Los números nos indican que en España el sector antiletizia es amplio y está en los extremos. En las encuestas, Juan Carlos I y la reina Letizia aparecen como los miembros oficiales de la familia real menos queridos por los españoles. Los *antiletizios* son monárquicos recalcitrantes (mayores y conservadores), pero también los más jóvenes y supuestamente progresistas. Un paseo por Twitter, donde abundan los insultos a la reina, resume así el variado perfil de los que la rechazan. Desde la *alt-right* en versión española —los que están a la derecha de la derecha—, que no dudan de tacharla de atea y promusulmana en los atentados de Barcelona, hasta los que están a la izquierda de la izquierda, que la acusan de haberse subido con entusiasmo al carro del privilegio y haber olvidado de dónde viene. Luego están las mujeres, muchas, la mayoría, que la critican fundamentalmente por su manera de vestir y de comportarse. Todo esto hace a Juaristi definir a la reina Letizia como el «flanco más vulnerable» de la monarquía constitucional.

«Letizia, al principio, era como un animal herido. Ha sufrido mucho y ha reaccionado haciendo acopio de dureza», me explica mi confidente durante un almuerzo en Puerta de Hierro, no muy lejos de la terraza donde en febrero de 2008 tuvo lugar uno de esos episodios magnificados y repetidos hasta la saciedad que contribuyen a cimentar la leyenda de la *enfant terrible*. Como la leyenda del collar de María Antonieta, a algunos españoles les encanta comentar los deslices —supuestos o reales— de la reina Letizia. Volviendo al caso de las fotos de Puerta de Hierro, la historia que los medios de comunicación y el boca a boca trasladaron tiene poco que ver con lo que realmente ocurrió. Según la leyenda, los guardaespaldas de la princesa requirieron de malos modos las fotos de Leonor y Sofía, que se habían unido espontáneamente a una fiesta infantil en el club atraídas por los payasos y los globos. A los oídos del público llegó un supuesto enfrentamiento, una escena rayando en la histeria y la mala educación.

Falso, según fuentes testimoniales. Con la princesa Letizia y las niñas estaba esa tarde Cristina de Borbón-Dos Sicilias (CB2), prima de Felipe VI y conocida de la familia que celebraba el cumpleaños. A la hora de marcharse Letizia y Cristina de Borbón-Dos Sicilias, los padres de las niñas se acercaron respetuosamente a saludarlas y fue entonces cuando los guardaespaldas inquirieron por las imágenes, como hacen siempre. Alguien contestó a los guardaespaldas, con tranquilidad absoluta, que había mucha gente y que no podrían requisar el material fotográfico, pero no hubo ningún problema.

«Ningún mal rollo, ni una mala palabra, estuvimos saludándola con normalidad y encantados de la feliz coincidencia», explica una de las personas que participó en el cumpleaños. La historia se multiplicó a la enésima potencia por los corrillos de la maledicencia, como la supuesta amistad adolescente entre Pedro Sánchez y Letizia que hizo estragos en la almendra central de Madrid en la primavera de 2016. Cuando la familia de la niña leyó en los medios la versión magnificada de lo sucedido, pensó en hacer un comunicado de desmentido. Luego llegó a la conclusión de que sería aún peor, que atraería aún más atención y que además la gente concluiría que estaban siendo cortesanos.

Hay historias de horror letizial como ésta de Puerta de Hierro. Por ejemplo, la del año 2003 cuando aún no estaban casados. En el centro comercial de La Moraleja, donde los príncipes estaban comprando antes de Navidad, los escoltas detuvieron a Paco Ginés, un fotógrafo de la agencia del corazón. Ginés estaba intentando hacer «fotos robadas», en el argot de los *paparazzi*, sin permiso de los fotografiados. Denunció maltrato, inmovilización en un cuarto oscuro y desnudo integral para cachearlo. La Zarzuela lo negó en un comunicado. O las que no llegan a merecer un comunicado pero ocurren. Como la de los altos cargos a los que la princesa ignoró en una cena oficial mientras miraba su teléfono móvil. O la del guardaespaldas con el que se encaró públicamente porque no alcanzó a ponerle bien el abrigo. O la espera a la que sometió al príncipe mientras ella continuaba hablando con una persona en un acto oficial.

Intentar distinguir entre #Fakenews y noticias de verdad con respecto a Letizia Ortiz —como la ligadura de trompas que le impedía tener hijos— hizo cambiar mi propia percepción sobre ella. Es muy difícil ser natural

cuando sabes que la mayoría de la gente que está en la sala te va a tratar bien, incluso con adulación, aunque en el fondo no te aprecia. «Lo único que tiene que hacer es sonreír», me dijo en una ocasión una persona que la conoce y quiere lo mejor para la monarquía, de la que ella es una pieza fundamental. Esta persona, como todas las que critican su carácter duro, concluye que la reina Letizia es «buena persona» y tiene un enorme interés «por hacer las cosas bien», incluso cuando las hace mal. Escribir una biografía sobre esta reina consorte debe de ser un trabajo excepcionalmente difícil. En este libro hago un esbozo del personaje con la máxima honestidad posible, consciente de que la objetividad es un bien inalcanzable.

Sus famosas amigas íntimas ya no hablan de ella como al principio. Lo máximo, por educación, alguna sugiere que para conocer el pensamiento de la reina se mire «en sus discursos», unos sesenta y tres en los cuatrocientos actos que ha hecho desde que llegó al trono. En ellos hay igualdad de oportunidades, esfuerzo, responsabilidad, acoso escolar, periodismo, solidaridad, enfermedades raras, alimentación saludable y cáncer. Es evidente que es una gran defensora de la mujer. En el salón de audiencias de La Zarzuela aparece gracias a ella por primera vez una fotografía de doña María de las Mercedes, la abuela de Felipe VI. Abajo, en la sala de espera de Cristales, una de la reina Victoria Eugenia, su bisabuela. Pero para leer sus discursos hay que buscar en la página web de Casa Real, en los medios no se recogen. Su imagen pasa por su pasado *civil* antes que por su condición *real*, y en la actualidad destacan sus modelitos, sus peinados, sus caras, sus gestos. Fuera de los medios, lo peor: el boca-oreja que describe un destacado muñidor madrileño y que consiste en historiar una vida misteriosa fuera de palacio.

Una persona que la conoce desde la juventud me ha ayudado a intentar describirla usando el símil de la transfusión de sangre: para sustituir el azul por el rojo, Letizia Ortiz se ha sometido a un proceso de cambio «físico y espiritual» que ha durado trece años y que aún continúa. Hay cuatro etapas en su vida como miembro de la familia real, cuatro *letizias* en una misma persona.

Letizia I (2003-2004) corresponde a una primera época llena de grandes expectativas que se inicia en el otoño de 2003, cuando se instala en Zarzuela.

La aspirante a princesa piensa que serán suficientes su experiencia y su arrojo como presentadora del telediario de la primera cadena de televisión, con cuatro millones de audiencia. «Al principio no tiene miedo. Me dijo que estaba acostumbrada a la gente, que no le imponía nada el trabajo», recuerda una persona con la que la primera Letizia se entrevistó durante su proceso de aprendizaje en Zarzuela. «Le contesté que en este trabajo no hay cámara por medio. No es lo mismo hablarle a una cámara que estar con gente que no conoces de nada en una misma habitación. De entrada no me creyó, se sentía autosuficiente, y sólo más tarde entendió que para este trabajo no hay experiencia que valga. Se aprende desde la cuna».

Alguien me hizo observar que Letizia ya ha sido más tiempo miembro de la familia real que periodista, una profesión que ejerció apenas siete años, la mitad de ellos casi como becaria. Terminó alto, presentando un telediario tras haber recibido el premio de la Asociación de la Prensa de Madrid a los periodistas menores de treinta años. También es cierto que esta meteórica carrera casa con los adjetivos que se usan desde los tiempos de las hagiografías iniciales para describirla: trabajadora, ambiciosa, disciplinada y con una enorme fuerza de voluntad; entre otros motivos porque venía de una casa «donde no había un duro», según su anterior círculo vital. Pero esa periodista es sólo una veinteañera que alcanzará la madurez en el palacio de La Zarzuela, entre traiciones personales e intrigas palaciegas.

Letizia I aplica un esquema vitalista y profesional para sortear los primeros obstáculos que encuentra en Zarzuela, a donde llega con una rapidez inusitada. Sólo pasan diecisiete meses desde que el príncipe y la periodista se conocen —a petición del príncipe—, el 17 de octubre de 2002, en la famosa cena en casa de un colega periodista, hasta que se casan. En medio, un órdago a Juan Carlos I el 12 de octubre de 2003 en forma de ausencia en la Fiesta Nacional. A la velocidad del rayo, Letizia Ortiz se une al club de las plebeyas con «M» —Masako, Máxima, Mary Donaldson, Mette-Marit y Kate Middleton—. Cinco mujeres afortunadas que forman parte del «desastroso legado de Diana de Gales» y están «obsesionadas con la imagen», según Suzy Menkes, la legendaria editora de *Vogue*.

Lo único que no cambia en estas monarquías 2.0 es la obligación de cumplir con el cometido más importante: producir un heredero. El 31 de

octubre de 2005 la princesa Letizia alcanza el suyo. Tras el nacimiento de la heredera y de su hermana Sofía el 29 de abril de 2007, la política se mezcla con sus planes de familia numerosa. El príncipe Felipe dijo que querían «más de dos pero menos de cinco hijos», pero la Constitución de 1978, la misma que tantos problemas da en 2016 y 2017, la que ha envejecido con el paso del tiempo sin pasar por quirófano, le da prevalencia al varón sobre la mujer a la hora de reinar. La conclusión a la que llegan los príncipes es dura: la opinión pública española difícilmente aceptaría ahora que un niño nacido detrás de sus hermanas se hiciera con la Corona, como fue el caso del propio Felipe VI en 1977. La reforma pendiente de la Constitución parece ahora más cerca después de la crisis en Cataluña.

Poco antes del nacimiento de la infanta Sofía, la princesa se llevó uno de los mayores palos de su vida. El jueves 8 de febrero de 2007, la reina Sofía aterrizó en Dubai proveniente de Indonesia para repostar en el avión de las fuerzas aéreas españolas que la llevaba a Madrid. La jequesa Alyazia bint Saif al Nahyan, esposa del ministro de Asuntos Exteriores, Sheikh Abdulá, la encontró desconsolada. Erika Ortiz, la hermana pequeña de la princesa había aparecido muerta el día anterior en el apartamento de Valdebernardo, el que le había cedido su hermana mayor cuando se fue a vivir a Zarzuela. Las lágrimas de la reina Sofía denotan un desconsuelo que va más allá del fallecimiento de una persona joven por enfermedad: Erika se había suicidado.

Ahí, con la tragedia de su hermana y el nacimiento de su segunda hija, se acaba la etapa de Letizia II (2004-2008), caracterizada por los embarazos, la lactancia, el perfil bajo y el reinado dorado de los Urdangarin. Son los últimos buenos cuatro años desde el punto público de Juan Carlos I, que privadamente está cada vez más abducido por Corinna. Es la época en la que las fuentes consultadas coinciden en que la inexperta princesa Letizia lo pasa mal, sufre humillaciones que asume con discreción y disciplina y confía en las personas equivocadas. Esta persona que me guía por la compleja personalidad de la reina insiste en que lo más relevante en su proceso de transformación es el nacimiento de las niñas: «Nadie entiende la importancia que tienen para Letizia sus hijas. Ellas lo cambian todo».

Letizia III (2008-2014) empieza a construirse a partir de la operación de nariz y barbilla. La mujer que ha enamorado al futuro rey de España decide

hacerse aún más perfecta, la madre de la futura reina de España *de verdad*. Coincide esta etapa con el inicio de la descomposición de la Casa Real tal como la entendimos hace muchos años y también con la crisis del periodismo tradicional. La princesa Letizia, con ideas propias y obstinadas, cree que es su deber preocuparse por todo lo que ocurre en la Casa y seguirlo minuto a minuto en los medios, cada vez más atomizados y agresivos. Su metamorfosis confunde a los que esperaban de ella que siguiera el camino marcado por la reina Sofía, algunos de cuyos *trabajos* —Cruz Roja, Fundación de Ayuda a la Drogadicción y Fundación Española contra el Cáncer— hereda.

Entre el silencio de los conservadores y el icono de la modernidad en la que persiguen convertirla los más modernos —bebedora de cerveza por restaurantes asequibles en el centro de Madrid—, ella sigue cambiando. «Los medios se equivocan, no entienden lo que está pasando: Letizia se está transformando en la reina que ella quiere ser», señala una persona que conoce bien el proceso vital por el que pasa en esos años, que incluye la formación de grietas matrimoniales que llegan a su cénit en el verano de 2013. Al calor del declive del periodismo tradicional, de los digitales y las redes sociales, la leyenda Letizia cobra fuerza con cada vez más incursiones en su vida privada. El caladero para el morbo y los bajos instintos aumenta exponencialmente en España con la crisis periodística. Sólo los monárquicos más disciplinados hablan así: «Todo el mundo tiene derecho a empezar de nuevo. Haya hecho lo que haya hecho en su primera juventud, para mí la reina sólo existe desde que el rey la eligió. Me puede gustar más o menos, pero a partir de ahí, no me interesa nada su pasado». Hablar mal de Letizia Ortiz princesa y luego reina se convierte en una especie de deporte nacional. Las comparaciones con la reina Sofía abundan, para mal. En Zarzuela destacan que sólo recibe un notable o sobresaliente cuando se adapta «al modelo tradicional» de reina. Por ejemplo, durante el viaje de Estado al Reino Unido, en el que se limitó a lucir hermosos trajes y tiaras y a sonreír permanentemente.

Ella se queja del trabajo que realiza y que pasa inadvertido. Se siente particularmente orgullosa, por ejemplo, de un discurso que da el 29 de mayo de 2017 en la Fundación Microfinanzas del BBVA. Allí pronunció esta frase:

«Una mujer que recibe ayuda para poner en marcha su proyecto es, a menudo, invencible y resistente». Pero lo que queda de ese acto solidario en forma de Trending Topic en Twitter es la camisa de dos mil cien euros de Carolina Herrera que llevó ese día. También, el bolso de la misma firma de cuatrocientos veinte euros, una falda de Hugo Boss de ciento noventa euros, unos zapatos de esa misma firma de trescientos veinticinco euros, y unos pendientes de Tous en oro blanco valorados en seiscientos cincuenta euros. Total: tres mil seiscientos ochenta y cinco euros. Críticas por caro o críticas por corto: el verano de 2017 arrasó en la red (para mal) por el traje blanco (muy) minifalda que llevó en su última salida en Mallorca junto al rey y sus hijas.

Durante su etapa Letizia III, a finales de la década del 2000, coinciden el rastreo mediático sobre su etapa *civil* y el declive de la imagen de Juan Carlos I. Los libros han sido siempre difíciles para la monarquía en España. Unos no llegan a salir, como *Una lealtad real*, escrito por Manuel Prado y Colón de Carvajal para la editorial del exministro del PP Manuel Pimentel. Cuando Prado murió en 2009 no estaba en buenos términos con Juan Carlos I, que había sido como su hermano. Sí vio la luz sin embargo *Letizia Ortiz. Una republicana en la corte del rey Juan Carlos* (Chronica, 2010), del periodista Isidre Cunill. El libro pasa inadvertido, pero en 2012 se utiliza como base para realizar un vídeo que, ¡en 2017!, sobrepasa el millón de visitas en YouTube: *El oscuro pasado de Letizia*, un fenómeno viral que describe al diablo vestido de reina. Una mujer apóstata envuelta en una bandera republicana que flirtea con grupos antisistema, tiene varias relaciones amorosas en España y México y se somete a más de un aborto. Una persona «meticulosa, perfeccionista, agobiante, vanidosa, fría, lanzada y con un desequilibrio emocional». El reverso de la moneda de esa mujer maravillosa, cariñosa y melómana que describían las crónicas iniciales.

El retrato diabólico de la reina Letizia se completa con la inventada colaboración de los servicios secretos españoles para amenazar, pagar o confiscar documentos de al menos cuatro hombres simplemente por su relación con ella. El exmarido escritor, Alonso Guerrero. El periodista del *Diario de Jerez*, Ángel Espejo, compañero de promoción en la Complutense (1990-1995), dos años mayor que ella. El americano Jim Russo, que durante

años compartió con algunas personas —hasta con las que apenas conocía— detalles íntimos de su relación con la reina. David Tejera, el último novio oficial, un excolega de CNN+. Uno de los supuestos perseguidos me habló así: «Me juramenté a mí mismo no hablar sobre ella. Ni bueno ni malo. Nada. No hay nada más». He podido documentar un solo caso en el que los servicios secretos se vieron obligados a intervenir, a instancias del Gobierno, para evitar un episodio de chantaje, y no se refiere a ninguno de estos cuatro.

Lo que nadie pudo evitar fue la gran traición de 2013. David Rocasolano, su primo querido, su confidente, el hermano que nunca tuvo, publica su libro *Adiós, princesa* (Foca) tras romper con la princesa Letizia y con toda su familia por motivos que no aclara del todo. Recuerdo una reunión en el diario *El Mundo* previa a la publicación del libro. No dudé un instante, como periodista y como mujer: no había que dar una sola línea del libro y la documentación sobre el supuesto aborto voluntario al que se sometió Letizia Ortiz un año antes de comprometerse con Felipe VI.

El libro pasa sin pena ni gloria, pero queda. Agobiados por la crisis del sector, muchos periodistas descubren el tráfico que crea Letizia. Cuanto más negativa la historia, mejor. ¿Que en 2017 viaja a Oporto como reina de España a participar en una conferencia antitabaco? La gran oportunidad para recordar que en 1996 vendió cigarrillos en México para ganar algo de dinero. La operación se completa con la reproducción de las fotos publicadas tres años antes en el *Daily Mail* y por las que ya no hay que pagar. Un artículo fácil y barato que da tráfico. La maledicencia crece al calor de su falta de empatía y se retroalimenta de la envidia que genera entre los periodistas que no han alcanzado su nivel. La reina tiene información «puntual y detallada» de lo que ocurre en los cenáculos del Madrid conspirador. Conoce sus nombres, sus tácticas, sus aspiraciones. «Se dicen cosas sobre ellas. Los políticos también hablan, en comidas, en sitios. Ella lo sabe», explica una persona muy cercana. Al principio hubo extrema delgadez y nerviosismo. Ya no. Aprendió que los reyes «no tienen amigos», según una persona que la ha conocido y tratado una vez transformada en miembro de la Casa Real.

Esa misma fuente concluye: «Tiene un carácter muy complicado, pero es buena persona. Agradece mucho cuando alguien es amable con ella. Cuando va sola a los actos se muestra más natural, cuando va con el rey le

cuesta más hacer el papel de florero. Su objetivo es el mismo que el del rey: hacer las cosas bien». Los que tienen o han tenido contacto directo con ella coinciden en que «le gusta ser provocadora», «le cuesta callarse y domar sus opiniones, siempre fuertes». Pero también añaden que la decisión final la toma siempre el rey: «Y entonces ella se calla, al menos públicamente».

Ésa es la cuestión. Nadie conoce el grado de influencia que la reina Letizia tiene sobre Felipe VI. Pero el dictamen popular es firme. «Ella es la que manda en la Casa, como todo el mundo sabe», sentencia una persona muy bien informada de Madrid, un hombre educado que se mueve en lo más alto de la sociedad. Su convicción coincide con la anónima María del Carmen, una abogada de Málaga cogida al vuelo en Twitter este mismo verano: «Letizia es muy mandona y Felipe calzonazos».

En España es difícil poner de acuerdo a las clases altas y a las bajas. La reina Letizia lo ha conseguido. La percepción pública que se tiene de ella es transversal. La alimentan los digitales amarillos y los programas rosas de televisión. Los reyes lo saben, y aumentan la reserva: «Son muy profesionales, sólo confían el uno en el otro».

El comandante Esteban

Miércoles, 14 de diciembre de 2001. Palacio de La Zarzuela. El príncipe Felipe, treinta y tres años, heredero de la Corona de España, anuncia ante un grupo de periodistas su ruptura con Eva Sannum, la modelo noruega de veintiséis años con la que quiso casarse. Pocos días después, en un acto en Madrid lo encontró una persona que lo conoce desde hace años. Felipe de Borbón, el comandante Esteban para amigos y compañeros militares, estaba cerca de una ventana, perdido. Al saludarlo y preguntarle, coloquialmente, por su estado anímico le sorprendió la respuesta, rotunda: «Mal». Esta persona oyó de labios del príncipe su queja: la presión generalizada —de sus padres, de palacio, de los medios— le había roto el corazón.

Nunca más volvería a ocurrir. No habían pasado ni dos años desde la escena de la ventana cuando el príncipe se comprometió con una periodista divorciada, nieta de un taxista, a sabiendas de lo difícil que sería para ella y

de cuánto y cómo la tendría que proteger. «Se enamoró mucho de ella, y sigue estándolo», explica alguien que sabe de lo que habla y conoce el carácter ciertamente difícil de la reina Letizia. Felipe VI —un hombre «paciente» y «pacífico», según los que le conocen— ha decidido asumirlo y aguantarlo con estoicismo porque la quiere y porque es la consecuencia natural de una decisión que tomó de muy joven y que llevó hasta sus últimas consecuencias: casarse por amor y no por conveniencia dinástica y política, como fue el caso de sus padres, Juan Carlos I y Sofía de Grecia.

El sobrenombre del Preparado, que se utiliza principalmente para denostarlo, obedece al hecho de que es el primer rey de España con título universitario y máster. Los que le rodean, sin embargo, dan más importancia al hecho de que ha sido «diseñado» para el puesto que ocupa desde niño, algo así como el hombre biónico. Una preparación artificial y cuidada que está detrás de ese toque de acero que algunos perciben en su carácter y que choca con la manera de ser española.

Pero es quizá su educación sentimental y personal la que más pistas ofrece sobre su perfil psicológico. Tuvo un padre superficial, distante con los hijos, hedonista, clasista e infiel. Como los hombres de su generación, el rey Felipe ha bañado a sus hijas de pequeñas con el mismo entusiasmo con el que ahora pasa las vacaciones con ellas. En la intimidad más absoluta, lejos de focos y posados, divirtiéndose y relajándose porque es ese «tiempo de calidad» con ellas lo que más aprecia del mundo.

Luego está el trabajo, el deber. De su padre aprendió a no inmiscuirse en el ruedo político, y en Cataluña ha sido difícil. Sus críticos mantienen que a Felipe VI le falla «la astucia política» de Juan Carlos I. Sus defensores sostienen que al olfato, que no le falta, él añade una virtud que aprendió de su madre: el sentido de la entrega, el «convencimiento de que el reinado no se saca adelante con golpes de genialidad o de Estado (23-F), con un chascarrillo o un empujón simpático a un fotógrafo, sino día a día, con el trabajo aburrido y constante, cumpliendo siempre». En actos, premios, viajes de Estado, inauguraciones y, por qué no, manifestaciones. Con un sentido de la entrega cercano al sacerdocio. «Este rey está vacunado. Ha visto caer a su padre porque incumplió los votos matrimoniales que de alguna manera un rey tiene con el pueblo: el compromiso de estar con los ciudadanos a los que

representa “en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad”, todos los días de su vida y no sólo cuando a él le venga bien o le apetezca», afirma una persona que ha servido a ambos reyes y algo sabe de Zarzuela.

Tras su discurso el 3 de octubre de 2017 sobre la cuestión catalana, incluso sus detractores, los que echan en falta más astucia política, han reconocido que Felipe VI se ha retratado como rey en su defensa de la unidad de España.

Pero no todo es preparación intelectual, militar y deportiva en la vida de Felipe de Borbón, como tampoco pasó Letizia Ortiz media vida escuchando a Wagner. Alguien que lo trató «en la cuadrilla de Palma», en las «copas de Madrid» y en las cacerías en casa de sus amigos Fuster o de Samuel Flores, el suegro de Adolfo Suárez Jr., habla de un hombre «normal, agradable, discreto, tranquilo» en toda esta vida fuera del trabajo: «Ni el más rápido ni el más simpático ni el que tiene que quedar por encima de todos. Un tipo sosegado al que, por supuesto, se le da todo hecho». Los mejores puestos para matar perdices —es lo que más le gusta, más que la caza mayor—, las mejores copas y las chicas más guapas. «Pero a él le resultaba muy difícil ligar: las chicas se volvían tontas si les hablaba en un bar o una discoteca. No había nadie que le tratara de manera normal. Y eso cansa, sobre todo si tú eres normal, como lo es él. No quiere alfombra roja, quiere humanidad».

Son muchos los testimonios de personas que han vivido intentos de Letizia Ortiz por bajar a Felipe VI de la nube de privilegio en la que está instalado desde que nació. Con ironía y a veces poniendo en un aprieto a más de uno. Por ejemplo, el español que también estudió en Georgetown y que en un acto empezó a hablar de su alma máter con el príncipe. «Ya estáis con las pijadas de siempre», le espetó la princesa Letizia al interlocutor del príncipe, que se sintió ofendido y a día de hoy sigue sin encontrar la gracia del comentario, una actitud directa que para algunos explica el profundo enamoramiento que sintió por la periodista desenvuelta que desde el primer día se dirigió a él como hombre y no como príncipe.

«Y un punto de masoquismo también», añade un conocido mitad en serio, mitad en broma. Los nombres del pasado sentimental del príncipe, desde Victoria Carvajal, hasta Isabel Sartorius pasando por Eva Sannum, Gigi Howard y Gwyneth Paltrow son bien conocidos. A Felipe VI no le

pasan factura sus exnovias. A la reina Letizia los suyos sí. El sexismo no perdona, y a veces la reina Letizia se pregunta por qué los periodistas españoles (hombres) no tuvieron ni medio problema con la lista de amantes de Juan Carlos I, al que protegieron durante cuarenta años, y sin embargo la critican por sus relaciones con hombres cuando era una veinteañera y lo último que pensaba es que un día sería la reina de España.

Los guardianes de Erasmus

¿Y quién cuida de la pareja real? ¿Quién los protege, los asesora, los acompaña? ¿Quiénes son los cortesanos españoles? Hombres, sobre todo hombres, que llevan muchos años, casi toda la vida la mayoría, al servicio de la Corona. Es más fácil que cambie la institución a que varíen sus empleados. La lealtad y la discreción es el bien máspreciado en la Corona española, más incluso que en otras cortes europeas. Desde 2017, el nuevo secretario privado de la reina Isabel II, Edward Young, es un exbanquero, asesor político y ejecutivo de televisión de cincuenta años que jamás había tenido relación con Buckingham. En España se prefiere a los que llevan muchos años en palacio y han demostrado su lealtad.

El puesto de Young, lo más parecido al de jefe de la Casa del Rey, es inimaginable aquí. Lo cuenta una persona que conoce bien La Zarzuela: «Con Juan Carlos I, todos los jefes de la Casa han tenido una sola misión: embridar al rey, poner coto a su personalidad. Ahora, las misiones son varias: ayudar a Felipe VI a transitar por el campo de minas que es la España contemporánea y no perder de vista al rey emérito, que sigue siendo una bomba de relojería. Tiene también que mantener alejado al matrimonio Urdangarin y, cómo no, proteger a la reina Letizia, que es el objetivo primero de los que atacan a la monarquía y ella a veces lo pone fácil».

El primer jefe de la Casa, Nicolás Cotoner y Cotoner, marqués de Mondéjar y grande de España, fue una especie de padre para Juan Carlos I y la reina Sofía. El aristócrata mallorquín era un comandante de cuarenta y nueve años del cuerpo de caballería cuando en 1954 fue nombrado preceptor del príncipe Juan Carlos. Su misión era enseñarle a montar a caballo y

prepararlo para entrar en la academia militar. Se acabó quedando toda la vida al servicio del adolescente rubio venido del exilio para educarse a la sombra de Franco.

Antes de ser nombrado jefe de la Casa del Príncipe sucesor en 1969, Mondéjar ya hacía de cuidador de Juan Carlos. Se ocupaba de todo, hasta de darle dinero para que llevara algo en los bolsillos al salir a la calle. Le pagaba la ropa y consiguió para los príncipes una casa en la que veranear sin tener que ir a Galicia a estar con Franco: el actual palacio de Marivent en Palma de Mallorca. Mondéjar quería a Juan Carlos I y la reina Sofía tanto como ellos a él. Era un hombre cariñoso y bueno, según personas que trabajaron con él. Tierno y comprensivo, no le faltaba sentido del humor. Esto fue lo que le dijo a otro fiel servidor de la Corona en un momento de lucidez: «Hijo, el que después de trabajar aquí no se vuelve republicano es que le falta un tornillo». Hasta los ochenta y cinco años, cinco antes de morir, Mondéjar, que es como se le conoce, mantuvo el título de jefe de la Casa, aunque *de facto* el trabajo lo ejercía Sabino Fernández Campo, otro militar, esta vez asturiano que entró como número dos en 1977.

Sabino, como le llamaba todo el mundo, salió a patadas de la Casa el 8 de enero de 1993 porque fracasó en el intento de controlar a Juan Carlos I haciendo pactos con el diablo. «Hacer un Sabino», a día de hoy, quiere decir filtrar información a un periodista para asustar a un miembro de la Casa. Eso es lo que hizo, o intentó hacer, el general Fernández Campo en más de una ocasión. Juan Carlos I era imposible de embridar y Sabino pagó muy cara su táctica en los años post-Zarzuela: se pasó el resto de la vida murmurando sobre las cosas que sabía del rey sin decidirse a contarlas. Lo sustituyó en 1993 un diplomático noble, Fernando de Almansa, a instancias del banquero Mario Conde, que se había hecho íntimo de Juan Carlos en la década de los noventa del siglo pasado, cuando brilló como banquero y como gran componedor del reino antes de acabar en la cárcel.

Hasta que volvió de Estados Unidos y terminó su educación formal, el gran cuidador del príncipe Felipe fue el general José Antonio Alcina, un gaditano tranquilo y amable con el que no llegó a congeniar del todo. Alcina escribió un libro de setecientas páginas que sirve de referencia para conocer la niñez y adolescencia de Felipe VI y que sentó fatal en La Zarzuela. En él

hay una foto que lo dice todo sobre el general Alcina: se le ve triste en la mesa de un modesto hotel en Canadá, donde pasa el curso académico mientras el príncipe Felipe hacía COU. Sacrifica su vida familiar por el príncipe Felipe, pero la compenetración no llega. «Le toman el pelo, lo tomean. Para las maldades, Felipe se va con dos escoltas, Nacho Inza y Pepe Corona», recuerda una persona que estuvo cerca esos años y que destaca el inmenso dolor que sintió Felipe VI en octubre de 2017 cuando murió Corona a los sesenta y tres años. Cuando llegó al trono, el rey Felipe nombró a Corona jefe de Seguridad de la Casa a sabiendas de que estaba enfermo de cáncer. Fue su premio y su regalo por toda una vida a su servicio.

Almansa reemplazó a Alcina por un diplomático, Enrique Pastor, un hombre de transición hasta encontrar al definitivo, Jaime Alfonsín, que acompañará al príncipe en la larga espera hacia el trono. No hay hoja de ruta para el Príncipe de Asturias. Los dos anteriores ejemplos quedan lejos y son muy distintos. Alfonso XII regresó a España para ser rey con veinte años y Alfonso XIII fue coronado con dieciséis. Alfonsín llega a Zarzuela recomendado por el jefe de protocolo, Ricardo Martí Fluxá, y corroborado por el prestigioso abogado Aurelio Menéndez, exministro de Educación con Suárez, y socio del bufete Uría & Menéndez, en el que entonces trabajaba.

El nuevo jefe de la Casa del Rey, la mano derecha de Felipe VI, es un gallego introvertido, correcto, premio extraordinario de Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid, que saca la oposición de abogado del Estado en dos años. Los primeros destinos lo llevan a Teruel, Cuenca, el Tribunal Supremo y el Ministerio de Administración Territorial antes de marchar a la empresa privada (Barclays Bank en 1984 y Uría & Menéndez en 1993).

Nacido en Lugo doce años antes que el príncipe, nunca había hablado con ningún miembro de la familia real antes de entrar a trabajar en Zarzuela. «La cosa funciona desde el primer momento», recuerdan antiguos colegas de la Casa. Desde el 23 de junio de 2014, Jaime Alfonsín Alfonso, sesenta y un años, es oficialmente el nuevo jefe de la Casa del Rey después de hacer una gincana institucional que dura diecinueve años. Lo hace, explican, con precisión de «relojero suizo» y así convierte a Felipe VI en un rey «técnicamente perfecto», «un rey de diseño», según un político que ha tenido

trato directo con el príncipe a lo largo de su carrera. Prudente, afable, distante, reservado.

El rey en construcción y el abogado del Estado en excedencia hacen juntos más de un centenar de viajes nacionales e internacionales. Mientras se preparan para el trono. Lo primero, una gira por las diecisiete comunidades autónomas de España. En 1996, un viaje iniciático a Guatemala en el que ya están todos los hombres del príncipe que luego lo acompañarán como rey: la toma de posesión del presidente Álvaro Arzú inaugura un ejercicio de *networking* transatlántico único en el mundo.

El 1 de diciembre de 2012, *El Mundo* me envió a México DF a seguir al Príncipe de Asturias en la inauguración de Enrique Peña Nieto. Ahí pude comprobar los frutos de esa política iniciada por Alfonsín con paciencia y tesón casi veinte años antes: nadie había allí con más contactos que el Príncipe de Asturias, que superó en atención a Joe Biden, el vicepresidente de Estados Unidos.

La Historia nos ha dado dos grandes instructores de príncipes: Maquiavelo y Erasmus de Róterdam. Entre ambos bascula La Zarzuela de Felipe VI, que se siente más cerca del toque humano y sabio de Erasmus que del bélico de Maquiavelo. «Aquí hay una determinada manera de entender cómo debe de funcionar la institución», señalan en el entorno de los guardianes. «A algunos les gusta y a otros no, porque es una forma seria y rigurosa. Aquí no hay corte como la hubo con Juan Carlos I».

Por eso, porque Alfonsín ha cerrado las puertas a los que antes se creían con derecho a opinar y a sugerir, han comenzado las críticas hacia él a los tres años de reinado a pesar de que «las cosas han ido razonablemente bien», según la visión en el monte de El Pardo. A Alfonsín se le critica en la burbuja madrileña por su labor excesivamente callada y hasta por la «perfección nórdica» de Felipe VI. Para algunos, Felipe VI «es un buen rey para Suecia, un poco menos para España», y de eso también tiene la culpa Alfonsín. Es lo que lleva a ese viejo conocido de Juan Carlos I a hablar así: «Felipe VI no tiene entrenamiento como su padre. Hay simplemente rutina, una mecánica de reinar. Va cortando cintas e inaugurando placas. Leyendo discursos muy bien, incluso en inglés. Es una mera técnica de trabajo, sin alma».

Una cosa son los diecinueve años pasados forjando al heredero, otra lo que demanda la actualidad, según opiniones en las alturas del Madrid intra-M-30, donde se critica al jefe de la Casa por su «parálisis desde el análisis» y su «miedo a meter la pata»: «Se pasa de frenada en todo lo que es la prudencia. Como secretario-formador del Príncipe de Asturias lo ha hecho muy bien. Incluso para los principios del rey Felipe VI. Pero para la etapa que comienza ahora en la Casa del Rey, eso es otra cosa».

El éxito en España (no en Cataluña) del discurso del rey el 3 de octubre ha acallado las críticas hacia Alfonsín, que llegaron al cénit el 28 de junio de 2017 por la ausencia de Juan Carlos I en el Congreso durante la celebración del cuarenta aniversario de las elecciones democráticas. Alfonsín habla muy poco y trabaja mucho. Los que conocen a Felipe VI no dudan de que pasará tiempo junto a él como rey.

En su haber tiene haber sacado a la Casa de la *muerte cerebral* en la que se encontraba en 2014. Entonces, estaba convencido de que en ese momento el cometido era «evitar cometer errores» y «sortear los obstáculos existentes», según personas que hablaron con él esos días. En 2005 empezó a escribir junto al príncipe un documento para los cien primeros días de reinado que aplicaron nada más llegar. Se acabó el vacío de reglas que imperó bajo el reinado de Juan Carlos I: los miembros de la Casa Real (seis contando a los eméritos, los reyes, la heredera y la infanta Sofía) no podrán dedicarse a los negocios.

Procedimiento, reglas, leyes. El carácter de Alfonsín casa muy bien con el del presidente del Gobierno. Inventar poco y construir sobre lo que hay. En La Zarzuela ha habido en estos cuarenta años de historia dos grandes filtradores: Sabino Fernández Campo y Juan Carlos I. El primero como técnica profesional y el segundo porque no puede evitarlo. Ahora impera el silencio en palacio. Según los críticos, «el régimen del terror». A diferencia de Sabino, Alfonsín no cultiva la complicidad de los periodistas. Cercanía, la justa. Felipe VI ha aprendido de su padre los efectos devastadores que tiene el teléfono móvil.

El equipo del rey es el mismo que ha tenido desde que era príncipe. Compacto, leal, unido. Todos saben «dónde irá el balón» cuando lo tiene el otro. Once personas componen el cuadro de mando, diez hombres y una

mujer, la interventora, Beatriz Rodríguez Alcobendas, la segunda mujer con rango de directora general en toda la historia de la Casa después de Asunción Valdés, exdirectora de comunicación. El universo de Zarzuela es masculino. Apenas el ámbito doméstico de la reina Letizia rompe esta tradición: la peluquera, la costurera, la gobernanta y la asesora de moda, cuatro mujeres que han venido de fuera, no aparecen en la página web y cuyo salario no es público. No son funcionarias, sino personal de libre designación, las que más cerca están de la reina.

El sanedrín, el círculo interior, lo forman cinco hombres: el mencionado Alfonsín; su número dos, Domingo Martínez Palomo; el secretario de la reina Letizia, José Manuel de Zuleta; el jefe de prensa, Jordi Gutiérrez, y el de protocolo, Alfredo Martínez. El último en llegar, Martínez. El resto ha estado veinte años en segunda fila durante el reinado de Juan Carlos I, callados pero absorbiendo las maneras de La Zarzuela y aprendiendo lo que no había que hacer al llegar a la primera. Los cuatro, menos Martínez, estuvieron con el príncipe en ese primer viaje iniciático a Guatemala.

Así, Domingo Martínez Palomo viajó a Guatemala City como jefe de seguridad del príncipe, al que empezó a servir en 1981 como simple escolta. Tenía Palomo, como es conocido en palacio, veintinueve años y hacía tres que había salido de la Academia. El príncipe, trece. Ahora, además de secretario general, el número dos del organigrama, es la memoria histórica de Zarzuela, «el que lo sabe todo, siempre». Un largo y exitoso camino para un modesto capitán de la Guardia Civil que a los sesenta y tres años ha llegado a lo más alto como teniente general del cuerpo, uno de los cinco que hay en España.

No hay nadie que conozca mejor los rincones del edificio, lo que esconden sus alfombras. Fue Rafael Spottorno el que lo sacó del anonimato de seguridad en 1992 y lo puso en órbita para hacerse con el importante gabinete de planificación. A partir de ahí se convirtió en el «cerebro gris» de una Casa en la que trabajan setecientos guardias civiles. «Nada ocurre en Zarzuela sin que Palomo lo sepa», señalan fuentes solventes. Palomo, de consulta obligada para los historiadores que quieran escribir a fondo sobre la monarquía española, está dedicado en cuerpo y alma a su trabajo, como el resto del sanedrín.

Andaluz de nacimiento y murciano de adopción, comenzó de guardia civil raso, como su padre, y está en el extremo opuesto de la escala social de José Manuel de Zuleta y Alejandro, conocido como Jose Abrantes por su título de duque de Abrantes, uno de los ocho que ostenta este aristócrata de Jerez de la Frontera, desde 2014 secretario de la reina Letizia. La familia Zuleta fue dueña durante treinta años del siglo pasado de la casa más emblemática de Jerez: el Recreo de las Cadenas, actual sede de la Real Escuela Ecuestre. Militar de caballería con rango ahora de general, puso el primer pie en Zarzuela en 1990 como guardia real, la antigua guardia de corps de la que emergió Godoy. Como guardia real de sangre azul prestó sus servicios originalmente en el departamento de protocolo. En dos ocasiones salió de palacio, la última para hacer el curso del Estado Mayor, pero lleva ligado al monte de El Pardo casi tres décadas. También su hermano, Felipe Zuleta, el histórico profesor de hípica de la infanta Elena que ha dejado el ejército y se ha marchado a vivir a Mónaco.

Abrantes entró en contacto con la reina Letizia cuando ésta era Princesa de Asturias a través de protocolo: como número dos del departamento, la tradición lo llevó a ocuparse del heredero mientras su jefe, el diplomático Alfonso Sanz Portolés (hoy asesor diplomático y secretario del rey emérito) servía a los reyes Juan Carlos y Sofía. Desde el principio se estableció una extraña simbiosis entre la reina Letizia y Abrantes, algo que sorprendió a los que se preguntaron cómo se llevarían la antigua periodista de Moratalaz y el aristocrático oficial. La reina Letizia confía en su «criterio, su dedicación y su discreción».

Abrantes, como Palomo y Alfonsín, es más que parco en palabras. «Tiene un valor añadido: como grande de España se entiende que hará de puerta de entrada de Letizia en la nobleza, que la acoge de uñas. No parece que su cometido haya sido fácil», señalan fuentes conocedoras del secretario de la reina, al que atribuyen una tarea de Estado singular: diseñar el cometido constitucional de la reina Letizia, que no está escrito en ningún sitio. Ni la reina Letizia ni Abrantes consideraron apropiado seguir la ruta establecida por la reina Sofía: da igual que ésta hubiera asistido a todas las tomas de posesión del Gobierno —presidentes y ministros—. Cuando la reina Letizia

no lo hizo, en 2016, durante la jura de Mariano Rajoy, la decisión se entendió como suya propia.

«Nada más lejos de la realidad: la reina Letizia no toma ese tipo de decisiones. Son cuestiones de Estado que se analizan en el seno de la institución y se meditan mucho», señalan fuentes de palacio. Se trata de separar a la reina de la parte más política ya que ella no tiene «función constitucional» alguna. No es ajeno Abrantes, gran conocedor de la historia de las monarquías mundiales, al reparo que pueden llegar a suscitar consortes de las que se sospecha que tienen influencia política. Cuando este libro va a imprenta, se celebran los cien años del fusilamiento de los zares de Rusia. La zarina Alejandra, la denostada alemana que se casó con Nicolás II por amor, es uno de los grandes ejemplos que nos da la historia.

Otro ejemplo es el de la austríaca María Antonieta, a la que los franceses identificaron con el lujo. Sin funciones constitucionales y sin florero: la reina Letizia quiere ser una consorte moderna que apoye al titular de la Corona manteniendo su personalidad propia. La tarea es ardua.

El secretario de la reina Sofía, el leonés Arturo Coello, se ha quedado al servicio de la reina emérita y ha ascendido a general. Entró a trabajar en Zarzuela hace dieciséis años y siempre fue la sombra del histórico Pepe Cabrera, el secretario de toda la vida de la reina Sofía, al que heredó en 2013. Preside la Fundación Reina Sofía, la mayor obra social de la reina emérita.

El duque de Abrantes, la sombra de la reina Letizia, se lleva muy bien con Jordi Gutiérrez. El periodista que protagonizó una historia legendaria en Zarzuela y que va cambiando según el que la cuente: en enero de 2010 salió dramáticamente de palacio tras un enfrentamiento con Juan Carlos I, fue acogido en la CEIM de Arturo Fernández, entonces gran amigo del rey Juan Carlos, y su corazón permaneció siempre en Zarzuela. Inmediatamente después de la abdicación, regresó. Algunos dicen que de ello se encargó la propia reina Letizia.

Sus críticos lo acusan de ser «más amigo» de los reyes que «profesional de la comunicación». También, de haber abandonado el periodismo de por vida y la cercanía con los informadores. La realidad es que Gutiérrez ejerce la comunicación como la quieren Felipe VI y la reina Letizia: a los periodistas, cuanto más lejos, mejor. Sus defensores mantienen que Gutiérrez ha

regresado al modelo institucional clásico de las monarquías: los reyes no dan noticias ni titulares, y lo que ocurrió durante el final del reinado de Juan Carlos I fue una excepción.

Zuleta, Gutiérrez y Martínez pasan por ser más cercanos a la reina Letizia, pero la realidad es que en el origen son todos hombres del príncipe. El asturiano Alfredo Martínez es el único que se incorpora cuando Letizia Ortiz ya lleva tres años en palacio. Fue fichado por Alberto Aza en 2007, es de Oviedo y tiene un año más que la reina, pero no es de ahí de donde se conocen. Como Gutiérrez, salió de Zarzuela en 2012 con destino a la embajada de España en El Cairo porque Spottorno no lo hizo jefe del departamento. Dos años después, se dice que fue la propia reina Letizia la que lo recuperó como número uno. A pesar del silencio que impera en Zarzuela, en los palacios hasta las paredes murmuran. Ahora, los rumores apuntan a que el coronel de la Guardia Civil Miguel Herráiz, responsable de la seguridad personal de los reyes, ha sido sustituido recientemente tras una discusión por otra persona elegida también por la reina para poder llevar una «vida más relajada» fuera de palacio. Para pasar más desapercibida.

El animal herido del que hablaba mi confidente en Puerta de Hierro confía en pocas personas. Vive en un promontorio del monte de El Pardo en una casa un poco llamativa y lo que más le importa del mundo son sus hijas, una de las cuales, la mayor, será algún día reina. Con el paso del tiempo, piensan en su entorno, irá perdiendo interés para los españoles de manera proporcional al crecimiento de la heredera. Entonces, cuando se haya convertido en un personaje secundario, quizá recuerde ese momento en el que hundió las uñas en las manos. Puede que piense incluso que valió la pena el esfuerzo.

Capítulo 3

EL RELOJ DE LOS CIERVOS

—*Demos tiempo a la democracia. No me hagáis decir que no.*

Viernes, 22 de enero de 2016. Palacio de La Zarzuela, a la caída del sol. El día «más importante e inconfesable», según un protagonista. El presidente Rajoy, sesenta años, habla así a Felipe VI, cuarenta y siete años, que se estrena como árbitro político en España, su tercera misión tras la regeneración de la Casa y la retirada del título a su hermana Cristina. Ésta será larga —el bloqueo dura diez meses— y complicada. De entrada, tiene una seria diferencia de criterio con el presidente del Gobierno, que es lo que está pasando ese día en este despacho, el mismo donde diecinueve meses antes su padre anunció ante las cámaras el deseo de abdicar.

Dentro, todo sigue parecido. Idéntica *boiserie* con librerías, idéntico ventanal con vistas al monte de El Pardo, oscuro ya. Los cambios están fuera, como previó Rafael Spottorno hace tres años y como está a punto de comprobar el joven rey.

A la hora del almuerzo ha terminado de desfilar ante él la nueva España post-20-D: azul, roja, morada, naranja, nacionalista-moderada, nacionalista-independentista, ecologista, fragmentada, diferente a todo lo visto desde la Transición. El grupo varía poco a lo largo del año: catorce hombres y tres mujeres —Ana Oramas (CC), Alexandra Fernández (En Marea) y, en una sola ocasión, Rosa Martínez (Equo)—. Hay cosas que nunca cambian. El puzle es complicado. El PP, el partido más votado, tiene 123 escaños tras una

hecatombe que disimula por la parquedad de los otros: PSOE (90), Podemos (69) y Cs (40). Para gobernar, hacen falta 176 escaños.

Felipe VI divisa turbulencias entre el solsticio de invierno de 2015 y el día de los Difuntos de 2016. Se espera cualquier cosa, hasta que los bárbaros de Cavafis asalten el palacio, pero no esta obstinada negativa de Rajoy, el hombre que nunca le falla. El registrador de la propiedad conservador que hace bandera de su respeto a la ley y a las instituciones. El que cada semana le lleva un informe de veinte páginas donde está «todo lo que el rey necesita saber», sin cajas rojas, en mano, y ahora también con un adelanto por correo electrónico un poco antes del despacho. Hay cosas que no incluye en el informe y se las dice oralmente, asuntos que sólo tratan el rey y el presidente en la confidencialidad de una relación muy buena que un año después será determinante para gestionar Cataluña, la mayor crisis del Estado español desde la Transición.

Rajoy es para Felipe VI el hombre sereno que aceptó la abdicación de su padre a pesar del riesgo que suponía, «para que no contaminara al resto del sistema constitucional», según testimonios directos. El que ayudó a su hermana diciendo públicamente que a la infanta Cristina le «irá bien» en los tribunales. El que puso a su disposición todo el poder del Estado para evitar el descalabro de la monarquía en los años finales de su padre. El político con el que mantiene una relación «cordial» porque «le ayudó a estar ahí», según fuentes solventes. Ese mismo hombre, Rajoy, cuya lealtad a él y a la Corona está más que garantizada, apuesta por la ingeniería política de riesgo, improvisa. Se niega a aceptar su encargo constitucional. «La democracia española se merece una semana», le dice Rajoy al rey, según los testimonios recogidos de personas que participaron en el proceso de designación.

Pide tiempo. El rey no puede ni debe dárselo. Los dos tienen sus razones, según colaboradores cruzados. Rajoy se resiste a «morir». El rey, a «retorcer» la Constitución. «Ir a la investidura entonces habría sido suicidarse, y el presidente no estaba dispuesto a hacerlo», es el argumento de Moncloa. «La Constitución dice muy claramente lo que tiene que hacer el jefe del Estado. Es lo que hizo el rey», según Zarzuela.

La Carta Magna, tan parca en palabras. Tan imprecisa como lo fue para Spottorno en 2012 su artículo 57.5 «de abdicaciones y renunciaciones» se la

vuelve a jugar al rey, esta vez con el artículo 99.1 que en 2016 llegamos a memorizar: «Después de cada renovación del Congreso de los Diputados, y en los demás supuestos constitucionales en que así proceda, el rey, previa consulta con los representantes designados por los grupos políticos con representación parlamentaria, y a través del presidente del Congreso, propondrá un candidato a la presidencia del Gobierno».

Rajoy se intenta colar por el hueco que dejan los siete padres constituyentes, que olvidaron incluir la obligación del nominado de aceptar la invitación. Los expertos constitucionalistas afirman que es «de sentido común» que debe hacerlo, pero lo que no está escrito no existe. Rajoy, zorro político de altura, se aprovecha de la laguna y la gestiona con su particular capacidad de administrar los tiempos que algunos llaman simplemente indolencia. «Me pone mala que Rajoy haya transformado una característica personal en categoría política», me comenta una dirigente socialista con la que trato de reconstruir el papel que jugó Felipe VI a lo largo de ese largo y difícil año, el más complicado de la democracia española hasta que llegó Cataluña.

Al filo de la Navidad de 2015 el mapa político está patas arriba. El PP ha tirado por la borda el capital que le dieron los españoles en 2011 y pierde tres millones de votos. Corrupción, recortes, ruptura generacional. Hay 350 diputados del Congreso, de los cuales 109 pertenecen a partidos nuevos (Podemos y Ciudadanos). El bipartidismo (PP y PSOE) no suma para lograr la mayoría. El nacionalismo sale reforzado: aportan 53 asientos para salpimentar una situación ya de por sí complicada. Los españoles piden cambio pero no ponen las cosas fáciles.

Ese viernes 22 de enero, casi un mes después de las elecciones, Rajoy apenas se ha movido para conseguir apoyos. El día anterior, en el Museo del Prado, dice que se «siente con fuerzas» para ser candidato. Rafael Hernando, el portavoz parlamentario del PP, lo remata: Rajoy se presentará porque es «su obligación» como líder del partido más votado. He confirmado que en Zarzuela no hay ni un ápice de información previa sobre la sorprendente decisión de Rajoy ese viernes. Desde Moncloa matizan: «Se habían visto todos los escenarios» después de Reyes. Citan incluso un intercambio de emails entre el jefe de la Casa, Jaime Alfonsín, y el jefe de gabinete de Rajoy,

Jorge Moragas, en el que se detallan esos escenarios. Zarzuela niega la existencia de esos correos, e insiste en que jamás habría discutido con Rajoy, que en esos momentos era sólo un candidato además de presidente en funciones, la posibilidad de saltarse una nominación. «Rajoy da la impresión de que va a aceptar hasta esa misma tarde», afirman en el entorno del rey.

Pero llega esa tarde y Rajoy presiona al rey para que éste cortocircuite la Constitución y él pueda ganar tiempo. Se niega a pasar al cajón del oprobio histórico. ¿Por qué él? Adolfo Suárez, Felipe González, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero. Los cuatro saborearon la gloria de una segunda legislatura. Insiste ante el monarca en que «todo está muy verde». El encuentro dura menos de cuarenta y cinco minutos. Felipe VI tiene que reaccionar. Insiste. El rey es un hombre aparentemente introvertido, tímido, obsesionado con no meter la pata, «reflexivo hasta la extenuación», según su entorno. Pero obstinado, sobre todo cuando se trata de defender una institución que lleva en vena desde niño. No da su brazo a torcer. Rajoy tampoco lo hace, fiel a su condición «taoísta-zen» que le atribuyen sus colaboradores. Las dos primeras instituciones del Estado se miran a la cara, frente a frente, y toman caminos separados. Nace un nuevo vocablo político: desistimiento.

Todas las consultas, de principio a fin, las evacúa a solas el rey. Excepto en esta ocasión, cuando se da cuenta de la gravedad de lo que está pasando. Llama a Alfonsín para que entre en el despacho cuando Rajoy se ha marchado. Alfonsín llega al despacho, esperan en la antesala Carmen Martínez Castro (secretaria de Estado de Comunicación) y Jordi Gutiérrez (director de Comunicación de Zarzuela), a los que sorprende ver pasar al jefe de la Casa tan pronto. Algo no va bien. Más tarde, el presidente comentará que no le gustó el gesto de Felipe VI de llamar a su mano derecha.

Un aire frío e histórico invade el palacio de La Zarzuela. Es un viento del norte que baja del monte de El Pardo y llega hasta el Congreso de los Diputados, donde políticos y periodistas no pueden creer lo que está pasando. Por primera vez en democracia, un líder político —un presidente del Gobierno— declina la invitación del rey para formar gabinete. Llueven las críticas. «Si el rey lo hace así es porque lo tiene claro. Él es el que más información tiene porque ha hablado con todos. Si el jefe del Estado te da el

encargo y lo rechazas es porque dudas de él. Él te lo da sabiendo que puedes», es el resumen que me hace un dirigente socialista, que califica el gesto de «ofensivo» y «desleal».

El problema no acaba ahí. Cuando Rajoy sale del despacho del rey, Alfonsín permanece dentro algún tiempo. Es entonces cuando Felipe VI toma otra decisión inédita en democracia: que la Casa del Rey informe a través de un comunicado del desistimiento del presidente. A partir de ahí se suceden dos horas frenéticas entre los guardianes de Zarzuela y Moncloa.

Pasadas las ocho de la noche, alguien grita en la cabina de la agencia Europa Press en el Congreso. Acaba de llegar el comunicado que ha exigido el rey. La redacción es gramaticalmente extraña: «En el transcurso de la última consulta, celebrada con Don Mariano Rajoy Brey, Su Majestad el Rey le ha ofrecido ser candidato a la Presidencia del Gobierno. Don Mariano Rajoy Brey ha agradecido a Su Majestad el Rey dicho ofrecimiento, que ha declinado».

En principio, Moncloa pide que se omita la negativa de Rajoy y que sea el presidente del Congreso en ese momento, Patxi López, el que informe de que no hay candidato. Sin más. Desde el primer momento, Zarzuela se muestra inflexible: el rey ha pedido expresamente que se informe a la opinión pública de lo sucedido. El argumento, además, es «de procedimiento»: cuando hay candidato, es la presidencia del Congreso la que se ocupa de anunciarlo. Pero cuando no lo hay, en unas circunstancias tan especiales, por primera en la historia, la Casa del Rey siente que tiene que explicarlo. Teme que los españoles acusen al monarca de no hacer su trabajo. Son dos horas de tira y afloja entre instituciones.

«Hubo una cierta tensión entre el rey y el presidente del Gobierno, pero yo no diría que se creó una brecha irreparable. Son dos profesionales», señala una persona del entorno de Rajoy que conoció de primera mano lo que ocurrió esa tarde en el despacho de Felipe VI. Una persona que participó en el proceso matiza: «Al rey le va a costar mucho perdonar a Rajoy. Las consecuencias que tuvo y las formas empleadas son importantes. Rajoy no avisó. Actuó en clave de partido y personal. Abrió una brecha importante con el rey». En cualquier caso, el monarca se salió con la suya: los españoles supieron que él había hecho su trabajo y que Rajoy lo había rechazado.

«Fue una posición táctica irresponsable de Rajoy. Albert Rivera, el joven líder de Cs, no es estrictamente monárquico, pero sí el político que con más entusiasmo se sitúa junto a Felipe VI. Cuando lo entrevisté para este libro, se mostró muy crítico con el desistimiento de Rajoy. A Rivera, de treinta y siete años, le gusta verse como el “Adolfo Suárez” de Felipe VI. Jugar con las instituciones no es sensato. Rajoy les hizo un quiebro e imagino que no les sentó nada bien. Ponía en la picota al rey». Algunos dirigentes políticos criticaron ante el rey la decisión de Rajoy. No obtuvieron reacción del monarca. «Él oculta sus sentimientos. Hace bien, es su deber», explica una persona que discutió con el monarca el desistimiento del presidente. Felipe VI no es Juan Carlos I, tampoco a la hora de expresar sus sentimientos. El rey jamás criticó a Rajoy públicamente en los días que siguieron a su extraordinaria decisión. Alberto Garzón (IU) me explicó así lo que dijo al monarca, directamente a la cara, sobre la actuación de Rajoy: «Se saltó el protocolo por pura táctica política. Le importó más la supervivencia del PP que las instituciones». Palabras rotundas que no obtuvieron reacción de Felipe VI.

Tampoco lo hizo Rajoy, un hombre quizá tan precavido como el rey. Algunos colaboradores del presidente pusieron en cuestión la insistencia del monarca por nominarlo cuando para ellos estaba claro que una investidura fallida pondría fin a su carrera política. Pero el presidente se abstuvo también de criticar al rey: «Muy poca gente sabe lo que pasó. No lo compartió con casi nadie. Por supuesto, no con el comité de dirección del PP».

Personal o constitucional, el desistimiento de Rajoy paró en seco el reloj institucional. La Constitución no dice nada al respecto: ni el rey ni el presidente del Congreso tienen la capacidad de disolver las Cámaras y empezar *ex novo*. ¿Quién y cómo lo hace? Según fuentes del PP, antes del desistimiento, poco después del 20-D se desempolva un informe del Consejo de Estado elaborado en 2003 con motivo del bloqueo en la Comunidad de Madrid. Ese documento, filtrado a la prensa tras la decisión de Rajoy y antes de que el rey nomine a Pedro Sánchez, da potestad al Congreso para autodisolverse.

Rajoy guarda silencio, y es sólo a finales de marzo, en una entrevista con Carlos Alsina (Onda Cero), cuando desvela que él era partidario de esa

opción de la autodisolución que, en términos prácticos, *puntea* constitucionalmente al rey. Asesorado por Alfonsín, «que estuvo muy encima e hizo mucho trabajo de campo», Felipe VI puso la Constitución por delante de un informe que «venía de la mano del PP y en la Casa desconfiaban», según fuentes conocedoras de lo sucedido esos días entre Zarzuela y Moncloa. Los partidos políticos no llegan a verlo, ni a discutirlo formalmente. Algunos consultan letrados de las Cortes. La respuesta de estos expertos es unánime: la autodisolución que acaricia el Gobierno es inviable constitucionalmente.

El rey no es el único sorprendido por la decisión de Rajoy. También ocurre en el PP. Tras el 20-D, «el plan era una sucesión de investiduras fallidas —primero Rajoy, después Pedro Sánchez— para finalmente armar una gran coalición», según fuentes del partido. Era la fórmula preferida por el *establishment*. Pero Pablo Iglesias, el entonces desconocido líder de Podemos, tenía otros planes para ese histórico 22 de enero de 2016.

El día del abrigo

Con las primeras consultas de Felipe VI llegó la revolución a Zarzuela. El lunes 18 de enero de 2016, el nuevo rey acabó con la tradición juancarlista de la carpa blanca a los pies de palacio con cruasanes y café, para que políticos y periodistas se refugiaran del frío tras las consultas. En diez ocasiones a lo largo de casi cuatro décadas de reinado, la carpa se instaló a la entrada por Somontes, en la carretera de El Pardo, y allí se celebraron las ruedas de prensa posteriores a la cita del líder de turno con el rey. Entre encinas, pistas de hockey y el llamado bar de El Facha. Gracias al bipartidismo, las consultas juancarlistas eran pan comido: un trámite de día y medio con un resultado conocido de antemano, excepto cuando la victoria insuficiente de José María Aznar en 1996 retrasó la nominación hasta que se cerró el pacto con el nacionalismo catalán.

En 2015 se acabó la liturgia tradicional. Llegaron el cambio, los alcaldes del cambio y la ruta del cambio que Pablo Iglesias inició en Cádiz. Tras las elecciones generales, en Zarzuela intuyeron que las consultas serían largas y

rechazaron la idea de una especie de campamento de políticos y periodistas a las puertas de palacio durante un tiempo indeterminado. Un 15-M en Somontes. En la Casa de Felipe VI, las decisiones se cocinan a fuego lento, se meditan en silencio y se anuncian como hechos consumados cuando están a punto de ocurrir. El equipo de comunicación, prácticamente el mismo que tenía Juan Carlos I, limita la información al máximo, como en los tiempos buenos de la monarquía, antes de que empezara el declive de Juan Carlos I. En esos complicados años del final del juancarlismo había filtraciones y globos sonda. Ahora reina el silencio más absoluto.

El lunes 18 de enero, y en aplicación de la filosofía del «cada uno a lo suyo» o «cada uno en su ventanilla», Zarzuela acabó con la carpa y los baños portátiles y devolvió a políticos y periodistas al Congreso de los Diputados. «Puro procedimiento», según una de las frases preferidas de Jordi Gutiérrez, el nuevo-viejo director de comunicación que también decidió alejar a los «habituales», los periodistas con acreditación especial para cubrir Casa Real. Ahora ni siquiera podrían acceder al salón de audiencias para informar sobre el saludo inicial del rey con el líder de turno.

Recuerdo una larga conversación ese día con Gutiérrez, el periodista catalán de remoto origen chiclanero. Su posición era rotunda, inamovible: sólo empleados de la Casa y fotógrafos oficiales estarían presentes en el saludo inicial del rey con los líderes políticos. ¿Por qué si incluso en la oscurantista Casa de Juan Carlos I los había? ¿Qué ocurre si al rey le da un ataque al corazón? ¿Qué pasa si un diputado agrade a Felipe VI? ¿O si alguien sufre un desmayo? ¿O si? Finalmente, Gutiérrez aceptó el argumento y permitió el acceso a un solo representante de la agencia Efe para que informara al resto de colegas al mismo tiempo y por igual.

Así fue como fui a parar, con el resto de «habituales», a la sala de prensa del Congreso de los Diputados, una estancia funcional y moderna con cómodos asientos y un gran atril. Diecisiete días a lo largo de diez meses. Cinco rondas de consultas. Cuatro estaciones. Dos en enero, una en abril, otra en julio y la última en octubre. Hasta trescientos catorce días hicieron falta en 2016 para formar Gobierno.

A regañadientes acabé dándole la razón a Gutiérrez: estábamos más cómodos, más abrigados, más dignos y encima se ahorra dinero público (el

coste de la carpa). Pero lo mejor fue poder asistir en primera fila a la puesta de largo de la nueva clase política. Había mucha expectación en el ambiente. La cadencia fue la misma durante todo el año: de menor a mayor grupo político, un encuentro en Zarzuela con el rey de aproximadamente media hora, una rueda de prensa en directo en el Congreso y a veces un corrillo *off the record* para terminar.

La primera semana culminó ese viernes 22 de enero, el día grande, el de la máxima expectación, con la primera visita de Pablo Iglesias a Zarzuela. Llegó a las diez de la mañana con su coleta, su camisa blanca ligeramente remangada y sus pantalones vaqueros. El profesor de Políticas de treinta y siete años que se estrena en las instituciones sube entusiasmado por el monte de El Pardo (dieciséis mil hectáreas, cincuenta veces el tamaño del Central Park neoyorquino). Allí hay cuatro mil gamos, tres mil seiscientos ciervos y quinientos jabalíes. Acostumbrados a los coches, los animales no se inmutan al paso de Iglesias, que no da crédito. Cuando saluda al rey, es lo primero que le dice: «He estado viendo los ciervos. ¡Qué maravilla!». La ocasión es especial también para el rey, que por primera vez tiene la oportunidad de hablar con el hombre que representa a la nueva izquierda española, a los más jóvenes, a cinco millones de personas que no han visto espacio en el PSOE para sus deseos de cambio político. El rey se ha informado al detalle del ideario de Iglesias, al que entonces ya empieza a considerar como un político más extremista de lo que parecía. Ese día, sin embargo, la relación aún promete.

Ambos, sin embargo, se muestran «muy diplomáticos», según Iglesias. Antes ya se han estrechado la mano cuatro veces, pero nunca en Zarzuela ni en circunstancias tan solemnes. La primera, en 2007, fue muy especial: el Príncipe de Asturias entregó al joven licenciado Iglesias una beca de Caja Madrid que le permitió completar su carrera en la prestigiosa universidad británica de Cambridge. En 2015 se ven tres veces. En primavera, Iglesias ya es eurodiputado y en Bruselas le regala al rey una colección completa de la serie *Juego de tronos*, hoy propiedad de Patrimonio Nacional, como todos los regalos que reciben los reyes y que exceden «los usos de cortesía». En octubre vuelven a saludarse en Estrasburgo. Finalmente, en noviembre, ya en campaña electoral, en el decimoquinto aniversario del diario *20 Minutos*,

conoce a la reina Letizia. Iglesias, que se describe como tímido y da la impresión de serlo, se siente fuera de lugar en los acontecimientos sociales a los que empieza a ser invitado como protagonista político. Cuando le presentan a la reina, sin pensar, le estampa dos besos en las mejillas ante el estupor de Arsenio Escolar, director del diario, que le reprende: «¡Cómo se te ocurre!».

Iglesias es un republicano convencido, como su padre y su abuelo, pero cuando me habla sobre Felipe VI en 2016 lo hace en términos muy elogiosos: «Es enormemente cordial, muy prudente, muy bien informado, muy formado y muy consciente del carácter simbólico de la monarquía». En el programa electoral de Podemos no se incluye el referéndum sobre la jefatura del Estado que sí defiende Izquierda Unida.

Pero volviendo a ese viernes 22 de enero, el rey no se espera en absoluto lo que Iglesias va a contarle «por lealtad institucional»: su plan es formar una coalición de izquierda, un Gobierno «proporcional» con el PSOE con Iglesias como supervicepresidente encargado del CNI y con varios ministros de Podemos con carteras importantes, como Plurinacionalidad y Defensa. El objetivo de Iglesias: actuar como «garantía de coherencia» de los socialistas y evitar que caigan en la deriva del bipartidismo tradicional: «Decir una cosa y hacer otra».

«Al rey le pareció audaz. Ese día tomó conciencia de que nosotros queríamos gobernar. Le sorprendió, como a muchos», me explicó meses después Iglesias, que ese día compareció crecido ante la prensa al regreso de su encuentro con el rey. Acompañado por su plana mayor, se mostró despectivo y sarcástico con su supuesto socio de Gobierno: «La posibilidad histórica de que Sánchez pueda llegar a ser presidente es una sonrisa del destino que deberá agradecerme».

Después me tocó a mí a cuenta de una pregunta que incluyó la expresión «coalición de perdedores» y por lo que intentó ridiculizarme antes de contestar: «Precioso abrigo de pieles que lleva usted». Ana Oramas, la diputada de Coalición Canaria, vio la escena por circuito cerrado de televisión desde su despacho y se horrorizó, según me explicó más tarde. Entonces pensó: «Esto no puede estar pasando en este país. Este hombre no

puede llegar al Gobierno». Desgraciadamente para Iglesias, Oramas no fue la única que se hizo esa reflexión.

Según me contó Rafael Hernando, fue esa histórica rueda de prensa la que hizo cambiar de opinión a Rajoy, quien decidió a media mañana del viernes no aceptar la oferta del rey cuando oyó a Iglesias declararse vicepresidente. La puntilla para Rajoy fue la respuesta de Pedro Sánchez a la oferta de Gobierno de Iglesias, que el presidente interpretó como positiva. Lo cierto es que Sánchez improvisó en la rueda de prensa posterior sólo con «una rápida información verbal», según me explicó Juanma Serrano, su jefe de gabinete, que estaba en la antesala del despacho del rey en Zarzuela pegado a su móvil, donde recibía los datos que el gabinete de prensa le iba mandando. «Pedro estaba con el rey y no sabía lo que Iglesias estaba diciendo en el Congreso. Después, apenas hubo tiempo en el coche entre Zarzuela y el Congreso».

Según Serrano, Pedro Sánchez «hizo lo que pudo para salir del paso, dijo que primero había que hablar de política y después formar Gobierno». Para el PP, sin embargo, la respuesta de Sánchez fue un «guante» a la oferta de Iglesias. «Es lo que convenció a Rajoy de que en España se iba a repetir la fórmula de Portugal», señala Hernando en referencia al ejemplo del país vecino, donde ganó la derecha pero gobierna el socialista Antonio Costa gracias a una coalición de tres partidos de izquierda, antiguos enemigos todos.

¿Quién dice toda la verdad? ¿Quién esconde una parte? ¿Rajoy? ¿Sánchez? ¿Iglesias? Así me habla Pablo Iglesias: «Yo no sabía que estaba provocando un desistimiento. Lo que quería era negociar con el PSOE de igual a igual». Él mantiene, como Rajoy, que Sánchez sí aceptó su oferta ese 22 de enero, pero que los barones de su partido no le dejaron completarla. Sánchez sostiene que Pablo Iglesias dio marcha atrás en las negociaciones posteriores porque quiso, como Rajoy, ir a otras elecciones y conseguir el *sorpasso* de la izquierda y llegar incluso a la presidencia.

Ese viernes 22 de enero, el rey manejó más información que nadie y actuó incluso de enlace informando a Sánchez del plan que le va a ofrecer Iglesias. La semana siguiente, en la segunda ronda de consultas, Felipe VI le dio otra *exclusiva* a Alberto Garzón, el líder de IU, al adelantarle que Iglesias

ha pensado en él como ministro de Trabajo en ese hipotético Gobierno que quiere formar con el PSOE y que Alfredo Pérez Rubalcaba apodó con gran éxito «de Frankenstein».

Ese viernes, 22 de enero, pasan más cosas. Juan Carlos I, que ha abdicado pero no ha dejado de sentir, reacciona furioso cuando conoce la noticia del desistimiento de Rajoy:

—*¡A mí me iba a hacer esto!*

La reacción la oye una persona que reflexiona sobre lo distintos que son los dos reyes. Felipe VI ha aprendido a controlar sus emociones, pero hay una reacción física que no puede disimular: en momentos de tensión, sus orejas se ponen rojas. Como los quiebro de su voz en algunos discursos oficiales. La contención tiene un precio: él lo paga a base de canas.

En las entrevistas realizadas para este libro he observado una curiosa coincidencia entre Juan Carlos I y algunos líderes de izquierdas: el convencimiento de que Felipe VI tenía que haber obligado a Rajoy a aceptar la invitación. ¿Cómo? «Con la *auctoritas* que se le presupone a un monarca que tiene la Constitución como arma», señala un veterano político que prefiere no identificarse. Alexandra Fernández, diputada de En Marea, por el contrario, me dice muy claramente que ella no cree que el rey lo hiciera por debilidad, sino por «conspiración». Fernández, una arquitecta gallega de veintiocho años, mantiene que Felipe VI tomó la «decisión bien medida» de contribuir al mantenimiento del «régimen del setenta y ocho», que necesita de «monarquía y bipartidismo» para respirar.

Por eso aceptó el desistimiento de Rajoy, que no fue más que otro «golpe de mano» tan antidemocrático como la reforma exprés (con *agostidad* y alevosía) del artículo 135 de la Constitución en septiembre de 2011 o «la abdicación de Juan Carlos I» en junio de 2014. Un artero plan para impedir el cambio en España.

Las cuatro fachadas de Hildeyard

Miércoles, 27 de enero de 2016. Palacio de La Zarzuela. Suena la hora, solemne y puntual, en el despacho del rey. El diputado canario Pedro

Quevedo, un melómano con aspecto de galán de cine, se fija en un reloj «precioso» sobre una de las mesas secundarias, una joya entre los setecientos veintiún relojes de Patrimonio Nacional, una maravilla astronómica que el primer Felipe de Borbón compró al jesuita inglés Hildeyard. Tiene cuatro caras, y en su interior encierra el universo entero: salidas y puestas del sol, los doce signos del zodiaco, constelaciones, fases lunares, fiestas móviles como Pentecostés o el Corpus Christi y hasta las mareas en los puertos europeos de Calais, Dunkerque, Dieppe y Texel. Quevedo se deshace en elogios. El rey, algo apurado, deja bien claro que no le pertenece a él.

El diputado Quevedo Iturbe, sesenta y un años, médico de profesión y político vocacional, tiene un padre canario y una madre vasca en cuya tierra se hizo nacionalista y republicano de izquierdas. El orden de las consultas — de menor a mayor— le convierte en el número uno: el primero de los diecisiete líderes políticos que va a ver al rey y también en el primero que ofrece la rueda de prensa posterior. Cinco veces. Él se estrena el 18 de enero con el rey Felipe en Zarzuela, como la mayoría. Sólo cinco de ellos han estado antes en la residencia real, y el que más, Rajoy. Hay curiosidad. Tienen impresiones parecidas. Coinciden en que Felipe VI «escucha y pregunta con precaución» e incluso «pregunta más que habla», en que es un «interlocutor inteligente». Les sorprende positivamente que en Zarzuela no haya impresión de lujo y derroche. Garzón (IU) me dijo que hay mucha más «parafernalia» en el Congreso que en Zarzuela. Según Xavi Domènech (En Comú Podem) está «muy bien informado». Para Albert Rivera (Cs) es un «interlocutor respetuoso». «Un gran conocedor social y político del país», según Javier Esparza (UPN). «Te mira a los ojos, te hace sentir cómodo», me dice Íñigo Alli (UPN).

El más veterano Joan Baldoví (Compromís), cincuenta y ocho años, me explicó la diferencia que sintió entre padre e hijo con una anécdota. En diciembre de 2011, y por primera vez desde la Segunda República, Baldoví se convirtió en el primer diputado valencianista que accedía al Congreso y, como tal, acudió a consultas con Juan Carlos I, que desde el primer momento lo tomó por ecologista. Obviamente, el rey no se había estudiado bien el perfil de los líderes. A Baldoví le dio apuro corregirlo, y el monarca se pasó parte de la audiencia hablando de Gregorio López Bravo, el ministro

franquista de Industria al que Juan Carlos I atribuyó carácter de pionero en 1969 en el uso de placas solares en España. De Felipe VI, por el contrario, hay constancia de que estudia las fichas, las lee y las corrige.

A Quevedo, como a Iglesias y todos los que acudieron a consultas, les gustaron los ciervos, los jardines, las cosas hechas «con corrección», «sin lujo excesivo», con «símbolos monárquicos accesibles». También tuvieron muchos la impresión de que hay gente «especialmente inteligente trabajando allí, profesionales». Entre la izquierda republicana, esta imagen tan positiva se fracturó en 2017 tras la decidida actuación del rey en la crisis catalana, con sus discursos del 3 de octubre y del Princesa de Asturias el 20 de octubre.

Están de acuerdo todos los entrevistados en que hubo dos picos dramáticos: el desistimiento en enero y el nuevo parón en el verano tras las segundas elecciones, hasta que Ciudadanos da su brazo a torcer y acepta apoyar a Rajoy. Con esta decisión, Albert Rivera se arriesga pero consolida su «suarización» ante el rey. Antes de la decisión de Rivera, todos describen al rey como «muy preocupado», «consciente de que no podemos ir a terceras elecciones», y «pidiéndonos que nos pongamos de acuerdo, aunque él no pueda intervenir». Aún pasarían más cosas. Al final, sobre sus espaldas acabarán pesando en 2016 dos elecciones generales, tres investiduras (dos de ellas fallidas), cinco rondas de consultas y la debacle del principal partido de la oposición.

Felipe VI apenas sale de Zarzuela. Postpone el viaje a Londres y no va a Brasil a apoyar a los deportistas españoles. Todo es complicado ese año, hasta el último día. Cuando finalmente se produce la investidura de Rajoy, el 29 de octubre de 2016, el monarca acude, en contra del criterio de Moncloa, a la Cumbre Iberoamericana en Cartagena de Indias. En Moncloa creen que el rey tiene que estar en territorio nacional cuando se está votando en el Parlamento la investidura del nuevo presidente del Gobierno y mencionan el fantasma del 23-F. Zarzuela acaba imponiendo su criterio.

Visto con distancia, el año resulta extraordinariamente difícil de gestionar comparado con los dos anteriores. Los españoles aceptaron con gusto medidas como el rechazo a los regalos excesivos, la prohibición de hacer negocios y los dos viajes de Estado (Francia y México). En cinco meses apenas, *El País* certifica en una encuesta que el 66 por ciento aprueba

la gestión de Felipe VI. En mayo de 2015 lo corrobora el CIS. Hasta los más contrarios a la monarquía reconocen que la transición entre reyes se ha hecho con inteligencia y que Felipe VI ha taponado la hemorragia provocada por Juan Carlos I.

Así de bien iba todo hasta que el 20-D se para el reloj y llegan los ciervos. El tiempo se detiene. Algunos son conscientes del paso de los días porque se fijan en el cambio de las fotos en el despacho del rey. De repente, aparece Obama. Todo lo ocurrido en esos diez meses de 2016 permanece en sus memorias como una especie de nebulosa, según los testimonios recogidos. Para Felipe VI, la experiencia resulta de enorme utilidad: entra en contacto de lleno con la nueva España que divisa Spottorno en 2012 y constata que su padre ya no hubiera sido capaz de gestionarla.

Es la España que viste distinto, tutea al rey (seis de los diecisiete líderes lo hacen) y se comunica a través de Twitter, el medio utilizado por Gabriel Rufián (ERC) para explicar por qué no acude a las consultas con el jefe del Estado: «Aquí nuestros únicos reyes son nuestros hijos». Con deportividad, Felipe VI acepta regalos impensables en la época de Juan Carlos I como el libro *La Tercera República. Construyamos ya la sociedad de futuro que necesita España* (Península, 2014) que Garzón presentó al público la misma semana de la abdicación. El joven diputado de IU, de treinta y un años, se refiere al rey como «ciudadano Borbón», lo tutea y exhibe en su despacho del Congreso la bandera republicana al igual que los otros siete compañeros de escaño. Para Garzón, tutear al rey es una forma de «rebajarle el ego, de desacralizar la figura».

El historiador Xavier Domènech, diputado de En Comú Podem, también le lleva un libro: *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010-2013)* (Akal, 2014). La obra de Xavi Domènech, como es conocido, describe el alumbramiento del 15-M y sus consecuencias en la política española. Domènech y el rey hablan de historia y discuten «la crisis del régimen» que identifica el diputado catalán, republicano de cuna. Baldoví le entrega una copia de los Furs, los fueros valencianos que su antepasado Felipe de Borbón arrebató a los valencianos en el siglo XVIII por justo derecho de conquista. Él sonrío y le da las gracias.

Entre tanto cambio, Felipe VI recibe con alivio a la diputada Ana Oramas, una mujer de cincuenta y siete años de larga tradición parlamentaria y monárquica que tenía nueve años cuando vio entrar a don Juan en la casa familiar de La Laguna (Tenerife) para comer con su tío Leoncio Oramas, miembro del consejo privado del abuelo de Felipe VI. Diez años más tarde, don Juan repitió pero Oramas no consiguió sentarse a la mesa. Ha estado tres veces en consultas con Juan Carlos I, y cuando llega a Zarzuela el lunes 18 de enero por la mañana, de las primeras, le da cierta tranquilidad al rey. Ella conoce bien a ambos monarcas, especialmente a Juan Carlos I, a quien en más de una ocasión ha dirigido «palabras duras».

«Ni por formación ni por forma de ser se parece al rey anterior. Ni para lo bueno, ni para lo malo», dice Oramas, una mujer afable que se declara muy partidaria de la monarquía y de la manera en la que Felipe VI sabe «sacrificar la institución por los intereses del país». Por ejemplo: el viaje a Londres cancelado o la manera de defenderse de Rajoy. Según Oramas, «el rey no sabía que Rajoy iba a decir que no en enero de 2016 y eso supuso un enorme golpe a la institución. Había mucha presión para que interfiriera en el proceso, para que asumiera papeles que no le correspondían, pero él no lo hizo. Tenía claro el momento delicado del país».

Como los demás, está de acuerdo en que el verano supuso otro punto álgido de «enorme preocupación» para el rey. «Se preguntaba si habría unas terceras elecciones. Fue valiente, y jugó un papel importante instando al diálogo, al acuerdo». Desde el otro extremo, Pablo Iglesias añade que Felipe VI fue «consciente de la imprevisibilidad del momento» y a pesar de la preocupación se mostró «cordial, cercano desde el primer momento». Cuando Iglesias le pregunta si le molesta que le tutee él dice que no. Se llevan diez años de diferencia y a los dos les gusta el cine. Están de acuerdo en que «hoy día, las series son fundamentales: el cine fija nuestra posición sobre acontecimientos fundamentales».

El reloj de Hildeyard va marcando las horas, aproximadamente cuarenta y cinco minutos de encuentro por líder, y la izquierda republicana sale de allí convencida de que el cambio de modelo de Estado no es prioritario. «Si hubiera seguido el deterioro, eso hubiera sido motivo de preocupación. Pero supieron hacer el cambio a tiempo. La postura intencionada de Felipe VI de

no tener protagonismo y que lo tenga la clase política ayudó a que el sentimiento republicano bajara. En las cinco visitas que mantuve con él, nunca le oí emitir una opinión política más allá de la unidad de España. Estuvo impecable», explica Baldoví.

«Preguntaba más que hablaba, a veces lo noté preocupado porque no sabía muy bien de qué manera podía solucionar el problema», prosigue el diputado valencianista. «Mi impresión es que no tenía conocimiento previo del no de Rajoy y que creyó posible que Pedro Sánchez llegara a ser presidente del Gobierno. Creo que ha aprendido de los errores de su padre. Tiene un carácter totalmente diferente, nada que ver».

Alexandra Fernández, la joven gallega originaria de los movimientos sociales que desembocaron en el 15-M, insiste en que el rey facilitó «el rescate a Rajoy» no forzándole a ir a la investidura en esa primera instancia pero reconoce el aprendizaje mutuo que suponen esas cinco horas con el rey. «Por primera vez vi al rey en su despacho como agente político, tomando decisiones», afirma Rivera, que lo conoció en 2013 y sintió de inmediato la química con un hombre de su generación con el que pudo hablar de conciliación familiar. Un veterano político del PP concluye que Felipe VI hizo un máster esos diez meses de 2016. «Ha visto caer a su padre y conoce la política moderna en España. Con eso ya tiene bastante».

#Fakenews: de Sánchez a Rajoy

—*A lo mejor tú tienes que tirar, ahora te va a tocar a ti.*

Martes, 2 de febrero de 2016. Palacio de La Zarzuela. Felipe VI habla así al secretario general del PSOE, Pedro Sánchez Pérez-Castejón, el líder que más se parece a él en edad (el rey es cinco años mayor), estatura (mide sólo siete centímetros más) y carácter (ambos son obstinados y reservados). Sánchez no lo duda cuando oye la invitación del monarca. «Ni un segundo. No se le pasa por la cabeza decir que no al jefe del Estado. En ese momento, él no tiene acuerdos con nadie, los empieza a construir *a posteriori*», explica una persona que participó en el proceso de designación del secretario general del PSOE tras el desistimiento de Rajoy.

Rivera, el líder de Ciudadanos, siempre dispuesto a ayudar, le acaba de confirmar ese día al rey que está dispuesto a ir con Pedro Sánchez y sus escasos 90 diputados. El rey calcula que llegados a la investidura, el líder socialista podrá hacerse de alguna forma con la abstención de Podemos. Al menos así lo espera. Hace algo inédito en democracia: pone en funcionamiento el artículo 99.4 de la Constitución que habla de «sucesivas propuestas». El cronómetro está, por fin, en marcha, y el primero en celebrarlo es Juanma Serrano, cuarenta y tres años, el hombre que en 2013 subió al coche con Sánchez para recorrer España y ganar las primarias a la secretaria general del PSOE por primera vez en la historia del partido. Serrano estuvo ahí cuando Sánchez salió de Ferraz en octubre de 2016 y también seis meses después, cuando su increíble regreso en mayo de 2017. Serrano, como el resto del entorno de Sánchez, está convencido de que después de esta hazaña les espera La Moncloa.

Fuera de palacio, prende la euforia menos en el PP, que no quiere perder la presidencia del Gobierno, y en Podemos, donde Iglesias no quiere ir de copiloto y mucho menos en el asiento trasero. Iglesias quiere ser el conductor del coche. Madrid entra en modo de rumor absoluto. Se jura y perjura que Sánchez e Iglesias tienen un pacto secreto. Y lo que es peor, que ese pacto de sangre está bendecido —cómo no— por la reina Letizia. Se añade el motivo de tan secreta amistad: la reina y el líder del PSOE estudiaron en el instituto Ramiro de Maeztu de Madrid, y se conocen desde hace media vida. También la prueba indeleble de esa amistad secreta: la reina Letizia bajó a saludar a Pedro Sánchez cuando éste estaba en consultas con el rey el 22 de enero de 2016. Un gesto inadmisiblemente intromisión política porque además fue el único de los diecisiete líderes políticos con el que lo tuvo.

Esta historia la cuenta con absoluta seguridad un ministro del Gobierno de Rajoy en uno de esos almuerzos de poder que tienen lugar a diario en este Madrid rodeado por la M-30 que yo denomino almendra central. La historia, da igual que sea falsa, empieza a rodar por el conocido sistema de boca-oreja que impera desde hace siglos en la capital del reino. En menos de un mes, se convierte en verdad incuestionable.

Desmontar un caso de #Fakenews como éste no es fácil. He necesitado de cuatro fuentes diferentes no conectadas entre sí para establecer los hechos.

Pedro Sánchez nació el 29 de febrero de 1972 y la reina Letizia el 15 de septiembre de ese mismo año. Él va un curso por delante de ella. Ambos hicieron el bachiller en el instituto Ramiro de Maeztu de Madrid, un centro público académicamente respetado. Sánchez fue a clase de día. La reina Letizia en la tarde-noche, entre otros motivos porque trabajaba para ayudarse en los estudios. Jamás se cruzaron, nunca se conocieron.

En el verano de 2014, Sánchez se convierte en secretario general del PSOE y Letizia Ortiz estrena reinado consorte después de diez años como Princesa de Asturias. El 29 de julio, Sánchez acude en La Zarzuela a la habitual audiencia que el rey le ofrece como recién elegido líder del PSOE. Mientras ambos están en el despacho, entra la reina Letizia y pregunta a Sánchez: «¿Tú y yo nos conocemos?». Ha oído rumores sobre los estudios compartidos en el Ramiro de Maeztu. Se saludan, se ubican en distintos cursos y en distintos horarios y se despiden. La realidad es que en 2016 la reina Letizia no saludó a ninguno de los líderes políticos que acudieron a consultas.

Pasaron dos años hasta que la reina volvió a encontrarse con Pedro Sánchez, esta vez con su mujer, Begoña Gómez, en la fiesta del cuarenta aniversario de *El País*, el jueves 5 de mayo de 2016. En ese acto conoció también a Alberto Garzón, que estaba con su novia y ahora esposa, Anna Ruiz. El líder de IU me contó que desde entonces le parece que Felipe VI es «más simpático» que la reina Letizia. Pero la leyenda urbana de una reina Letizia roja que apoya a Sánchez y detesta a Rajoy perdura. No ayuda la parca política de comunicación de la Casa del Rey, renuente a anunciar cambios en el protocolo real como la no asistencia de la reina a las tomas de posesión del presidente y sus ministros. Simplemente los aplican con el menor ruido posible.

Eso es lo que ocurrió el lunes 31 de octubre, cuando Rajoy jura por fin su cargo ante el rey en Zarzuela. Otra nueva primera vez para Felipe VI. Nadie nos informó del cambio de protocolo, y ya dentro del salón de audiencias, en plena ceremonia, caímos en la cuenta de la gran ausencia de la reina Letizia, sobre todo después de saber que la reina Sofía ha asistido a las tomas de los seis presidentes del Gobierno de la democracia. La explicación sobre esta ausencia se produce tarde, cuando ya se han disparado los rumores

y las críticas: «Porque la jura forma parte del final de un proceso constitucional que incluye las consultas, a las que tampoco acude la reina». Como gusta de decir un viejo conocido de la Casa, «la Corona es unicéfala».

En cualquier caso, el chisme y la política van de la mano ese año bronco en el que Pedro Sánchez fracasa y se convocan nuevas elecciones (26-J) de resultado complicado: el PP gana 14 escaños y alcanza los 137 mientras PSOE (85) y Podemos (71) retroceden. Se interpreta que Rajoy se ha ganado el puesto pero la aritmética sigue sin dar. Con la suma de sus potenciales aliados (32 de Cs, 5 de PNV y 1 de CC) a Rajoy le sigue faltando un voto para llegar a los 176, el número mágico.

Y así llegamos al verano de 2016, políticamente pringoso, largo y extenuante después de que Felipe VI haya tenido que aplicar otro artículo inédito en democracia, el 99.5, que le autoriza a «disolver las Cortes». El martes 26 de julio de 2016, día de Santa Ana y San Joaquín, comienza la cuarta ronda de consultas. Hace mucho calor en Madrid y Zarzuela empieza a filtrar que serán unas «vacaciones atípicas». Al rey lo encuentran «preocupado», una expresión que se convierte en habitual durante la crisis en Madrid en 2016 y en Barcelona en 2017. El rayo de esperanza lo pone Rivera, que empieza a dar señales de cambio: pasa de su no total y absoluto a Rajoy a una tímida abstención. El viernes 29 de julio, Rajoy hace una cosa rara. Acepta el encargo del rey pero tarda veinte días en confirmar que va a la investidura. Una especie de sí pero no. Otro gesto dudoso hacia Felipe VI, según la mayoría de los líderes. Rajoy no declina como en enero, pero no asume el compromiso en su totalidad.

Finalmente, el milagro. Se produce tras el puente de la Virgen, a mediados de agosto, cuando Rajoy está a punto de tirar la toalla porque las siete exigencias de Rivera le parecen «una bajada de pantalones», según su entorno, que lo convence de que no puede volver a declinar ante el rey, al que ya ha dicho que sí. ¿Dónde está Felipe VI mientras todo esto ocurre? En la costa dálmata, en Croacia, embarcado en el *Dolce Vita*, un barco cuyo alquiler cuesta treinta dos mil euros a la semana y que pagan ellos. Le acompañan la reina Letizia, sus dos hijas, cuatro guardaespaldas y un asistente, todos a sueldo del erario público.

Un patinazo de comunicación que ensombrece su labor política. Sobre todo porque a primeros de mes ha decidido que no va a la inauguración de los Juegos Olímpicos de Brasil por la situación política. Tampoco acude ningún otro miembro de la familia real. La reina Sofía, el rey Juan Carlos o a la infanta Elena, tradicionalmente relacionada con el deporte paralímpico. Todos ociosos y ajenos a la situación política. Nadie acude a apoyar a los deportistas españoles, que reciben palabras de aliento de los reyes sólo por Twitter.

Los reyes se resisten a informar de las vacaciones, y para preparar la ausencia que se avecina en el crucero, el 11 de agosto, la Casa avisa a los medios. Los reyes, solos, van a los cines Renoir de Madrid, un lugar de culto de cinéfilos por la versión original de las películas. Aparecen sus fotos, casualmente tomadas a la puerta de los cines por esos fotógrafos que han sido avisados. Después, desaparecen durante diez días. A la vuelta, de nuevo, un aviso puntual a ciertos medios. Otra exclusiva. Los reyes salen de un restaurante de pescado en la plaza de Oriente. De nuevo en Madrid. El plan no funciona. El programa *Sálvame* de Telecinco descubre el crucero secreto en Croacia entre el 13 y el 20 de agosto.

La Casa del Rey se niega a proporcionar datos de lo que consideran vida privada. No atienden a razones. ¿Tienen los reyes derecho a desaparecer? «Tienen derecho a veinte días al año de privacidad total —insisten en la Casa—. No es nada comparado con el trabajo que hacen todo el año». La opinión pública critica el secretismo, pero los reyes no piensan variar una costumbre que adoptaron como príncipes. Para suavizar las críticas, la Casa se esfuerza en dar a conocer que «el presidente del Gobierno está informado de dónde está el rey en cada momento». El detalle es importante y se retrotrae a la escapada a Botsuana de Juan Carlos I en abril de 2012. «El rey anterior tenía mucho que esconder, pero la imagen de una familia joven jugando junta en una playa sí es entrañable», afirma una persona cercana a Juan Carlos I en irónica referencia al adjetivo utilizado por Corinna —«amiga entrañable»— para definir su relación con el rey emérito.

Los reyes no tienen suerte con las vacaciones secretas. En el verano de 2017 tuvieron que interrumpirlas por el atentado yihadista en Barcelona. Hay más críticas cada año. Los jardines de Marivent ya están abiertos al

público y sin embargo entre el 15 de julio y el 15 de septiembre permanecen cerrados aunque los reyes sólo lo usen diez días. Dos meses abiertos y mantenidos con dinero público para que lo disfruten sólo la reina Sofía y otros familiares. A esto se han unido las críticas sobre la ausencia de líderes internacionales en Marivent como en el pasado, sobre todo en agosto de 2017 cuando los actos vandálicos y los problemas en el aeropuerto del Prat afectaron a la Marca España. El 26 por ciento del PIB del país proviene del turismo. ¿No deberían Felipe VI y la reina Letizia vender más el producto español en la temporada alta? La respuesta es la misma: los reyes tienen derecho a un tiempo limitado de privacidad absoluta. Los medios culpan a la reina Letizia, de la que dicen que detesta Marivent, la familia, la vela y los actos sociales.

En el verano de 2016, la política espera a los reyes a la vuelta de Croacia. La investidura fallida de Rajoy en septiembre devuelve «la patata caliente» al rey «con los partidos muy enfrentados», escribe en *Público* el veterano periodista parlamentario Juan Antonio Blay. Rivera ha invertido su mayor capital político, su ADN —la lucha contra la corrupción— en la opción Rajoy, y eso ayuda enormemente al rey. Pero Sánchez no da su brazo a torcer. España se dirige a unas terceras elecciones. La fecha límite para disolver las Cortes: el 31 de octubre.

Entonces comienza el motín contra Sánchez o la fase final del mismo, según fuentes del nuevo PSOE, que sitúan su origen en la semana del 20 al 28 de diciembre de 2015, cuando el comité federal del PSOE suscribe una resolución política que ata de pies y manos a Sánchez: si Podemos no renuncia a defender un referéndum independentista para Cataluña no será posible ni sentarse en una mesa para empezar el diálogo. «Ahí empieza el acoso y derribo de Sánchez. Lo inician miembros del partido que quieren hacerse con el poder. A partir de las segundas elecciones el 26-J se les unen factores exógenos: el Ibex, la vieja guardia del PSOE y algún medio de comunicación», explican fuentes del llamado nuevo PSOE.

Miércoles, 28 de septiembre de 2016. En el palacio de El Pardo, Felipe VI y Letizia reciben al equipo olímpico español que ha estado en Río. Los acompaña la infanta Elena. La reina Letizia está visiblemente incómoda con la presencia de su cuñada, a la que no dirige la mirada ni la palabra en todo el

acto. «No quería que doña Elena fuera, y la Casa la obligó. Cuando eso ocurre, ella reacciona poniendo mala cara», señala una persona que conoce las circunstancias que rodearon la organización del acto.

Mientras la reina ignora cordialmente a la infanta Elena, Felipe VI alaba a los deportistas, «por el ejemplo magnífico a nuestra sociedad: la búsqueda de la excelencia, la honestidad y el juego limpio». Al salir de El Pardo, la radio nos devuelve al juego sucio de la política española: Felipe González acaba de dar el pistoletazo de salida al motín final contra Sánchez a través de una entrevista con Pepa Bueno en la cadena SER. Horas más tarde, le siguen diecisiete miembros de la ejecutiva del PSOE. Con esa jugada, se abre la guerra vía reglamento interno. Según los críticos, diecisiete más dos dimisiones presentadas meses antes por razones diferentes y la del fallecido Pedro Zerolo suman veinte en una ejecutiva formada por treinta y ocho personas. Según los sanchistas, han dimitido diecisiete y quedan otros dieciocho, con lo cual no es la mitad más uno. Y esgrimen además que, según el artículo 36 del reglamento, la dimisión de la mitad más uno equivale sólo a la convocatoria de un congreso extraordinario pero no exige la dimisión del secretario general.

El día antes de volar a Chile, Felipe González coincidió en Colombia con Juan Carlos I en la firma del plan de paz de las FARC y, según fuentes solventes, comunicó a Juan Carlos I que Sánchez lo había engañado durante el verano diciendo que iba a abstenerse. Ahora, según González, Sánchez iba a traer la desgracia a España aliándose con los «locos» de Podemos. «Ambos —el rey emérito y González— estaban indignados con la situación de parálisis en la que se encontraba España», señalan fuentes conocedoras de la conversación entre Juan Carlos I y González en Cartagena de Indias.

La semana de pasión desemboca en el histórico comité federal del sábado 1 de octubre de 2016. La sangre desborda la sede de Ferraz. Sánchez tira la toalla y una comisión gestora se hace con las riendas de un PSOE roto en canal. «Fue horroroso. Cómo lloré ese día. Para mí era un dolor, esa criatura, Pedro Sánchez —rememora una persona que conoce al líder del PSOE desde los dieciocho años—. No puedo olvidarme de las palabras de Rubalcaba, que contó así lo ocurrido en el comité a terceras personas: “La

fuerza que hubo que aplicar fue directamente proporcional a la resistencia opuesta”».

Rubalcaba me desmintió haber pronunciado esas palabras: «Se trata de una frase estúpida que yo no pronunciaría jamás porque tiene pretensiones científicas que la hacen aún más estúpida». El antecesor de Pedro Sánchez restó importancia a su defensa de Susana Díaz y me insistió en que hace tres años que abandonó la política. Pero en el nuevo PSOE, al 1-O del Comité Federal algunos lo llaman «Puerto Hurraco II» en referencia al asesinato masivo en ese pueblo de Badajoz en 1990 por el enfrentamiento entre dos clanes familiares. Para colmo, la persona que me lo cuenta añade que el forense de Puerto Hurraco ese año fue Guillermo Fernández-Vara, presidente de la Junta de Extremadura y *susanista* en la guerra civil que se libró en el PSOE. Otros hablan de «la noche de los cuchillos largos» como sinónimo de purga política. Esa noche de mal recuerdo, el rey no llama a Sánchez para ofrecerle sus condolencias, pero el líder defenestrado sabe que Felipe VI «no ha estado en la conspiración», según fuentes solventes.

Consumada la defenestración, el reloj se pone en marcha de nuevo. El PSOE post-Sánchez va a permitir gobernar a Rajoy aunque todavía queda algún sobresalto, como el que protagonizan los ministros Margallo y Fernández-Díaz, al defender públicamente unas terceras elecciones antes que un Gobierno en minoría en un Congreso imposible de gestionar. La idea es del supergurú Pedro Arriola. Pero a Moncloa les llega un mensaje de Zarzuela: si «los números dan» con la abstención del PSOE, Felipe VI volverá a nominar a Rajoy a finales de mes. El presidente en funciones, consciente de que no puede volver a desistir, manda callar a los ministros el 6 de octubre en Torremolinos al afirmar que no pondrá condiciones a un PSOE hundido.

El último rifirrafe es el mencionado de la investidura el viernes 29 de octubre y el sábado 30 y el viaje a Cartagena de Indias. El rey ha renunciado a ir a Londres, a Japón y a Brasil. Su único «viaje de Estado» ese año ha sido el de la ruta del Quijote a Tomelloso, Villanueva y Talavera de la Reina. Ya está bien. Se discute. Según la Casa del Rey, Felipe VI está obligado constitucionalmente a recibir la información de Ana Pastor, la presidenta del Congreso, de manera «formal y presencial». Pero nada más. Es un trámite

previo a la firma del real decreto, y puede tener lugar a partir del sábado 30 de octubre, que es cuando regresa de la cumbre. Algunos gritan 23-F. El rumor se hace tan intenso —el rey ha de estar en territorio nacional el día que Rajoy es investido— que él mismo tiene que desmentirlo.

Para eso utiliza a Ana Oramas, una persona de la confianza de la Casa, y una de las primeras a la que ve en la quinta y última ronda de consultas. Oramas nos lo contó en rueda de prensa: «El Congreso organiza el debate como considera. Si el Congreso otorga la confianza al candidato, se le comunica al rey, que firmaría el decreto de nombramiento».

Hasta el final, la Constitución y sus lagunas. Zarzuela mantiene que al rey, tras las consultas, sólo le corresponde firmar el decreto de nombramiento tras recibir la confirmación de la presidenta del Congreso. Moncloa habría preferido que el monarca se hubiera quedado en España.

Y un último punto de discordia, muy humano. En el nuevo PSOE lo llaman la traición de Antonio Hernando y su intento de involucrar al rey. Hernando, portavoz parlamentario de Pedro Sánchez, mano derecha, hombre de confianza, que se cambia de bando y se queda con la gestora que sustituye a Sánchez. La historia es conocida en el partido como «la famosa hipoteca» de Hernando que se transforma en otro caso de rumor falso.

El 12 de octubre de 2016, con Pedro Sánchez ya volatilizado de los salones del poder, se celebra en el Palacio Real la fiesta nacional. Los reyes ofrecen un cóctel a mil trescientas personas, y la clase política acude al completo menos Pablo Iglesias. Susana Díaz, vestida de rojo fuego, ejerce de reina socialista en los corrillos, donde reparte abrazos y cariños, en la antesala casi de la presidencia del Gobierno. En un rincón apartado, Antonio Hernando intenta no llamar la atención después de las fotografías de la tribuna militar donde se le ve cobijado bajo el paraguas de su homólogo del Partido Popular, que además se llama Rafael Hernando. Los Hernandos. Demasiados símbolos para un hombre que tiene mala conciencia.

Desde ese salón, ese día, el rumor prende en el partido. Antonio Hernando ha sido visto hablando con el rey, que lo ha tranquilizado, respecto a su futuro y el de España, que van unidos. Esa conversación, y su contenido, va rebotando y agrandándose de boca en boca. Pedro Sánchez no lo cree y mantiene que Felipe VI jamás borbonearía de esa manera. Todos los políticos

entrevistados insisten en que la prudencia en el hablar es el signo más distintivo de Felipe VI. «Antonio busca refugio personal en el rey. Quiere blanquear su traición y hacerla pasar por un servicio a España. Por eso cuenta que el rey ha hablado con él. No se puede disfrazar la traición de patriotismo», es el resumen que se hace en el entorno de Pedro Sánchez.

Aquí acaba la historia de esos trescientos catorce días de drama político nacional. Felipe VI es ahora, por fin, el jefe del Estado de un país que está políticamente en marcha, pero con muchas dificultades: el Gobierno más frágil de la democracia, liderado por el presidente con la valoración histórica más baja y con un partido que lo apoya (Ciudadanos) con una representación parlamentaria muy pequeña, apenas treinta y dos diputados, la menor en democracia. La mayoría de los españoles sigue insatisfecha por la falta de cambio, y la crisis en Cataluña está en máximos.

¿La larga noche del 23-F? ¿La crisis que forjó al rey de España y le dio legitimidad? Coincide ese año 2016 con una explosión de exposiciones sobre Carlos III, el primer alcalde de Madrid, con motivo del tercer centenario de su nacimiento. ¿Hay una mágica transposición de espíritus reales? ¿Queda aprobado en el imaginario colectivo el certificado de calidad de Felipe VI? Para Zarzuela, fue el momento en el que el rey se ganó el respeto de los españoles: «La sociedad española percibe dónde están las responsabilidades de cada uno. Se da cuenta de la neutralidad y la independencia del rey». Para la mayoría de los líderes políticos entrevistados, el rey consigue mantenerse al margen de la política y cumplir con el papel que de él espera una Constitución imperfecta y con lagunas.

Ana Oramas, la pragmática diputada canaria que a los nueve años se topa con don Juan en su casa me lo resume así: «Esto no es el 23-F. Esto es pura democracia». Habrá que esperar un año para que, con la crisis catalana, vuelvan las comparaciones con el 23-F.

Capítulo 4

EL PESO DEL PASADO

—*Majestad, aquí ya no se volverá a publicar ninguna foto suya.*

Verano de 1993, Palma de Mallorca. Mario Conde, a punto de cumplir cuarenta y cinco años, pelo engominado, el banquero de moda en España, habla así al rey Juan Carlos I tras comprar el 50 por ciento de las acciones de la revista *Época*, que perdía dinero a raudales. El año anterior, el 31 de agosto de 1992, el semanario creado y dirigido por el periodista Jaime Campmany publicó su portada número 392 con el título de «La dama del rumor»: a toda página, una foto de la joven Marta Gayá, hombros al aire, pelo negro suelto.

Conde se podía haber ahorrado esta nueva genuflexión con el dinero de Banesto. Apenas le quedaban seis meses de vida civil antes de que el Gobierno de Felipe González interviniera el banco presidido por el ambicioso gallego. «Aquella revista no tenía el más mínimo interés económico para el banco. Lo único que valía la pena eran las dos páginas de cotilleo de Jesús Mariñas, que fue el precursor de la cosa rosa en España cuando no estaban las teles», explica una persona que conoció bien la operación. A Conde eso le daba igual. Él se sentía cerca de conseguir el poder y la gloria, y pensó que venderle a Juan Carlos I otro favor más le haría consolidar la privilegiada posición que había logrado en la Casa del Rey tras acceder a ella cortejando a don Juan de Borbón. Entre simpatía y whiskies, acompañó, cuidó, hizo reír e incluso quiso al viejo Borbón, que le doblaba en edad.

«Le cogió cariño de verdad», según fuentes solventes. Con él estuvo esos últimos días terribles en la clínica de Pamplona donde murió de un cáncer de garganta. Del padre pasó Conde a cuidar al hijo, a cuyo servicio interesado se puso con entusiasmo. Conde lo tenía todo —dinero, éxito, inteligencia, atractivo—, pero le faltaba algo con lo que cada mañana se topaba, irritado, en el *hall* del banco: el busto de don Pablo Garnica, símbolo del barniz social, el prestigio, la solera y el reconocimiento que anhelaba el abogado del Estado —número uno de su promoción— en su camino imparable hacia la presidencia del Gobierno o ¿por qué no? de una futura república española. En su ascenso relámpago usó todos los atajos posibles: pelotazo con los laboratorios de Abelló, compra de un paquete de acciones en Banesto, presidencia del banco, periodistas a sueldo, La Zarzuela en el bolsillo.

Conde le hacía la vida mucho más agradable a Juan Carlos I que su anterior banquero de cabecera, el ya jubilado Alfonso Escámez, presidente del Banco Central Hispano. El diletante de la gomina era mucho más simpático y práctico que el esforzado Escámez, un hombre serio y trabajador, que empezó de botones en la entidad que acabó presidiendo. Así, en el verano de 1993, Conde convenció al rey de que gracias a él ya no volvería a tener problemas con la prensa después de neutralizar a los díscolos y destapar y echar a Sabino Fernández Campo, el jefe de la Casa cuya presión ya no tendría que seguir soportando.

Los tres periodistas que habían cruzado la línea roja jaleados por Sabino —Julián Lago, Pedro J. Ramírez y Jaime Campmany— ya no iban a dar más la lata. El pionero, Lago, director de *Tribuna*, criticó en 1990 a la corte mallorquina de Juan Carlos I (Marta Gayá incluida, entre otros, como el príncipe Tchokotúa o José Luis de Vilallonga) y tres años después fue despedido por la familia Montiel, propietaria de *Tribuna*, por sus intervenciones en *La máquina de la verdad*, un programa sensacionalista de Telecinco que en aquella época causó escándalo en España.

El segundo en cuestión, Pedro J. Ramírez, director de *El Mundo*, emuló a Lago en 1992 y publicó cuatro informaciones ese verano sobre la relación de Juan Carlos I con la divorciada mallorquina a remolque de dos publicaciones extranjeras. Tras esos cuatro artículos no hubo más porque

Conde paró a los italianos de RCS en su amenaza de vender sus acciones de *El Mundo* tras las informaciones sobre Gayá. De ahí la legendaria frase que se le atribuye a Giovanni Agnelli, amigo de Juan Carlos I, cuando se entera de que es propietario de un periódico en España: «¿Qué es eso de *El Mundo*?». A través de una sociedad interpuesta, Conde adquirió además el 4 por ciento del periódico.

En ese momento, ser amigo de Conde era más conveniente para Ramírez que criticar al rey. De modo que durante una comida en La Moraleja en septiembre de 1992 no tuvo empacho en contarle al monarca que a lo largo de todo ese verano había estado publicando esas informaciones sobre Gayá siempre en contacto con Sabino, incluso cuando éste le decía al monarca que no podía localizar al periodista en Inglaterra.

A cambio de la cabeza de Sabino, el rey se sinceró con Ramírez: lo que más le preocupaba del caso Gayá en la prensa no era el escándalo que podía provocar en la sociedad española, sino el «boquete» que le había creado con otra mujer con la que en ese momento también mantenía una relación sentimental. A cambio de los servicios prestados, Ramírez recibió un perro labrador al que puso de nombre Rex.

Lo de Campmany lo solucionó Conde ese verano del 93 con la compra de la mitad de la revista. Pero Campmany era un caso distinto al de Ramírez, un viejo franquista de honorables costumbres. Le impresionaban las dramáticas historias que le contaba Sabino sobre el sufrimiento de la reina Sofía a cuenta de las infidelidades de su marido. A Campmany, un caballero de fondo, le describió el jefe de la Casa del Rey los esfuerzos de la reina Sofía por atender algunos actos a los que llegaba con los ojos enrojecidos porque había estado llorando en el coche.

Fruto de esas conversaciones con Sabino, un Campmany indignado publicó la portada de «La dama del rumor», que a Sabino le pareció suficiente. Campmany nunca desveló sus conversaciones con Sabino, conocidas y consentidas por la reina Sofía. En 2006, trece años después de la famosa portada, cuando falleció, su viuda, Conchita, recibió la llamada de la reina Sofía justo cuando iba de Madrid a Murcia a enterrarlo. Conchita, que aún vive, no olvida las palabras de cariño y de apoyo de la reina: «A Jaime le

sentaba muy mal que el rey maltratara a la reina. Pensaba que ella no podía defenderse, que no podía divorciarse como otra cualquiera».

Así, los tres periodistas actuaron bajo el control de Sabino, que quiso embridar al monarca asustándolo a base de pequeñas píldoras informativas y acabó siendo el cazador cazado. Sabino tenía una relación de complicidad con estos tres periodistas y con casi todos los que entonces pintaban algo en Madrid. Así, en 1987, Lago quiso publicar otra información comprometida en la revista *Tiempo* que entonces dirigía pero en una cena con Sabino le dijo que no lo había hecho por la oposición de la directora adjunta, Natalia Escalada. A la mañana siguiente, Escalada recibió un paquete en su domicilio con un mechero de oro Dupont con la corona y las siglas JC. Le acompañaba un tarjetón con las palabras: «Muchas gracias». Escalada aún conserva un regalo que guarda con cariño y que treinta años más tarde ha mostrado a Felipe (Froilán), el nieto mayor de Juan Carlos I, durante las vacaciones en Marbella.

Para unos, Sabino fue un leal servidor, un hombre listo y visionario que quiso evitarle a Juan Carlos I el mal final que tuvo debido a sus excesos personales. Para otros, un ambicioso conspirador que pretendió hacerse con todo el poder —más incluso que el rey— y usó a los periodistas para lograr ese fin. Yo no lo conocí en persona, pero con lo que ciertamente no contó Sabino fue con la determinación de Juan Carlos I de mantener hasta el final una vida privada *creativa*. Tampoco con la capacidad de algunos periodistas de jugar a dos barajas.

Volviendo a aquel verano de 1993, y una vez Sabino sustituido por Fernando Almansa, amigo de Conde, Juan Carlos I está convencido de que el ingenioso banquero se ha ocupado de todos sus problemas con éxito y se ha ganado el puesto de «comandante en jefe de la corte». Al menos de la primera de las tres que tendrá a lo largo de su reinado. Así lo creía también Conde, convencido de que el caso KIO, que saltó en enero de 1993, dejaba fuera de juego a Javier de la Rosa, que estafó a los inversores árabes, y debilitaba a Manolo Prado, el administrador y gran amigo del rey.

Recuerda una persona cercana a ambos lo que Conde y Prado le dijeron a De la Rosa para alejarlo de ellos: «Estás loco, ¿cómo vas a venir a la feria [de Sevilla]?». Esa misma persona lo compara con la situación actual de Iñaki

Urdangarin, el yerno condenado a seis años de cárcel por delitos de guante blanco, como fue el caso De la Rosa, Prado y Conde: «Había una regla de oro y todos eran conscientes de ella: si te metías en problemas, te quitabas de en medio. Se acabó. Ya no podías seguir perteneciendo al círculo real. Cuando te han condenado a la cárcel, te quitas de en medio por muy yerno que seas».

Así, ese año sí imperó en Juan Carlos I ese sentido de la responsabilidad y de la autopreservación que acababa salvándole *in extremis* de situaciones límite en las que él mismo se mete. En el otoño de 1993, y a pesar de la crispación que ya existía entre Felipe González y José María Aznar (y que Conde fomentaba), el monarca aceptó lo que el presidente del Gobierno y el líder de la oposición le hicieron ver: su *wonder boy* gallego era un auténtico peligro para el país. El rey no movió un dedo por él, lo que enfureció al valido caído que la emprendió a golpes contra el Gobierno, el monarca y todos aquellos a los que él consideraba culpables de su caída.

En 2017, veinticuatro años después de estos sucesos, ni Sabino ni Conde están ahí para ayudar a Juan Carlos I, que ya no es rey reinante. Ahora, además, otro presunto delincuente, el excomisario José Villarejo, insiste en convertir al viejo monarca en moneda de cambio para evitar lo que se le viene encima. Al cierre de la edición de este libro, el siniestro agente encubierto que hizo y deshizo en las tinieblas durante más de dos décadas, entró finalmente en prisión acusado de cohecho, blanqueo y pertenencia a organización criminal.

Villarejo propulsiona en enero de 2017 el regreso de Marta Gayá y de otros escándalos del pasado para defenderse de sus casos judiciales, pero en noviembre de este mismo año es encarcelado. Aunque no consigue provecho alguno para parar las causas judiciales contra él e impedir más investigaciones, sí contribuye con sus intrigas mediáticas a enrarecer aún más la ya de por sí difícil cohabitación de Juan Carlos I con Felipe VI.

Gayá y Juan Carlos I se conocen desde hace cuarenta años y nunca perdieron el contacto, ni siquiera cuando Corinna la sustituyó como la mujer más importante de su vida. Muy a pesar de la germano-danesa, que despreciaba a Gayá por ser esa «española débil» que nunca se atrevió a hacer frente al rey como ella sí hizo. Cuando la relación entre Corinna y Juan Carlos I acaba y él rompe por completo sus lazos y los de sus amigos con

ella, el monarca retoma la relación con la mallorquina divorciada. Los españoles se enteran de todo este año debido a la actuación de Villarejo e, indirectamente, a la revolución tecnológica que lleva a una anciana jubilada en Irlanda a convertirse en fotógrafa *pulitzer* por un día.

Deus ex machina: de 1990 a 2017

Martes, 14 de marzo de 2017, Museo Reina Sofía, Madrid. Una fecha dulce para Felipe VI, que celebra sus primeros mil días en el trono con alabanzas generalizadas en todos los medios por su prudencia, tanto durante el bloqueo político como al final del caso Nóos. Por la tarde acude con la reina Letizia al museo que lleva el nombre de su madre para entregar las credenciales a siete embajadores de Marca España, entre ellos a la bailaora *cañaila* Sara Baras. Para remarcar el carácter especial del aniversario, los reyes dedican casi dos horas a hacer el *paseillo* durante el cóctel posterior al acto.

Charlas, corrillos, *selfies*. Ése es uno de los principales trabajos como monarcas. El público queda encantado con la dedicación de ambos que, como es lo habitual, actúan por separado y llegan así a más gente. Una persona que estuvo hablando con Felipe VI ese día lo recuerda como es él normalmente: «Encantador, atento, enfocado en la conversación hasta el mínimo detalle, interesado por los asuntos que le plantea el interlocutor, relajado, un profesional con oficio». También rememora, por contra, la actuación de la reina Letizia, que ese día lleva una chaqueta roja con mangas flamencas: «Por mucho que lo intenta, y mira que lo intenta, está tensa, hablando y al mismo tiempo mirando hacia otros sitios y controlando a otras personas, moviendo las manos, hablando demasiado, esforzándose demasiado y sin oficio ninguno».

Todo esto queda en el olvido cuando horas más tarde se pone en marcha la máquina del tiempo que transforma el año 2017 en 1990. Se hace a través de uno de los «periodistas infiltrados» de Villarejo, Eduardo Inda, que en su digital *OK Diario* publica un audio de octubre de 1990 en el que Juan Carlos I informa a un amigo sobre su relación con Marta Gayá: «Nunca he sido tan feliz». Da igual que la grabación tenga veintisiete años, la información es

muy jugosa y las redes sociales se encargan de transportarla a todos los rincones, algo de vital importancia para la supervivencia del medio millar de digitales que en su inmensa mayoría lucha en España por el *click* y la publicidad en detrimento de la calidad de la información.

Felipe VI está avisado: esto es el siguiente capítulo de lo que ya ha vivido en enero. Sabe que el comisario Villarejo ha iniciado su particular guerra para zafarse de los casos judiciales que le muerden los tobillos y que sus armas apuntan a dos relevantes instituciones del Estado: el CNI y la Corona. Pero la nueva Zarzuela se mantiene al margen de estos «charcos». Desde la Casa consideran que se trata de un mundo sórdido que pertenece al anterior monarca y que en nada atañe al nuevo rey. Eso no quiere decir que la procesión no vaya por dentro aunque los disparos, de momento, no se dirigen contra los reyes Felipe y Letizia sino exclusivamente contra su padre.

Entre el 17 y el 30 de enero de 2017, justo el día en que cumple cuarenta y nueve años, *OK Diario* arrasa en visitas y en redes gracias a la vieja historia de Juan Carlos I y Bárbara Rey, por todos conocida y por nadie contada por completo. Pero sobre Gayá se sabe menos. La mallorquina-filipina Gayá, nacida en 1949, es lo más parecido a una esposa abnegada que ha tenido el rey emérito, que nunca ha sido fiel a una sola mujer durante al menos un cierto tiempo. Lo de la reina Sofía era obligación. Lo de Corinna, interés. Lo de Gayá, entrega. No comparten hijos, pero sí dos galgos rusos regalo de Juan Carlos I a los que adoran. Su lealtad a él es total y absoluta. La relación comenzó en 1978, cuando ella tenía veintinueve años y ya estaba divorciada de Juan Mena, el ingeniero malagueño al que conoció en la Universidad de Barcelona cuando ella hacía un curso de decoración y él estudiaba la carrera.

Con Mena, un hombre alto, guapo, rubio y con «muy buena planta» según conocidos de ambos, se casó en 1971. Como destino eligieron Torremolinos (Málaga), que en los años cincuenta ya había empezado a despuntar como meca del turismo, antes incluso que Marbella. El hotel más *cool* de la zona entonces era el Pez Espada, que quedaba frente a los apartamentos donde Gayá creó su primer hogar. En Torremolinos tenían los Mena un chalé con mucho terreno donde pasaban los veranos y que vendieron para costear las carreras de los cuatro hijos, tres de ellos ingenieros formados en Barcelona.

El suegro de Gayá era delegado de Correos en Málaga, un sueldo que daba para vivir bien pero no para mantener el tren de vida de una familia con todos los hijos estudiando fuera. Los Mena eran una familia acomodada pero no perteneciente a la *aristocracia* malagueña de apellidos extranjeros, como los Gross. Los problemas en el matrimonio Gayá-Mena surgen casi desde el principio, porque, entre otras cosas, ella no quiere tener hijos y él sí. Durante un tiempo, Juan Mena se forma profesionalmente en Málaga bajo la batuta de Miguel Ángel Arrionda, el hombre allí de Prebetong Baleares S.A., la empresa de cementos y hormigón de la que es consejero delegado Fernando Gayá, el padre de Marta. Una vez preparado el joven ingeniero, Marta y Juan abandonan Torremolinos y se instalan en Palma de Mallorca, donde él se convierte en director de Prebetong, siempre bajo el paraguas de su suegro, que es un hombre importante en la isla, propietario del hotel Villamil.

Los Gayá (Marta, un hermano y una hermana) eran gente *bien* de Mallorca pero no millonarios. Marta hace un viaje de novios modesto por España, y en Guadalajara pasaron dos noches en el hostel El Reloj. Los Gayá en Palma son como los Mena en Málaga: acomodados pero no aristocracia millonaria. Marta fue al colegio pijo de monjas Sagrado Corazón de Mallorca y se educó «como lo que es, una señora», según definición de un conocido. Nunca trabajó, ni siquiera de decoradora. Apenas hizo unos pinitos, cuando se divorció, como relaciones públicas de la discoteca del Club de Mar a las órdenes de Pepe Oliver. A su padre no le gustaba que Marta estuviera allí. Fue así, en la noche mallorquina, como conoció a Juan Carlos I, porque ella entonces no pertenecía a la *jet* mallorquina como ahora. Se la presentó al rey el príncipe georgiano Zourab Tchokotúa, que había sido compañero de pupitre de Juan Carlos I en Friburgo y estaba casado entonces con Marieta Salas, hija de un prohombre del franquismo en la isla, Pedro Salas.

Juan Carlos I había visto a Marta trabajando en la discoteca y se había fijado en ella, como años más tarde haría su hijo el príncipe Felipe con la presentadora de televisión Letizia Ortiz. «Marta era guapísima, muy elegante. Tenía poco pecho, y se ponía unos escotes kilométricos que le sentaban de maravilla», recuerda una persona de esa época y ese mundo, compuesto entonces por la corte que Julián Lago denunció en la revista *Tribuna*: el *playboy* Juan Marqués, el arquitecto Luis García-Ruiz, el empresario Rudy

Bay y su mujer, Marta Girod, y el aristócrata José Luis de Vilallonga, entre otros.

Al padre de Marta no le gustó nada la deriva que tomó la vida de su hija. Dejaron de hablarse, aunque ella lo adoraba y lo ayudó cuando éste se arruinó. Su relación con el rey la convirtió en una mujer acomodada, que pasó de ser relaciones públicas en la discoteca Club de Mar a comprarse, en el verano de 1988, un ático de trescientos metros frente a la ensenada de Can Barbará, a seis minutos en coche de Marivent. Pero en ella no hubo el interés comercial de Corinna, aseguran fuentes solventes. Simplemente el deseo de tener un estilo de vida que le permitiera mantener una relación complicada: necesitaba casa en Palma, en Madrid y en Gstaad, fuera de España, para poder adaptarse a las necesidades institucionales del rey.

La relación se cimienta a lo largo de diez años y llega madura a 1990. Es entonces, el 29 de junio de ese año, cuando toda Palma se da cuenta de lo que está pasando. Fue en una cena en honor de su gran amigo el Aga Khan, el multimillonario príncipe ismaelita que hoy en día asegura el bienestar material de la familia Urdangarin en Suiza. También está el príncipe Alberto de Mónaco, que ha participado en el rally del Mediterráneo para maxiyates. El acto, presidido por los reyes Juan Carlos y Sofía, se estaba acabando cuando llegaron Tchokotúa, su mujer, el escritor José Luis de Vilallonga (que entonces trabajaba en la única biografía autorizada que existe de Juan Carlos I) y Gayá. El rey se levantó encantado de la mesa y se puso a saludar al grupo con efusividad. Todo el mundo se dio cuenta. Una persona que estaba presente en la sala le afeó a Juan Carlos I la indiscreción, y el rey se lo contó cuatro meses más tarde, en octubre de 1990, a un amigo por teléfono. Ésa es la grabación que toda España pudo oír gracias a los tentáculos de Villarejo en *OK Diario*.

Hay un rumor recurrente y falso sobre un posible hijo de Marta Gayá que continúa a día de hoy. Algunos hablan de una hija que no puede ser otra que su ahijada Carolina Mena, una sobrina política que es pintora y vive en Málaga aunque mantiene una estrecha relación con su tía Marta que la ayuda incluso económicamente. Carolina recibió el anillo de pedida de su tío Juan y es la única de la familia Mena que ha disfrutado en más de una ocasión del barco de dos palos que su madrina tiene atracado en Palma.

Tras el divorcio, Juan Mena volvió a casarse con una mujer relevante de Mallorca y tuvo dos hijos. Mena Muñoz falleció el 2 de agosto de 2013. Indirectamente, los Mena están *emparentados* con los Borbón por doble vía: además de por Gayá, porque el mayor de los hermanos, José Antonio, estuvo casado en primeras nupcias con Pilar Hafner, hermana de Margara, esposa de Nico Orleans (Manuel Álvaro de Orleans-Braganza y Borbón, primo hermano de Juan Carlos I por parte de madre).

En 2004, tras una relación de casi treinta años con Juan Carlos I, Marta Gayá puso distancia con él porque había otra mujer. En esa brecha Corinna se coló en la vida de Juan Carlos I. Pero, para exasperación de Corinna, Gayá nunca se fue del todo. Cuando nació la infanta Sofía, el 29 de abril de 2007, su abuelo el rey Juan Carlos llegó dos días tarde a la clínica. Venía de Calgary (Canadá), muy cerca de las Montañas Rocosas, donde había pasado unos días con Gayá, aunque Corinna ya llevaba tres años en su vida como mujer principal.

Allen Sanginés-Krause, el millonario catalán-mexicano-británico con el que Juan Carlos I ha retomado con intensidad una vieja amistad, fue uno de los primeros que alertó a Juan Carlos I sobre el peligro que suponía Corinna en su vida. A Sanginés-Krause le chirrió el inusitado interés de la germanodanesa por hacerse con una comisión en la posible transacción Lukoil-Repsol en la que él participó. Cuando le habló con franqueza a Juan Carlos I sobre el «lado comercial» de Corinna, éste se ofendió y se distanció de Sanginés hasta que volvió con Gayá, a la que el empresario de origen español siempre consideró una «señora».

Con el matrimonio Sanginés-Krause han pasado Juan Carlos I y Gayá gran parte del verano de 2017. Juntos han vuelto en septiembre a Canadá a las regatas en las que ha participado el rey emérito. Gayá está acostumbrada al anonimato y no quiere notoriedad. Jamás pondrá a Juan Carlos I en un apuro como hicieron otras mujeres.

Un *revival* de sexo y espionaje

Lunes, 30 de enero de 2017, Palacio Real. Felipe VI cumple cuarenta y nueve años sentado entre dos mujeres. En rojo, la reina Letizia. En negro, Soraya Sáenz de Santamaría. El poeta Antonio Colinas, pelo gris, gafas de pasta, clausura el cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes con estas preguntas del bardo a la noche final: «¿De dónde vine, y hacia dónde irá ahora mi vida, tras las puertas cerradas, tras los caminos muertos? Los caminos no van ya a ningún sitio, hoy yo soy el camino, hoy yo soy el camino sin camino».

Los caminos de Felipe VI y Juan Carlos I llevan dos semanas cruzándose y no para bien a instancias del comisario Villarejo. *OK Diario* ha reciclado la vieja historia de Bárbara Rey y el rey emérito hasta convertirla en Trending Topic y conseguir un lugar para la *vedette* sexagenaria en Wikipedia. Para huir de un charco que no consideran suyo, el fin de semana anterior a ese lunes los reyes Felipe y Letizia han usado la vía habitual de lanzar el mensaje *somos-un-matrimonio-normal-que-pasea-por-Madrid*: han ido al cine a ver *La La Land* y a cenar en un sitio corriente mientras España se regodea en los bajos fondos e instintos primarios. Casualmente, hay fotos de esa cena.

OK Diario ha hecho un trabajo a fondo y ha dedicado a Bárbara Rey siete entregas bajo el cintillo de «La otra amiga entrañable». La saga la firma Manuel Cerdán, uno de los periodistas junto a Inda más cercano y fiel a Villarejo. Como la información es muy vieja, ha de buscar una justificación para sacarla del armario: en el primer artículo se incluye un extracto bancario de Luxemburgo que supuestamente demuestra que entre 1996 y 1997 el CNI (así lo llama Cerdán aunque en esa época no existía como tal y el servicio secreto se denominaba CESID) pagó fondos reservados a Bárbara Rey por su silencio. Los siete capítulos en los que el digital de Inda trocea la historia para sacarle más jugo son repicados fundamentalmente por otros digitales y por un programa de televisión. Los detalles más escabrosos se van detallando a diario sin que el comisario Villarejo obtenga nada a cambio del Estado. Se trata de un *revival* de sexo y espionaje que ya no puede dañar más a la institución porque la vida disoluta de Juan Carlos I ya está amortizada. Pero la sordidez de la historia con Bárbara Rey avergüenza a la nueva familia que

ocupa Zarzuela, un equipo sólido y sano con dos hijas aún pequeñas y ajenas a las ruindades de un miembro torcido de las cloacas de Interior.

Según fuentes solventes, Felipe VI sufre enormemente, desde pequeño, con los embarazosos desmanes de su padre. Este sentimiento queda claro en la imagen de los cuatro reyes el lunes 23 de enero, cuando ya hace una semana que *OK Diario* ha puesto el ventilador: los reyes Felipe y Letizia al lado de los reyes Juan Carlos y Sofía, todos juntos en el palacio de El Pardo en la entrega de los Premios Nacionales del Deporte. Con un cuchillo se podía haber cortado el aire envenenado que se respiraba allí. La reina Sofía hizo algo impropio de ella: ignorar a su marido y caminar por delante de él, que va más lento porque se apoya en una muleta. La reina Letizia se muestra especialmente atenta con su suegra, a la que mira y sonrío con una dosis extra de complicidad.

Felipe VI, impasible, cumple como lo hace siempre, con cierto automatismo. La historia de Bárbara Rey, vieja para todos, también para la familia real, chirría por todos los lados. Desde enero de 2017, no queda nadie en España que no sepa que la historia, a veces, se repite. Como hicieron sus ancestros Alfonso XII y Alfonso XIII, el rey Juan Carlos eligió como amante casual a una especie de *artista* que en esa época bailaba, cantaba, presentaba un programa, se fotografiaba desnuda o aparecía en una película. María García García, *Marita* antes de ser Bárbara Rey, ocho años de relaciones sexuales en dos tandas antes de querer finiquitar el asunto con un chantaje que el Estado consintió. Los periodistas más mayores, los de la Transición, se saben de memoria lo que pasó, aunque nunca contaron nada. A los más jóvenes nos ha tocado ir reconstruyendo poco a poco este episodio sucio de nuestra democracia.

Para hacerlo he tenido, yo también, que viajar en la máquina del tiempo. Jueves, 26 de junio de 1997. De ese día data mi primer recuerdo del asunto como jefa de Sociedad del diario *El Mundo*. Estamos en el despacho del director, que nos convoca de prisa y corriendo por la denuncia por robo que Bárbara Rey ha puesto en una comisaría de Madrid. Qué raro, pienso, una reunión así por un suceso de quinta categoría. Pedro J. Ramírez tiene una tos nerviosa que se activa con las noticias: a más tos, más noticia. Ese día carraspeaba a tope, hablaba por teléfono (fijo) con Fernando de Almansa, el

jefe de la Casa del Rey, y con otros, y volvía a toser. El motivo: un sobre anónimo que había llegado a varias redacciones de Madrid con una copia de la denuncia y una nota aclaratoria, fatal escrita, en la que se decía que habían entrado tres veces en su domicilio, que le habían robado lo que tenía en la caja fuerte, que la habían amenazado y que el culpable de todo esto era Manuel Prado y Colón de Carvajal, el administrador y amigo del rey.

El fallecido periodista Antonio Herrero lo había contado ya con gran excitación en la COPE junto a Jesús Mariñas, el rey de la crónica rosa que mencionamos en *Época*. A Ramírez le quemaba esa nota tan confusa sobre «carretes fotográficos sin revelar, cintas grabadas de varios autores, una agenda personal, todo esto propiedad del hijo de Bárbara Rey, tres cintas de casete, cinco de vídeo y veinte diapositivas, lo cual implica a personas importantes de este país por ser comprometedoras para ambos». La nota añadía que todo esto buscaban las «personas autores de este hecho» enviadas por Manolo Prado «con el fin de retirar toda la documentación comprometedoras para dicha persona».

Un embolado que a Fernando Mas, número dos de la sección, le toca traducir. Lo hace y añade, en exclusiva, que de todo esto está enterado desde hace seis meses Mario Conde —de nuevo el banquero de la gomina—, que había recibido en su casa a la actriz-bailarina-*vedette*-presentadora y había avisado a los «afectados». Ramírez lo lleva a portada al día siguiente, 27 de junio (aún no existían las webs), con una foto enorme de Bárbara Rey y el siguiente título: «La actriz Bárbara Rey denuncia a Manuel Prado por el robo de “documentación comprometida”». A Pilar Cernuda, entre otros periodistas, no le pasa desapercibido el detalle de Conde. ¿Qué pretende ahora el exbanquero, que ya ha estado en la cárcel y patrocina en *El Mundo* uno de los mayores escándalos del país poniendo en un brete a los servicios secretos? *El País*, entonces el periódico de referencia en España, fue más discreto en su cobertura y relegó la noticia a páginas interiores con este título: «Bárbara Rey denuncia que sufre amenazas para proteger a una alta personalidad». Nadie explica lo que estaba pasando de verdad. El título quizá tenía que haber sido éste: «Bárbara Rey intenta continuar con el chantaje al rey que Aznar quiere parar».

El día, intenso, acaba de forma aún más surrealista. La artista, llorosa, entra por teléfono en el gran programa rosa de entonces, *Tómbola*, y afirma: «Yo sólo he dado cariño a alguien que lo necesitaba». Producido por Canal 9 pero emitido por Telemadrid y Canal Sur, en el programa reina también Jesús Mariñas, que muestra ante las cámaras copia de la demanda y da paso a una Bárbara Rey en estado de histeria. La *vedette* niega haber enviado el anónimo a las redacciones, afirma que le han robado «recuerdos» de su «vida privada» y grita: «¡No puedo seguir viviendo así!», antes de añadir que alguien la amenaza y le hace la vida imposible, como demuestra su teléfono pinchado. El numerito, en vivo y en directo, acaba con la amenaza de ella «con todo tipo de consecuencias» a quien ose «tocar» a sus hijos.

Al día siguiente el melodrama llega a la rueda de prensa posterior al Consejo de Ministros y ahí muere. Se acaba la historia para el gran público hasta enero de 2017. Yo me olvido del asunto por completo hasta que dos años después entrevisto a Carmen Díez de Rivera, exjefa de gabinete de Adolfo Suárez y gran amiga (no entrañable) del rey Juan Carlos. Carmen y yo nos entendimos bien y acabé escribiendo sus memorias a pesar de lo prematuramente que murió. Fue ella la que, hablando de la estrecha relación en España entre los periodistas y los protagonistas de la Transición, me explicó que a Suárez y al rey Juan Carlos les había encantado desde siempre la rubia teñida de Totana, la chica humilde que vino a Madrid a buscar fama y fortuna con apenas diecisiete años y que empezó a despuntar en los concursos de belleza. Entre ellos, el de 1970, cuando tuvo la suerte de quedar como dama de honor de Miss España, Fina Román, una chiclanera que optó por casarse y dejarle el sitio a Bárbara Rey.

Cuando Carmen estaba en Moncloa con Suárez, Bárbara Rey ya salía en la tele y era famosa, una «chica UCD» que hacía propaganda por el partido creado por Suárez para seguir en el Gobierno. Según Carmen, tanto Suárez como el rey estaban prendados de esa «chica tan suelta» y «con las piernas tan largas» a la que Carmen, que tenía un carácter muy fuerte y se imponía incluso en ese mundo de hombres, había puesto los puntos sobre las íes: «Mientras yo esté aquí en el gabinete, ésta no viene por aquí».

En la gala de fin de año de TVE en 1975, la única que entonces veían todos los españoles, actúa Bárbara Rey y el rey se encapricha con la nueva

estrella, que se convierte en su amante hasta 1980. La relación se interrumpe hasta 1989 por la boda de la actriz con el domador Ángel Cristo y su doble maternidad.

Pero en 1989, cuando el domador de leones y la artista se separan, empieza la segunda fase de la relación con Juan Carlos I, que éste da por concluida a finales de 1993. Simplemente, cambia el teléfono. Ella no está contenta. Las cosas se complican. Aunque lleva diecisiete años sin salir en la tele, curiosamente en 1994 vuelve con un programa en TVE-1 que se llama *Esto es espectáculo*. Manuel Prado y Colón de Carvajal le ha buscado este trabajo y, con la ayuda de los servicios secretos, le facilita pagos intermitentes que la mantienen callada hasta 1997.

La artista ha grabado al rey en la cama y esto es un problema de Estado. José María Aznar, con frialdad y firmeza, manda parar, que se acaben los pagos intermitentes, se ponga fin a los problemas de seguridad y se busque una «solución permanente». Ha ganado las elecciones el año anterior y se ha encontrado un quebradero de cabeza del que quiere deshacerse. En su entorno hay un equipo, y sobre todo un periodista, que le ayudarán a acabar con el dislate.

He conseguido reconstruir lo ocurrido a base de entrevistas en varios lugares de España. No existen pruebas, ni existirán, pero esto es lo más parecido a la versión real de los hechos. En junio de 1996, con la victoria de los populares, una nueva cúpula llega al CESID, que entonces depende del ministro de Defensa, el independiente Eduardo Serra Rexach, otro abogado del Estado, otro número uno de su promoción, otra persona que viene al auxilio del rey. Serra ha trabajado para cuatro de los seis presidentes que ha tenido España en democracia, del PSOE y del PP, casi siempre vinculado a los militares y a los servicios secretos. Se estrenó a los treinta años con Adolfo Suárez, en plena Transición, como jefe de gabinete del ministro de Industria, Albert Oliart.

Hoy, con setenta años cumplidos, una larga trayectoria como consejero de empresas y presidente de fundaciones, sigue teniendo un «magnífico recuerdo» de Juan Carlos I, con el que coincide «de vez en cuando» en almuerzos y cenas. Serra, bajito y parlanchín, listo como un zorro y con una gran capacidad de análisis, niega que Aznar lo nombrara ministro de Defensa

en 1996 por imposición del rey. Es el único de los entrevistados que lo cree así, el resto de la inteligencia convencional mantiene que fue recomendado expresamente por Juan Carlos I. En cualquier caso, Serra puso al frente del CESID al general Javier Calderón, un hombre al que conoció en la Fundación para la Ayuda contra la Drogadicción (FAD, presidida por la reina y dirigida por el propio Serra), y que era el discípulo predilecto de Gutiérrez-Mellado, «el más fiel de todos a sus ideas».

La Operación Rescate del Rey de 1997 dura cinco meses. El comienzo coincide en el verano con el secuestro y el asesinato de Miguel Ángel Blanco. El 17 de julio, Bárbara Rey había confirmado de nuevo su presencia en *Tómbola* pero cancela «unos minutos antes» porque «las cosas ya se están moviendo». Las negociaciones terminan en noviembre, al mes de la boda de la infanta Cristina con Iñaki Urdangarin, justo cuando Pilar Urbano publica *Yo entré en el CESID*, como parte de la ofensiva de encantamiento que estaba haciendo Calderón para distanciarse de la etapa negra de Emilio Alonso Manglano (1981-1995).

En ese libro de Urbano reconoce el coronel Andrés Fuentes, jefe de la división de seguridad, que buscaron el material que provocó la denuncia (y el enfado mayúsculo) de Bárbara Rey, aunque lo hace en forma de hipótesis:

Cuando se ha estudiado el exterior, se decide si entrar de día o de noche... Una operación como ésta te obliga a entrar seis o siete veces. Entras y es un chalé atiborrado de muebles, cuadros, lámparas, chismes, fotografías... Cuando una persona esconde algo, lo puede tener en sitios insospechados: dentro de un colchón, en los cojines de un sofá... Tú no puedes estar ahí desgarrándolo todo. Al contrario, no se debe notar que has estado ahí. Vamos a lugares donde B. R. podría haber escondido sus escabrosos tesoros... y resulta que ella tiene muchísimos vídeos, porque ha grabado cosas de todo el mundo: de Colón de Carvajal... Una de las condiciones, por tanto, será trabajar *in situ*.

Fuentes es uno de los principales miembros del equipo rescatador que se pone en marcha para acabar con el chantaje de Bárbara Rey. Pero según fuentes solventes, hay más, entre ellos el coronel Aurelio Madrigal, en esa época número dos del *Cesid* y mano derecha de Calderón, y el coronel Guillermo Quintana-Lacaci Ramos, entonces jefe de seguridad de la Casa del

Rey (hijo del militar del mismo nombre asesinado por ETA). También el notario ya fallecido Alberto Ballarín Marcial y el periodista Santiago Arriazu, conocido como Santi Arriazu, que había sido el rey de la prensa rosa junto a su exsocio Jaime Peñafiel.

Durante cinco meses, este grupo de personas trabaja en reuniones periódicas. Primero en el hotel Florida Norte, frente a la estación de Príncipe Pío, y después en la notaría del propio Ballarín, en la calle Ayala, donde se rubrica el pacto en presencia de Madrigal y de Fuentes.

Ballarín, que fue senador en las dos primeras legislaturas de la Transición, actuó de hombre bueno, y fue el enlace entre el periodista Arriazu y el servicio secreto. El notario oscense, que era especialista en Derecho Agrario, falleció hace poco, en el verano de 2016 con noventa y dos años. Los que le conocían afirman que además de «buena persona» era el mejor «guardador de secretos»: en 2015 su nombre saltó a la prensa porque se supo que en 1973 había recibido un sobre en mano de la duquesa de Alba para que se abriera sólo después de que ella muriera.

Según fuentes de absoluta solvencia, el dinero utilizado para formalizar el pacto no fueron fondos reservados. «El Estado [los servicios secretos] puso la infraestructura, pero fueron amigos de Juan Carlos I los que dieron el dinero», afirman estas fuentes, que cifran en cuarenta millones de pesetas (unos doscientos cincuenta mil euros) los que recibió la *vedette* por la destrucción definitiva del material.

Después, mensualmente, recibió cuatro millones de pesetas al menos hasta 2002, que es cuando el periodista Arriazu dejó de vigilar el cumplimiento del pacto. El papel de Arriazu fue crucial en todo este asunto: Bárbara Rey acudió a él para que actuara como una especie de abogado mediador por una comisión del 20 por ciento. Arriazu vive hoy retirado del mundo en un pueblo de la montaña navarra. No habla con la prensa. «Amo a mi país», fue lo único que logré arrancar de los labios de este hombre, al que en enero de 2017 un programa de televisión ofreció «el oro y el moro» por contar su experiencia a lomos del reciclado informativo llevado a cabo por *OK Diario*. Sí lo hizo, para gran disgusto personal del periodista, su exmujer, Danielle Sánchez, quien junto a una tal Hortensia Blázquez, autodenominada

modista de la *vedette*, contó detalles escabrosos de la relación entre Juan Carlos I y Bárbara Rey en horario de máxima audiencia.

Arriazu era un viejo conocido de Zarzuela que en 1997 tuvo un serio encontronazo que afectó al príncipe Felipe. Su hijo, el fotógrafo Carlos Hugo, fue encarcelado en Estados Unidos acusado de espiar a Giselle Howard, Gigi, una exnovia del príncipe Felipe, a la que el chico había fotografiado en secreto en una isla del Caribe. Arriazu sigue atribuyendo al largo brazo de Zarzuela el traumático paso de su hijo por la prisión americana. En mayo de 1997 padre e hijo publicaron el libro *Un caso real* (Temas de Hoy) en el que contaron todos los detalles de la historia, incluida la forma en la que el hijo tomó las fotos en la isla de Saint-Martin en Semana Santa de 1995. A los mil ejemplares, el libro fue retirado del mercado. La editorial regaló a Arriazu el resto de la tirada: en total, dos camiones llenos de libros, muchos de los cuales aún conserva.

Terminada su supervisión del pacto con Bárbara Rey, entre 2002 y 2004, Arriazu fue editor de una sofisticada revista llamada *Meda* (medioambiente, biodiversidad y desarrollo sostenible) que sólo se podía adquirir por suscripción. Acabada la aventura, se alejó del mundanal ruido. Según las fuentes consultadas, si Bárbara Rey sigue callada es porque «el pacto ha funcionado».

Cuesta imaginar en el CNI del siglo XXI la organización de una infraestructura así para proteger al jefe del Estado. El centro tiene ahora un 62 por ciento de civiles y un 32,4 por ciento de mujeres entre sus tres mil quinientos miembros. Creado en 1977 a instancias de Gutiérrez-Mellado, hasta 1983 no admite civiles ni mujeres y hasta 2002, cuando pasa a llamarse CNI y a ser comandado por un civil, es simplemente una Dirección General de Defensa sin los controles establecidos que tiene ahora. Entre sus ocho jefes sobresalen los nombres de los más longevos: Emilio Alonso Manglano (catorce años al frente), Javier Calderón (cinco) y el actual Félix Sanz Roldán (lleva ocho tras ser nombrado en 2009 por Zapatero y ratificado por Rajoy). Los mayores cambios de organización y profesionalización del centro se han llevado a cabo bajo el mando del general Sanz Roldán, que lo ha transformado en un servicio moderno y con los estándares europeos de los que carecía en la época en la que se organizó el pacto con Bárbara Rey. En

los próximos cinco años se irán incorporando seiscientos nuevos agentes cuyo perfil será muy diferente a los militares (hombres) que compusieron la esencia del extinto CESID.

Que el CNI sea cada vez menos militar, más femenino y más controlado importa poco a Ricardo Sixto, al que fui a entrevistar al Congreso — casualidades de la vida— el jueves, 2 de febrero de 2017, día del sesenta y siete cumpleaños de Bárbara Rey. Cuando el diputado de la federación valenciana de Izquierda Unida (EUPV) lee en *OK Diario* que los servicios secretos españoles supuestamente pagaron a la *vedette* en Luxemburgo, hace lo mismo que en 2013 con Corinna: presentar una pregunta en el Congreso de los Diputados para obtener información sobre el uso de fondos públicos para actividades privadas del monarca.

Sixto comete un error que aprende a no repetir. No se puede poner la palabra «rey». Si lo hacen, la Mesa tumba la pregunta porque el rey es inviolable según la Constitución española. El 22 de junio de 2017, consigue finalmente que el general Sanz Roldán acuda a la comisión de secretos oficiales cambiando el lenguaje. El objetivo entonces es la «actuación y uso de fondos reservados del Estado para encubrir el comportamiento de instituciones del Estado».

«No me interesa la vida privada del jefe del Estado, pero cosas como la vivienda de su amante [en la casa en el monte de El Pardo reformada por Patrimonio Nacional para Corinna] las tiene que pagar con su peculio personal», me dice Sixto, un profesor de geografía e historia que coincide con Joan Mena, el diputado de En Comú Podem que también planteó una pregunta parlamentaria por el mismo asunto. «Los gastos reservados no están para eso, han de ser controlados y justificados ante el Parlamento», me explica Mena, un profesor de lengua y literatura, al que entrevisté más tarde, pero que habla en términos muy parecidos a los de Sixto: cada vez son mayores las «exigencias de la ciudadanía». Ambos concluyen que la monarquía «no tiene sentido», y que estas «herencias del pasado» lo que harán será acelerar su final debido a la decepción que causan a los ciudadanos. «Han sacrificado a Juan Carlos I para blindar a Felipe VI», insiste Mena, que advierte: «Ya no se aceptan las trampas y los chantajes».

Un chantaje. Eso es exactamente lo que está ocurriendo, y estos diputados forman parte, sin saberlo, del engranaje que el comisario José Villarejo ha puesto en marcha vía Manuel Cerdán en *OK Diario* para protegerse en los dos casos judiciales y de la investigación que finalmente lo llevó a la cárcel diez meses después. La técnica es antigua, ya la usó Mario Conde —con poco éxito— en la década de los noventa: poner en marcha el ventilador con información sensible para sacar tajada personal.

Si de nuevo nos metemos en la máquina del tiempo, ese jueves 26 de junio de 1997, en el despacho de Pedro J. Ramírez están, entre otros, Manuel Cerdán y Antonio Rubio, que hicieron pareja profesional durante quince años hasta su separación en 2003, a instancias de Cerdán, que ahora trabaja en *OK Diario* mientras que Rubio es el director del máster de periodismo de Unidad Editorial. Juntos firmaban las fotos de sus reportajes como «Alenda Campaña» y juntos publicaron grandes exclusivas en *El Mundo*, sobre todo en la década de los noventa.

Por ejemplo, el caso de las escuchas del CESID, un monumental escándalo de espionaje a políticos, periodistas y al propio rey que consiguieron desvelar en 1995 gracias al espía traidor Juan Alberto Perote. También entrevistaron Cerdán y Rubio a Bárbara Rey en su casa de Boadilla del Monte en 1997, días después de la denuncia, y allí les contó la *vedette* todos los detalles que Cerdán publicó... ¡veinte años más tarde! Según Rubio, el extracto del banco de Luxemburgo que Cerdán usó como justificante de la serie de enero de 2017 sobre Bárbara Rey lo tenían ellos dos desde 1996. Se lo había entregado un abogado relacionado con la *vedette* y con Luis Roldán, el director general de la Guardia Civil que había huido y al que los periodistas habían logrado entrevistar en 1994 en París.

«Nunca publicamos ese extracto porque nunca pudimos comprobar que se trataba de una cuenta abierta por el CESID para Bárbara Rey», explica Rubio, que en 2003, un sábado y con nocturnidad, vio cómo Cerdán dejó sobre la mesa que compartían una nota manuscrita donde decía: «Antonio, me he dejado los dos cuadros para hacer copias [sic]». Cerdán, los cuadros y otra mucha documentación, incluido el extracto de Luxemburgo, nunca volvieron a su lugar de origen, el despacho que compartían en la redacción de *El Mundo*, casi pared con pared con el que yo tenía entonces.

El 12 de junio de 1995 los dos periodistas publicaron una portada en *El Mundo* con el siguiente titular: «El CESID lleva más de diez años espionando y grabando a políticos, empresarios y periodistas». Y al día siguiente volvieron a levantar ampollas en el mundillo político, económico y judicial: «El CESID grabó y archivó en su “cintateca” conversaciones del rey y de sus amigos».

Cerdán y Rubio tuvieron acceso a muchas cintas de las que grabaron los servicios secretos, unas de carácter político, empresarial o judicial y otras de índole muy privadas. Rubio asegura que había cintas de audio y de vídeo. Y no quiere ir más lejos.

Un año después, el 30 de septiembre de 1996, los periodistas de investigación de *El Mundo* volvieron a publicar otra exclusiva relacionada con los servicios secretos y cuestiones personales de altos cargos del Estado en un chalé de Aravaca (Madrid). El titular de ese día fue: «El CESID utilizó un chalé para grabar y filmar reuniones y encuentros privados de altos cargos». En el subtítulo eran más directos: «Instaló cámaras ocultas en una vivienda que alquiló en una zona residencial de Madrid».

Si leemos el texto de aquel reportaje podemos extraer cosas tan personales como que en la habitación principal del chalé de la calle Sextante de Aravaca «nunca podía faltar champán, fruta, crema Nivea y colonia Eternity de Calvin Klein».

Todo este material antiguo de *El Mundo*, incluidos estos detalles, fue debidamente reciclado y actualizado por Cerdán en *OK Diario*. He intentado hablar con Inda y con Cerdán de todos estos asuntos pero ninguno de ellos ha querido hacerlo.

En 1994, Villarejo había entrado en la vida de Cerdán y de Rubio como «rabo» (en lenguaje policial, el que sigue a una persona) del Ministerio del Interior después de que los periodistas lograran el *scoop* de Roldán, el hombre más buscado de España. Se hicieron «troncos», amigos en el metalenguaje de Villarejo. En 2010, Rubio dejó de tener relación profesional con el comisario Villarejo, el policía-empresario-detective privado-abogado-gestor de crisis que en esa época ya había construido un portfolio de periodistas a los que iba surtiendo de información pero a los que luego pedía favores a cambio.

Ni el extracto de Luxemburgo ni la cinta de Gayá aparecen en las informaciones de los años noventa en *El Mundo* pero sí en las de *OK Diario* más de dos décadas después. ¿Por qué? El pago del extracto bancario está emitido por una empresa y recibido por otra empresa, ¿cómo puede justificar Cerdán que el emisor es el CESID y el receptor Bárbara Rey? El periodista no lo explica. Tampoco por qué esta vez sí aceptó usar la cinta de Marta Gayá.

El mensaje de Villarejo, vía *OK Diario*, es claro, el *kompromat* habitual en los servicios secretos rusos: si hay audio (Gayá) es que también hay vídeo (Bárbara Rey), y los mismos que están recuperando el pasado podrían publicarlos. Pero dar en 2017 el vídeo plantearía unos problemas judiciales de sobra conocidos por el vídeo sexual de Pedro J. Ramírez, cuyos autores materiales fueron encarcelados, juzgados y condenados. Nadie en su sano juicio, ni siquiera los que tantos favores deben a Villarejo, se atrevería en España a reproducir esos vídeos del rey y la *vedette* ni sus transcripciones.

El *kompromat* de Villarejo no funciona, a diferencia del pacto orquestado por el Gobierno de Aznar para silenciar a Bárbara Rey que opera a la perfección. Hoy en día, la artista sigue manteniendo la discreción en medio de incursiones esporádicas como la que protagonizó en el programa de Risto Mejide en junio de 2017 o las que hace en su cuenta de Instagram.

Después del *revival* de enero de 2017, Zarzuela puso en una especie de cuarentena a Juan Carlos I, al que impidió acudir a la reunión de COTEC el viernes 10 de febrero (la undécima cumbre de un organismo creado por él y a la que acudieron en Madrid los presidentes de Portugal e Italia). Pasado un tiempo prudencial, se inició un intento de rehabilitación de su imagen que culminó en la primavera de 2017 y que funcionó al menos hasta el verano.

Pero el fallido *kompromat* de Villarejo en enero de 2017 no es más que el plan B que pone en marcha porque le falla el A, la pieza principal, que es una vez más Corinna.

Eaton Square

Sábado, 27 de junio de 2015, Museo de Historia Natural de Londres, Knightsbridge. Glamur, esqueletos, fósiles y una buena causa se citan en la cena inaugural de la Walkabout Foundation, una ONG fundada por los hermanos argentinos Carolina y Luis González-Bunster, un chico que quedó paralítico con dieciocho años en un accidente de coche y desde entonces recauda dinero para la investigación y para sillas de ruedas. En España haciendo el camino de Santiago o en este museo donde bajo el diplodocus más famoso del mundo se cobra a mil dólares el cubierto en cada una de las treinta y cinco mesas.

El expresidente de Estados Unidos, Bill Clinton, amigo del padre de los Bunster, es la gran estrella invitada, pero también están la modelo rusa Natalia Vodianova; el príncipe Nicolás de Grecia, primo de Felipe VI; el director de orquesta ruso Valery Gergiev y muchas *celebrities* más. En la entrada hay una cámara de Telecinco que sólo parece interesarse por una señora rubia que va directa a la periodista aunque nadie se lo pide, ni siquiera la reportera. La rubia en cuestión es Corinna, que lleva un vestido largo *nude* con plumas, lentejuelas y transparencias a juego con sus labios, más carnosos y pinchados que hace unos años.

«España es un país maravilloso, pero no tengo una casa allí. No volveré a España de ninguna manera», dice en inglés la intermediaria germano-danesa, muy sonriente.

De vez en cuando gira la cabeza como si tuviera prisa o intención de marcharse. Pero no lo hace y sigue hablando a cámara sin que la periodista haga nada. La propia Corinna hace de autoreportera y se pregunta por qué se publica en España en ese preciso momento su «falso» regreso inminente, en referencia a la historia, efectivamente falsa, que se puso en circulación en septiembre de 2013 sobre una casa para ella en España. Dos años más tarde, en mayo de 2015, justo al publicarse *Final de partida* y aumentar el interés por la intermediaria germano-danesa, un digital retomó la falsa historia sobre la adquisición de una casa de quinientos metros (y dos mil novecientos de parcela) en la urbanización madrileña de Somosaguas.

Fake News en estado puro. La casa en cuestión pertenece a una hija adulta de Fernando Fernández Tapias, *Fefé*, y en mayo de 2015 la relación entre Corinna y Juan Carlos I estaba finiquitada. Tan enterrada y acabada que

pocos días después de hablar así a las puertas del museo, Corinna protagonizó algo así como una despedida oficial a través de una entrevista en la revista francesa *Point de Vue*, órgano oficioso de la realeza europea. Preguntada en la publicación por su relación con el rey emérito contesta así: «Es un episodio que asumo, pero que ha sido utilizado y amplificado de manera abusiva. He decidido utilizar esta visibilidad, que no he buscado, para hacer algo positivo y emplearla para beneficio de la filantropía». Nunca más ha vuelto a referirse públicamente a sus diez años de relación sentimental con Juan Carlos I.

El vínculo con el rey emérito empieza a romperse en el otoño de 2013, después de que juntos analizaran la «hoja de ruta» que le sugiere Juan Carlos I para su jubilación: unos apartamentos reales en el palacio de El Pardo en Madrid y el resto de la vida deambulando por el extranjero. Él octogenario, ella en la cincuentena. Él sin ayudantes, ella cuidando de él. Los lazos y los títulos, a estudiar para no hacer daño a la Corona española. Quizá no puedan ni casarse, aunque él querría hacerlo. Es en ese momento cuando Corinna pone en venta el dúplex de Suiza que compartió con el rey Juan Carlos desde 2009.

A ese dúplex llegué un día de septiembre de 2015 con mi colega Moeh Atitar, con el que trabajé brevemente durante mi paso por el digital *El Español*. Lo hicimos siguiendo las quejas del abogado francés L. M., que la había denunciado después de comprarle la propiedad. Según L. M., Corinna incluyó en la venta del lujoso inmueble una serie de cuadros y cachivaches sin relevancia alguna que ella hizo pasar por piezas de la inexistente Colección Real de España poniendo en valor su relación con Juan Carlos I, conocida por todo el mundo allí.

El sitio es maravilloso: limpio, puro, transparente, con unas vistas que te transportan, literalmente, al techo del mundo. Pero el reportaje que fuimos a hacer nos resultó deprimente: un anciano enfermo que se siente engañado por una mujer a la que describe como fría y manipuladora, la otra cara de Corinna, ésa quizá que pronto descubrieron los escoltas del rey, la de la mujer a la que el rey y su corte ayudaron en negocios que no prosperaron, como el millonario Fondo Hispano-Saudí o la chocolatera. En Villars descubrí muchas cosas. «Desde que abdica, Corinna empieza a tratarlo de otra manera», me explican en el golfo Pérsico, donde Juan Carlos encumbra a la

intermediaria germano-danesa a lo más alto y le permite ganar mucho dinero. «Ella llegó aquí de su mano, y todos le dimos la bienvenida porque lo apreciamos a él. A su majestad lo quiere aquí todo el mundo. A ella le hemos dado la espalda, porque así nos lo ha hecho ver él».

Según estos testimonios de Emiratos Árabes Unidos y también de Omán, algunos de los cuales han pasado por el dúplex de Villars, Corinna hace «extrañas maniobras» tras la abdicación. Empieza a sugerir que Juan Carlos I está «muy mayor» y pretende seguir teniendo el mismo nivel de interlocución con las altas esferas como el que tenía cuando iba de la mano del rey de España. La estrategia no funciona. A Juan Carlos I le cuesta abrir los ojos y reconocer lo que siempre había negado. A sus espaldas, Corinna bromea con cierta crueldad sobre el mal estado físico del rey emérito. Las personas que la oyen lo cuentan. Les parece de mal gusto que apunte a la reina Sofía como la persona que le preparará «la sopa de pollo» y empujará «la silla de ruedas» cuando ella no esté.

La ruptura es dura e incluye flecos económicos. Corinna ha ido adentrándose a lo largo de los años en el corazón y en la cartera de Juan Carlos I, que se ve obligado a contratar a personas especializadas en este tipo de situaciones. Corinna no tendrá queja: su trabajo de intermediación cae en picado sin el paraguas del rey, pero ha ganado tanto dinero que ya no tendrá nunca más problemas económicos. Un ejemplo de cómo se complicaron las cosas entre ellos es la finca de Marrakech que le ofreció el rey de Marruecos al rey de España para que se retirara allí con ella. Fue en septiembre de 2013, cuando Juan Carlos I se opera de nuevo e intuye que su final como rey se acerca. Por seguridad, el rey emérito estima que la propiedad debe de ir a nombre de Corinna. Ella está muy de acuerdo. Pero alguien que llegó a ver las fotografías de la propiedad desaconsejó vivamente la operación. A Juan Carlos I no le gustó esa intromisión en su vida privada y esta persona consiguió hacerle ver que el Estado no podría seguir cubriéndole las espaldas si insistía en compartir su vida en un país no occidental con una mujer poco de fiar. En el caso de haber aceptado la finca y haberla puesto a nombre de Corinna, en estos momentos ella sería la propietaria única. «Menos mal que el rey olvida pronto a las mujeres», se felicita un viejo amigo de Juan Carlos I que siempre intuyó que Corinna estaba con él por los motivos equivocados.

A Corinna no le gustó quedarse sin la propiedad. Es en situaciones así cuando su descontento con España aumenta. Sus relaciones sociales menguan tras la ruptura, que Juan Carlos I se encarga de publicitar, y al principio pasa más tiempo sola en casa que ahora. En Rusia le quedan grandes amigos, como el propio Gergiev, el famoso director de orquesta con el que acude a la cena de la Walkabout Foundation en Londres. Pero el país de Putin, gran amigo también de Gergiev, no es hoy la mejor carta de presentación. Corinna hizo un intento por organizar un acto solidario de Gergiev en Cuba cuando comenzó el deshielo en la isla pero la cosa no funcionó y ella atribuyó el fracaso al largo brazo diplomático de España. Tampoco ha brillado en los últimos años en las Noches Blancas de San Petersburgo como lo hizo en 2013 con el posado con el collar de Romanones.

Se vuelve obsesiva con la protección de su imagen. A veces aparece menos de una hora en una red social y enseguida sus abogados la borran. Fue el caso, en mayo de 2017, del fugaz paso por la cuenta de Instagram de su amiga la modelo Vodianova. Alberto de Mónaco, su gran valedor, se muestra más reacio a dejarse ver con ella en público. Ya no hay *photocalls* como antes ni cortesanos del rey Juan Carlos que la protejan. Arturo Fernández, Juan Miguel Villar-Mir, Javier Monzón, Alberto Alcocer, todos desaparecidos. El rey empieza a formar su nueva corte marinera y latina ajena a Corinna, que inicia una amistad con un coronel de caballería británico, casado y con familia, que no acaba bien.

Es en esa época cuando ella se queja a sus conocidos de España, de su servicio secreto, de los fantasmas que no existen y que aumentan a medida que su brillo va menguando. Es entonces cuando se pone en marcha, según fuentes de la seguridad del Estado, un triángulo operativo compuesto por Villarejo, un empresario español y un periodista de Madrid, los tres amigos, para hacer con Corinna lo que previamente había hecho el expolicía ahora detenido con Victoria Álvarez, la exnovia de Jordi Pujol: ganarse su confianza, hacer que ésta compartiera información confidencial sobre su relación con el rey, y conseguir que acabara denunciando en los tribunales al general Sanz Roldán por amenazas de muerte.

El empresario es el que le da a Corinna el nombre de Villarejo como la persona que puede solucionar cualquier problema que tenga en España. El

periodista espera sacar provecho futuro de toda la información que se derive del caso, como ha hecho en otras ocasiones con filtraciones interesadas del excomisario. Villarejo emprende con entusiasmo este trabajo *freelance* —ninguna autoridad se lo encarga en España como sí le pidieron que se acercara a Álvarez— con la esperanza de que la información obtenida sea tan comprometida para el Estado que ningún juez pueda emprenderla contra él por las actividades supuestamente delictivas que ahora le han llevado a la cárcel.

Villarejo visita a Corinna en su domicilio de Eaton Square —a mí misma me preguntó varias veces por la dirección— y se hace pasar, entre otras cosas, por un exagente secreto que está en contra de los «desmanes» que comete Sanz Roldán en el centro. Le lleva documentación falsa con membrete del CNI. Está muy poco tiempo, apenas el necesario en la puerta para entregarle la documentación. Con Álvarez, la exnovia de Jordi Pujol Jr. se hizo pasar por periodista defensor de derechos humanos y consiguió que fuera a Madrid a declarar ante la justicia. Con Corinna lo tiene mucho más difícil. Pero él no pierde oportunidad de contar en cada encuentro que tiene con periodistas que el general Sanz Roldán amenazó a Corinna en junio de 2012 para obligarla a dejar al rey Juan Carlos y que ésta aún teme por su integridad física.

Lo cierto es que Villarejo leyó los pormenores del encuentro de Corinna y el director del CNI en mi anterior libro, *Final de partida*, y a partir de ahí dejó volar su imaginación y su capacidad para inventar cosas. Corinna quedó tan contenta con el encuentro con el general que le escribió una carta a una amiga diciéndole que el viejo militar de Uclés era «para comérselo». Tan encantador le pareció. El general hizo un enorme esfuerzo por quedar a la altura de la cita: llegó al hotel Connaught en un elegante Bentley muy temprano una mañana de sábado y salió de allí cuatro horas después con el pañuelo perfectamente colocado en la chaqueta y una nueva amiga llamada Corinna.

La intermediaria germano-danesa confió muy poco tiempo en Villarejo, pero en una ocasión sí lo hizo. La escena que he descrito de la cámara española estratégicamente colocada ante el Museo de Historia Natural la preparó él. En principio, estaba destinada a salir en el programa presentado

por Sandra Barneda, *Un tiempo nuevo*, que terminó precisamente ese día. Al final, las declaraciones no se emitieron en Telecinco, y el excomisario se las ofreció a Esteban Urreiztieta, que dos semanas más tarde, el 11 de julio, las publicó en *exclusiva* en *LOC*, el suplemento dominical de *El Mundo*. Según Villarejo, era su regalo a Urreiztieta para que saliera «por la puerta grande» antes de iniciar otro cometido profesional. Según Urreiztieta, las declaraciones le parecieron muy oportunas en un momento en el que Corinna provocaba mucho interés en España.

La intermediaria germano-danesa no acaba de fiarse de Villarejo, que nunca había sido fotografiado en España hasta que Javier Ayuso, el antiguo jefe de prensa de Zarzuela, publica su imagen en *El País* dos meses antes de la escena del museo. Cuando se la enseñan, más adelante, Corinna empieza a sospechar seriamente de las intenciones del excomisario y confronta al empresario español que se lo recomendó. Al mismo tiempo, en España, yo intento comprobar lo mismo con el periodista en cuestión, que niega la mayor.

Casualmente, me vi envuelta en una situación dantesca que nada tiene que ver con el ejercicio profesional del periodismo y que me produjo un enorme rechazo. En febrero de 2016 fui a Londres a investigar los vínculos profesionales de Villarejo con Corinna y visité la sede de Schillings, donde en otras ocasiones me había recibido la intermediaria. No me confirmaron la relación, pero tomaron buena nota de lo que les transmití. Muy poco después, el excomisario supo de mi presencia en Schillings y me lo echó en cara con su habitual lenguaje tabernario.

Finalmente, Corinna prescindió de sus servicios al tiempo que al empresario le llegó un contundente mensaje de Madrid, algo así como «con las cosas de comer no se juega». Quizá influyeron en la rapidez con la que terminó todo el asunto viejas cuentas del pasado y el temor reverencial que algunos periodistas siguen teniendo a los servicios secretos españoles. Villarejo se queda solo y el excomisario, gran experto en resentimientos y venganzas, fracasa en su empeño de «hacer un Victoria Álvarez» con Corinna, que ha retomado su vida de lujo y glamur bien alejada de España.

Ahora Corinna pasa temporadas en su nueva propiedad en Estados Unidos, donde invita a multimillonarios europeos, especialmente a un

septuagenario belga que bebe los vientos por ella. Mientras tanto, a Villarejo se le acumulan los problemas. No ha conseguido hacerse con información comprometida de Corinna, y el *kompromat* de Barbará Rey y de Marta Gayá ha caído en saco roto. La capacidad de erosión de la monarquía ya no pasa por Juan Carlos I.

Así que el viernes 2 de junio de 2017, a la desesperada, inicia con sus amigos de *OK Diario* una rueda mediática que lo llevará, a finales de junio, al programa de Jordi Évole en La Sexta. Lo último es tirar la toalla. En el tercer aniversario de la abdicación de Juan Carlos I, el día que padre e hijo se reúnen en Marín (Pontevedra) y se hacen fotos cariñosas juntos, el incansable Villarejo lo intenta de nuevo y concede una entrevista en la que acusa al CNI de espiar a políticos en prostíbulos, robar fondos reservados y, cómo no, de amenazar de muerte a Corinna. Pero el ventilador del excomisario empieza a quedarse sin pilas, como escribe Ayuso, el periodista que más ha hecho por desvelar la verdadera identidad de Villarejo junto a Patricia López, del diario *Público*.

He hablado con Villarejo una decena de veces desde que lo conocí en la primavera de 2015 y empecé a investigar para este libro. El excomisario cambia de versión a la velocidad del rayo, y uno no tiene tiempo de asimilar la primera cuando ya está construyendo la segunda. Todas las veces que le he preguntado por la información que tiene de Corinna me ha cambiado el relato.

Unas veces, el presidente Rajoy no sabía que el general Sanz Roldán había ido a ver a Corinna y, enfadado, había dejado de hablarle a Soraya Sáenz de Santamaría porque fue ella la que envió al general al encuentro en el Connaught. Otras, Rajoy, al que Villarejo en su obsesión por los apodos llama «El Barbas», es el urdidor último de toda la conspiración contra la intermediaria germano-danesa pero Sáenz de Santamaría es la ejecutora. Esta versión le gusta mucho porque Sáenz de Santamaría y Sanz Roldán son sus dos principales bestias negras. Todo lo que sea demostrar que estas dos personas hacen las cosas mal le gusta sobremanera al excomisario. Si en el empeño de destruirlos tiene que fabricar mentiras, eso es un mal menor.

En su huida hacia adelante, Villarejo emprendió en junio de 2017 una campaña a base de entrevistas. Irónicamente, coincidió con el regreso

mediático de Corinna, que tuvo un rifirrafe con la prensa española a cuenta del compromiso de su exmarido, el príncipe Casimir zu Sayn-Wittgenstein con la modelo Alana Bunte. El culebrón salpicó a su exsuegro, Alexander zu Sayn-Wittgenstein, que tuvo que enviar un comunicado a varios medios para confirmar que Corinna no dispone de título ni de apellido desde que se divorció de su hijo Casimir en 2005. Me puse en contacto con el jefe de la Casa Sayn, con Corinna y con sus abogados para confirmar con ellos la manera de referirme a ella. Entre Zu Sayn-Wittgenstein o Larsen, me quedo con Corinna.

Villarejo carecería de margen de maniobra si Juan Carlos I hubiera gestionado mejor su pasado mujeriego. Aun así, el rey ha tenido mucha suerte: hasta hoy, la única realmente indiscreta ha sido probablemente Corinna, que no es española y a la que en última instancia le importa poco lo que ocurra en este país. También ha influido su manera de ser, combativa y tendente a creer en conspiraciones. He aquí un ejemplo. Un día, cuando ya había terminado su relación con Juan Carlos I, el comandante de un avión comercial en el que ella volaba tuvo un gesto amable. La reconoció y la invitó a aterrizar en cabina, algo que a muchas personas les encanta. Ella declinó la invitación, y luego transformó la anécdota en una prueba de que los servicios secretos españoles le seguían la pista con la intención de matarla.

Errores u obsesiones —¿un detalle o una amenaza?— que estuvieron a punto de echarla en los brazos de uno de los hombres más peligrosos de España, un antiguo servidor del Estado convertido en uno de sus mayores enemigos: el comisario de policía jubilado José Manuel Villarejo Pérez, *Pepe* para los amigos.

Capítulo 5

MOONLIGHTING

—*Me acuerdo del rey pegando tiros a las botellas en la discoteca Babels.*

Así me habla José Manuel Villarejo Pérez, *Pepe* para los amigos, comisario para los que quieren mantener la distancia con él, un hombre más ancho que alto al que conocí en la primavera de 2015 en el reservado de un club privado de Madrid con la pistola encima de la mesa. Dos años más tarde, cuando le pido que me hable de su relación con la Casa Real, ésta es la imagen que le viene a la cabeza: Juan Carlos I, todavía príncipe a los treinta y seis años, midiendo su puntería en la barra de una discoteca que ya no existe pero que en 1974 atraía a pilotos, azafatas y pijos en general a un callejón de la plaza el Jonquet, frente a la antigua Abraxas, al final del paseo marítimo de Palma de Mallorca.

El joven Villarejo tenía entonces veintitrés años, llevaba dos apenas en el Cuerpo Nacional de Policía, y era uno de los escoltas que reforzaban en verano la seguridad del príncipe en la isla. Villarejo, que estaba destinado en el País Vasco, acudía a Mallorca con gusto, atraído por las «buenas dietas» y porque le «molaba» pasarse el verano «mamoneando» en Palma. El viejo Villarejo que yo conozco cuarenta y un años después entre mesa y mantel poco tiene que ver con aquel ambicioso chico de El Carpio (Córdoba) cuya madre se despidió entre lágrimas cuando fue a enfrentarse a los terroristas de ETA. Un valiente que poco se parece al ser inquietante en el que se ha convertido cuando me lo presentan: un hombre cínico, malhablado, duro,

millonario, que se relaciona por todo lo alto con el Madrid del dinero, la información y los favores. Un mundo masculino y poderoso en el que Villarejo ha forjado una red de periodistas, empresarios, jueces y políticos a los que unas veces ayuda y otras le ayudan a él. Un imperio del *networking* mafioso que él dirige durante dos décadas desde la Torre Picasso antes de acabar en la cárcel.

Para escribir este libro lo he entrevistado en más de una ocasión, pero sólo de su palabra depende que sean verdad esos recuerdos vívidos que tiene de su tiempo como escolta de Juan Carlos I. De Babels, por ejemplo, esa discoteca tan moderna entonces, decorada por el interiorista Xavier Regàs y Pagés, el mismo que convirtió Barbarela en epicentro musical de Europa, con hits de la época como Wilson Pickett o José Feliciano. Ahora todo esto suena a rancio y a antiguo, pero en la España franquista de entonces dice que era auténtico lujo para un veinteañero recién salido de un pueblo andaluz y destinado en San Sebastián en los peores años de ETA. Él iba siempre de voluntario al llamado dispositivo de jornada para proteger al príncipe. Tanto, que me dijo que en 1981 repitió la experiencia: «Era muy divertido».

Los príncipes Juan Carlos y Sofía habían empezado a veranear en Mallorca en agosto de 1973 gracias a los buenos oficios de Mondéjar, el jefe de la Casa del Rey que convenció a la diputación para que les cediera la masía de Marivent donada por el pintor Juan de Saridakis como museo a la ciudad de Palma. Una generosidad que liberó a los aspirantes al trono de España de esas no-vacaciones en Galicia a la sombra de Franco. Según Villarejo, el dispositivo de seguridad de entonces no era tan sofisticado como el de ahora, pero ya había dos «bucles», uno con la escolta estrictamente personal (él lo llama «ojos crueles», y dice que muchos de algunos de esos hombres accedieron más tarde a importantes puestos de seguridad en empresas españolas) y otro de agentes camuflados, en el Club Náutico o en donde estuvieran los príncipes.

Además de esas experiencias de verano, añade, participó en otros dispositivos reales cuando ya formaba parte de la Brigada Central de Información. Entonces, recorría «pueblos y ciudades antes de que llegara el príncipe». Recalco lo de «según» porque con Villarejo uno nunca sabe cuándo se trata de una verdad, una mentira, una media verdad, una media

mentira, un rumor, un infundio o una calumnia pura y dura. En ese año 1981, por ejemplo, ya hay indicios de su fijación con la familia real y también de su irresistible tendencia a intoxicar, según el testimonio del histórico periodista Mariano Guindal, que entonces trabajaba en la agencia Colpisa.

Guindal me contó que el 24 de febrero de 1981, un día después del intento de golpe de Estado, Villarejo lo llamó por teléfono para decirle que el rey estaba implicado en la asonada y que la familia real había sido trasladada en helicóptero a Portugal. Colpisa era la agencia de Manu Leguineche, y allí se trabajaba con profesionalidad. Guindal envió el artículo a la Casa del Rey, que lo desmintió. Un día después, Villarejo lo telefoneó: «Eres un hijo de puta, todo lo que te he contado está en la mesa del rey». Cuando fui a ver a Schillings a Londres, Villarejo me insultó de otra manera: «¡Tía, no me jodas!».

Dicho esto, hay que advertir que Villarejo puede ser tan violento como simpático, un disparate de hombre a mitad de camino entre el torrentismo y la delincuencia. Ingresó en la policía en 1972 y en 1983, tras la llegada de los socialistas, optó por irse con una indemnización debido a su condición de *brigadista* político-social. Según relató él mismo a Guindal, utilizó el medio millón de pesetas que entonces le dieron de indemnización para comprar una opción del exclusivo Club Puerta de Hierro. ¿Por el golf? No. Porque en la barra del bar ofrecía sus servicios como «solucionador de problemas» a los empresarios que se relajaban allí.

Regresó en 1993 fichado de nuevo por José Luis Corcuera como agente operativo, encubierto o secreto, según el caso, al que se le permitió mantener las empresas que había creado. A partir de entonces, ya nunca dejó de combinar trabajos e identidades: policía de día y de noche detective privado, abogado o apagafuegos para el empresario o el político que quisiera pagar. Esa actividad tiene un nombre en inglés: *moonlighting*, luz de luna, algo así como pluriempleo, trabajo clandestino o sumergido, y me lo enseñó Rod Christie-Miller, uno de los jefes de Schillings, que tiene una fama merecida como el mejor bufete para proteger «la privacidad y la reputación de las personas más exitosas del mundo», según su propia definición. *Moonlighting*, lo que Villarejo ha hecho durante al menos dos décadas, fue la serie de

televisión de los años ochenta sobre detectives privados que hizo famoso a Bruce Willis.

Se parecen poco Villarejo y Christie-Miller, un elegante abogado reputacional que ganó el caso del conde Spencer, hermano de Lady Di, contra un tabloide británico. Durante unos meses coincidieron por Corinna, ante la que según fuentes solventes Villarejo se presentó con tres sombreros diferentes, además del mencionado de exagente secreto contrario el general Sanz Roldán: abogado de la firma Stuart & McKenzie (la suya, con sede en Torre Picasso) y amigo campechano y conectado de un empresario español.

En febrero de 2016, cuando fui a visitar a Christie-Miller a la sede de Londres (Schillings también tiene oficina en Nueva York), Corinna rompió sus vínculos con él tras ser informada de la verdadera identidad y motivos del excomisario. Esa primavera, Villarejo ya había cometido los grandes errores con los que comenzó su caída. Los hizo porque se sentía fuerte, protegido y condecorado por el Gobierno del PP después de su gran trabajo en Cataluña en el otoño de 2012, cuando llevó a cabo una extraordinaria labor de inteligencia, el *handling* (manipulación de fuentes) de Victoria Álvarez, la exnovia de Jordi Pujol Ferrusola, que condujo al descubrimiento de la corrupción de los Pujol. Villarejo se hizo pasar con Álvarez por periodista especializado en maltrato a la mujer bajo el falso nombre de Javier Hidalgo, supuesto colaborador de *El Mundo*, y se ganó su confianza. Álvarez le contó lo de sus viajes a Andorra con su exnovio Pujol Ferrusola armado con mochilas con billetes de quinientos euros. El resto es historia.

Pero el exceso de confianza acumulada tras el éxito en Cataluña le lleva a cometer errores. El primero, un supuesto delito por el que está siendo investigado en el juzgado número dos de Madrid: la grabación y manipulación de una conversación entre policías y agentes del CNI en el caso del pequeño Nicolás, en el que él se mete para proteger a uno de sus ricos clientes. El joven impostor Nicolás Gómez Iglesias, el pequeño Nicolás, fue el eslabón que llevó al periodista Javier Ayuso a investigar a Villarejo. Una semana después de la detención del pequeño Nicolás, el 20 de octubre de 2014, es cuando Villarejo, según fuentes de la seguridad del Estado, orquesta la grabación de dos policías y dos agentes del CNI, un hombre y una mujer, para manipularla e invalidar el caso. Es entonces cuando el general Sanz

Roldán entiende que ha llegado la hora de poner límite al *moonlighting* de Villarejo, independientemente de los servicios que haya podido prestar al Estado. Para el viejo militar, lo primero es proteger a sus subordinados.

El segundo error, el que aparentemente más preocupa a Villarejo, está siendo investigado en el juzgado número 39 de Madrid: se trata del acoso sexual entre la dermatóloga Elisa Pinto y Javier López Madrid (los dos se han acusado mutuamente) y en el que el excomisario ha sido identificado (en junio de 2017) como el hombre que apuñaló a la doctora el 10 de abril de 2014 cuando ésta fue a recoger a su hijo al colegio. La tesis de los investigadores es que Villarejo quería amedrentarla por encargo de su cliente, López Madrid. Según fuentes solventes, el yerno del marqués de Villar-Mir contrató sus servicios a instancias de Francisco Granados, el exconsejero de Interior de la Comunidad de Madrid que ha pasado tres años en la cárcel por el caso Púnica. Villarejo lo niega y sólo admite que «dio un par de consejos» a López Madrid pero que éste nunca fue su cliente en los servicios de «gestión de crisis» que ofrece su compañía.

De nuevo se cruzan los caminos de Villarejo y Zarzuela. López Madrid fue uno de los mejores amigos del rey hasta que su cercanía a la cloaca provocó quizá la peor crisis de imagen en el corto reinado de Felipe VI.

Móviles en la cloaca

Miércoles, 9 de marzo de 2016, Lisboa. Felipe VI sale por primera vez de España desde que comenzó el bloqueo político para asistir a la toma de posesión del nuevo presidente, Marcelo Rebelo de Sousa. Poco dura el respiro. El rey acaba de aterrizar en Portugal a primera hora de la mañana cuando en España estalla la crisis de #CompiYogui, según el hashtag que a media mañana se ha hecho fuerte en Twitter tras la información de *Eldiario.es*. Se trata de un intercambio de mensajes privados entre los reyes y su buen amigo el financiero Javier López Madrid, desde 1990 marido de Silvia Villar-Mir y superyerno de Juan Miguel Villar-Mir, un brillante catedrático de ingeniería que consiguió las conexiones políticas necesarias durante la Transición para forjar el imperio de la construcción, OHL y

convertirse en 2011 en marqués gracias a su gran amigo Juan Carlos I, al que ha colmado de favores, sobre todo en la etapa de Corinna.

El intercambio, desvelado por el digital de Ignacio Escolar, dice así:

Reina Letizia (Ltzia). 15 octubre 2014. 17.08. Te escribí cuando salió el artículo de las tarjetas en la mierda de LOC y ya sabes lo que pienso, Javier. Sabemos quién eres, sabes quiénes somos. Nos conocemos, nos queremos, nos respetamos. Lo demás, merde. Un beso compi yogui (miss you!!!).

Javier López Madrid. Os lo agradezco mucho. En el futuro extremaré el cuidado, vivimos en un país muy difícil y seré aún más consciente de mi conducta.

Rey Felipe (PF PT). Y tanto! Me uno al chat pero prefiero tener un rato para charlar sin intermediación electrónica ni telefónica. Comemos mañana? Abrazos.

Javier López Madrid. No puedo, señor, estoy en San Francisco. Pero si es necesario vuelvo mañana.

Rey Felipe (PF PT). Ahí va! Pues claro que no, hombre. Era por charlar con tranquilidad. Ya cuando vuelvas hablamos. Un abrazo y disfruta algo lejos de este barullo.

Javier López Madrid. Gracias, señor.

Felipe VI es el comandante Esteban para los colegas de la academia militar y Tomás para Javier López Madrid y los hermanos Fuster. Eso, según los que mantienen que los «PF PT» en el móvil del financiero son un acrónimo de Príncipe Felipe Particular Tomás. El intercambio no puede ser más desafortunado, en lenguaje y en tiempo. Hace sólo cinco días que los españoles han sabido que López Madrid usó treinta y cuatro mil ochocientos siete euros con la tarjeta *black* de Caja Madrid, la futura Bankia rescatada con el dinero de todos los españoles (veintitrés mil millones de euros). La misma *black* que una semana antes le ha costado el puesto de consejero real a Rafael Spottorno, que no recibe ningún sms de apoyo a pesar de los servicios prestados a la Corona y a Felipe VI.

Los reyes sobreviven a las chanzas y a las críticas que provocan los mensajes *compi yogui*, pero las marcas quedan. Se abren cuentas en Twitter con ese nombre, algunas aderezadas con «*merde*» o «*miss U*». Pertenecen a la órbita de la izquierda, pero traslucen un convencimiento transversal preocupante que los reyes quieren atajar: a pesar de los esfuerzos de Felipe VI en los últimos dos años, los nuevos monarcas pertenecen a la misma élite

corrupta que contribuyó a la caída de Juan Carlos I. Felipe VI se salva un poco más de la criba por la prudencia electrónica que demuestra mientras que la reina Letizia entra al trapo como es ella: directa e indiscreta. La Zarzuela lo califica de «desahogo» personal para suavizar una metedura de pata monumental teniendo en cuenta que ocurre apenas un año después de otra serie de mensajes electrónicos aún más preocupantes.

Lo que termina de viralizar el #CompiYogui es la carta que ese miércoles 9 de marzo, a las nueve de la noche, cuelga en elmundo.es Iñaki Gil, el director de *LOC (La Otra Crónica de El Mundo)*, titulada así: «Soy el jefe de la “mierda de *LOC*” y espero, majestad, que siga leyéndonos». Desde hace un par de años, Gil intenta hacer de *LOC* un producto más sofisticado que el de los inicios, cuando su agresividad, desconocida en la España del papel, trajo de cabeza a la reina Letizia. De inmediato, los reyes son conscientes del error cometido y de las consecuencias que traerá. No ha pasado ni un día cuando Felipe VI descuelga el teléfono para disculparse ante los responsables de *El Mundo*; el propio Gil recibe la llamada directa de la reina, que se muestra muy natural y comprensiva hacia la molestia que sienten los periodistas de *El Mundo*. Los responsables, entre ellos el exdirector, David Jiménez, tienen la impresión de que los reyes están siendo sinceros y de que ningún ser humano podría sobrevivir a una prueba así de violación de la intimidad.

Para Gil, que nunca ha hablado públicamente sobre lo sucedido excepto para publicar la citada carta, los reyes Felipe y Letizia, los dos, tienen un claro problema de comunicación: «Creen que tienen vida privada, están siempre a la defensiva y son muy restrictivos con la difusión de datos normales como el lugar donde pasan las vacaciones. En la distancia corta son simpáticos, normales, pero en lo profesional les cuesta mucho transmitir lo que hacen». La reina Letizia no supo entonces que *El Mundo* había rechazado la publicación de los mensajes porque su director, David Jiménez, de acuerdo con seis de las siete personas del *staff* del periódico, no quiso hacerle el juego a las cloacas, fuera cual fuera el sector del que provenían. Ante la negativa de *El Mundo*, el vendedor del producto se fue a llamar a otra puerta.

Ése fue el día que yo regresaba de Londres de indagar en los trabajos de captación de Villarejo con Corinna. ¿De nuevo la larga mano del comisario?

Según fuentes solventes, López Madrid cometió el error de entregar su móvil a su hombre de confianza, el comisario Villarejo, para que lo vaciara antes de ser depositado ante el juez en el caso de la dermatóloga Elisa Pinto. Villarejo lo copió íntegro, lo vació mal porque no tiene en nómina a grandes profesionales informáticos y avivó la sed de venganza de los policías con los que está enfrentado. Uno de sus enemigos, una vez levantado el secreto del sumario, puso en marcha la filtración con un periodista que no pertenece al portfolio de Villarejo, sino todo lo contrario.

La contraclouca, que también es cloaca como subraya una persona ducha en el asunto, filtra la información para dejar mal al excomisario frente a López Madrid y frente a los empresarios que lo habían recomendado y contrataban sus servicios. Villarejo, mientras tanto, guarda como oro en paño la copia del móvil de López Madrid, en la que hay muchos más mensajes de los reyes: forma parte de esa «munición» a la que hace referencia cuando profiere amenazas, las últimas en septiembre de 2017 en su propio digital, *Información sensible*, ya que cada vez tenía más dificultades para conseguir que sus palabras fueran reproducidas incluso por aquellos que, como él dice, tanto le deben.

De modo que en vez de ayudar, Villarejo dificulta aún más la vida de López Madrid. Un amigo de reyes no puede pasear por las cloacas ni tener problemas con la justicia. Lo saben Mario Conde, Manuel Prado y Colón de Carvajal, Javier de la Rosa, Arturo Fernández, Iñaki Urdangarin. Los mensajes sentencian a muerte social a López Madrid, que inició un descenso a los infiernos con parada en la cárcel en la primavera de 2017. Ahora se refugia en Londres, en la presidencia de Ferroglobe, de los tres casos judiciales, dermatóloga incluida, que aún le persiguen.

El chico al que todos describen como «simpático», «del tipo de Alejandro Agag [el yerno de Aznar] pero menos listo», fue de los pocos «amigos pijos» de Felipe VI que sobrevivió a la llegada de la reina Letizia, según fuentes solventes. «No exhibía su estatus de jefe, pero lo llevaba muy a gala», explica una persona que lo conoció bien cuando aún era un gran protagonista del Madrid del poder económico, político y social: «No tenía nivel de seguidor, pero sí de promotor de enlaces. Tenía capacidad de movimiento y agenda. Y mucha simpatía. Todo el mundo sabía además —y

él no lo ocultaba— que era de la pandilla del rey y padrino de un hijo de la infanta Cristina. Sin ser un cerebritito como Piqué [Josep Piqué, el exministro CEO de OHL], se desenvolvía estupendamente. Siempre muy bien combinado de ropa y con mucha seguridad en sí mismo».

Su cénit coincidió con la llegada de Enrique Peña Nieto al poder en México en 2012. «Él tenía un amigo en la cúpula política de Peña Nieto y lo organizaba todo allí. Viajaba mucho», explican fuentes conocedoras de su trabajo. Fue también ese año, en el que más poderoso se sintió, cuando llegaron sus problemas: el verano de 2012 es cuando la doctora Elisa Pinto empieza a denunciar su supuesto acoso.

Delgadocho, con un flequillo oscuro resistente a las canas, conquistó a la reina Letizia por su estómago delicado, que le dio tanta lata que llegó a ponerse en manos de una curandera en Burlada (Navarra) antes de convertirse en yogui. El circuito alternativo, una dieta estricta, su pasión por el deporte y la vida sana, el yoga y la condición compartida de consorte (él de Silvia Villar-Mir, ella del Príncipe de Asturias) los acercaron. También, el hecho de que López Madrid entró en la vida de Felipe VI ya casado y no conoció juergas juveniles con él. Por último, es dueño de una firma de inversión — Tressis— con Lalo Azcona, que es el jefe de Jesús Ortiz, el padre de la reina, en Estudio de Comunicación. Tiene dos años más que el rey y, de no ser por su matrimonio con la única hija de Villar-Mir, quizá nunca habría entrado en el círculo de los elegidos.

Su mujer era íntima amiga de la infanta Cristina desde la época del colegio Santa María del Camino de Puerta de Hierro. No es cierto que él estudiara en Los Rosales, López Madrid se formó en El Pilar. Es hijo de Germán López y Pérez de Castrillón, un emprendedor gallego que trajo a España la marca Volvo, montó concesionarios por toda España y luego los vendió a buen precio y consiguió el dinero suficiente para codearse con la *jet*. Javier, el pequeño de dos hijos, estudió en Icade, se dedicó a las finanzas e inició carrera en Goldman Sachs en Londres. Su hermano Germán se dedicó al negocio paterno.

En 1998, un año después de la boda de la infanta Cristina, a la que acudió, compartió safari con el príncipe Felipe en Kenia, y a partir de ahí se hicieron inseparables. En 1999 ya formó parte de la «cuadrilla» que lo

acompañó a Nepal y a la India con Eva Sannum. Y así hasta la llegada de Letizia Ortiz, a la que trató bien desde el principio, no como otros amigos del príncipe (y sus novias y/o mujeres) que *esnobearon* a la experiodista y que después fueron fulminados. A la amistad entre los cuatro le favorecía incluso la diferencia de edad de sus hijos. Los de López Madrid —Silvia, veinticinco, y Juan, veintitrés— lo suficientemente mayores como para no tener la presión de reproducir la amistad de sus padres con las hijas de los reyes.

La amistad se fue acabando a partir del otoño de 2014. Felipe VI se alejó de López Madrid al igual que de su hermana Cristina. Desde su exilio londinense, aún le quedan muchos viajes judiciales a Madrid, como el del pasado 2 de octubre de 2017, cuando tuvo que declarar sobre sus relaciones con Villarejo en el marco del caso de la dermatóloga. Junto a López Madrid también prestó declaración Donato González Sánchez, presidente de Société Générale, el ejecutivo que según Villarejo le presentó a López Madrid en las Cuatro Torres para que le ayudara «con un problemilla con una loca», según su lenguaje habitualmente despectivo. «Yo me limité a darle cuatro consejos y ésa fue toda mi participación», añade para luego emprenderla contra los dos, contra el financiero y la dermatóloga, y poner en marcha su particular ventilador de impropiedades e intimidades.

Jaime Alfonsín, el prudente jefe de la Casa, se adelantó tres años a los juzgados y las cloacas. El 21 de octubre de 2014, el día que López Madrid almorzó finalmente con el rey en Zarzuela en un ambiente «cordial y amigable», Alfonsín le convocó para adelantarle lo que el financiero ya sospechaba. No en vano había escrito él mismo en el discurso de proclamación de Felipe VI: «Hoy, más que nunca, los ciudadanos demandan con toda razón que los principios morales y éticos inspiren —y la ejemplaridad presida— nuestra vida pública. Y el rey, a la cabeza del Estado, tiene que ser no sólo un referente sino también un servidor de esa justa y legítima exigencia de los ciudadanos».

Con las luces largas que suele utilizar, Alfonsín se adelantó a los tres casos que persiguen a López Madrid: Púnica (financiación irregular del PP), Lezo (comisiones a Ignacio González), y la reapertura del caso de la dermatóloga. A partir de entonces, López Madrid desapareció de la esfera pública del rey: dejó de asistir a la entrega de premios de la Fundación

Princesa de Asturias de la que era patrono y más tarde abandonó el patronato. Finalmente, salió de la vida de los reyes, al menos hasta que se acaben sus procesos judiciales. Irónicamente, es Silvia Villar-Mir, la mujer de López Madrid, la amiga de la infanta Cristina, la que más injusta considera la situación. Así como la infanta mantenía que no debía renunciar a sus derechos sucesorios hasta que no hubiera sentencia, Silvia Villar-Mir está convencida de que su marido no ha de ser tratado como culpable hasta que no sea condenado. Incluso en el caso de las *black*, ella mantiene que está recurrido.

¿Se han acabado los mensajes *compi yogui* para los reyes? ¿Habrán más? El 5 de septiembre de 2017, Villarejo solicitó a la juez el *backup* del ordenador de la doctora Pinto. Allí hay conversaciones con los pacientes y amigos, y con López Madrid antes de que pusiera la denuncia, cuando eran, como mínimo, buenos amigos. Según fuentes solventes, López Madrid incurrió en indiscreciones respecto a su amistad con los reyes y dejó caer anécdotas para aumentar su atractivo social de cara a terceros. Ante la dermatóloga, por ejemplo, se jacta de tener un terminal propio de teléfono con la reina Letizia que no es compartido con el rey. Comenta sus costumbres, sus manías, sus gustos.

Pero más que los mensajes *compi yogui* o el disco duro de la dermatóloga, lo que preocupa en Zarzuela son otros mensajes, ampliamente publicitados en el mercado negro de la especulación madrileña, aunque Villarejo no logró incluirlos en su particular colección de información sensible.

Un valido del siglo XXI

—*Me van a matar.*

2013. Un día de calor en Madrid. Así habla por el móvil Jaime Arturo del Burgo Azpíroz con Pedro J. Ramírez sin saber que su periodista amigo ha contribuido a crear la persecución de la que se siente objeto. Del Burgo, de cuarenta y dos años, arrastra el peso de un ilustre apellido navarro y de su amistad con la reina Letizia. Está agitado y nervioso el mayor de los seis

hijos de Jaime Ignacio del Burgo (II), expresidente de la Diputación Foral, diputado del PP hasta 2008 e hijo del requeté del mismo nombre (Jaime del Burgo I), una saga carlista muy conocida en Pamplona que pudo haber tenido su broche de gloria con la condición del joven Jaime como valido de la reina.

Pero al igual que ocurrió con López Madrid, Del Burgo III y la reina protagonizaron un desencuentro con tintes de *thriller* que terminó con sus aspiraciones de convertirse en un valido del siglo XXI, algo así como un Steve Jobs de la política. Jaime del Burgo tiene opiniones fuertes y contundentes sobre muchas cosas, y cree que es alguien lo suficientemente formado y conocido como para exponerlas públicamente: con veinte años, escribió el primer libro de la Fundación de Víctimas del Terrorismo, titulado *El sendero de la paz, sobre el conflicto vasco*. Eso, antes de terminar la carrera de derecho en la Universidad de Navarra. Para algunos, ya de adolescente daba muestras de una cierta megalomanía que fue creciendo con el paso de los años.

Su primer trabajo lo tuvo en Madrid, donde inició su relación con el mundo de las finanzas: lo contrató Aldo Olcese, fundador de Fincorp, un financiero nacido en Tetuán y muy conectado en España y en Marruecos. Pronto echó a andar solo y ganó dinero rondando la treintena a base de vender casas prefabricadas fuera de España. En 2005, con treinta y cuatro años, estaba listo para volar: se instaló fuera, primero en Londres y después en Ginebra, y se dedicó desde entonces a una serie de negocios «que unas veces funcionan y otras no», según personas que han tenido contacto profesional con él y que lo definen como «inteligente y raro».

Y decidido. Lo han contado los periodistas Alberto Lardiés y Daniel Forcada en su libro *La corte de Felipe VI* (La Esfera de los Libros, 2015): conoció a Letizia Ortiz poco antes de que ésta se comprometiera con el príncipe Felipe simplemente porque la llamó por teléfono a la centralita de Torrespaña y preguntó por ella. Según los periodistas, éstas fueron sus palabras exactas: «Hola, ¿Letizia Ortiz? Soy Jaime del Burgo, de Pamplona. No sabes quién soy, pero me gustas mucho y quiero conocerte».

Se hicieron muy amigos, él lleno de admiración, ella agasajada de atención. Cuando la presentadora de televisión se casó con el príncipe, ella lo eligió como testigo en la boda. Durante toda la década, Jaime del Burgo es el

gran confidente de Letizia, a la que asesora, consuela y divierte. «En esa época, Letizia lo llamaba treinta veces al día, le consultaba todo, era más que su madre», explican fuentes conocedoras de la relación, que describen a Jaime del Burgo como el hombre-para-todo, el imprescindible, el paño de lágrimas, el que escucha y el que soluciona, desde los trajes de los familiares en la boda de La Almudena hasta las grietas que se forman en el alma de la princesa con el paso del tiempo.

Entre 2002 y 2012, la relación es muy estrecha, de gran afecto, por parte de Letizia periodista, princesa y reina, y muy «obsesiva» por parte de Jaime del Burgo, un hombre solitario y con pocos amigos, muy especial, según fuentes conocedoras de la relación. «Él vive la historia de su vida con Letizia», afirman estas fuentes, que insisten en que ha tenido y tiene «novias muy guapas», a pesar de lo «poca cosa» que es y que él suple con una enorme confianza en sí mismo y en sus «posibilidades creativas».

En 2007, en el cénit de la relación de amistad, Ana Patricia Botín, ahora presidenta de Banesto, recomienda a los Príncipes de Asturias que conozcan al director de *El Mundo* y a su pareja de entonces, la diseñadora Agatha Ruiz de la Prada. Entonces, en 2007, Ramírez era el periodista de cabecera del presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, y el todo Madrid político y económico lo cultivaba «no porque lo quisiéramos, sino porque nos daba miedo», según un exministro del Ejecutivo de Zapatero. La reina Letizia le pide a Jaime del Burgo, que es amigo y admirador de Ramírez desde muy joven, que organice una cena en su ático de la calle Serrano.

Del Burgo cumple encantado con el encargo de su amiga, y en enero de 2008 tiene lugar el encuentro. Seis meses más tarde, el 23 de junio, los comensales repiten en la casa que entonces compartían Ramírez y la diseñadora en el paseo de la Castellana. La reina Letizia va vestida de negro porque ha asistido al funeral de su abuela, Enriqueta Rocasolano, que acaba de fallecer. La princesa se informa al detalle sobre quiénes son sus anfitriones y se disculpa ante la diseñadora porque sabe que ésta odia el negro. Es la última cena. «No hay *feeling* por parte de los príncipes, que no se fían de Ramírez», señalan fuentes conocedoras de la cena, a la que Del Burgo III acudió acompañado por una «novieta» extranjera.

El 11 de mayo de 2012, el gran confidente entra en la familia de su admirada reina Letizia a través del matrimonio con su hermana Telma, a la que ha conocido ocho años antes en la boda de los príncipes. Todo es extraño de principio a fin. Se casan en el monasterio de Leyre con la sola compañía de los padres de Jaime y la hija de Telma, Amanda, una niña de cuatro años de una relación anterior. El domingo 13, cuando no han pasado ni cuarenta y ocho horas de la boda, Jaime publica en *El Mundo* de su amigo Ramírez una carta abierta que da una idea de su compleja personalidad.

«Internet es un vomitorio público» —escribe Del Burgo III en un largo artículo que recuerda a las interminables cartas que Ramírez solía publicar en *El Mundo*—. Se fomenta el empleo de Wikipedia; enciclopedia la llaman, creada por analfabetos enciclopédicos. Cualquiera puede injuriar a cualquiera en la red, oculto bajo falsas identidades electrónicas que imposibilitan su localización policial: los cibercafés y las direcciones IP de establecimientos públicos actúan como coladeros. La falsedad vertida por los *medios basura* encuentra eco inexplicable en otros que no lo son tanto —o que no lo eran en absoluto—, y así una cadena de eslabones queda colgando del espacio para siempre. Aunque uno logre desligarse del primer eslabón difamatorio es imposible en la práctica lograr en el resto de los eslabones la eliminación del contenido replicado de sus respectivos servidores, alojados mayormente fuera de las fronteras de España y, por tanto, de su jurisdicción».

Hace una defensa caballerescas de su nueva esposa, que da título al artículo y que en el pasado denunció a los medios en los tribunales y perdió: «Telma es valiente y obstinada en el empeño. Ha librado su particular batalla contra la podredumbre mediática que se ha ido extendiendo en la España cainita en perjuicio de la salud mental colectiva y del nivel educativo de las nuevas generaciones. La educación de hoy hará a la sociedad del mañana. Medios y educación es hablar de lo mismo, y francamente no encuentro un país del mundo desarrollado donde el sistema mediático presente semejante degradación moral y empobrecimiento de contenidos».

Del Burgo III adelanta una batalla heroica que llevará a la pareja, dice, ante el Tribunal Internacional de Justicia: «He sido testigo del acoso sufrido por Telma y otros miembros de su familia, aunque ya no estén aquí para contarlo. Soy testigo de lo que le supone a una madre no caer en la

provocación cuando un delincuente coloca una cámara a diez centímetros del rostro de su hija pequeña y le susurra al oído crueldades de persecuciones temerarias cuyo riesgo es cobrarse la vida de un transeúnte al precio de una fotografía movida, de entorpecerle el camino, de sitiarse la casa día y noche relevándose por turnos de ocho horas. Le han llegado a decir: “Ya sé que te estoy destrozando la vida”, para a continuación darle las gracias por servirle de sustento. Así de literal y de enfermizo. De este atropello soy testigo hace casi una década, y ojalá hayamos puesto un punto final haciendo suya mi residencia en el extranjero. Si hay alguien en España que ha dicho alto y claro en muchas ocasiones, ante diversas instancias y enfrentándose a Goliath, que la dejen vivir en paz, ha sido Telma, mi esposa. Ahora ya no estará sola en la defensa de su derecho constitucional, aunque nos lleve años y terminemos pidiendo el amparo de la justicia internacional, donde la congruencia de su legislación y jurisprudencia le dará la razón, porque la tiene. Como la tiene el resto de los discretos violados por quienes permanecen impunes en lo alto del vertedero».

Anuncia un traslado de Telma al extranjero que nunca se produce. El matrimonio arranca raro desde el principio. Ella regresa a Barcelona con su hija y él se queda viviendo fuera. Menos de dos años después hay un amago de divorcio que queda en nada. Al mismo tiempo, anuncia que el 23 de abril de 2014, el día de San Jorge, se publicará *Malamor*, una novela en la que, según propia confesión, lleva diez años trabajando y relata «la historia de una obsesión». Este anuncio tampoco se cumple. En 2015 la relación es insostenible, y Del Burgo da muestras de nuevo de una cierta inquietud política y periodística que esconde una cierta inestabilidad emocional.

El 13 de octubre de 2015 envía este email a la presidenta de Navarra, Uxue Barkos, cuyo Gobierno acuerda quitarle la escolta a su padre, Jaime Ignacio del Burgo, porque ya no hay peligro de atentado de ETA: «Que cargue sobre tu conciencia si algo le pasa a mi padre. Me lo devolverás en vida. Cobarde».

Barkos lo denuncia por amenazas y Del Burgo III se enzarza en una discusión pública. Su padre lo defiende, como hace siempre, diciendo que su hijo ha crecido «especialmente sensibilizado por el terror» porque el padre de familia ha sufrido tres intentos de atentado a lo largo de su vida. Cinco días

más tarde, el 18 de octubre, Del Burgo III felicita públicamente a Ramírez en su cuenta de Twitter por la salida de *El Español*. La personalidad compleja y variable de Jaime le aproxima de nuevo al periodista. Es siempre él quien busca a Ramírez, a veces cuando su vida se desestabiliza. Su padre conoce a Ramírez desde 1976 y esto le da confianza a Jaime. No es la primera vez que en su desasosiego se acerca a Ramírez. Cuando tiene un problema, una crisis en su vida, aunque luego se arrepienta y cambie de opinión, como ha hecho ya en dos ocasiones.

La más grave, en 2013, cuando Letizia Ortiz, que atraviesa una crisis matrimonial importante, lo aparta de su vida. Según fuentes solventes, «Jaime se vuelve loco, se siente emocionalmente estafado». El despecho da paso a la venganza. A mano tiene a Ramírez, al que muestra una serie de mensajes de móvil que ha intercambiado con la princesa en la más profunda intimidad. Es un intercambio muy embarazoso, tanto por el lenguaje utilizado como por el contenido. Publicados como lo fueron en 2016 #CompiYogui podrían hacer mucho daño a la institución. «En qué manos estamos, Dios mío», exclamó una de las muchas personas que ha acabado viendo esos mensajes. Porque Del Burgo III no sospecha que, a pesar de su arrepentimiento, Ramírez ha enseñado estos mensajes a distintas personas en Madrid. Una de ellas, el propio director del CNI, el general Félix Sanz Roldán, al que Ramírez pone al corriente de la pulsión de Del Burgo en un almuerzo el jueves 25 de abril de 2013 en la sede del CNI con el columnista de *El Mundo* Raúl del Pozo, que hace de enlace entre su jefe en el periódico y el amigo al que enseñó a escribir en plena posguerra en Uclés. Ramírez deja su móvil en el coche de la empresa en manos del conductor. En medio de la comida, comunica al general Sanz Roldán el preocupante contenido de algunos mensajes. El director del CNI le pide que se los muestre y desde el edificio avisan al chófer, que sube hasta el comedor para entregar el móvil a su jefe. Una vez vistos algunos de los mensajes, el conductor del periodista vuelve a llevarse el móvil de su jefe.

En un principio, el CNI duda de la veracidad de los mensajes. Ramírez ha mostrado tres al general y tres al columnista, todos distintos. Pero ante la posibilidad de que acabe convirtiéndose en un intento de chantaje a la Princesa de Asturias, los servicios de seguridad se ponen manos a la obra

previa consulta con el Gobierno para comprobar su autenticidad y su procedencia. Raúl del Pozo publica una columna con la que pretende avisar a la monarquía de lo que se le viene encima. A pesar del lenguaje críptico que utiliza, los destinatarios del artículo lo entienden todo y las llamadas de alarma se suceden.

Primero llama el rey Juan Carlos y después el príncipe Felipe: los dos quieren que el general Sanz Roldán les explique qué está ocurriendo. El general es sincero: les pone al corriente de la comida con Ramírez y del daño reputacional que puede estar a punto de producirse en un año particularmente difícil para la monarquía con las declaraciones públicas de Corinna, el libro del primo de la princesa Letizia y los correos filtrados por Torres del caso Nóos.

En el entorno de Jaime del Burgo mantienen que él pudo enseñar esos mensajes a Ramírez, pero no entregárselos para su publicación. También rechazan la comparación con López Madrid, ya que, a diferencia de éste, «todas las actividades de Jaime desde 2002 son fuera de España, donde además no vive desde 2005».

En noviembre de 2015, Jaime del Burgo volvió a las andadas con Ramírez, al que envió una extraña carta para publicar en su recién creado digital. En la carta en cuestión hacía un confuso relato de las sombras de la monarquía, aleccionaba a Felipe VI y advertía de cómo en el futuro «se acabaría sabiendo todo». Su entorno confirma la existencia de esta nueva misiva, pero mantiene que «cambió de opinión y retiró el permiso a Ramírez para publicarla». Al investigar este libro insistí para entrevistar a Jaime del Burgo. Ésta es la respuesta que obtuve: «Él no quiere hablar de nada. Él no hace declaraciones sobre su relación personal con Telma y con Letizia. En este momento la relación entre Jaime y los reyes no existe». Su entorno defiende su trayectoria personal y profesional y resta importancia al divorcio de Telma, que fue muy errático («puso muchas pegas para firmar», según fuentes solventes) y tardó mucho en consumarse, finalmente, en el verano de 2016: «Como tantos matrimonios, las cosas no fueron bien. El estar todo el día en boca de la gente no ayudó».

Los mensajes de Del Burgo están en el escenario aquel verano de 2013 cuando el divorcio de los príncipes de Asturias se puso sobre la mesa. En

Zarzuela hicieron *un sabino* y usaron a los medios para advertir a la princesa Letizia de las consecuencias de una decisión así. La crisis matrimonial se zanjó públicamente en Argentina en septiembre de 2013, cuando los príncipes acudieron a la presentación de la candidatura de Madrid a los Juegos Olímpicos de 2020, que se resumió en la imagen amartelada de los príncipes en medio del «*relaxing cup of café con leche*» de Ana Botella.

El 28 de enero de 2014, Raúl del Pozo publicó otra significativa columna titulada «La avería de los príncipes», que dice así:

En el Palacio Real siguen las sombras de Antonio Pérez, la princesa de Éboli y Lady Di. Tal es el grado de intriga, que sospecho que la abdicación del rey sería un riesgo para la estabilidad del país y para la monarquía parlamentaria, ya tocada con otros escándalos que nos asedian.

Los cortesanos se alinean a diferentes apuestas y, como en los tiempos de la Leyenda Negra, muchas de las intrigas vienen de Londres, ciudad a la que visitan de tapadillo los miembros y miembros de la familia real. Los reyes, según Voltaire, se parecen a los matrimonios traicionados, nunca saben lo que ocurre; aquí en España, como en Francia, los cornudos de cualquier sangre —real o plebeya— son los últimos en enterarse.

No sé si el rey, el presidente del Gobierno o el líder de la oposición conocen algunos de los mensajes con los que los comensales disparan las novelorías de los Príncipes de Asturias. Desde hace unos meses, los secretos de alcoba, romances y escapadas son de dominio público.

Ahora se ha vuelto a repetir el escándalo de la pérdida de aceite del aeroplano. El Príncipe de Asturias iba al Nuevo Mundo, que en otro tiempo los españoles atravesaban con barcas al hombro, y se ha quedado tirado en un aeropuerto de Santo Domingo porque el Airbus destinado a los viajes de la familia real ha vuelto a averiarse. Pero ¿en qué país vivimos? Don Felipe ya tuvo que suspender un viaje a Brasil por otro percance y ahora ha llegado con retraso a la toma de posesión del presidente de Honduras. La avería del Airbus de las fuerzas armadas coincide con la avería matrimonial de los Príncipes de Asturias. He hablado con, por lo menos, tres altas autoridades del Estado que en los últimos tiempos han sido testigos de broncas entre don Felipe y doña Letizia. Una alta dirigente política de Madrid me contó cómo doña Letizia se burló en público y de forma ruidosa el otro día de la falta de ingenio de su marido cuando este dijo «Nosotros somos unos mandados» porque el protocolo les hizo esperar.

Las broncas entre matrimonios carecen de importancia, si no fuera porque en este caso las habladurías indican que la pareja está en una seria crisis. Como si se

tratara de los personajes del *cuore*, en todas partes se informa de los viajes intempestivos de doña Letizia, después de cambiarse los zapatos de raso y ponerse los de cordobán. Serían pequeñeces la falta de la alianza o su pasión por los rockeros electrónicos (a él le gusta juntarse con los niños pijos). Sin alianza, sin maquillaje, sin peluca, la princesa asiste a los conciertos o se pone como un basilisco cuando en la calle hacen fotos a las infantitas.

Asturiana, rebelde y ambiciosa, menospreciada por el rey y las infantas, se negó, e hizo bien, a continuar la historia masoquista de las reinas de España. Sigue siendo hermosa, es decir, peligrosa, pero debiera saber que su vida privada es una crónica electrónica y que su matrimonio puede tronar por los aires.

Aquí acabó la cordial relación que el columnista había tenido con la princesa Letizia y que él recuerda con afecto cuando ganó el premio Mariano de Cavia en 2008: «Le confesé que era un cobarde al que le temblaban las piernas antes de hablar y que por eso nunca podría ir a las cruzadas en caso de necesidad de la reina». A la una y media de la madrugada, el columnista, aún con frac, recibió la afectuosa llamada de la princesa: «Si hubiera cruzadas, te mandarías». Para Raúl del Pozo, la llamada fue «un acto de gentileza» por su parte. Ahora, lamenta la «mirada espantosa» que le dirige cuando lo ve o, peor aún, la «ignorancia» a la que lo somete: «Pasa por mi lado como si no me viera».

Ramírez, sin permiso expreso de Del Burgo III, nunca publicó esos mensajes y tres días después de la *avería* de los príncipes dejó la dirección de *El Mundo*. «Enseñó esos mensajes por vanidad, para demostrar lo importante que es y lo mucho que sabe de los demás. Pero es lo único que ha pasado por sus manos que jamás publicará», explican fuentes conocedoras de esta gran leyenda de la almendra central de Madrid que, de vez en cuando, sobre todo en los picos de actuación de las cloacas, vuelve a salir a la palestra.

El peso de la historia acabó engullendo al extraño Jaime del Burgo, condenado por sus ancestros carlistas a acabar mal con los Borbones, unos «liberales usurpadores» según su entorno, ante los que ellos juraron «no doblar nunca la cerviz». Ello, a pesar de que el exdiputado popular Jaime Ignacio del Burgo y su mujer, Blanca Azpíroz, se declaran «fervientes admiradores» de Juan Carlos I.

El Santo Grial

Desde la época de la discoteca Babels el excomisario encarcelado ha dedicado cuarenta y tres años a atesorar información sobre la familia real pero nunca ha conseguido encontrar el Santo Grial: ese objeto legendario de poderes extraordinarios en forma de cuenta en el extranjero con las supuestas comisiones atesoradas por Juan Carlos I a lo largo de sus casi cuatro décadas de reinado. Sus esfuerzos se redoblan a partir del otoño de 2012, cuando estalla la operación Emperador —de blanqueo de capitales del empresario Gao Ping— en la que son investigados el comisario Carlos Salamanca (hoy en prisión con Villarejo) y Villarejo *Junior*, el hijo mayor del expolicía, que fue detenido y puesto en libertad dos días después.

A partir de aquí comienza el enfrentamiento a muerte de Villarejo con el CNI y por extensión con su director, el general Sanz Roldán, al que culpa de todas sus desgracias. Según Villarejo, agentes del CNI intentaron inculpar a su hijo en el caso Emperador simplemente para atacarlo a él. Villarejo *Jr.*, según la versión de su padre, tenía un negocio de ambientadores para retretes públicos y el excomisario trató de ayudarlo y que se los trajeran más baratos de China. Ésta es, según Villarejo padre, la única vinculación de su hijo con la supuesta trama china.

Tanto el comisario Salamanca, hoy en prisión acusado de los mismos delitos de cohecho, blanqueo y organización criminal que Villarejo, como el hijo mayor del expolicía fueron desimputados, pero el excomisario ya no cejó en su particular guerra contra el CNI. En septiembre de 2017, perdió la querrela que presentó contra el general y también contra Javier Ayuso, el periodista de *El País* que más ha contribuido a sacarlo del armario junto a Patricia López, de *Público*.

Pero volviendo al caso Emperador, pocos meses después, en febrero de 2013, Corinna le pone en bandeja a Villarejo alimentar el fuego de su venganza contra el CNI. Apenas tres semanas después de la entrevista de la germano-danesa en *El Mundo*, el 15 de marzo de 2013, uno de sus periodistas infiltrados publica en una revista la siguiente información: «Identidad operativa. Son las palabras clave para entender cómo se han pagado los trabajos, gastos y viajes de la princesa Corinna zu Sayn-Wittgenstein, la

amiga del rey. Agentes de los servicios de inteligencia disponen de DNI con nombres falsos para investigar, por ejemplo, el pago de un rescate a piratas o una venta de armas a ETA. Esa documentación, falsa pero legal, se utilizó para abrir dos cuentas en sendos bancos suizos. Allí se enviaron las comisiones millonarias que empresas españolas beneficiarias de grandes contratos por el mundo hicieron llegar a la princesa alemana».

Así, sin más. En una entrevista para la elaboración de este libro, Alberto Garzón (IU) me explicó que él retomó el trabajo de Cayo Lara en las investigaciones sobre las actividades económicas del rey Juan Carlos. Me dijo que cuenta para ello con sus «propias fuentes de información», pero también me reconoció haberse apoyado en informaciones como ésta. Cuatro días después, el director del CNI compareció ante la Comisión de Secretos Oficiales para dar explicaciones sobre la relación de Corinna con el Estado español. Y ese mismo día, el 20 de marzo, IU registra dos preguntas ante la mesa del Congreso, una sobre las actividades comerciales de Juan Carlos I y otra sobre la relación de la germano-danesa con el bróker Arturo Fasana.

Este banquero de origen italiano fue el que abrió, el 22 de febrero de 1995, en el Credit Suisse, la cuenta Soleado (número 776.929-6) para gestionar unos 15.000 millones de euros de medio centenar de VIPs españoles. En 2009, Fasana fue detenido en Barajas por la policía española como contable de Correa después de que su nombre —Fafa— apareciera en la caja fuerte de uno de los detenidos en la trama Gürtel. Ese año declaró ante la justicia y también lo ha hecho en mayo de 2017. La justicia española ha bloqueado la cuenta Soleado en su persecución judicial a Correa, que sigue siendo uno de los cuatro nombres conocidos como titulares de esa cuenta ómnibus. Pero quedan cuarenta y ocho desconocidos. Una hoja en blanco que el excomisario Villarejo se dispuso a rellenar a su antojo.

En junio de 2013, otro de sus periodistas infiltrados publicó en un digital que Corinna utilizaba un avión privado contratado desde Ginebra por Fasana, que pagaba 300.000 euros por cada uno de los desplazamientos. Como muchas de las intoxicaciones de Villarejo, la información no va acompañada de ningún tipo de prueba, como tampoco lo hace la que afirma que el chófer de Correa, Andrés Bernabé, recogió a Fasana en una ocasión en La Zarzuela. Fasana se querelló contra el periodista y el medio.

Durante su trabajo en Cataluña, por el que el Gobierno lo condecora, Villarejo se siente fuerte. El 21 de diciembre de 2014, escribe una nueva nota informativa en su condición de policía. Tiene sólo cuatro líneas en condicional en la que sobran dos comas: «Algunos responsables del CNI negociarían con el propio Pujol ayudarle a cambio de que no revelara las relaciones de altas personalidades del Estado español, con la cuenta SOLEADO, manejada por Arturo Fasana». Traducción: el viejo Pujol no va a la cárcel porque los espías han negociado con él que no desvele que Juan Carlos I es uno de los titulares de la famosa cuenta.

La nota va a morir casi tres años después, el lunes 30 de enero de 2017, en la portada de *El Mundo*: «Un sector de la policía implica al rey Juan Carlos en el caso Pujol». El juez José de la Mata ha incorporado la nota de Villarejo a la causa contra los Pujol y por eso el diario le dedica la portada. La decisión del juez queda en nada, y el escrito de Villarejo vuelve a demostrarse sin valor alguno. El sector policial en cuestión es pura y simplemente el excomisario, que lleva años repitiendo sin pruebas que Fasana era bróker del rey Juan Carlos en Suiza. En los últimos tiempos, su versión ha girado siempre en torno a la misma idea: el CNI puso la infraestructura necesaria en forma de identidades operativas para que Corinna y Juan Carlos pudiesen lucrarse. Nunca aportó pruebas y cambió esta versión a diestro y siniestro. Sin embargo, algunos periodistas no tuvieron empacho en publicarlo.

La nota informativa en la que vincula al rey Juan Carlos con la cuenta Soleado y la corrupción en Cataluña forma parte de otras cuatro elaboradas entre el 1 de julio de 2014 y el 20 de enero de 2015. O como la famosa que dio lugar al informe PISA incriminando a Podemos o las dos elaboradas sobre sus supuestos encuentros con Corinna a cuenta de las supuestas amenazas del general Sanz Roldán.

En estos escritos emplea su *modus operandi* habitual. Él las escribe, él es el único que sabe cuáles son las fuentes de información (si es que las hay) y luego acude a un notario de Madrid —en el caso de estas cuatro notas, Manuel Senante Romero— para que levante acta de su existencia y dé fe de su decisión de ponerse «a disposición de las autoridades andorranas y españolas para colaborar si así fuera requerido para ello».

Es fácil hacer notas informativas cuando los demás callan. Por ejemplo Fasana, un septuagenario italiano y políglota, antiguo ejecutivo de Credit Suisse que en 1984 se alió con un colega del banco, Marcel Hagger, para formar una compañía propia —Rhône Gestion—, especializada en gestión de fondos para clientes hispanos (España y Latinoamérica). En 2006 falleció su socio, que fue sustituido por su hijo Bertrand, a los que, unos años después, se unieron los hijos de Arturo, Yannick y Gregory. Según fuentes conocedoras de la boutique financiera, la entrada de los hijos —dos de los cuales no tienen carrera universitaria— diluyó el espíritu inicial de los fundadores.

En dos ocasiones he intentado, sin éxito, hablar con el gestor helvético durante la redacción de este libro. Las sospechas y suposiciones sobre la identidad de los clientes españoles continúan, lo que da pábulo a personajes de dudosa fiabilidad como Villarejo o Correa a tratar de unir los puntos. En septiembre de 2014, el pequeño Nicolás entregó una grabación al juez en la que Javier de la Rosa, ante el que se estaba haciendo pasar por enviado del Gobierno, también citaba al rey Juan Carlos como poseedor de 300 millones de euros en Soleado.

En su declaración de octubre de 2016, Correa, el presunto cabecilla de la Gürtel, afirmó: «Creo que no voy a decir más en esta sala porque entonces sería una revolución, abríamos mañana, o esta tarde, todos los periódicos».

Pero las informaciones tienen consecuencias, aunque sean falsas. En marzo de 2017, Garzón, el líder de los ocho diputados de Izquierda Unida, los únicos cien por cien republicanos y pro referéndum monarquía-república, como demuestran las banderas tricolores en sus despachos, planteó las siguientes preguntas al Ejecutivo en el Congreso de los Diputados: «¿Puede afirmar el Gobierno que ningún miembro de la Casa Real tiene recursos en el extranjero y en particular en paraísos fiscales? ¿Cree el Gobierno justificado investigar el patrimonio de la familia real?».

De todo este sensacional entramado, y de mucho más, he hablado con el excomisario en varias ocasiones, incluido un largo almuerzo en la pequeña bodega de uno de mis restaurantes preferidos del viejo Madrid. Otra vez volvió a hablarme de su contacto con Corinna «a través de amiguetes comunes» y de «las amenazas» del general Sanz Roldán. De nuevo los

apodos; hasta yo misma lo tengo, *My Girl*, mientras el general Sanz Roldán ha pasado de ser *el Troll* a convertirse en *el Generalísimo*. De nuevo las diferentes y disparatadas versiones, que ahora incluyen un «trocito» de grabación que el servicio secreto británico realizó del encuentro del general con Corinna.

¿Y cómo obtuvo Villarejo ese «trocito» de cinta? Porque el MI6, el servicio secreto exterior del Reino Unido, ignoró la petición del general Sanz Roldán de «blindar» la *suite* del Connaught y, además de grabar subrepticamente la conversación, le dio una copia a Corinna, que por supuesto se la entregó a Villarejo, «por si le pasa algo». La cinta forma parte de un tesoro que le ha dado Corinna repleto de «identidades operativas, cuentas bancarias y operaciones de tráfico de armas» contenido en «cajas negras repletas de documentos» que ella logró sacar de Mónaco mientras los «cecilios» subcontratados por el CNI se quedaban en tierra con las manos vacías. Esta versión también cambió y los agentes del CNI de Mónaco se convirtieron más tarde en mercenarios subcontratados por Ayuso. Claro que «la parte nuclear» de esa documentación no pudieron llevársela. Y, de nuevo, uno de sus periodistas consiguió publicar «sólo un poquito».

Todo aderezado de «cecilios», «picoletos», «troncos», «chungos», descalificaciones y ordinarieces. Una realidad que supera a la ficción en pleno centro de Madrid, un escenario absurdo transformado súbitamente en una mala copia de la serie *Homeland*. Con cierta gracia, si no fuera por la amenaza con la que acaba, imagino con la esperanza de que yo la transmita al general Sanz Roldán: «Yo miraría detrás de mí cuando me jubile».

Ésta no es la versión final. Vendrían más. La última de las últimas, Corinna sufre «problemas tremendos» y tiene «una enfermedad jodida» por los problemas que le ha causado el general. La persona que los puso en contacto («No te voy a decir quién es») lo recomienda como «abogado» porque ella está «acojonada». «Me reúno con ella y le explico el tema. Ella quiere perfil bajo. Yo le digo que voy a transmitir que dejen de darle la lata. Cuando le pegan un apretón me vuelve a avisar. Pero Corinna nunca ha sido un problema, ni para el emérito ni para el Estado. Ella no quiere denunciar a ese *zumbao* que dice que tiene la gran responsabilidad del Estado sobre sus hombros» (el general Sanz Roldán). «Él, un funcionario como yo. Si él tres

estrellas, yo trescientas. Este idiota quiere convertir mi vida en un infierno. Mi mujer está imputada, se ha metido en mis bancos, en mis clientes del despacho de abogados. A partir de ahora, ha llegado el momento de decir la verdad. Évole [el programa de La Sexta de junio de 2017] es sólo el principio.

»Todo es todo. Daré las cuentas corrientes con las que ha engañado al emérito. No voy a estar nunca más callado. El emérito fue fundamental en la historia de España, un pilar fundamental de nuestra estructura. Yo no voy a chantajear. Serán delincuentes los que dicen que yo chantajeo. Si fue uno de ellos, hace treinta años, Perote, el que filtró [el espía traidor acusado de filtrar las grabaciones ilegales del entonces CESID del rey Juan Carlos entre otros personajes]».

Así acaba esta historia sórdida en la que me vi metida para escribir ¡de la familia real! Todos los caminos en torno a la supuesta fortuna oculta de Juan Carlos I llevan al mismo sitio: Villarejo y sus periodistas. Hay algunos personajes aún más estrambóticos, como el veterano republicano Antonio García-Trevijano, que ha puesto en marcha su propio canal de televisión en internet, mcrc.es, Libertad Constituyente. El 30 de enero de 2017, el octogenario exnotario completa el trabajo de Villarejo describiendo el cuadro apocalíptico de una España en la que todo va mal porque gobierna una oligarquía corrupta tutelada por el «traidor» Juan Carlos I.

En febrero de 2014, Rafael Spottorno se adelantó a todo esto y comenzó a abrir las cuentas de La Zarzuela. Ese mes se publica por primera vez el presupuesto anual de casi ocho millones de euros que recibe al año. El gesto no es suficiente, y el nuevo rey continúa la labor en el verano de 2014 con una auditoría anual. El patrimonio personal de la familia real se sigue desconociendo, pero en la nueva Zarzuela saben que el único camino por el que pueden transitar es el del control absoluto del dinero público.

Un profesor belga de finanzas, Herman Matthijs, de la Universidad de Bruselas, ha llevado a cabo posiblemente el único intento serio de controlar el dinero de Zarzuela. Su conclusión está cuajada de sentido común: la familia real española vive gratis y el salario que perciben sus cuatro miembros adultos va directo a sus ahorros. El rey recibe casi ocho millones de euros para mantener su Casa y pagar a la veintena de altos directivos que lo rodea.

Pero nada se sabe del dinero que destinan los ministerios de Interior, Defensa, Exteriores y Presidencia para sufragar la seguridad, los viajes, los sueldos de los casi doscientos empleados de Zarzuela, el mantenimiento de casas, palacios y monasterios que pertenecen a Patrimonio Nacional, pero que también usa la familia real, como es el caso de Marivent. La lógica indica que el coste total debe de ser similar al de la monarquía británica, unos sesenta millones de euros anuales, pero el Estado español a pesar de la ley de Transparencia no ofrece esa información.

Aun así, en estos momentos, Zarzuela está convencida de que las medidas introducidas por Felipe son suficientes. La Casa Real es la tercera institución más transparente de España. La información sobre el patrimonio personal de sus miembros tendrá que esperar. La de Juan Carlos I, a pesar de los intentos del excomisario Villarejo, quizá no se conozca nunca. «¿Alguien se imagina al rey Juan Carlos amasando dinero de cara a la jubilación? Una cosa es ayudar a alguien a enriquecerse, como fue el caso con Corinna, y otra tener que asegurarse su futuro. Tiene todo lo quiere: barcos, aviones, casas, fincas. Todo se lo proporcionan sus amigos, los que tiene por todo el mundo, que no son precisamente pobres», explica una persona conocedora del modo de vida de Juan Carlos I antes y después de su relación con la germanodanesa.

Tras el fallecimiento de don Juan en 1993, Juan Carlos I cerró la cuenta que tenía en Suiza y según fuentes oficiales nunca más ha tenido cuenta fuera de España. Otra cosa es que la disfrutaran otros. En estos momentos, no hay ninguna posibilidad de que los miembros de la familia real que aparecen en la página web de Zarzuela (los reyes eméritos, los reyes Felipe y Letizia y las dos menores) tengan dinero fuera de España sin declarar, según fuentes oficiales.

Capítulo 6

NIEVE, TIARA Y CAZA

—¡Pummmmm!

Sábado, 25 de febrero de 2017. La Garganta, Ciudad Real. La reina Letizia dispara con un arma que le han regalado los Abelló, ocasionales anfitriones cinegéticos de los reyes. «Tira bien y le gusta», afirma una persona que está con ella este fin de semana y que aprecia la técnica que le ha enseñado a lo largo de los años el profesional del tiro Carlos Gómez Escudero. Esta cacería en la finca propiedad manchega del duque de Westminster, donde Juan Carlos I conoció a Corinna, pone el broche a un mes de febrero altamente simbólico en la coronación de Letizia IV.

Tanto, que puede considerarse quizá el último estadio de la construcción física y espiritual de la reina de España, la fase final en la adquisición de una majestad que ha perseguido a lo largo de catorce años con esfuerzo y perseverancia, un auténtico *trekking* hacia la cima de la perfección en cuyo camino han quedado apartadas las que antes eran las mujeres protagonistas de la Casa: la reina Sofía y sus hijas, las infantas Elena y Cristina.

Diez días antes de la cacería, la institucionalización que se persigue en la Corona sube otro peldaño que se refleja muy claramente en la reina Letizia: se trata de la portada del *¡Hola!* con la nueva familia real esquiando en Astún, el primer y único reportaje de estas características, un guiño proustiano a los tiempos felices y pasados de la monarquía española en Baqueira Beret con la estampa antigua de los reyes Juan Carlos y Sofía y sus

tres hijos. Nunca antes habíamos visto a los reyes Felipe y Letizia con sus propias hijas exhibiendo entre cascos y remotes la pasión borbónica por la nieve en una publicación que, en la época digital e inmediata, sigue siendo una especie de portavoz oficioso en papel cuché de la Casa Real.

Finalmente, el 22 de febrero, sobreviene la imagen más poderosa y personal de todo este proceso de entronización simbólica: la reina Letizia con la tiara de la flor de lis, la joya de la Corona, una diadema trenzada en diamantes encargada en 1906 por Alfonso XIII para su joven prometida, Victoria Eugenia de Battenberg. En el lenguaje arcano de la realeza, las tiaras hablan por sí solas con un significado oculto digno de estudio en una novela de Dan Brown. Me inicié en este metalenguaje el 30 de abril de 2013, en Ámsterdam, cuando en la coronación del rey Guillermo Alejandro la princesa Letizia usó por primera vez la tiara floral, la misma que utilizó la infanta Cristina en su boda con Iñaki Urdangarin.

En contra de mi criterio, en las alturas de *El Mundo* se quiso ver un gesto mudo de apoyo a la infanta en pleno caso Nóos y tras casi veinticuatro horas de tiras, aflojas y miserias periodísticas, la tiara resultó ser el regalo de boda de Franco a la reina Sofía en 1962 y yo salí indemne de una historia que no era la mía. Después del drama que viví en Holanda con la dichosa tiara floral, descubrir el significado último de la flor de lis en febrero de 2017 resultó sencillo: la madre de todas las tiaras españolas coronó mediáticamente a Letizia IV, que parecía sacada de un cuadro de El Greco con un estricto vestido de terciopelo negro sin concesión alguna a la carne. Ocurrió durante la cena de gala en honor al presidente de Argentina. «Por primera vez tuve la impresión de estar ante una reina de verdad», señala una persona que acude por su cargo a este tipo de acontecimientos.

La tiara en cuestión llevaba sin usarse desde el 19 de junio de 2014, cuando la reina Sofía se despidió de ella al convertirse en reina emérita. Casi tres años hasta que su sucesora se decidió a lucir esta llamada joya de pasar que ahora pertenece a Felipe VI y que en el futuro está destinada a pertenecer y ser usada por la reina Leonor. Tres años casi de silencio administrativo tras la llegada al trono en medio de una crisis económica y un bloqueo político hasta que llegó el momento: la primera gran visita de Estado de un presidente extranjero, el presidente argentino Macri. Todo un simbolismo de alto voltaje

que la reina Letizia remata meses después con la misma tiara en el palacio de Buckingham en el viaje de Estado que marca un punto de inflexión en su trayectoria como reina de la misma manera que el 3 de octubre de 2017 lo marca para el rey el discurso sobre Cataluña.

Las alabanzas en los medios por Londres recuerdan a aquellos panegíricos del inicio, sólo que ahora están basadas en hechos. En *El Confidencial* escribe José Antonio Zarzalejos: «Nuestra reina ha dejado de fruncir el ceño y se ha mostrado sonriente y hasta risueña». En *El País*, Rubén Amón, la denomina «Letizia, la reina perfecta», y señala: «Ninguna reina de Europa eleva la barbilla mejor que ella. Ninguna plebeya se habría sofisticado tanto para lucirse ingrávida, a cámara lenta, en la gran alfombra roja de Londres [...]. Viene del otro lado y por eso sabe lo que queremos: abdicación de cualquier liturgia opulenta como la comunión de la princesa Leonor y telegenia profesional [...]. Rescatada por los británicos de la irrelevancia negativa con la que se ha distinguido durante trece años en España y la han convertido en un epítome de realeza».

Hasta sus más fervientes críticos reconocen el éxito del viaje a Londres, al menos desde el punto de vista del gran teatro de la monarquía occidental. «Nos ha dejado bien a los españoles», conseguí extraerle *a posteriori* a una destacada miembro del equipo anti-Letizia. O casi todos. Algunos de los que aún siguen siendo *juancarlistas* (y por ende antiletizia) y les cuesta cruzar el puente del *felipismo* afirman: «La sonrisa de la reina les ha salido bien, por esa manía de sonreír allí pero no aquí, pero la pompa y el boato fueron para lucir a la Corte británica, no para honrar a la española. Además, políticamente el viaje fue un desastre. Con Gibraltar le dieron un capón cuando habló en el Parlamento, y a los días de llegar anunciaron que el AVE no se lo llevaba ninguna empresa española. No te cuento cómo se hubiera puesto la prensa española si España hubiera ganado el concurso. Juan Carlos I ganó el AVE de La Meca para España».

Buckingham marca un hito en el camino hacia la gloria de la reina Letizia, pero en el trayecto hay altibajos. En el silente código de los gestos, el enigma Letizia es una caja de sorpresas. El último 12 de octubre, una tuitera la immortaliza dentro del Rolls-Royce con una dualidad de manos: con la izquierda saluda al público y con la derecha manipula el móvil. El efecto tiara

se desvanece. «Ella ha pasado por Zarzuela, pero Zarzuela no pasa por ella», sentencia una persona cercana en referencia a sus mayores retos: conseguir esa «humanidad» y esa «naturalidad» que según una responsable política le llegarán en el futuro.

Son los obstáculos que ella misma pone en la alfombra roja hacia su coronación final. Algunos aparecen en destacados actos de la liturgia real, como fue el caso de los dos mayores acontecimientos políticos del reinado de Felipe VI hasta el momento, ambos en el Parlamento: la inauguración oficial de la legislatura tras el bloqueo (viernes, 18 de noviembre de 2016) y la celebración del cuarenta aniversario de las primeras elecciones democráticas (miércoles, 28 de junio de 2017).

En los dos, pero sobre todo en el primero, la reina Letizia presenta una cara de hielo desde el principio hasta el final. Periodistas y diputados se preguntan *sottovoce* por el motivo. El rey ha intentado, sin éxito, arrancarle una sonrisa, una mirada de complicidad que avance hacia el deshielo. La reina se ha mantenido erguida, fría, con un hieratismo tan extraordinario que quizá sólo sea alcanzable a base de yoga, pilates y mucha tensión interior. Hay displicencia en su gesto y en La Zarzuela buscan respuestas. Ella lo explica así, sorprendida: «Sólo quería dar impresión de solemnidad». Sus defensores lo aceptan: «No tiene culpa de que le salga cara de borde cuando intenta ponerse seria. No hay más. Es una cuestión de carácter y eso es imposible de cambiar».

El remate de esa jornada es una extraña escena captada por la cámara en directo de TVE en el Salón de los Pasos Perdidos. El vídeo, que hubiera pasado desapercibido en circunstancias normales, entusiasmó en las redes: se ve a la reina Letizia muy preocupada por sus hijas, a las que sienta en un sofá alejadas del rey, el presidente del Gobierno y la presidenta del Congreso, que intentan hacer corrillo con ellas. Es otro episodio de los muchos que ha tenido con las cámaras: la reina Letizia, que epitomiza el protagonismo de la comunicación horizontal frente a la vertical en la que una imagen, un vídeo ciudadano se hacen virales sin que nadie lo pueda controlar. A veces ni siquiera se conoce la identidad del emisor.

Pasó con el famoso vídeo de Zacatecas en el que mostró un comportamiento extraño durante la visita a la biblioteca de ese nombre en

México en 2015, o con el de la Almudaina en el verano de 2017 cuando parece ignorar al rey y a la reina Sofía. La comunicación vertical y controlada de 2003, el año de su compromiso, nada tiene que ver con la horizontal de 2017 en la que los nódulos informativos están completamente sueltos. «Haces el vídeo, lo subes en un cibercafé y nadie sabe quién eres», explica un experto en comunicación, que recuerda cómo una sola imagen de la reina Letizia en un bar con amigos puede echar por tierra años de trabajo institucional.

Pero en estos dos actos parlamentarios su comportamiento es tan llamativo que incluso los medios tradicionales se lanzan a criticarla. Hasta en el *ABC*, el periódico monárquico por excelencia, se queja David Gistau de la actitud de la reina con sus hijas y de la distancia que exhibe con su marido y de que cada vez esté «más fruncida y desdeñosa». En *El Mundo*, Emilia Landaluce reacciona negativamente al acto del 28 de junio porque a ella se le atribuye la decisión de impedir que Juan Carlos I esté en el hemiciclo. Es la imagen popular de la reina que manda en Zarzuela donde tiene «el cetro por el mango». La caricatura de la reina mandona y el rey calzonazos es una de las preferidas de la llamada derecha republicana o madrileña.

Dos meses más tarde, cuando la reina Letizia se ausenta de la manifestación de Barcelona, Gistau pone de manifiesto una crítica muy generalizada: Letizia se comporta como una *it-girl* y no como una reina de España. La compara Gistau con la reina Sofía y trae a colación la histórica visita de los reyes a Guernica el 5 de febrero de 1981 a las doce del mediodía, la primera al País Vasco con gran expectación por un posible conflicto, anunciado en los medios en mitad de la tensión por el secuestro del ingeniero José María Ryan y el atentado fallido al cuartel de Intxaurre. Durante toda la semana, la izquierda nacionalista había hecho campaña contra la visita con pintadas tipo «Reyes *kampora*», «Presos a la calle, reyes fuera» y enfrentamientos con la policía. Durante el discurso en la Casa de Juntas de Guernica, el rey Juan Carlos habló unos párrafos en euskera ante más de treinta representantes de Herri Batasuna que lo interrumpieron al inicio cantando el Eusko Gudariak puño en alto.

Gistau, que no conoce personalmente a la reina, me explica que echa en falta que «haga de reina», que salga del armario como lo hizo su marido con

su discurso sobre Cataluña. Pero desde Zarzuela, donde existe una obsesión con la Constitución de 1978, se protege a la reina consorte detrás de la Carta Magna. Si cuidadoso ha de ser el rey con no extralimitarse, más aún la reina, cuya única función constitucional está establecida en el artículo 58: «La reina consorte o el consorte de la reina no podrán asumir funciones constitucionales, salvo lo dispuesto para la regencia».

Ya vimos cómo la decisión de imponer la Constitución a la reina Letizia se escenificó durante la toma de posesión de Mariano Rajoy el 31 de octubre de 2016, la primera de un presidente del Gobierno ante Felipe VI y en la que no estuvo la consorte. Inmediatamente, el rumor corrió como la pólvora por Madrid: si la reina Sofía asistió a casi todas las juras en democracia y su sucesora no ha ido a la de Rajoy es porque a ella no le gusta el nuevo presidente.

«Antes eran Príncipes de Asturias y ahora son el rey y la reina», señala una persona del entorno, que pone como ejemplo de esta separación institucional/constitucional la ausencia de la reina Letizia en Barcelona tras los atentados el viernes 18 de agosto, cuando el rey interrumpió sus vacaciones para asistir al minuto de silencio en la plaza de Catalunya. Esta persona explica que la medida de separación constitucional ayuda a explicar ausencias como ésta —visita a los heridos porque es institucional, pero no participa en las manifestaciones porque es política— y además tranquiliza a los monárquicos: «Los seguidores naturales de la Corona prefieren que la reina Letizia, a la que no ven con buenos ojos, esté lo más alejada posible de las decisiones y las actuaciones de la jefatura del Estado».

Esta protección constitucional no la exime de ser culpada de que Felipe VI haya decidido permitir la jura o promesa de los altos cargos con la sola presencia obligatoria de la Constitución dejando el crucifijo y la Biblia como optativos. En 2016 nadie hizo uso de la prerrogativa, ni siquiera altos cargos casados civilmente como la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría.

En Letizia IV conviven los clichés de la *it-girl* con la mujer que ha adquirido la realeza de la nieve, la tiara y la caza, que ha aprendido a hablar en plural y en inglés, que ha dejado de salir públicamente con las amigas, que ha abandonado los vaqueros rotos, que se ha plegado a los designios del rey y de la Casa, y que ha hecho suyas las palabras que arrancó en Oviedo al joven

violinista cordobés Paco Montalvo: «Para alcanzar el éxito se precisa mucho esfuerzo, trabajo, dedicación, disciplina y sacrificio».

Apenas dos símbolos vinculados a los Borbones se le resisten: la tauromaquia y la vela. «¿A ti te gustan los toros?», le preguntó, espantada, a un alto cargo que la acompañó en una de las cuatro corridas a las que ha asistido, una como prometida del príncipe y tres como Princesa de Asturias. Para zafarse de la respuesta, éste la llevó por el camino de la literatura taurina. Se entendieron bien, pero desde 2009 Letizia no pisa una plaza de toros.

«Ella es muy pesada con la comida, por ejemplo, muy controladora, muy ponepegas, pero deja hacer al rey y a Alfonsín en lo realmente importante. Las decisiones políticas de relevancia, así como las que le corresponden a su papel las toman ellos y ella las acata», concluye una persona que conoce tan bien las interioridades de palacio como las bromas que se hacen fuera del tipo «Letizia es una reina consorte y con suerte» o «La monarquía española empezó en Asturias con Pelayo y terminó en Asturias con Letizia». Los que se identifican con esta última chanza, juancarlistas irredentos, mantienen que «Letizia quiere traer la República por debajo de la puerta». Para estos, la reina consorte forma parte de una conspiración política en la que participan Pablo Iglesias, Miquel Iceta y Pedro Sánchez, que quieren transformar a España en una república como Estados Unidos en la que Cataluña sea un estado fuerte como lo es Baviera dentro de Alemania. Según esta curiosa teoría, «hasta la derecha terminará siendo la aliada de la izquierda en el advenimiento de esa república».

De todo hay en la viña de la almendra central de Madrid, pero para algunos esta protección constitucional ejercida desde Zarzuela es insuficiente mientras la reina insista en improvisar y provocar con su imagen, una afición que se acentúa a partir del verano de 2008, cuando se opera estéticamente y deja congelada en quirófano la alegría de su cara. Comienza a partir de entonces una estética y una estilística que la han convertido en un icono de moda alabado o criticado, según el día.

Nunca ha sido tendencia por un discurso inspirador o por un acto de contenido solidario. Siempre por su *look*. Ya sea el pelo mojado a lo Kardashian en los premios Mariano de Cavia o el traje más corto de lo que

establecen las convenciones en un paseo familiar en Mallorca. O los brazos atléticos siempre al aire, o la figura marcada en los funerales, o la mantilla ausente en las juras de bandera. «La línea roja de la prudencia es muy fina y muy difícil de adquirir», le reprocha una persona crítica con ella, a la que echa en cara «una falta de educación y de saber estar» que no podrá adquirir así pasen «cien años». Es este supuesto defecto de origen el que explica para algunos su «manía» con el móvil, ese que tantos problemas le ha traído y le puede traer, el mismo que ensombreció su actuación en el último desfile del 12 de octubre, ignorado por los medios tradicionales pero no así por las omnipresentes redes sociales a las que ninguna institución puede ya permitirse el lujo de ignorar, como ella misma predica.

Una estética moderna que no acompaña a una ética de la que nadie tiene queja. Para algunos, una línea más modesta de exhibición personal serviría para contrarrestar los retratos ominosos del pasado que ya describía Mesonero Romanos en la corte de Carlos IV por culpa de su mujer, María Luisa de Parma, a la que achacaba «ligereza, voluptuosidad, errores y hasta inmoralidad» junto a su «arrogante favorito» Manuel Godoy. O el apodo de La Muñoza que el pueblo de Madrid le puso a María Cristina de Nápoles, tras su boda con Fernando Muñoz, un sargento de su Guardia de Corps, cuando enviudó de Fernando VII.

Para el profesor Fuentes, la reina Letizia necesita tiempo para culminar su entronización al margen de la leyenda urbana que la persigue: «Son historias del pasado que vuelven en el imaginario colectivo de los españoles. Es muy difícil demostrar que una cosa es mentira. En la teoría conspirativa todo encaja. La realidad es más imperfecta que la ficción». El tiempo es precisamente la principal baza de Zarzuela para culminar la construcción de Letizia IV que acabe con el deporte nacional de la crítica a la reina consorte. Según las fuentes consultadas, en apenas dos o tres años, las miradas se volverán hacia su hija, la princesa Leonor, muy protegida por sus padres pero que desde niña ha conocido los rigores del puesto.

Las redes no tienen compasión con los menores. En 2014, con apenas nueve años, se convirtió en tendencia cuando su figura apareció en el Museo de Cera de Madrid y las redes la compararon con una especie de muñeca diabólica. La reina Letizia intentó contrarrestar las críticas de los medios por

lo poco que se conoce de la heredera y se acercó al grupo Zeta para hacer un reportaje sobre los gustos y la personalidad de la futura reina. Hubo portada el 2 de junio de 2017, coincidiendo con el tercer aniversario de la abdicación de su abuelo: «Así es la futura reina de España. Lee a Stevenson y Carroll, le gustan las películas de Kurosawa, domina el inglés y tiene una perrita que se llama Sara».

El resultado fue un desastre. En las redes, los españoles interpretaron el despliegue como antipático y cursi. Se convirtió en tendencia, de nuevo, por los motivos equivocados: su supuesto gusto por el cine de Kurosawa adquirió tintes de broma nacional, como ocurrió con las chanzas que provocó la salida de compras con las hijas tapadas con gorras al estilo *celebrities* de Beverly Hills. Como Leonor de Castilla en el siglo XIII, son muchas las cruces a las que se enfrenta la futura reina de España en el XXI y no están todas en Londres. La primera de ellas, salir del anonimato en el que se encuentra, con doce años ya, y empezar a ser conocida y querida. Construirse un relato propio basado en el hecho de que, ella sí, es la primera Princesa de Asturias propiamente constitucional de la misma manera que su padre es el primer rey verdaderamente constitucional. Adquirió la condición de heredera al trono de forma automática, sin necesidad de forzar su investidura como Princesa de Asturias a los diez años en Covadonga, como fue el caso de su padre antes incluso de que don Juan hubiera renunciado a sus derechos dinásticos y también de las primeras elecciones democráticas así como de la Constitución de 1978. Cuando Felipe VI le concedió el Toisón de Oro al cumplir los diez años el 30 de octubre de 2015, se perdió la oportunidad para celebrar una ceremonia pública, modesta y familiar, que la empezara a vincular emocionalmente a los españoles.

Un primer gesto ha sucedido al cumplir los doce años el 31 de octubre de 2017. La Casa Real ha colgado una foto oficial de la infanta Leonor en la página web. Sola, sonriente, posa en el Palacio Real de rojo, el color favorito de su madre para las grandes ocasiones. A partir de ahora tendrá que ir ganándose los corazones de todos los que aún rechazan a su madre. Así piensan algunos, entre ellos dirigentes políticos de nuestro país: «Ella [la reina Letizia] le pegará sus miedos, sus inseguridades, como el día de las gorritas. Con un rey Borbón, sí. Pero con una reina Ortiz no me veo». La

historia continúa mientras se espera que una versión más natural y humana de la majestad adquirida de Letizia IV se imponga sobre el icono global de moda que arriesga en convertirse.

Título y honor

—*El centro de la impresión trágica es la impresión de desperdicio. La tragedia es la impresión típica del misterio. Nos impone el misterio.*

Semana Santa de 2017, Museo Reina Sofía, Madrid. Esta cita de A. C. Bradley, el crítico que mejor interpretó las tragedias de Shakespeare, recibe negro sobre blanco a la familia Urdangarin-Borbón, que está de vacaciones en España. Iñaki, cuarenta y nueve años, y la infanta Cristina, cincuenta y uno, han llevado a sus hijos Juan, Pablo, Miguel e Irene, de diecisiete a diez años, a ver la exposición de Picasso. A los chicos les impresiona el enorme lienzo del *Guernica*, que resume ese desperdicio (*waste*) de Bradley en forma de cabeza de toro invertida que grita brutalidad y fascismo. Un desgarró parecido al que padece la infanta Cristina, una mujer «lista, autónoma, decidida», «más Grecia que Borbón, más fría, más inteligente», cuya vida rosa pasó al negro de la maldición borbónica que conlleva el exilio geográfico y espiritual. Ella aún no sabe muy bien por qué y cómo ocurrió todo.

Hasta el otoño de 2011 fue la triunfadora, la mujer profesional que estudió una carrera en Madrid, hizo un máster en Nueva York, unas prácticas en París y después consiguió un *plum job*, un trabajo fantástico, bien pagado, interesante, perfecto para una hija de rey, en la Fundación La Caixa en Barcelona. Para algunos de los entrevistados, Cristina de Borbón (CB1) es la del «carácter fuerte» que le falta a su hermano. Para otros, la «soberbia» que no reconoce sus errores. Pragmática, «cuando regateaba plastificaba los apuntes para estudiar a bordo y no perder el tiempo», según una persona que la conoce bien. Fuerte u obstinada, según quien la interprete, a la infanta Cristina no le tembló el pulso cuando decidió casarse en apenas seis meses y por absoluto amor, con un balonmanista rubio, alto y guapo. La cosa salió

bien y hasta su hermano, que iba para rey, la emuló siete años más tarde, como a ella le gusta recordar.

Todo el mundo miró hacia otro lado. La clase política española no la obligó a renunciar, por su matrimonio plebeyo, a los beneficios de ser infanta de España: derechos sucesorios a la Corona (ella es la sexta y sus hijos ocupan del séptimo al décimo lugar), salario complementario de la Casa del Rey de setenta y dos mil euros al año por unos setenta actos oficiales al año, vacaciones en el palacio de Marivent, coche con escolta policial, viajes gratis en Iberia, pasaporte diplomático, regalos de tiendas de ropa, zapatos y joyería, tratamiento VIP universal y el cariño de la gente, sobre todo en Barcelona y en Palma de Mallorca.

La clase periodística tampoco hizo su trabajo. Me lo recuerda Silvia Taulés, *urdangarinóloga* donde las haya, autora de otro libro en esta misma editorial sobre la pareja, *Historia de un matrimonio: secretos y mentiras*. Con Urdangarin los periodistas se adelantaron a lo que siete años después harían con la periodista Letizia Ortiz y su pasión por Wagner. Así, Urdangarin pasó de ser un tipo normal, un poco caradura, un guaperas simpático que se llevaba de calle a las chicas, miembro de una familia numerosa que vivía en un piso de ciento cuarenta metros en una zona «muy normalita» del Eixample, como señala Taulés, a convertirse en un disciplinado atleta olímpico de enorme carisma y bastante inteligente, de estupenda familia vasca y hasta de origen noble, como se empeñaron en atribuirle a su madre, una señora belga llamada Claire Liebaert que quedó bastante sorprendida por el abolengo recién adquirido.

España estaba entusiasmada con la boda de la infanta con el atractivo vasco lleno de arrojo y simpatía, tan alto, tan rubio y tan echado para adelante como un auténtico Borbón. Todo tan perfecto, tan políticamente correcto, tan ideal, tan empalagoso, que hasta entre ellos se hacían bromas. Por ejemplo, las que provocó el nacimiento del segundo hijo, Pablo, nada menos que un 6 de diciembre de 2000. El día de la Constitución. Mejor imposible.

La vida sonrió durante catorce años a los Urdangarin-Borbón. Y ahora están aquí en Madrid, en Semana Santa, solos, en blanco, negro y gris, y en secreto. Han avisado al diplomático Martí Fluxá, presidente del Patronato del Prado, al que conocen de sus años en la Casa del Rey, para que les ayude a

organizar la visita con discreción: es la primera vez que la infanta Cristina y toda su familia están en Madrid desde el 17 de febrero de 2017, el día en el que ella fue absuelta en el caso Nóos y su marido condenado a más de seis años de cárcel.

Primero han estado en Ciudad Real invitados en la finca de su prima Cristina de Borbón-Dos Sicilias (CB2), donde las redes sociales han dado cuenta de sus paseos por Retuerta del Bullaque, un pueblo perdido en La Mancha al que jamás habrían llegado los periodistas. Pero así es la nueva comunicación. Directa y sin control. Ellos posan encantados con los vecinos y Zarzuela toma nota. Como hay vacaciones, los reyes Felipe y Letizia están desaparecidos fuera de España y el hueco que deja la familia real lo rellenan un defraudador convicto y su mujer, la hermana del rey alejada de la Casa a pesar de la absolución judicial. En Zarzuela prefieren que la familia baje su perfil, de modo que cuando llegan a Madrid la infanta se siente defraudada: ella pensó que la absolución ayudaría a normalizar su presencia en España. No sucede así.

Los encargados del museo tienen órdenes estrictas: no habrá fotos, ni *selfies* ni mucho menos *posts* en las redes sociales. Por eso están aquí ahora, en blanco y negro, sin publicidad, y la infanta Cristina es una mujer hundida, exiliada, a la espera de que su marido entre en la cárcel, mañana, pasado o dentro de tres meses. «Viven como si cada día fuera el último», señalan fuentes de su entorno. La relación con la familia real es muy difícil. A pesar de la absolución, la relación del rey Felipe se limita a los hijos, y poco. En verano de 2017, los hermanos Urdangarin-Borbón van a Palma solos con la abuela Sofía. Zarzuela asegura una imagen con el tío Felipe, el rey, en una lancha y también en un restaurante con su tía política Letizia, la reina, y sus primas Leonor y Sofía. Nada más. Se hace además en aras de la efectividad institucional —unión y familia—, obligada también en verano. Pero mientras la infanta siga casada con Urdangarin, en la Casa del Rey no habrá nada más. Es el desperdicio del que habla Bradley, el potencial derrochado, la vida que tiran por la borda personajes como Hamlet, Romeo y Julieta o Iñaki Urdangarin y Cristina de Borbón.

Mañana del viernes, 12 de junio de 2015. Felipe VI está en Torrejón a punto de volar a Sevilla, donde entrega los premios universitarios y taurinos de la Maestranza, el corazón de la nobleza española en Andalucía. Otro acto con vuelta a casa por la tarde. El rey, un hombre de familia, concilia y quiere que se sepa: hace cinco meses él y su mujer lucieron públicamente pulseras amarillas de silicona hechas por la Asociación por la Racionalización de los Horarios Españoles ([ARHOE](#)). Gestos.

La televisión está puesta sin volumen. En la pantalla, de fondo, sale la imagen de la infanta Cristina. Alguien sube el volumen. En la web del periódico *La Vanguardia* aparece la letra clara y femenina de la infanta, que se dirige a su hermano como «su majestad». Con fecha 1 de junio, afirma que renuncia al título de duquesa de Palma que le dio su padre en 1997, unos días antes de casarse con Urdangarin. Lleva el membrete PALMA con corona. Es la guerra. La infanta busca sembrar la duda. ¿Le ha quitado el rey el título de duquesa de Palma por su implicación en el caso Nóos o lo ha entregado ella? Esa misma mañana ha aparecido el *BOE*, firmado por su hermano, con el anuncio de la revocación.

El día anterior, jueves 11, suceden así las cosas, según fuentes oficiales: el monarca llama a mediodía por teléfono a Ginebra para comunicar la decisión y hacia las nueve de la noche, con toda la burocracia finalizada, Zarzuela emite un comunicado oficial tan impactante como el de siete meses después con el desistimiento de Rajoy. El comunicado dice que el rey ha revocado el título de duquesa de Palma a su hermana. Un poquito después, pasadas las nueve de la noche, llega por email a Zarzuela esa carta que ahora ven en la televisión tras ser filtrada a *La Vanguardia*.

Declarada la guerra, por la infanta Cristina habla su abogado, Miquel Roca. Por el rey Felipe, los portavoces oficiales. ¿Puso en marcha el proceso la infanta a primeros de junio porque sabía que era inevitable? Ambos caminos fueron simultáneos, según fuentes conocedoras de la decisión, pero ella se resistió hasta el final. El pistoletazo de salida lo da el juez Castro seis meses antes al anunciar que la sentaría en el banquillo como cooperadora necesaria de dos delitos fiscales cometidos por su marido. La puntilla la ponen las elecciones municipales y autonómicas de mayo, que abren la puerta al tripartito PSOE-Podemos-MES (econonacionalistas) —que se forma justo

una semana después de la retirada del título—. La infanta Cristina quiere adelantarse a su hermano que quiere adelantarse al tripartito.

Las prisas dejan muescas en el alma de los hermanos y antes amigos. Según una persona cercana, para el rey el desgarró emocional es similar al del 14 de diciembre de 2001, cuando anuncia la ruptura con Eva Sannum. La Corona antes que el corazón, salvo en una ocasión. Los portavoces oficiales repiten el argumento, recogido en un párrafo de su discurso de proclamación: «La Corona tiene que velar por la dignidad de la institución, preservar su prestigio y observar una conducta íntegra, honesta y transparente».

La infanta Cristina no lo ve así, sino como una «enorme puñalada», una manera de arruinar *a priori* la absolución. Un ataque innmercedo que se suma al del 12 de diciembre de 2011, cuando Rafael Spottorno anunció el cese de Urdangarin en la vida oficial de la Casa por su comportamiento «no ejemplar». De Urdangarin pero también de ella misma, que desde el 12 de octubre de 2011 *solo* aparece públicamente asociada al negro de los funerales familiares. Según el entorno de la infanta, todas sus desgracias están relacionadas con la falta de *finezza* de ese mes de diciembre de 2011: «Spottorno y Almansa no estuvieron acertados. Ejercieron demasiada presión. ¿Fue necesario hacerlo así? ¿Anunciarlo públicamente para proteger a la Corona? Lo peor fue la visita de Almansa a Estados Unidos para pedirle que se separara de su marido cuando estaba allí de vacaciones con toda la familia», afirman en su entorno.

«La situó en el abismo. Tenía cuatro niños pequeños con él, lo adoraba, y en esa época todavía no se había quitado la venda. ¿Qué habrías hecho tú? ¿Dejar a tu marido, al que quieres y en el que confías, un padrazo, porque te lo pide tu padre por muy rey que sea?», se preguntan. Después vino la salida de Urdangarin de la página web de la Casa.

Cada golpe la acerca más a su marido. Un año más tarde, 2012, el revés definitivo cuando el exsocio Torres, en su afán por defenderse, publica los correos con la supuesta infidelidad de su marido. Los correos electrónicos son antiguos, de 2003, pero duelen igual. Toda España los ha leído. Ahora no hay vuelta atrás. Desde 2011, es difícil decidir cuál es su peor año. Quizá todos, uno más que otro.

Las humillaciones sufridas y también las imaginadas emponzoñan la relación entre los hermanos, y el encono aumenta a partir del verano de 2013 y sobre todo desde que se convierte en rey. El punto álgido del enfrentamiento llega el día de la retirada de la distinción nobiliaria, ese 11 de junio de 2015. Él, rey, ella, infanta en el exilio despojada de título y de honor un día antes de cumplir cincuenta años. Más agravios, más distancia. Las interpretaciones. Los silencios.

El lunes 15 de junio, dos días después de su triste aniversario como exduquesa de Palma, *El Mundo* publica una encuesta que ahonda la pena y ratifica posiciones: todavía no hace un año que está en el trono y Felipe VI ha conseguido subir los índices de apoyo a la monarquía del 49,9 por ciento en los que la dejó Juan Carlos I antes de abdicar al 61,5 por ciento actual. El trabajo, realizado por Sigma Dos, es la antesala de un magnífico primer aniversario como rey ese mismo viernes 19 de junio. No hay celebraciones públicas —prudencia obliga—, pero a cambio recibe el regalo de los ríos de tinta positiva. España no tiene queja del rey, ni siquiera los votantes de Podemos. En Ginebra, la infanta sufre: su hermano es el bueno oficial y ella la mala.

Algunos hablan con ella. No es justo, le dicen. A partir del otoño de 2015, la infanta comienza a rumiar la posibilidad de «hacer un Lady Di»: dar una entrevista contando las cosas como ella las ve. Defendiéndose. Plantando cara. Inicia una doble vía de negociación con los medios. Por un lado, a través de una gran amiga, la extremeña Consuelo García Píriz, la viuda de José Manuel Lara, con Mauricio Casals, presidente de *La Razón* y hombre fuerte de Atresmedia. Por otro, vía su abogado Miquel Roca, con Pedro J. Ramírez, que está sacando un digital y busca exclusivas. Coincide esta época con el creciente malestar de Carlos García Revenga. El exasesor de las infantas ha hablado con Raúl del Pozo de lo mal que lo está pasando desde que lo echaron de La Zarzuela. La infanta, aunque está pensando en hacer algo parecido, se alarma ante la posibilidad de que Revenga hable más de la cuenta.

La familia es todo, y nadie debe atacarla excepto sus propios miembros por dentro. Tras meses de dudas, escucha a los que la quieren bien y desiste de sus planes mediáticos. La familia, origen de sus desgracias, es también

fuente principal de vida: el sostén económico y social que permite a sus hijos tener una vida de príncipes destronados lejos de su país. Hay personas que sólo la ayudarán si permanece dentro de la familia. La infanta Cristina es una profesional cualificada en el campo de la cooperación internacional y los proyectos solidarios, según el testimonio de personas que han tenido contacto profesional con ella. Pero es indudable que su mayor paraguas protector, también en el campo económico, es su padre, el rey Juan Carlos, que paga el colegio de sus cuatro hijos y tiene una estrecha relación con Isidre Fainé, ahora al frente de la Fundación Bancaria La Caixa y antes histórico presidente del banco. Durante los seis años que duró la implicación de la infanta en el caso Nóos, La Caixa mantuvo la misma línea argumental: esperaba a que hubiera una sentencia judicial para decidir sobre el futuro de la infanta en la compañía, donde desempeña el cargo de directora del área internacional de la fundación.

Así fue. Pero entre 2013 y 2015, cuando las cosas se pusieron realmente feas, y sobre todo después de que su hermano le retirara el título, la institución se vio obligada a sopesar «los pros y los contras» de mantener a la infanta en su plantilla desde el punto de vista de reputación corporativa. Jaume Giró, que entonces era director general de comunicación del grupo La Caixa pero también director general adjunto de la fundación, tuvo que darle vueltas a la cabeza para proteger la marca. Giró, ahora número dos de la fundación bancaria y jefe directo de la infanta, optó por mantenerla y esperar a la sentencia tras presentar un plan con excedencia especial que suponía el abandono temporal de la empresa aunque ésta siguiera pagándole.

El comportamiento de La Caixa, aunque enormemente flexible con los movimientos geográficos de la infanta (Barcelona, Washington, Ginebra), fue más digno que el de Telefónica, que no dudó en pagar un millón y medio de euros de sueldo a Urdangarin además de la casa en Washington y el colegio de los cuatro hijos en Estados Unidos. Los empleados de la compañía se enteraron de todo esto por una portada de la revista *¡Hola!* Hace más de veinte años que la infanta trabaja para La Caixa, que le paga un salario anual de doscientos veinte mil euros, pero que no está dispuesta a asumir más esfuerzos añadidos. Así, cuando la infanta necesitó más ingresos para vivir en Suiza con familia numerosa, un marido desempleado y grandes costes

judiciales, tuvo que recurrir a un amigo de la infancia de su padre, el príncipe Karim Al Hussaini (cuarto Aga Khan), compañero de colegio de Juan Carlos I en el prestigioso internado suizo de Le Rosey.

La operación fue fácil. La Agha Khan Trust for Culture (AKTC, en sus siglas en inglés, la fundación para la cultura del multimillonario príncipe) está dirigida por el barcelonés Luis Monreal, el amigo del rey Juan Carlos que en 1992 fichó a la infanta para La Caixa cuando él era director general de la fundación. Ahora, la infanta trabaja a tiempo parcial para Monreal como coordinadora interagencias de la fundación del príncipe musulmán de nacionalidad británica.

«La Caixa y la fundación del Aga Khan son dos trabajos diferentes y separados que a veces producen sinergias porque pertenecen al campo de la cooperación internacional», según fuentes conocedoras de los empleos de la infanta. A diferencia de La Caixa, la AKTC no desvela un salario complementario que es sustancialmente superior al de La Caixa. En el entorno de la infanta lo describen así: «A la infanta Cristina le paga el Aga Khan lo que le da la gana. Adoran al santo por la peana».

Como el príncipe adquirió en 2016 un palacete en Lisboa, entre El Corte Inglés y la residencia del embajador de España, los rumores se dispararon. Cuando fui a Lisboa con los reyes Felipe y Letizia en su viaje de Estado, comprobé que no había fundamento: la infanta Cristina no irá a Lisboa cuando su marido entre en la cárcel, a pesar de que el príncipe está restaurando un hermoso palacio por el que pagó doce millones de euros y seis de reformas. El edificio tiene el nombre de Henrique Mendonça, el rico cafetero que lo levantó tras hacer fortuna en Santo Tomé a principios del XX.

Hubo visitas de Casa Real para averiguar las circunstancias de la compra y Felipe VI ordenó parar cualquier posibilidad de traslado. Para la monarquía española, el exilio portugués no es cualquier cosa. Lo inauguran los Montpensier en 1868 y lo selló Juan de Borbón entre 1948 y 1977. Felipe VI teme por la imagen respetada de la monarquía española en el vecino Portugal y desconfía de la cercanía de Lisboa, mucho más accesible para los medios españoles que Ginebra. «Seguirá en Suiza durante mucho tiempo, quién sabe cuánto. La incógnita es si su marido regresará allí cuando salga de la cárcel»,

asegura su entorno. Otro interrogante es cuánto tiempo querrá la familia del Aga Khan hacerse cargo de la infanta.

Viernes, 17 de febrero de 2017. Doce del mediodía en el Museo Thyssen de Madrid. Felipe VI ha pedido a sus colaboradores que no le comuniquen la decisión de la Audiencia de Palma sobre su hermana hasta que finalice el acto del día: la visita a una exposición de pintura húngara con el presidente de Hungría, János Áder, y su esposa, Anita Herczegh. La sentencia se conoce justo cuando empieza el acto, pero el rey no lo sabe.

Dos años antes, cuando la crisis de la revocación del título, los escoltas pidieron a los periodistas en Sevilla que no mencionaran el asunto. Esta vez, se les impide entrar en el museo para ahorrarles a los reyes el inevitable escrutinio facial —músculos, mandíbulas, ojos, rictus—. Casi una hora entera de recorrido. Sólo en los gestos podrán encontrar algún atisbo de emoción. El resto es silencio. Los portavoces oficiales repiten la línea adoptada desde abril de 2013 en torno al caso Nóos: «Respeto a la independencia del poder judicial».

A Urdangarin le caen seis años y tres meses. La lista de delitos es larga: prevaricación, malversación de caudales públicos, fraude a la Administración, tráfico de influencias, dos delitos fiscales. A su exsocio, Diego Torres, ocho años y seis meses. La infanta, aunque absuelta, es obligada a devolver los doscientos sesenta y cinco mil ochenta y ocho euros que cargó a la tarjeta de crédito de la mercantil Aizoon compartida con su marido. La actitud pública de la infanta contrasta con la de los reyes Felipe y Letizia. Al entrar en su casa de Ginebra, se deja fotografiar con una gran sonrisa y un saludo a los periodistas. La imagen no cae bien ni en España ni en Zarzuela. Twitter da buena cuenta del rechazo de los españoles, que critican a la justicia por permitir a Urdangarin permanecer en Ginebra, donde comparece una vez al mes ante la autoridad judicial, otra prueba más de exilio dorado para la mayoría de los españoles.

La infanta se siente reconfortada por la sentencia, según su entorno, pero mantiene inalterado el argumento: no sólo ella es inocente, también lo es Urdangarin, víctima del ideólogo Torres y sin paraguas de la Casa Real, que

no se ocupa más que de menudencias como recomendarle la mejor marca de impresora y no de supervisarlo todo como insiste el exsocio. Fuentes cercanas a la pareja replican la línea de defensa: «Estos vendían una cosa que no era tanto humo. En aquella época se pagaba un disparate por consultoría. El gran fallo fue contratar con las administraciones sin concurso público, pero es muy difícil decir que no cuando te están ofreciendo algo gratis y encima te dan las gracias». Los culpables, los políticos que buscan congraciarse con el rey Juan Carlos y complacen a su yerno con el dinero de todos los españoles. De nuevo, adoran al santo por la peana.

¿Fotos de la familia real con Iñaki Urdangarin? No las habrá en mucho tiempo, ni siquiera después de cumplir condena en prisión. Incluso las de hijos y abuelos pertenecen a la intimidad mientras continúe el matrimonio. Un ejemplo, el 1 de julio de 2017, cuando Juan Carlos I requiere el avión privado de un amigo para ir a Ginebra a entregarle a su nieto Juan Urdangarin el diploma de graduación del Ecolint, el colegio internacional más antiguo del mundo, y uno de los más caros. El mayor de los hijos de la infanta, el más introvertido, el más sensible, el que más ha sufrido y sufre, el más apegado a sus padre y hermanos, el que se queda en Ginebra a estudiar la carrera para estar cerca de la familia. Ni fotos ni información pública del acto, como lo requieren la reina Letizia y Jaime Alfonsín, según la infanta Cristina, que les atribuye el duro cortafuegos que rodea a los Urdangarin desde 2011.

Pero días después de la graduación de Juan Urdangarin en Ginebra, las redes sociales evitan el cortafuegos y desvelan la presencia del rey Felipe en la misma fiesta de cumpleaños que el matrimonio Urdangarin-Borbón: la de su primo Pablo de Grecia en los Cotswolds, una de las zonas más hermosas del Reino Unido. Allí, la millonaria esposa del príncipe griego, la americana Marie Chantal Miller, le ha organizado el cincuenta cumpleaños (y el veintiuno a su hija Olympia) en la onda de la *jet set* de los años sesenta: plumas, purpurina y diversión. El rey, vestido sobriamente de esmoquin y sin la reina Letizia, no aparece en ningún momento con su hermana y su cuñado. Ni lo hará hasta que el caso Nóos desaparezca del horizonte, si es que algún día eso sucede. Justo después de conocerse en España las imágenes —los ricos y famosos que acuden a la fiesta publican en sus cuentas de Instagram

como si no hubiera mañana—, la fiscalía del Supremo pide elevar a diez años la condena de Urdangarin.

El caso Nóos, el rayo que no cesa, regresa el 1 de agosto, cuando Felipe VI ya está en Marivent de trabajo institucional-vacacional a base de vela, reina Sofía y nietos. Ahora es el recurso de casación de Urdangarin ante el Supremo el que provoca el rubor de los reyes con el siguiente argumento: el marido de la infanta sólo era un «amigable componedor», un «mediador sin conocimientos en derecho administrativo», que logró para Baleares, gracias a sus «contactos deportivos e institucionales», la celebración de foros sobre turismo y deporte, y el patrocinio «al mejor equipo del mundo de ciclismo». Siempre, «con la conciencia de que todo se hacía correcta y legalmente», pues las contrataciones las hacía su exsocio Torres.

El rey Felipe lo tiene claro: su cuñado Iñaki Urdangarin no puede volver nunca a la vida institucional de la familia real española. Nunca. La *urdangarinóloga* Taulés mantiene que fue Letizia Ortiz la primera en darse cuenta de la «catadura moral» de Urdangarin, quizá porque éste proviene de un nivel social no demasiado diferente al suyo. Esta teoría la corroboran en el entorno de la infanta, donde Iñaki Urdangarin va perdiendo puntos. Rebobinemos al vídeo de los premios Príncipe de Asturias de octubre de 2004: allí está Urdangarin que mira a Letizia, la princesa encogida, desde las alturas del palco con altivez en sus pupilas, la misma que algunos ven ahora en la reina Letizia.

El caso Nóos ha hecho mucho daño a la familia y a la institución. Políticamente, ha influido también en el distanciamiento de Cataluña, donde la infanta tenía su vida hecha. Los reyes Felipe y Letizia ven con horror el cartel de la CUP para hacer propaganda del referéndum del 1 de octubre bajo el lema «Autodeterminación, desobediencia, países catalanes: barrámoslos». La infanta Cristina ocupa un lugar de honor junto a su hermano: son los primeros barridos por la escoba de una fornida mujer que recuerda a Lenin en el cartel original, el de 1919, en el que se ve al líder bolchevique que se deshace de la «porquería del mundo». La infanta lleva un bolso con las siglas Nóos claramente estampadas en el centro.

También en Palma de Mallorca, donde la retirada del título no bastó para apaciguar al tripartito. Después vinieron los jardines de Marivent, uno de los

primeros acuerdos de gobernabilidad de PSOE-Podemos-MES, que quieren mejorar la zona en la que está el palacete, un barrio muy conflictivo (Gomila Cala Major), frente a los famosos edificios Pulman, donde abundan la droga y la prostitución. «Psicológicamente es importante tener las puertas abiertas, aunque dentro no se vea nada porque hay una segunda valla que rodea al palacio», señalan fuentes conocedoras de la decisión, y que subrayan «el enorme contraste entre Marivent y el resto del barrio, algo que no sale en las revistas del corazón que van a Palma en verano».

Todo se hizo muy rápido, en menos de dos años, entre 2015 y 2017. El rey no tuvo otra opción que aceptar el acuerdo político. La Casa Real no puso ningún tipo de trabas. Al Gobierno balear le gusta contraponer la imagen de turismo masificado y los balcones de Magaluf con la de la nueva ruta Marivent. A Juan Carlos I no le gustan los cambios. En el verano de 2017 no pisó el lugar. Su hijo se resigna y va poco, lo justo. Marivent se ha convertido en un cascarón vacío del que sigue enamorada la reina Sofía porque le recuerda a Tatoi, la finca a las afueras de Atenas donde creció.

Plebeyismo y matriarcado

—*Le montó un espectáculo brutal. Ahí nos dimos cuenta de cómo la trataba.*

A Jaime de Marichalar, treinta y ocho años, ingresado esas navidades de 2001 en el hospital Gregorio Marañón por el ictus que sufrió el 20 de diciembre, lo estaban oyendo no sólo Germán López-Madrid y su mujer María José Gómez-Rodulfo, *Choché*, amiga de la infanta Elena desde que compartieron clase en Santa María del Camino. Había más gente ese día horrorizada por la manera insultante en la que el hijo mediano de los condes de Ripalda se dirigía a la infanta Elena, su mujer desde hacía seis años.

El matrimonio tardó otros seis años en romperse oficialmente porque era la primera vez que alguien en la Familia Real se separaba y luego se divorciaba. Hasta que en 2007 Zarzuela anunció el «cese temporal de la convivencia», ocurrieron muchas cosas, entre otras que la reina Sofía se opuso frontalmente a la separación. Las heridas perviven, como se pudo comprobar en julio de 2017 en las imágenes virales de la graduación de

Felipe, Froilán para el pueblo llano: Marichalar y la infanta Elena siguen sin mirarse y sin dirigirse la palabra.

«Marichalar era muy mala persona —sentencia sin ambages una persona cercana a la infanta—. Se creía el padre del futuro rey, sobre todo en la época en la que se rumoreaba, sin fundamento alguno, que el príncipe Felipe era gay. Después perdió interés». De la falta de interés pasó al desprecio por la mujer a la que previamente había convertido en un icono de elegancia. Tras la boda del príncipe Felipe, Marichalar entendió su condena y no la quiso: vivir el resto de su vida como segundón real atado a una mujer de la que no estaba enamorado.

La infanta Elena sufrió pero resistió. Su matrimonio no está anulado canónicamente, y no se ve volviéndose a casar. «No es una lumbrera, pero no es tonta», afirma una persona que conoce muy bien a la hija mayor de los reyes Juan Carlos y Sofía, a la que toda su vida han perseguido los rumores sobre una supuesta limitación intelectual. La guinda la puso el primo de la reina Letizia en su libro de 2013, ignorado por los medios tradicionales pero no por las redes sociales, que la sometieron a chanzas como a su sobrina Leonor, sin piedad, porque de ella escribió David Rocasolano que era como un muñeco Chucky sin maldad. «La infanta Elena es la más Borbón de todos», concluyen sus allegados, entendido este apellido como sinónimo de una persona «simpática, mal hablada, chistosa y emocional». Como su tía Pilar, como su padre, como su abuelo Juan.

Hay datos objetivos para contradecir los rumores: al igual que sus hermanos, la infanta Elena ha sacado adelante una carrera universitaria de cinco años, aunque es cierto que empezó magisterio en ESCUNI, la escuela universitaria junto al emblemático edificio del Seminario de Madrid y que sólo cuando concluyó esa diplomatura de tres completó la formación haciendo pedagogía y ciencias de la educación en la Universidad Pontificia de Comillas, en Cantoblanco (1993).

Algunos se sorprenden del lenguaje gráfico que utiliza o su forma directa de hablar. A estas alturas de la vida, con cincuenta y cuatro años, la infanta Elena hace de complemento de su hermano, más nórdico y correcto. Junto a su padre Juan Carlos I, se ha alzado en representante de la familia de ese denostado plebeyismo que Ortega describió en su artículo de 1917,

«Democracia morbosa»: «El demócrata ha acabado por simpatizar con la plebe, precisamente en cuanto a plebe, con sus costumbres, con sus maneras, con su giro intelectual».

Los toros, los caballos, la fiesta, lo castizo, la guitarra, el flamenco, el señoritismo, la gracia fácil, el majismo madrileño retratado en los cuadros de Goya e identificado en las redecillas de pelo, el baile, el desparpajo y la gallardía. Ese plebeyismo contemporáneo de padre e hija tiene una imagen que en Twitter se hizo viral en 2017: la infanta Elena y el rey Juan Carlos, con un puro metido en el bolsillo de la camisa, posando con Bertín Osborne y Paco Arévalo, el cuentachistes que más cintas de casete ha vendido en la historia de España, un especialista en gangosos, minusválidos y homosexuales. Antes se habían comido una paella.

Un plebeyismo que comparten en España clases altas y bajas que se remonta a la oposición española a los intentos borbónicos por centralizar y afrancesar el país. Carlos III, el mismo rey que prohibió el uso del catalán, fracasó en el intento de acabar con las corridas. «La infanta Elena tiene su público», concluye un observador de la monarquía que comparte el gusto de muchos españoles por esta *royal* tan española que siempre lleva la bandera rojigualda en su muñeca.

En el último 12-O, la Fiesta Nacional de 2017, el más importante de la democracia por el alto contenido simbólico en plena crisis catalana, la infanta Elena tuvo uno de esos gestos espontáneos que tanto gustan a sus seguidores: se colgó una bandera de España del cuello y se fue al desfile con su hija Victoria Federica. Entre el público, porque ya no es miembro de la Casa y el protocolo no le reserva un lugar en la tribuna de autoridades. El mismo protocolo que dejó fuera de la celebración del cuarenta aniversario de la democracia a Juan Carlos I que algunos consideran demasiado estricto y que diluye el espíritu de la monarquía. Sus seguidores se hacen preguntas. ¿Tiene sentido que las parejas de Felipe González y de Albert Rivera atiendan el desfile desde la tribuna de autoridades y la infanta Elena lo haga junto al público?

De la misma manera, algunos mantienen que la reina Sofía y su hija mayor son bienes reales que podían haber sido aprovechados en casos como las Olimpiadas en Brasil, cuando el bloqueo político impidió asistir a los

reyes Felipe y Letizia, o los atentados de Barcelona de 2017, cuando el rey Felipe asistió solo al minuto de silencio y a la manifestación y acompañado por la reina Letizia el día de la visita a los heridos y al paseo por la Rambla. Para los críticos de este modelo adelgazado de familia real, el apego excesivo a la Constitución olvida la argamasa emocional que acompaña a los *royals* de todo el mundo.

Sin tribuna y por lo tanto sin remuneración desde que Felipe VI remodeló la familia real en 2014, la infanta Elena tiene que trabajar para mantener su casa del barrio del Niño Jesús en Madrid, un sitio acomodado pero no exclusivo. A falta de lista civil como en otros países, la infanta Elena dio clases de inglés en la guardería Micos en El Viso, uno de los barrios más elitistas de Madrid. Después se divorció y creó la empresa Global Cinoscéfalos con Carlos García Revenga, que puso los pelos como escarpas en Zarzuela después de la malísima experiencia con la infanta Cristina en Aizoon. Seis meses duró el invento en 2008. Inmediatamente después, se le buscó un trabajo apropiado, parecido al de su hermana: directora de proyectos sociales y culturales de la Fundación Mapfre. Hasta el salario parece que es similar al de su hermana —unos doscientos mil euros—, aunque Mapfre no hace público el sueldo de sus ejecutivos como La Caixa.

Su trayectoria profesional es contraria a la de Marichalar, que fue quedándose sin puestos en los consejos de administración a medida que se distanciaba de Zarzuela. Ahora es asesor en España de su buen amigo Bernard Arnault, presidente del conglomerado de lujo LVMH, y también asesora a la prestigiosa revista americana *Art+Auction*. Su vida está ligada al mundo de la moda y a sus hijos. De Felipe (Froilán) es un gran defensor porque lo considera maltratado por la prensa y, además, aseguran, es el que más se parece al padre.

«Ninguna de las infantas rasca bola en la Casa», explican fuentes del entorno real en referencia a la nula capacidad de influencia o de voz propia en el funcionamiento de la nueva Zarzuela, como demuestra la presencia de la infanta Elena entre el público en el importante 12-O de 2017. Juan Carlos I paga la educación de los hijos de las dos. Las redes sociales se han encargado de informar *urbi et orbe* que el mayor —Felipe (Froilán)— se graduó en un colegio americano y ahora estudia en una universidad privada, también

americana, en Madrid. La segunda, Victoria Federica, de perfil más bajo, acude a un pequeño colegio privado —Santa María del Valle— en el mismo barrio exclusivo en el que dio clases su madre. La última exnovia de Froilán, Mar Fuentes, también acude a este centro, que se caracteriza por hacer un seguimiento más cercano y personalizado de los alumnos, unos quince por clase. Según personas próximas a la familia, Victoria Federica se parece más a su madre en carácter que su hermano, que tiene un fondo Marichalar combinado con el gusto borbónico por el buen vivir.

Sin influencia ni salario, la infanta Elena tiene pocas obligaciones reales, pero algunas son duras, y alguien tiene que hacerlas. Este último verano, tuvo que acompañar a su padre en cuatro ocasiones en un momento especialmente delicado para la familia. Fue en agosto, después de saberse públicamente que Juan Carlos I había pasado sus vacaciones con Marta Gayá. Primero tuvo que ir, sombrero y sonrisa en ristre, a los toros en San Sebastián y a la comilona posterior. Dos semanas más tarde, otro sábado, de nuevo corrida en la Semana Grande de Bilbao. Y al siguiente, domingo, en Sotogrande en la entrega de los premios del Polo Club. En todos estos sitios los quieren y les aplauden. Pero la procesión va por dentro. Su madre, la reina Sofía, estaba sufriendo. Después de pasar unos días en Irlanda, Juan Carlos I se fue de crucero con Gayá por las islas griegas, cortesía del matrimonio Sanginés-Krause. Según fuentes solventes, a la reina emérita le pareció especialmente insultante que eligiera su zona del mundo para pasar el tiempo con Gayá.

La cuarta y última obligación real de la infanta Elena tuvo lugar el jueves 7 de septiembre en Sanxenxo, acompañando a su padre en la presentación del equipo de vela Mapfre. Tiene lógica. Lleva casi diez años trabajando en la fundación del mismo nombre, asiste al acto Fernando Garrido, su jefe directo en Mapfre, su amigo, en cuya boda estuvo este mismo año. Éste es el acto que la infanta defiende con más facilidad ante su madre. El argumento es definitivo: Juan Carlos I paga la educación de los niños y además de nada serviría enfrentarse a él. Todos menos la propia reina emérita saben desde hace años que el rey Juan Carlos jamás volverá a formar un matrimonio con la reina Sofía.

«Esto es trabajo», se disculpa la infanta ante su madre, a la que está muy unida y que desempeña un papel destacado en la actual monarquía española:

una especie de matriarcado en la sombra a través del cual vela por la institución familiar en su formato emocional, con una vinculación más sólida que la marcada por la página web de Zarzuela. En verano reúne a los nietos en Mallorca porque es abuela pero también para evitar que la monarquía se convierta en una institución raquítica representada sólo por cuatro personas. «La reina Sofía está educada así y no va a cambiar», señalan fuentes cercanas a la reina emérita, que es Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg de apellido, una ascendencia danesa y alemana que imprime carácter, acento y disciplina. «Tampoco en lo que concierne a su marido. Por mucho que la evidencia demuestre que el rey Juan Carlos nunca va a volver con ella, en el fondo, la reina Sofía piensa que igual puede suceder», señalan fuentes cercanas a los reyes eméritos. Aunque no hay «acercamiento» amoroso, ni lo va a haber, la relación entre ellos ahora es mucho mejor que hace años: «Ya no se pelean, es una relación más correcta, más fácil».

Cuidar de la familia-institución es lo que ha hecho la reina Sofía toda la vida. Más de uno la recuerda saliendo a diario de Zarzuela en su Mercedes blindado para acompañar a sus hijos al colegio. Primero a Los Rosales, a las nueve en punto, al príncipe Felipe. Media hora después, a Santa María del Camino, a las infantas. Fue ella la que decidió, cuando terminaron primaria, que las infantas salieran de Los Rosales para estudiar en este otro colegio fundado por una mujer de armas tomar, Maruja Espina, con la que la reina Sofía compartió muchas tazas de té por la tarde, cuando regresaba a recoger a las infantas a la calle Peregrinos, 13. Maruja creó el colegio, laico, en un Puerta de Hierro que entonces estaba lleno de chabolas a pesar de su cercanía al club. Luego se desarrolló la exclusiva urbanización y el centro educativo se llenó de adinerados alumnos.

De aquí salieron los Caprile —Marisa, la profesora de inglés, y Lorenzo, el diseñador del traje de boda de la infanta Cristina—. También Carlos García Revenga, el hombre para todo de las infantas. Y amigas como las esposas de los López Madrid, Silvia Villar-Mir (Javier) y María José Gómez-Rodulfo (Germán), la denominada Choché que años más tarde oiría gritar a Marichalar en el Marañón. De aquí procede una imagen de la que comentan personas de esta época: la reina Sofía no se enfrentará nunca a su familia. Esto quedó claro en aquella desafortunada imagen en el *¡Hola!* en diciembre

de 2011 cuando fue a visitar a los Urdangarin-Borbón a Washington en pleno proceso de alejamiento oficial de la agenda.

«Los que insisten en que se lleva mal con la reina Letizia no saben de lo que hablan. Antes se cortarían un brazo que demostrar la antipatía por un miembro de la familia», señala una persona que la conoce bien y que pone como ejemplo de esta manera de ser prusiana su reacción al comportamiento grosero de Juan Carlos I el 26 de julio de 2010 en el homenaje al apóstol Santiago, cuando rechazó con aspavientos la ayuda que le ofreció la reina al subir unos escalones. Días más tarde, algunos colaboradores le recriminaron directamente al rey su actuación, pero ella le quitó importancia. No quiso el divorcio para su hija Elena, ni para ella, ni para ningún miembro de su familia. Así es, aseguran, y no cambiará a los setenta y nueve años.

Los españoles parece que se lo agradecen. Las encuestas son testarudas. La reina Sofía siempre obtiene la mejor nota, mejor incluso que su hijo, el rey. Al final de su vida parece haber cumplido con el lema de la Casa de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg a la que pertenece: «Mi fuerza es el amor del pueblo».

El verbo conjugado

—*Si conjugo el verbo, se me va la idea.*

Primavera de 1978. Colegio Santa María del Camino. Urbanización Puerta de Hierro. Madrid. Carlos García Revenga, un profesor en prácticas de física, química y matemáticas de tan sólo veinte años se pone nervioso cuando habla con el rey Juan Carlos. El monarca ha ido a ver a la directora del colegio acompañado por la reina Sofía para interesarse por los estudios de las hijas, y él, un chico alto y grande con gafas de pasta, le ha suspendido un examen de física a la infanta Cristina. A Revenga le han advertido que se dirija a su majestad en tercera persona, que no se le ocurra hablarle de usted. Así se lo han dicho, y Revenga no puede más y se lo suelta: si conjuga «el verbo», si le habla como le han dicho que tiene que hablarle, no puede concentrarse y contarle las cosas como son.

El rey se echó a reír. Acababa de nacer una relación de confianza entre los dos y una expresión —«¡Háblame sin conjugar!»—, que en los siguientes treinta y ocho años Juan Carlos I utilizaría más de una vez para pedirle a Revenga que le hablara claro. Sin rodeos, sin peloteo, sin almíbar, en el mismo estilo que lo hace el general José Cabrera, el histórico *Pepe Cabrera*, que entró en Zarzuela de capitán de la Guardia Real y salió de secretario de la reina Sofía casi cuatro décadas después. Como le enseñó Cabrera, así se comportó Revenga, un tipo que iba en moto a todos lados, grandullón, sin complejos, un niño de familia bien que tuvo que emigrar al barrio obrero de Usera cuando su padre se arruinó, el amigo de todos porque iba por delante y sin doblez. El hombre que se convirtió en las manos y los oídos de las hijas del rey, que servía «para freír una corbata y planchar un huevo», en lenguaje de su padre. El que protagonizó uno de los finales más tristes en la Casa al ser el primero en toda su historia que acudió a los tribunales para defender sus derechos laborales y a un programa de radio para reconocer su «decepción» con el rey Juan Carlos.

De él se ha dicho que ha sido profesor de gimnasia de las infantas, e incluso de inglés, idioma que desconoce por completo. Revenga es en realidad licenciado en Filosofía y Letras con especialidad en Ciencias de la Educación, y diplomado en profesorado de Educación General Básica, especializado en ciencias, de ahí ese suspenso en física a la infanta. Maruja Espina, la formidable fundadora de Santa María del Camino, vio algo en él que le hizo recomendarlo a la reina Sofía junto a Marisa Caprile, la profesora de inglés del centro. Le pareció que eran las personas idóneas para acompañar a las infantas ese verano de 1978 al campamento de Sabartés (Tarragona). Un chico fácil, cómodo y con ese punto de madurez temprana debido quizá al golpe de la separación de sus padres. A partir de ese verano, él y Caprile fueron con las infantas a todos los campamentos y se convirtieron en sus tutores *de facto* para todas las actividades extraescolares: esquí, cine, reuniones con amigos, excursiones y estudio adicional.

En 1993, Juan Carlos I se empeñó en contratarlo de manera oficial a pesar de que Fernando Almansa había fichado para ese puesto a la diplomática Anunciada Fernández de Córdova. Pero el rey insistió y Almansa obedeció bajo el entendimiento de que cada uno se ocuparía de una infanta.

Así fue hasta 1997, cuando Anunciada salió de Zarzuela y Revenga se quedó como único encargado de las hijas del rey, que en esa época tenían una agenda repleta de actos oficiales, hasta ciento cincuenta al año.

Nada de esto sabemos la mayoría de periodistas el martes 29 de enero de 2013 cuando, a la una y media de la tarde, Revenga es imputado por el juez Castro como extesorero en el caso Nóos. Conservo la imagen vívida en la redacción de *El Mundo* del momento en el que entra la noticia, que llega un mes después de la imputación de Iñaki Urdangarin. Uno de esos momentos que los periodistas no olvidamos, cuando sabemos que algo grande está pasando: por primera vez, un empleado de la Casa es llamado por la justicia para declarar en un caso de corrupción que afecta al corazón mismo de la Corona. En el clima de sospecha que se había instalado en torno a Zarzuela desde la caída en Botsuana del rey Juan Carlos, la pregunta que se planteó de inmediato en la redacción fue ¿dimitirá?

En ese momento, la inocencia de Revenga, el miope al que veíamos pegado a las infantas desde niñas, no era una opción en nuestras cabezas. Al fin y al cabo, era el mismo del que cinco días antes habíamos sabido que recibió correos de Urdangarin firmados como «el duque em...Palma...do», aunque nunca supimos lo que Revenga había respondido, ya que cuando tenía que contestar a algunos de sus correos, si había algo que no le gustaba lo hacía por teléfono y no por escrito, según fuentes conocedoras de sus comunicaciones con Urdangarin. El día de la imputación, además, Revenga fue invitado por un viejo amigo a comer en el restaurante Barbillon Oyster de Pozuelo de Alarcón, donde lo sorprendió con su invitación de boda. Al salir del almuerzo llegó la imagen que confirmó lo que tantos teníamos ya en la cabeza: el secretario corrupto que se dedica a comer ostras en un sitio caro en un día entre semana, el mismo que hace bromas de mal gusto con el marido (también corrupto) de la (irresponsable) infanta Cristina.

En 2013, en medio de una furibunda crisis económica e institucional, los españoles no estábamos para tonterías ni para matices. Revenga era otro más en el círculo de corrupción de Nóos, y no el tipo que se enfrentó a Diego Torres o que censuró a Urdangarin, a veces, un comportamiento inmaduro.

Pero en esta historia de reyes, reinas, infantas y princesas que estamos contando hay dos grandes víctimas colaterales: Revenga y Spottorno. Otros

no han sufrido daño alguno, como Almansa y Aza, que también declararon como testigos en Nóos, o como José Manuel Romero Moreno, conde de Fontao, teóricamente los supervisores últimos de la actividad de Urdangarin. Revenga fue *desimputado* el 25 de junio de 2014, pero la noticia pasó desapercibida, tanto como el recurso que ha presentado Spottorno a su sentencia condenatoria en el caso de las *black*. Pero si gana el recurso, como podría ocurrir, muchos seguirán convencidos de que el exjefe de la Casa es propietario de una finca en Chiclana de la Frontera, una de las muchas acusaciones falsas a las que tiene que enfrentarse el hombre que salvó la vida y el trono de Juan Carlos I.

Spottorno tuvo que renunciar a su puesto de consejero del rey en octubre de 2015, y tres meses después, Revenga pierde su empleo en La Zarzuela bajo un argumento que inicialmente él comparte: la secretaría de las infantas Elena y Cristina deja de existir tras la remodelación de Felipe VI y tiene que cerrarse. Zarzuela le da seis meses más para que culmine el cierre de la secretaría y él da por hecho que le buscarán un trabajo como hicieron siempre con los servidores leales en embajadas y empresas. Durante el mes de diciembre de 2014, Revenga espera tranquilo a que le informen de su nuevo destino laboral fuera de palacio sin saber que se ha convertido, muy a su pesar, en símbolo de todo lo que los nuevos reyes quieren dejar atrás. Un chivo expiatorio, cree él. Un hombre marcado por Nóos al que no consiguen ayudar profesionalmente, según Zarzuela.

Así, el 5 de enero de 2015 está sentado en su despacho en Zarzuela redactando cartas de agradecimiento para las infantas por los regalos de Navidad cuando recibe la llamada de una de sus hijas: hay un mensajero de la Casa del Rey en la puerta con una carta que, le insiste el enviado, Revenga tiene que recoger en mano. Era el clásico motorista de la época de Franco. Según el entorno de Revenga, un gesto innecesario con alguien que está físicamente en palacio y que ha demostrado una lealtad a prueba de bomba. Dos meses después, el 11 de marzo de 2015, presenta la denuncia por no haber cobrado los trienios de antigüedad que le corresponden. Aunque desde 1977 presta servicios con las infantas, Revenga entró a trabajar oficialmente en la Casa del Rey en septiembre de 1993 y salió en enero de 2015, un total

de veintidós años frente a los treinta y ocho de vínculo. Además, sólo en 1998 se convirtió en personal eventual con puesto de vocal asesor (nivel 30).

Pero en mayo de 2017, la justicia le niega los aproximadamente ciento cincuenta mil euros que él estima debió de recibir por su despido y le condena a pagar mil euros de costas. Así se cierra el capítulo del hombre que jugó el papel de hermano, tío, amigo, padre o todo a la vez de Elena y Cristina de Borbón, a las que conoce a los catorce y doce años respectivamente, con las que sigue unido de corazón ahora que ha cumplido los sesenta. A la infanta Cristina la ve menos porque está en Ginebra, pero adora a su hijo Juan Urdangarin, de cuyos cumpleaños nunca se olvida. El 29 de septiembre de 2017, cuando el chico cumplió dieciocho años, una de las hijas de Revenga le llevó a Suiza su regalo. Las infantas son las madrinas de sus dos hijas.

La esquizofrenia de la relación de Revenga con la Casa del Rey se puso de manifiesto meses más tarde, el 22 de mayo, cuando tanto él como Spottorno fueron excluidos de la celebración del cuarenta aniversario de la Fundación Reina Sofía, de la que ambos han sido patronos durante quince años. En el acto estuvieron históricos como Marisa Satrústegui, la asesora de la reina Sofía vinculada a la Casa desde su época de princesa.

Según quién, en Zarzuela los casos de Revenga y Spottorno son vistos con incomodidad. De los dos se conserva en la Casa un grato recuerdo. En esta historia hay un punto incontestable en palacio: Rafael Spottorno salvó a la monarquía y evitó la muerte física de Juan Carlos I. Algún día serán estudiados los llamados papeles de Spottorno, la única bitácora clara y precisa que existe sobre la abdicación de Juan Carlos I. Algo así como la famosa servilleta de Segovia en la que Adolfo Suárez supuestamente pintarrajeó en 1969 junto al príncipe Juan Carlos una «hoja de ruta» para pasar de la dictadura a la monarquía sin grandes traumas y que el profesor Juan Francisco Fuentes ha buscado sin éxito. O los diarios de Carmen Díez de Rivera durante el meollo de la Transición que tan generosamente compartió conmigo.

Rafael Spottorno Díaz-Caro, setenta y dos años, diplomático, casi trece años al servicio de Juan Carlos I. Primero como número dos (secretario general, entre 1992 y 2003 bajo la jefatura de Fernando Almansa) y después como jefe de la Casa del Rey (2011-2014 con Alfonso Sanz Portolés como número dos). Él solo, con su mente ordenada de opositor, revisó cientos de páginas. Lee, consulta Constituciones y comentarios a Constituciones, medita y escribe para enfrentarse a una situación *ex novo* cuyo antecedente es la abdicación del emperador Carlos V en su hijo Felipe II. Sobre los hombros de Spottorno recae la responsabilidad histórica de abrir la válvula de escape para sacar la presión del régimen del setenta y ocho. Lo hizo y, de momento, funciona. Pero la jugada maestra tiene otra cara, y es la del hombre en soledad.

Durante su paréntesis fuera de Zarzuela (2002-2011), Spottorno obtuvo un trabajo fantástico, parecido al que las infantas Elena y Cristina tienen ahora: la presidencia de la Fundación Caja Madrid, un cargo con muchos beneficios, entre ellos la famosa tarjeta *black* a la que él cargó doscientos treinta y cinco mil ochocientos dieciocho euros. Durante el macrojuicio de las tarjetas, los sesenta y cinco procesados compartieron el argumento que Spottorno describió en una nota pública tras su dimisión como asesor real: «La empleé para lo que, al entregármela, se me dijo que podía emplearla y en los términos y con los límites que se me fijaron». Cuatro meses de sesiones e insultos a la puerta del juzgado improvisado en un polígono de Madrid. Una condena a dos años de cárcel ahora recurrida ante el Tribunal Supremo.

Antes de su procesamiento, ya estaba condenado. Algunos periodistas con pocos escrúpulos lo acusaron de pagar con la *black* masajes filipinos tan falsos como esa supuesta finca que le atribuyen en Chiclana de la Frontera (Cádiz), que es en realidad un chalé con un pequeño jardín en una urbanización de playa. Lo han insultado cuando paseaba a su nieta en el carrito. Pocos conocen la historia callada de grandeza de un hombre que se resistió a tirar la toalla a pesar de las veces que pensó en hacerlo. Aguantó desplantes, mensajes sin contestar, llamadas sin retorno. Resistió y salvó a la Corona.

«Los reyes nunca se equivocan. No hay fusibles», me explicó una persona con larga experiencia en Zarzuela. Quería decir que si las cosas salen

bien, la responsabilidad es del rey. Si se tuercen, de sus consejeros. Spottorno fue uno de los mejores.

Capítulo 7

UN REY EN SEIS MINUTOS

—Es responsabilidad de los legítimos poderes del Estado asegurar el orden constitucional... y el normal funcionamiento de las instituciones, la vigencia del Estado de derecho y el autogobierno de Cataluña, basado en la Constitución y en su Estatuto de Autonomía.

Martes, 3 de octubre de 2017. Palacio de La Zarzuela. Última hora de la tarde. Han pasado más de tres años y vuelven las cámaras, los institucionales, la maquilladora y la expectación al despacho del monarca, donde todo sigue más o menos igual menos el cuadro de Carlos III. El ambiente, sin embargo, es otro. Nada que ver con el día de la abdicación, quizá más pesado y sombrío: faltan el padre, las bromas, los abrazos y hasta el joven rey debutante de voz quebrada que llegó tarde y con *jet lag* porque venía de América. Hoy, la escena la ocupa Felipe VI, el único rey, que está a punto de dar el discurso de su vida, seis minutos y setenta y cinco palabras que marcarán el resto de su reinado y cuyas consecuencias serán estudiadas por los historiadores en años por venir.

Constitución, ley, unidad, Cataluña. He aquí la cuarta y última decisión que toma él solo para avanzar en la selva oscura por la que transita desde hace cuarenta meses. Para Zarzuela, el punto de inflexión, el *breaking point* del reinado. Lo que dice, y cómo lo dice, sorprende a defensores y críticos. Por el tono, por la contundencia, por la severidad. Se dirige a cámara un rey con canas, casi irritado, con las manos crispadas, en movimiento, el ceño

fruncido, algunas palabras remarcadas —«inadmisible», «orgullosos»— y una chaqueta negra a juego con la atmósfera de «extrema gravedad» que denuncia. Dos banderas, un portátil, el famoso cuadro del borbónico antecesor, la mesa, el asiento, todo ofrece un plano corto y asfixiante como el mes de octubre caluroso que vive Madrid, envenenado de polución y de política como nunca antes. La única concesión a la alegría es el rojo sangre de su corbata, una continuación visual de su estandarte bermellón imperial, símbolo de su poder residual.

Sabe, desde que el Parlamento catalán aprobó las leyes de desconexión con el resto del país, que tendrá que dirigirse a la nación, que esto es lo más grave a lo que se ha enfrentado todo lo que él representa. Pasa el mes de septiembre hablando con el presidente del Gobierno a diario, a veces más de una vez al día. La presión es grande. De todos, también del Ejército. Pero en su entorno insisten en que la decisión de salir a la palestra es sólo suya, que no le mueve nadie salvo su voz interior. «He jurado bandera dos veces», llega a decir para explicar la firmeza de su actuación ese 3-O, ese día que ya ha pasado a la historia de nuestro país.

Lleva un mes recibiendo a todo tipo de personas en su despacho. Apenas sale de palacio. Habla por teléfono. Empresarios, militares, creadores de opinión, banqueros, políticos. Todos coinciden. También el sanedrín de la Casa. Si permite que en Barcelona se proclame la república, ¿cuánto tiempo tardará en llegar a Madrid? Peligran España como nación y la Corona como institución. Tiene que salir y ha de hacerlo sin dejar el más mínimo espacio a la duda, sin rama de olivo. La cuestión es elegir el momento propicio.

El día determinante, el que da el pistoletazo de salida al discurso inevitable es el domingo 1 de octubre, que empieza temprano, a las nueve de la mañana, con las imágenes de las cargas policiales en Barcelona. El rey se lleva las manos a la cabeza en Zarzuela, donde las está viendo. Hay referéndum, hay urnas, hay policías y hay una enorme sensación de desasosiego y tristeza por todo el país, no sólo en Cataluña. Hay también estupefacción y enfado. Asimismo hay llamadas desde fuera de España. Peor, imposible. Zarzuela lleva haciendo un seguimiento diario, con constantes actualizaciones de la situación en Cataluña desde los atentados terroristas del

17 de agosto. Veinticuatro horas, siete días a la semana. El despacho del rey es un constante entrar y salir, mucho más ese domingo 1.

Pero ese día no cabe su alocución. Tiene que hablar el presidente del Gobierno. Así lo acuerdan. Tampoco el lunes 2, el día después, que es también la hora de los políticos: Rajoy se reúne con Pedro Sánchez y con Albert Rivera, y observa grietas en el PSOE. El martes 3 sí es el día, y hay que coger el *slot* con rapidez porque los acontecimientos se suceden vertiginosos. En Zarzuela son conscientes de que los españoles se sienten perdidos, sin brújula, preguntándose en vista de todo lo que está sucediendo en Cataluña quién está al frente y en control. Ésa es la idea que quiere transmitir el rey: estoy aquí, velando por ustedes, y aquí no va a pasar nada. Al día siguiente, miércoles 4 de octubre, se espera que Carles Puigdemont declare la independencia. Entonces sería ya tarde. Lo deciden en la Casa tan rápido que ese martes 3 el equipo de RTVE llega apenas con el tiempo justo para grabar a última hora de la tarde.

Todo, la redacción del mensaje, la elección de las palabras, se hace a dos manos con el Gobierno, pero es el rey el que toma la iniciativa del cuándo, según fuentes de su entorno. Desde Moncloa no se oponen, pero dudan: algunos están convencidos de que el rey se precipita. Con su padre consulta poco. Las espadas están en alto desde el verano y Juan Carlos I purga aún internamente el desatino de su arrebato el 28 de junio en el Congreso y las fotos con Arévalo y con Marta Gayá. Nadie les dijo que la cohabitación sería fácil, menos aún la de un padre volcánico y un hijo de carácter prusiano.

«El rey tiene carácter —remarcan en su entorno de Zarzuela—. Lo ha demostrado desde el principio del reinado, y ésta ha sido la prueba definitiva». También fue él, insisten, quien decidió personalmente acudir a la manifestación antiterrorista de Barcelona el sábado 26 de agosto, cuando fue abucheado y acusado de participar en la venta de armas a Arabia Saudí. El Gobierno tuvo claro desde el principio que debía ir, según las múltiples conversaciones que mantuvieron Jaime Alfonsín y Soraya Sáenz de Santamaría. Más tarde, en septiembre y octubre, cuando la situación se agrava hasta la DUI del 27-O, el rey y el presidente hablan directamente prescindiendo incluso de sus más estrechos colaboradores.

La crisis catalana, que estalla con el aperitivo yihadista del 17 de agosto, retrotrae al rey al año 2016: se congela la agenda y se cancelan viajes, como el de la Asamblea General de Naciones Unidas en Nueva York o el de Marruecos. Esta vez sí, se trata de la mayor crisis política y constitucional de España desde la Transición. Según su entorno, apenas sale de Zarzuela, y se relaja haciendo deporte y cenando fuera, a veces, con la reina Letizia. Su vida se limita a las reuniones y el teléfono. El paradigma social, político, económico y generacional de España, que empezó a quebrarse en 2011, entra en alerta roja en el otoño de 2017 en Cataluña.

Decisiones como remodelar su Casa, quitarle el título a su hermana y no borbonear durante el bloqueo político se antojan ahora como un juego de niños. Ahora es cuando tiene que aplicar toda la frialdad, el cálculo y el juicio con el que en su día impuso a la familia y a la nación su matrimonio con una periodista divorciada de fuerte carácter. A pesar de la dificultad, él lo tiene claro desde primeros de septiembre, cuando comprueba que el choque de trenes Barcelona-Madrid es inevitable. «Él se lo cree, se cree su condición de rey de España, de garante de la unidad de la patria, de rey constitucionalista defensor de la democracia y las leyes», insisten en su entorno. «No se puede dialogar con el que se ha saltado un semáforo. Primero hay que multarlo, y después sentarse a hablar con él de por qué lo ha hecho».

Así, las expresiones que usa en el discurso son contundentes, desafiantes incluso, reflejo del convencimiento absoluto que tiene de que el Estado ha de imponerse en Cataluña. «Inaceptable intento de apropiación», «deslealtad», «se han situado al margen del derecho y de la democracia», «hay vías constitucionales para defender sus ideas con el respeto a la ley», «saldremos adelante porque creemos en nuestro país y nos sentimos orgullosos de lo que somos», «firme compromiso de la Corona con la Constitución y con la democracia, mi entrega al entendimiento y a la concordia de los españoles y mi compromiso como rey a la unidad y a la permanencia de España». Ni una mención a los heridos del 1-O.

He aquí pues esa crisis que se decía necesaria para cuajar su reinado, esa especie de 23-F revisitado. He aquí su apuesta más arriesgada: la Corona sobre la mesa en su partida más audaz. El profesor Fuentes lo ve así: «El problema catalán es la prueba de fuego de la monarquía meritocrática que

representa Felipe VI. Su papel es muy difícil porque no tiene una capacidad de intervención activa como la tuvo su padre en el 23-F. Juan Carlos I puso sobre la mesa sus credenciales como jefe supremo de las fuerzas armadas, paró el golpe y se dirigió a la nación para contarlo. Felipe VI no tiene una baza tan clara que jugar porque no tiene un poder concreto que aplicar. La medida del éxito vendrá dada si Cataluña no se independiza durante su reinado. El 23-F tuvo lugar durante unas horas en una sola noche, pero la crisis catalana ya existía cuando Felipe VI llegó al trono y no sabemos cuándo ni cómo acabará».

Ese 3 de octubre de 2017 Felipe VI tiene que elegir, y en esa monarquía meritocrática que representa, lo hace por los que le apoyan, que no son monárquicos sino constitucionalistas. Durante la redacción de este libro me lo explicaron con detalle Albert Rivera (Cs) y Rafael Hernando (PP), ambos de la misma generación que el rey y ambos representantes de los dos partidos que más abiertamente defienden a la Corona. Rivera se define como «de principios republicanos pero constitucionalista». Esto es, acepta la monarquía porque viene en el paquete de la Constitución de 1978. Si el rey no funciona, se cambia. De la misma forma, Hernando, el portavoz popular, se ve a sí mismo como «monárquico constitucionalista», de modo que si el rey no cumple la Constitución, para él no hay monarquía que valga.

Sin monárquicos en España, el rey sólo puede ponerse al lado de los constitucionalistas. Hizo el único discurso que podía y debía hacer. Por eso no hubo puentes con los catalanes independentistas ni con la izquierda emergente en el resto de España. Entre los alienados están también nacionalistas vascos y navarros, pero a ellos los da por excluidos. Felipe VI se posiciona junto a la mayoría en España y rompe con el encantamiento que ejerció durante las consultas de 2016. Desde Cataluña, son muchas las voces, no sólo independentistas, que consideran perdido el territorio para el rey: «Se acabó Felipe VI en Cataluña». Las encuestas preliminares indican que el 60 por ciento aprobó el discurso en España y sólo el 30 por ciento en Cataluña. Antes de llegar al trono, desde la Fundación Príncipe de Girona (ahora Princesa de Girona), ha intentado hacerse un lugar en el corazón de los catalanes. Acude cada año, da premios, pone Girona en el mapa. Poco después del discurso, dos antiguos premiados, Romain Quidant (2011) y

Bernat Ollé (2015), devuelven los galardones, con los diez mil euros y las esculturas. Es un gesto.

Esa misma noche, al poco de terminar de hablar el rey, quise saber qué pensaba Pablo Iglesias. «Cada vez es más obvio que la república es uno de los pocos caminos que puede seguir España para estar unida con otro pacto territorial y social», me contestó el líder de Podemos, cuyo *juego de tronos* inicial con Felipe VI empezó a resquebrajarse a finales de 2016 y se acabó, quizá para siempre, tras el discurso del 3-O. A pesar de las buenas vibraciones iniciales, Felipe VI nunca pudo hacer con Iglesias como su padre con Santiago Carrillo cuarenta años antes, y lo que ocurrió el 3-O fue una ruptura inevitable. Lo explican así en su entorno: «Juan Carlos I y Carrillo pudieron intercambiarse cromos. Carrillo aceptó la bandera y el rey lo dejó volver a España. A Iglesias, un comunista bolivariano antisistema no hay nada que ofrecerle».

A partir del 3-O, Iglesias empieza a hablar públicamente de «bloque monárquico» y de «partidos dinásticos» para referirse a PP, PSOE y Cs hasta llegar a la aplicación del artículo 155 en Cataluña. El 30 de octubre, Zarzuela confirma lo que lleva observando desde el principio, a pesar de los regalos y las sonrisas, y comprueba cómo Iglesias, por fin, adopta el lenguaje de Alberto Garzón. Ocurre en el Círculo de Bellas Artes en Madrid e Iglesias es aplaudido a rabiar: «Quiero preguntar al ciudadano Felipe de Borbón: ¿aceptaría usted que la ley se aplicase con todo el rigor a su cuñado? ¿Y a su hermana? ¿Y a su padre? Señor Felipe de Borbón, ¿aceptaría someterse a la ley como el resto de los españoles? Señor Borbón, para hablar de la ley hay que someterse a ella». Ese día Zarzuela supo que siempre había leído bien los discursos, los libros, los documentos de Podemos: eventualmente, harán campaña por un referéndum que conduzca a la tercera república en España.

En dos años, Iglesias ha evolucionado hacia un republicanismo activo que él justifica como consecuencia del «perfil conservador» del rey y de su alineación con las «fuerzas autoritarias». Para el rey, con Iglesias hay poco que hacer. La fórmula a aplicar con él se asemeja a la única válida en Cataluña: la paciente y orteguiana conllevancia. Como Carles Puigdemont, el propio Iglesias acabará cavando la tumba de su propio destino político. Tras el 3-O, el primero en criticarlo en las redes es Pablo Iglesias: «No en mi

nombre». Le sigue el ideólogo de Podemos, Juan Carlos Monedero, que dedica al rey un artículo titulado «Caminito de Estoril» en *Público*: «Felipe VI ha decidido echarse en brazos del partido más corrupto de Europa y responsable del desaguado en el que estamos. Durante los días del asalto al palacio de la Bastilla, Luis XVI, aburrido, escribió en su diario: “Nada, nada, nada”. Un problema no pequeño de los reyes es que se terminan creyendo que son reyes. Y se olvidan de que la gente puede consentir con un reinado solamente si entiende que sirve para algo. Ha cometido un terrible error y no debe descartar que los españoles decidamos, como ocurrió en el siglo XIX con Isabel II y en el siglo XX con Alfonso XIII, prescindir de sus servicios e invitarle a buscar residencia fuera del palacio de La Zarzuela».

Para algunos, esta reacción de Podemos era la esperada y además es marginal. Pero lo cierto es que, por primera vez desde 1975, el rey no cuenta con el consenso de todos los partidos. Por primera vez desde la Transición, el jefe del Estado no es «el rey de todos los españoles». El discurso del 3-O entroniza a Felipe VI en las redes sociales como el jefe del «régimen del 78». Así, en la entrevista que mantuvimos en primavera, Xavier Domènech, líder de En Comú Podem, me dijo que él veía aún muy lejano el debate entre monarquía y república y que él abogaba por la reforma y no por la ruptura. Sin embargo, tras el 3-O, reaccionó así en Twitter: «Un jefe del Estado que nadie votó apoyando sin fisuras al PP. Fin de la monarquía».

Hasta entonces, el único líder político ardientemente republicano en España había sido Alberto Garzón, que me habló así en la entrevista para este libro: «Yo soy un revolucionario. Nunca tiro la toalla. No me importa su vida privada. Sólo quiero que deje de ser rey». Pero detrás de estas palabras había entonces una aceptación personal del monarca «informado y prudente». El 3-O rompió ese hechizo, y esa misma noche Garzón describió como «antipático» el comportamiento del rey: «Conozco personalmente al jefe de Estado. He conversado con él en varias ocasiones y sé que piensa las cosas antes de hablar. Hoy, sin embargo, me temo que le han asesorado sus enemigos. El ciudadano Felipe de Borbón está preparando el terreno para una intervención durísima contra Catalunya por parte del Gobierno más corrupto de toda la Unión Europea». No sabe Garzón que Felipe VI no ha necesitado asesoramiento alguno, la decisión ha salido de él.

Meses antes del 3-O, Felipe VI es consciente de la deriva antimonárquica de la formación de Pablo Iglesias. Un republicanismo que se aparta de otro más moderado, como el que representa el nacionalista valenciano Joan Baldoví, de Compromís, que me dijo durante la elaboración de este libro: «No conviene adelantarse a los tiempos. De momento hay monarquía para largo». O el socialista y nacionalista canario Pedro Quevedo en otra entrevista: «No creo en el boato ni en el componente casi mágico que acompaña a la monarquía. Políticamente, la gente tiene que elegir a quien les representa. Ahora bien, la monarquía no es mi adversario. Ahora mismo hay una monarquía constitucional que no impide el desarrollo del país. Con todos los problemas que tenemos, el referéndum monarquía-república no es una prioridad».

Ese pragmatismo monárquico lleva a Nueva Canarias, la formación de Quevedo, que votó en contra de la abdicación de Juan Carlos I, a apoyar sin pagas el presupuesto de 7,82 millones de euros de 2017 de la Casa del Rey junto a PP, PSOE, Cs, PNV y Coalición Canaria. Lo hacen el 31 de mayo de 2017, y el rey sigue de cerca la votación en el Congreso, donde toma nota del voto en contra de Unidos Podemos, ERC, PDeCAT, Compromís y EH Bildu, que pretenden —sin éxito— sustituir este presupuesto por un salario similar al del presidente del Gobierno (setenta y nueve mil setecientos setenta y seis euros anuales, sin pagas extraordinarias) y que sus miembros —los cuatro reyes— estén obligados a presentar declaraciones de bienes y actividades.

El rey es muy consciente también de las encendidas palabras de Iglesias en agradecimiento a Joan Tardà (ERC) durante la moción de censura al Gobierno el 13 de junio de 2017: «Compañero Joan, me emocionan tus palabras. Es un orgullo aspirar a ser presidente del Gobierno con el apoyo de vuestro grupo con el espíritu republicano, el espíritu de res pública, eso que no comprenden esos que siempre han identificado Estado con monarquía».

Iglesias añade ese día, cuatro meses antes del discurso sobre Cataluña, que «la sangre azul envenena el cuerpo del Estado» y subraya que «los Borbones fueron capaces de muchas cosas, pero no de imponer una sola lengua, una sola cultura o una sola institución». La portavoz de Podemos, Irene Montero, menciona la cuenta de don Juan en Suiza y se refiere a López Madrid como el «*compi yogui* de las relaciones reales». Dos meses más tarde,

a la recepción de verano en la Almudaina no asisten ni Podemos ni MÉS. Todo esto explica por qué Felipe VI no habló con Pablo Iglesias, el líder del tercer partido político en España, durante toda la crisis catalana. El rey opta por los suyos, los constitucionalistas mayoritarios. A los otros ni los tiene ni los tendrá, de momento.

Otro caso muy diferente es el de Pedro Sánchez, con el que el rey sí habla durante la crisis de otoño. Lo había recibido en verano durante casi tres horas tras su resurrección política al frente del PSOE, pero entonces no sospechó que su papel sería tan relevante. El entorno de Sánchez da mucha importancia a su relación con el rey, con el que se lleva bien. Según el nuevo PSOE, Sánchez ha hecho cosas muy importantes para el Estado que representa Felipe VI: evitar el *sorpasso* de Podemos en junio de 2016 y preservar así la posición del PSOE como espina dorsal del sistema bipartidista; parar a Miquel Iceta en su apoyo al derecho de autodeterminación antes del referéndum y aceptar la nominación del rey a pesar de no tener suficientes diputados para salir adelante. Por último, y a pesar del rechazo que sintió por la intervención policial del 1-O, sumarse al bando constitucionalista y mayoritario tras el discurso del monarca, aunque esto le haga parecer aliado de Rajoy y no del Estado, como los nuevos socialistas no se cansan de repetir.

El 12 de octubre, día de la fiesta nacional, el universo político español al completo, excepto Iglesias, acude a palacio a rendir homenaje al rey. Hasta el expresidente del Gobierno, Felipe González, y una larga lista de dirigentes socialistas que no querían a Sánchez. Pero el revivido líder del PSOE, sin corbata, renueva ese día en palacio sus credenciales de estadista. El líder del PSOE mira a Felipe VI de frente, consciente de que su papel ha sido decisivo en la forja de ese nuevo monarca que en el otoño de 2017 demuestra que es capaz de defender, con uñas y dientes, la Corona que ha heredado de Felipe V.

A lo largo de tres años, ha recibido muchos nombres. El rey tranquilo, el rey paciente, el rey normal, el rey prudente. Nadie lo ha llamado aún el rey férreo, decidido a romper con la tradición familiar de renuncia al trono. Lo

hicieron su bisabuelo, su abuelo y su padre. No será su caso. Ésa es la impresión que muchos sacan ese día en palacio, donde se bate el récord de asistencia. Felipe VI está dispuesto a luchar, y cómo.

Menos Iglesias, en palacio parecen caber todos. No hay en España crítica alguna al discurso del rey, sino todo lo contrario. Hay que acudir a la prensa extranjera para encontrar algún tipo de censura a Felipe VI por no darle un varapalo al Gobierno en su poca atinada actuación del 1-O: diez mil policías enviados a enfrentarse a un referéndum ilegal que el Ejecutivo no pudo o no quiso evitar. Algunos medios subrayan tímidamente que el rey «actuó como un presidente del Gobierno, no como un jefe del Estado» y que «se olvidó de su papel de árbitro y mediador» (*Times*). «¿Está España al borde de la implosión?» (*Le Monde*). En España, el veterano comentarista Iñaki Gabilondo lo dice claramente: «El rey, con sus palabras, se jugó ayer noche la Corona».

Habló Felipe VI esa noche para su público en España y funcionó. A pesar de dominar el catalán, no pronunció una sola palabra en ese idioma. Veinticinco cadenas de televisión, doce millones y medio de espectadores (cinco más que en su último mensaje de Navidad), Trending Topic con varios *hashtags* y mucha sorna pero sin ese desprecio que afloró en los días previos al 3-O. Con un humor que denota casi alivio: «Y yo sin gambas en casa». «Mi mayor miedo ahora mismo es que mi cuñado lea que hoy habla el rey, piense que es Nochebuena y se presente a cenar». Atrás quedaron los días de Juan Carlos I, cuando sólo opinaban de él, y bien, los líderes políticos. En Twitter, más que en palacio, caben todos, desde Xavier Albiol, el líder del PP catalán, hasta Julian Assange, el fundador de Wikileaks tornado defensor de la causa independentista catalana.

«¡Grande el rey! Gracias por defendernos», escribe Albiol, al que vota un 8 por ciento de la población catalana, mientras Assange repara en un desafortunado detalle: el bastón de mando de Carlos III que sobresale junto a la cabeza de Felipe VI parece una porra como las que ha usado la policía en Cataluña. Los tuiteros destacan además que es el mismo Carlos III cuya pragmática de 1768 prohíbe la enseñanza y la edición de libros en catalán, de forma que este idioma desaparece de toda la documentación oficial, civil y eclesiástica.

Pelillos a la mar. En Zarzuela están convencidos del acierto. Un mes más tarde, cuando la reina Letizia acude sola a Valencia a una entrega de premios, la mención al rey hace poner al público de pie y aplaudir. En la Casa están pletóricos. Durante tres años, su objetivo principal ha sido no cometer errores. Ahora el rey ha hecho valer su *auctoritas* y el gesto ha funcionado, al menos mayoritariamente. Hay que pasear por Twitter para encontrar a la izquierda más joven y tecnológica que acusa al rey de «fascista», de «pepero» y de «echar más gasolina al fuego». El 3-O parece haber puesto en juego ese vínculo afectivo que consiguió crear con todos los españoles quizá por ese «aire desvalido, de cierta sumisión» que el profesor Fuentes observó en él sobre todo al principio del reinado. Una dulzura que los monárquicos más recalcitrantes rechazan y que acrecienta sus críticas de que está sometido al criterio de la reina Letizia.

Pase lo que pase en el futuro, Felipe VI se ha arriesgado a despertar el republicanismo durmiente en España porque estima que el precio de vivir con esa minoría en contra no es demasiado alto. Como el Gobierno del PP, cree que el problema catalán se puede «conllevar» a la manera orteguiana. Basta con recuperar la educación y los medios de comunicación, principales artífices de ese «adoctrinamiento» que, según los partidos constitucionalistas, está detrás del independentismo exacerbado de los últimos años.

La apuesta incluye riesgos. Las encuestas demuestran que los españoles siguen diferenciando entre la monarquía, a la que todavía suspende, y su titular, al que ven con buenos ojos sobre todo los votantes del PP y sobre todo después del 3-O. Pero cuando llegó al trono, también los que se decantaron por Unidos Podemos tenían un concepto positivo de Felipe VI. Más de la mitad lo consideraban bueno (42,9 por ciento) o muy bueno (10,4 por ciento) [*El Mundo*, junio de 2015]. Sólo minoritarios votantes de Izquierda Unida se mostraban abiertamente en contra.

El resto de la izquierda española tenía de él una visión amable, como una especie de «hipster de Malasaña» según ironía de un columnista conservador. El propio Felipe VI jugó esa carta un poco al principio de su reinado porque le convenía para distanciarse de su padre, según personas que le conocen bien y atienden sus peticiones de consulta. Algunos atribuyen esa «contaminación» inicial del concepto de la monarquía a la reina Letizia.

Otros insisten en que Felipe VI es un hombre frío, y que si lo hizo fue porque pensó que le favorecía a él y en ningún caso por seguir los consejos de su mujer. Es más, mantienen fuentes cercanas del rey, incluso si ya se hubiera dado cuenta de que su matrimonio con Letizia Ortiz ha sido un error, jamás se enfrentaría públicamente a ella y sólo se divorciaría «cuando la situación esté madura y la separación no ponga en peligro a la institución».

Efectivamente, el 3-O supone un punto de inflexión. Los críticos orbitan muy claramente en torno a Podemos, como Henar Ortiz, la tía de la reina Letizia. Pero hasta llegar a ese día fueron los columnistas conservadores los que empujaron al rey a ejercer su *auctoritas*. El clamor en redes se forma en cuarenta y ocho horas y el mismo 3 de octubre se convierte en atronador. Son mensajes despectivos contra el rey «ausente», el rey «escondido», el rey «desaparecido». Especialmente populares son dos de ellos, en la misma tarde del discurso, que se anuncia a las seis y media, cuando se está grabando. En el primero se busca a un hombre con estas características: «Mediana edad. Jefe del Estado. Mediador de conflictos. Unificador de España. Se le suele ver en: entregas de premios, inauguraciones y barcos». En el segundo aparece, sin texto, el rey de la baraja escondido detrás de una carta por la que asoma la cabeza.

La presión conservadora comienza el jueves 28 de septiembre con un artículo de Victoria Prego, la periodista de la Transición que ahora escribe en el digital *El Independiente*, donde desvela que el Gobierno estudia que el rey se dirija a la nación. Escribe Prego: «Que esa mera posibilidad esté siendo contemplada por el Gobierno nos da una idea de la inmensa gravedad de lo que está sucediendo ahora mismo en España. Si el rey habla a la nación querrá decir que nuestro país se encuentra ya en estado absoluto de emergencia. Significará también que el Estado no habrá conseguido salir victorioso de este desafío enloquecido».

El día del referéndum y las cargas policiales uno de los artículos más leídos lleva precisamente la firma del veterano republicano Antonio García-Trevijano, que en *El Confidencial* se define como «el único español con autoridad moral para decirle la verdad» a Felipe VI por sus relaciones «muy intensas» con su abuelo y con su padre antes de que él naciera. Lo que escribe lo piensan muchos en el PP y a la derecha de ese partido: «Es en esa

lealtad que me reconocía su abuelo que me permito decirle en esta hora crucial de nuestra historia, donde un grupo de sediciosos a los que durante años nadie ha hecho frente, que con un aplastamiento total de los derechos más elementales de los catalanes no separatistas, sin fuerza militar, ni razón jurídica, ni histórica que los sustente, mientras ignoran la Constitución y la ley, y aplastan impunemente los derechos humanos más elementales de los catalanes no nacionalistas, no puede, señor, permanecer en silencio. Sé que el jefe de la Casa Real, Jaime Alfonsín, y el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, cuya ignorancia es sólo superada por su cobardía sin límites, le han convencido de que su obligación constitucional de “arbitrar y moderar” es un mandato que sólo cabe interpretar en privado y nunca en público, una interpretación delirante y que si la historia política sirve de guía, sin duda le costará la Corona, porque ante un golpe de Estado público y abierto, su obligación constitucional inexcusable es explicar en público al pueblo español qué medidas piensa tomar para cortar de raíz el golpe de Estado, y qué medidas piensa tomar para evitar su repetición. Y, en su defecto, que aborte el referéndum de independencia convocado en Cataluña presidiendo una manifestación civil en Barcelona y que vaya sin escolta militar, si no lo hace, dejará de ser rey de España y no le queda más salida que la que mostró su bisabuelo Alfonso XIII en Cartagena».

No está sólo García-Trevijano. Escribe Fernando Rayón en *La Razón*: «Don Juan Carlos se fajó en aquel golpe. Entonces se ganó su prestigio. Hoy a don Felipe le toca pasar por el mismo trance. Los retos esta vez parecen más, pero, de nuevo, sigue teniendo a la ley y a la mayoría de españoles y catalanes de su parte». Jesús Cacho en *Vozpópuli*: «La suerte está echada. En este envite, señor, se juega usted el trono». Y el tuit de Alfonso Ussía, demoleedor porque este columnista de *La Razón* es hijo del conde de los Gaitanes, albacea de don Juan: «O el rey habla como hizo don Juan Carlos I el 23-F o puede pasar a la historia como Felipe VI el Quieto».

Durante los días previos al discurso, las redes lo ridiculizan a izquierda y derecha por igual. Los españoles manejan tres artículos de la Constitución como expertos, como hicieron con el 99 durante el bloqueo político de 2016. Ahora son el 56.1: «El rey es el jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia, arbitra y modera el funcionamiento regular de las instituciones,

asume la más alta representación del Estado español en las relaciones internacionales, especialmente con las naciones de su comunidad histórica, y ejerce las funciones que le atribuyen expresamente la Constitución y las leyes». El 61.1: «El rey, al ser proclamado ante las Cortes Generales, prestará juramento de desempeñar fielmente sus funciones, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes». Y el 62: «Corresponde al rey el mando supremo de las fuerzas armadas».

Tres artículos arrojados a la cara del monarca en las redes con sarcasmo incluso en foros de guardias civiles y de militares. Hasta el golpista sentenciado Antonio Tejero se siente autorizado a expresar su opinión a través de una carta en *La Gaceta* que se viraliza en WhatsApp. Tejero, de ochenta y cinco años, critica a Felipe VI porque «debió de haber tomado alguna resolución para que se ejercieran medidas más coercitivas» y aprovecha para defender el 23-F «como contragolpe» al golpe de Armada, de Juan Carlos I «y los partidos políticos, sobre todo el socialista y comunista».

La historia pesa como una piedra en este singular mes de octubre de 2017. Se suceden los aniversarios. La declaración del Estado catalán (6-O, 1934). El fusilamiento de Lluís Companys (15-O, 1940). La boda de los Reyes Católicos (18-O, 1469). Hasta el testamento de Carlos II el Hechizado el mismo 3-O, cuando Felipe VI pronuncia su discurso: se cumplen trescientos diecisiete años del testamento del último Habsburgo, el hombre cuya incapacidad para tener hijos abrió la puerta a los Borbones en España a través del duque de Anjou, futuro Felipe V. Algunos, los más viejos, intentan comparar el 3-O de Felipe VI con el 23-F de Juan Carlos I.

La Historia, la exasperante historia de España que afortunadamente no se repite por mucho que se compare el 23-F con el 3-O. En Zarzuela tienen claro que esto es infinitamente más complicado que el 23-F. Los más parecido entre ambos, que ocurrieron en martes. El 23 de febrero de 1981, a las catorce de la madrugada, Juan Carlos I, cuarenta y tres años, los seis últimos en el trono, anuncia el fin de un pronunciamiento militar que mantiene secuestrado al Gobierno en el Congreso pero que no tiene apoyo alguno entre la población. El 3 de octubre de 2017, a las nueve de la noche, Felipe VI, cuarenta y nueve años, los tres últimos como rey, denuncia el comportamiento desleal de algunos catalanes, pide a los «poderes legítimos»

del Estado que lo paren y señala a la Constitución de 1978 como única vía para solucionar un problema que nadie sabe cuánto tiempo tardará en solventarse.

La Historia de España, con mayúscula, sale a desfilar este otoño de 2017 con todo su esplendor y envuelve a Felipe VI. La derecha lo critica por su silencio previo al 3-O. La izquierda, por el pecado original que arrastra del dedo franquista y que sólo puede purgar en forma de referéndum. Ello, a pesar de que Felipe VI ha hecho ya en tres ocasiones algo que Juan Carlos I nunca hizo: definir los cuarenta años de Franco como «dictadura» (septiembre de 2014 ante la ONU; mayo de 2017 en el sesenta aniversario de la agencia Europa Press; y el 28 de junio de 2017 en el Congreso, durante la celebración del cuarenta aniversario de las primeras elecciones democráticas).

Una medida insuficiente para escapar de esa legitimidad «franquista sobrevenida» de la que lo acusa Monedero. Algunos, como el escritor Javier Cercas, plantean una solución: pedir perdón por los crímenes del franquismo y participar en una ceremonia simbólica como hizo en París el 3 de junio de 2015, cuando inauguró el parque dedicado a la Nueve, la columna integrada por españoles comunistas y anarquistas que en 1944 actuaron de avanzadilla en la liberación de París de los nazis. Ese momento aún no ha llegado.

La Historia de España, tan pesada sobre los hombros de Felipe VI, condiciona los seis minutos y las setenta y cinco palabras más importantes de su reinado.

El monstruo de ojos verdes

Miércoles, 28 de junio de 2017, mediodía. Juan Carlos I ve la tele en el Cuarto Azul. Ahí está su hijo, el rey, en el Congreso de los Diputados para conmemorar el cuarenta aniversario de las primeras elecciones democráticas en España. Su nuera, la reina Letizia, hierática en rojo, mirada y músculos de hierro. El viejo rey se fija en un grupo de mayores entre tanto diputado joven que él no conoce. Son Felipe González, Javier Solana, Miguel Herrero de Miñón, José Pedro Pérez-Llorca, Miquel Roca, Rodolfo Martín Villa. Todos

los que hicieron con él la gesta que hoy se celebra. No está seguro, pero cree ver también a Lola Ruiz Sergueyeva, ¡la nieta de la Pasionaria! Hasta ahí llegó.

Suena el móvil, su desahogo, su cordón umbilical con el mundo, el objeto que tantas veces le ha jugado una mala pasada, como lo hará también en esta ocasión al final de una cadena de despropósitos. Llama a su amiga Susanna Griso, la presentadora de televisión, y comenta con ella su decepción, su tristeza por no estar en un sitio donde él es el protagonista principal y en el que están todos menos él. Se muestra muy enfadado a pesar de que la noche anterior ha estado solo con su hijo repasando el discurso, según fuentes de Zarzuela. Felipe VI volvió a insistirle por si cambiaba de opinión y prefería ir al Congreso.

Pero todo eso lo olvida por la mañana cuando ve en la televisión lo que se está perdiendo. Poco después de hablar con Griso, en su iPhone entra este mensaje del empresario Pedro Trapote, con cuñado de Felipe González, dueño de una de las discotecas preferidas de su nieto Felipe (Froilán), un buen amigo con el que ha pasado gran parte de la feria de San Isidro invitado en su casa ajardinada de Aranjuez.

—¿No cree su majestad que no invitarle a la conmemoración de la democracia es como no invitar a Napoleón a la conmemoración de la batalla de Austerlitz?

No lo duda un segundo y contesta:

—Sí, desde luego.

No sabe Juan Carlos I que Griso, apesadumbrada, comparte su llamada con Raúl del Pozo, el columnista del que hemos hablado en más de una ocasión en este libro, un viejo periodista con oficio. Del Pozo envía ese mensaje a Trapote, quien se lo reenvía al rey emérito. Su contenido se convierte en portada en *El Mundo* después de un día en el que la mayoría de los medios han recogido, de una manera u otra, el malestar expresado por Juan Carlos I. «Tuvo un ataque de ira. En el combate entre la responsabilidad dinástica, que la tiene como la tuvo su padre, don Juan, como la tiene su hijo Felipe, en ese combate ganó la pasión, el arrebato, el carácter volcánico. Después se arrepintió, pero el daño ya estaba hecho», explica una persona que conoció lo sucedido de primera mano.

Shakespeare lo ha escrito todo sobre la hipersensibilidad emocional que existe entre miembros de familias reales. Ha descrito mejor que nadie los celos, ese monstruo de ojos verdes (*green-eyed monster*) que ataca a Otelo y devora a la princesa Goneril. Ese día, el Cuarto Azul de Zarzuela, santuario doméstico del rey Juan Carlos, se transforma en el escenario de una tragedia shakesperiana que afortunadamente no acaba en sangre pero que ahonda en unas heridas familiares difíciles de cicatrizar. La historia de cómo se llegó al desastre mediático del 28 de junio de 2017 dice mucho de la relación entre padre e hijo. También de la dificultad de las principales instituciones españolas, como La Zarzuela o La Moncloa, para adaptarse a la comunicación del siglo XXI. El silencio como terapia ante grandes hechos históricos como la crisis económica, la sucesión en la Corona o el desafío catalán.

Juan Carlos I apunta todas sus citas a lápiz en su pequeña agenda. Cuando una cambia, por el motivo que sea, la borra con una goma y la apunta de nuevo. Así ocurrió en junio, cuando su asesor principal, Alfonso Sanz Portolés, un hombre al que jamás se le ha oído levantar la voz o imponer una idea, le comunicó que iría al Congreso a un acto en el Salón de los Pasos Perdidos para conmemorar el cuarenta aniversario de las primeras elecciones democráticas. Unos días después, Sanz Portolés regresó con un cambio: el acto no se iba a celebrar en el Salón de los Pasos Perdidos sino en el hemiciclo el día 28 de junio porque la Mesa del Congreso así lo había decidido. «Yo al gallinero no voy», respondió Juan Carlos I, quien a continuación borró la cita de su agenda.

Sanz Portolés comunica la decisión de Juan Carlos I a Jaime Alfonsín, quien a su vez se la transmite al rey Felipe. Alfonsín y el rey están de acuerdo: el rey emérito marcó el protocolo a seguir durante su proclamación en las Cortes el 19 de junio de 2014. Los dos reyes no han de coincidir bajo la bóveda tiroteada del hemiciclo. Ambos dan por buena la respuesta de Juan Carlos I, según los mal pensados porque «en el fondo los dos prefieren que se quede en casa, dado el ambiente que se respira en el Congreso con la nueva tropa». Desde Zarzuela niegan la mayor e insisten en que la decisión la toma el rey Felipe con su padre, de la misma manera que conjuntamente deciden ambos quién será el protagonista del acto: el pueblo español, como queda

reflejado en el discurso. «Eso es lo más importante, que en el discurso del 40 aniversario que leyó el rey Felipe está subrayado lo mismo que en el discurso del 30 aniversario que hizo el rey Juan Carlos: “El protagonista es el pueblo español al apoyar las tres decisiones más importantes de la Transición: ley de reforma política en 1976, elecciones democráticas en 1977 y referéndum constitucional en 1978”», señala el entorno del rey.

Pero los defensores de Juan Carlos I y los críticos de Felipe VI insisten en que la Casa del Rey tiró por la borda ese día el ingente trabajo de rehabilitación mediática realizado a lo largo de todo el mes de mayo después de los escándalos rescatados de Bárbara Rey y Marta Gayá. En apenas diez días de mayo se produjo una especie de maratón real con Juan Carlos I y la reina Sofía como protagonistas, juntos, en cuatro grandes actos: entrega de la medalla de oro de la Real Academia de Medicina a su hermana, la infanta Margarita; cena ofrecida por la primera ministra de Noruega en honor del rey Harald en su ochenta cumpleaños; funeral por su tía, la infanta Margarita; comunión de su nieta, la infanta Sofía, y la traca final con el cuarenta aniversario de la Fundación Reina Sofía, en el que la reina emérita le agradece públicamente a su esposo «el apoyo» prestado para su trabajo solidario. Pura armonía familiar. Juan Carlos I se muestra cariñoso no sólo con su esposa, sino también con su nuera, la reina Letizia, que incluso sonrío a su lado.

El broche a esta inteligente campaña de reunificación institucional y familiar lo pone, el día del tercer aniversario de la abdicación, la foto de padre e hijo vestidos de uniforme naval ante el *Juan Sebastián Elcano*, en Marín. Ese día se subastaron por fin los incómodos Ferrari que el jeque de Dubái había regalado a Juan Carlos I y a Felipe VI en plena crisis de la monarquía. El único intento por amargar el aniversario, las declaraciones de Villarejo en *OK Diario*, fue cordialmente ignorado por el gran público. Todo este gran trabajo se va por la borda el miércoles 28 de junio de 2017. En Zarzuela se dan cuenta tarde, en la mañana misma del 28, cuando, con la caravana aún estática en palacio, más de uno oye a Fernando Almansa por teléfono expresando su estupefacción por la ausencia de Juan Carlos I en el Congreso. A continuación, llama a Juan Carlos I, como harán otros a lo largo del día.

Los defensores de Juan Carlos I restan importancia al papel de Almansa como causante del enfado del rey emérito: «En la Casa han cometido un error. El 98 por ciento de los españoles piensa así. No lo valoraron suficientemente y después, cuando se dieron cuenta del error cometido, se negaron a reconocerlo y buscaron culpables, el propio rey emérito por desvelar su frustración o personas que lo llamaron ese mismo día para decirle que no entendían por qué no había ido al Congreso.

»Lo de menos es que estuviera de acuerdo o no. La Casa tenía que haberlo convencido para ir. Fue un error y tuvo sus consecuencias. Como rey abdicado, el protocolo lo marca la Casa en temas que son de la Casa. Juan Carlos I no tiene culpa: cuando vio que su ausencia era comentada negativamente hizo alguna observación, pero no a los periodistas», continúan estas fuentes. «Vamos a dejarnos de tonterías. Un poco de humildad. Hasta los más jóvenes, los más guapos, cometen errores. Los que han llegado nuevos también se equivocan. Lo importante es que se cometió un error, lo demás son anécdotas».

Y concluyen: «Muchas veces los reyes dicen y hacen cosas y están equivocados. Hay que pelearse con ellos. Sabino lo hacía. Los reyes, por definición, nunca cometen errores, así que de nada vale decir que él se negó a ir. La Casa debió exigirle que fuera, convencerle de que su presencia allí era obligada. Lo echó en falta hasta Pablo Iglesias».

Tres años después de la abdicación, los estandartes reales parecen invertidos: a Felipe VI le pega más el guión azul nórdico de su padre y a Juan Carlos I el rojo pasión de su hijo. Con este fondo shakesperiano, ¿quién presta atención al discurso del rey Felipe en el Congreso? Cuando regresan a Zarzuela ese miércoles, los reyes Felipe y Letizia tienen un enfado sólo comparable al que horas antes sintió Juan Carlos I. Felipe VI ha desgranado dos siglos de historia de España, ha advertido a Cataluña de que nada hay «fuera de la ley», y todo el mundo ha estado pendiente de su padre ausente.

Así, con el peso de la familia sobre sus espaldas, y en uno de los meses de junio más calurosos de la historia, empieza el verano definitivo de su reinado, el de 2017. Todos los historiadores coinciden: los periodos de sucesión son largos y de fuerte crisis social y política. Desde hace dos siglos, esos dos siglos que glosó Felipe VI en el Congreso sin pena ni gloria, el

problema de la monarquía en España tiene que ver con el problema de la viabilidad constitucional y ninguna sucesión real ha sido una cosa puntual: siempre ha coincidido con periodos muy convulsos.

El de Felipe VI no será una excepción.

Díez días de agosto

Jueves, 17 de agosto de 2017. La Costa Azul. Faltan diez minutos para las cinco de la tarde, hora de la siesta o de los toros, cuando el tiempo se detiene para Felipe VI. Una furgoneta embiste a peatones en la Rambla de Barcelona y hay muertos. Transcurren ocho horas entre el atentado yihadista hasta que Zarzuela anuncia oficialmente que el rey regresa a España para participar por la mañana en el minuto de silencio en Barcelona. Ese tiempo recuerda al frenético 19 de septiembre de 2013, cuando la histórica rueda de prensa de la operación de Juan Carlos I. La adrenalina corre por los teléfonos del rey, de su sanedrín de cinco hombres, de Rajoy, de Sáenz de Santamaría, cada uno en un punto geográfico distinto porque están todos de vacaciones.

La revolución tecnológica ha impuesto también a las casas reales de la reacción en tiempo real. O casi. El tuit de @CasaReal es discutido, medido y pensado durante tres horas y media. Mientras el rey calla, se pronuncian Mariano Rajoy, Pedro Sánchez, Pablo Iglesias, Albert Rivera, Jean-Claude Juncker, Emmanuel Macron, Rex Tillerson y hasta Donald Trump. Por fin, a las veinte y veinte, el tuit de Zarzuela: «Son unos asesinos, simplemente unos criminales que no nos van a aterrorizar. Toda España es Barcelona. Las Ramblas volverán a ser de todos».

Las redes exigen la presencia del rey e ironizan por su preocupación mientras continúa de vacaciones, sobre todo cuando se anuncia que la vicepresidenta, Soraya Sáenz de Santamaría, ya está en vuelo a Barcelona, y que a ella se unirá desde Galicia Rajoy. Al mismo tiempo que se van conociendo todos los destinos de la clase política: Sánchez en Zahara de los Atunes (Cádiz), Iglesias en Ávila y Rivera en Menorca. De nuevo, se critica la obstinada decisión de los reyes Felipe y Letizia, de los dos, de mantener en

secreto el sitio donde pasan las vacaciones. Según su entorno, el silencio es a conciencia: primero hay que esperar que reaccionen los políticos.

Los días previos, el vacío que dejan los reyes Felipe y Letizia en la prensa del corazón lo ocupan a duras penas los reyes eméritos. Dos días antes del atentado, Juan Carlos I, la infanta Elena y sus hijos Felipe (Froilán) y Victoria Federica se dejan fotografiar de almuerzo y toros en San Sebastián. Mientras, la reina Sofía y su hermana Irene comen *pizzas* en Artá (Mallorca). En el flanco político, la ausencia del rey la suple Rajoy, que el día antes del atentado preside un Consejo de Ministros extraordinario en previsión de una ley del referéndum en Cataluña que al final resulta pospuesta hasta septiembre. Es ese 16 de agosto de 2017 cuando el cuarto de máquinas de Zarzuela comienza a monitorear la situación en Cataluña veinticuatro horas al día. Comienza a partir de entonces un juego del ratón y el gato entre Barcelona y Madrid que dura dos meses. Pero es el atentado yihadista el que desencadena diez días históricos de agosto en los que el rey se ve obligado a asomarse físicamente al abismo catalán.

Son diez días de agosto que tienen su continuación en septiembre y en octubre, y que cuando termino de escribir este libro aún mantienen a España sumida en la mayor crisis política y constitucional desde la llegada de la democracia. Felipe VI se ha visto catapultado al centro de la acción como jefe del Estado que lucha por la unidad de un país y como rey que pelea por preservar la Corona. A la selva oscura por la que transita el monarca no le faltan ni el dolor ni la muerte: el 11 de octubre fallece de cáncer uno de sus colaboradores más queridos, José María Corona, *Pepe Corona*, un guardia civil que dedicó cuarenta de sus sesenta y tres años a servirle. El fallecimiento de Corona aumenta la sensación de soledad del rey, que en todas sus decisiones está, al final, solo.

En el camino hay también esperanza. La nota en Barcelona el viernes 18 de agosto cuando en medio de la desolación —traje oscuro, corbata negra— se siente acompañado no por Rajoy únicamente, sino por Carles Puigdemont y hasta por Ada Colau, la alcaldesa de la Ciudad Condal que, dos años antes, retiró el retrato de su padre del salón de plenos del ayuntamiento. Felipe VI, digno, sereno, sentido, guarda un minuto de silencio y asiste a dos más de aplausos. Surgen veinticinco rosas rojas y un grito de valentía entre las cien

mil personas congregadas: «*No tinc por!*». No hay banderas, no hay pancartas políticas, sólo unidad frente al terrorismo. Mediado el curso de su existencia, ¿ha llegado Felipe VI al final en la plaza de Catalunya?

No, definitivamente no. Lo sucedido allí fue un espejismo. El pico de un carrusel emocional que subirá y bajará aún en numerosas ocasiones. Lo comprueba el sábado 26 de agosto cuando decide, él mismo y sin duda alguna, que tiene que encabezar la manifestación contra el terrorismo en Barcelona. Todo el mundo está de acuerdo. Moncloa, Zarzuela, políticos de todo signo, la gente. El rey de todos los españoles estará ahí, representando a todos los que ese día no pueden acudir en persona a Barcelona.

Erguido, sin expresión, flanqueado por dos niñas musulmanas, camina durante una hora larga entre los jardines de Gràcia y la plaza de Catalunya. Recibe el mayor abucheo de su vida. Las rosas rojas de la semana anterior se convierten en espinas que se vuelven contra él y contra todo lo que representa para una parte de la sociedad catalana, que organiza una protesta en toda regla contra el monarca. Pancartas que lo vinculan al «tráfico de armas con la monarquía saudí». El mismo día del atentado, hubo una imagen en las redes que se empezó a popularizar: la fotografía de hace seis años de su padre con el emir Sabah de Kuwait en el desfile del cincuenta aniversario de la independencia de este minúsculo país a orillas del golfo Pérsico. La imagen es desafortunada: Juan Carlos I y el emir ríen a mandíbula batiente cogidos de la mano.

Felipe VI ha estado en enero de 2017 en Arabia Saudí, donde la ropa de los dirigentes —túnica y pañuelo— es idéntica a la que porta el emir de Kuwait. La Barcelona herida por el terrorismo yihadista y politizada por el independentismo mete en el mismo saco el apoyo económico wahabí a los fundamentalistas, los reyes de España —Juan Carlos I y Felipe VI— y los muertos de la Rambla.

«Había que ir, incluso sabiendo, o sobre todo sabiendo, lo que iba a pasar», señalan en su entorno. Él no lo dudó nunca, aunque recibió información de que los independentistas se estaban organizando para expresar un rechazo coordinado al rey y a Rajoy en el marco de una protesta que sólo debía ser contra el terrorismo. Zarzuela sólo confirmó su presencia

el día anterior para mantener la incógnita, pero el rey supo desde el primer momento que su lugar estaba allí.

La hora más larga, la que pasa, inmutable, caminando por Barcelona en medio de los abucheos, que se multiplican cuando su imagen sale en la pantalla. Comprende Felipe VI la seriedad del envite al que se enfrenta. Recuerda los esfuerzos hechos como príncipe y como rey para tender puentes. El cuidado que ha puesto en los primeros tres años en el trono por no mencionar jamás Cataluña de forma directa al lanzar advertencias contra la construcción de muros o la posición fuera de la ley. Con sobreentendidos, siempre en la línea no intervencionista del Gobierno de Rajoy. En el último año, a todos los líderes políticos y a todas las personas con las que habla les subraya su preocupación por la deriva catalana. Pero nunca se sale de la línea marcada por el Ejecutivo.

Tampoco lo hizo su padre hasta el final de su reinado. Juan Carlos I es aclamado en Cataluña el 17 de febrero de 1976 en el salón del Tinell, cuando en un discurso en catalán afirma: «El rey quiere ser rey de todos los ciudadanos, de todos los pueblos que constituyen la sagrada realidad de nuestra patria». Ese vínculo sentimental se mantiene intacto durante los Juegos Olímpicos de 1992 y perdura aún en 1997 cuando se casa en Barcelona la infanta Cristina, la «infanta catalana».

Pero la historia de amor de Juan Carlos I con el pueblo catalán se rompe cuando el independentismo enseña su fuerza en la Diada de 2012. Dos días después de la histórica manifestación del millón de personas, el 14 de septiembre, el rey Juan Carlos se encara en una audiencia con Salvador Esteve, presidente de la Diputación de Barcelona: «Tú, vaya la que habéis organizado en Cataluña, sacando a la gente con engaños, con ayuda de TV3, el *Avui* y *La Vanguardia*». Cinco días más tarde, Juan Carlos I inaugura la página web de Casa Real con un mensaje político muy mal acogido en Cataluña por el uso de la comparación entre perros: «En estas circunstancias, lo peor que podemos hacer es dividir fuerzas, alentar disensiones, perseguir quimeras, ahondar heridas. No son estos tiempos buenos para escudriñar en las esencias ni para debatir si son galgos o podencos quienes amenazan nuestro modelo de convivencia».

Con su padre habla de Cataluña, incluso sin que lo sepan sus consejeros. Los dos conocen bien el papel que jugó Alfonso XIII que, según el profesor Fuentes, «no supo manejar el problema catalán» que el rey heredó tras la muerte de Cánovas del Castillo y el desastre del 98. Según Fuentes, Alfonso XIII «tuvo más margen» que su bisnieto, que ha «heredado el problema en un estado imposible».

Inicialmente, Felipe VI asume como propia la prudencia extrema de Rajoy y sólo interviene cuando se lo pide el Gobierno, como en noviembre de 2015, al día siguiente de que el Tribunal Constitucional suspenda la declaración soberanista del Parlament. Lo hace en la Vela, la sede del BBVA, en un acto de Marca España: «Quiero transmitir un mensaje de serenidad y de confianza. La Constitución prevalecerá», afirma entre aplausos y un espontáneo: «¡Viva el rey!».

Algunos creen percibir en él un deseo de reforma constitucional que nunca verbaliza porque entiende que es la clase política la que tiene que tomar la iniciativa. Hasta que al final del verano de 2017, que después se transforma en otoño, llega la hora de la verdad. La Corona, sobre la mesa, ¿por cuánto tiempo?

Miércoles, 13 de septiembre de 2017. Catedral de Santa María y San Julián, entrega de los Premios Nacionales de Cultura. El Parlament de Cataluña ya ha aprobado las leyes de desconexión con España, referéndum incluido. Madrid sigue mirando. Los españoles están cada vez más preocupados. Felipe VI, los ojos empuñados por el cansancio que acumula, sube un peldaño en la escala institucional de la denuncia a Cataluña: una declaración de tres minutos en medio de un acto cualquiera que es la antesala del discurso del 3-O. «Permítanme que comience mis palabras haciendo referencia a la situación que estamos viviendo en Cataluña (...). Esa convivencia, en una democracia constitucional como la nuestra, sólo es posible si las leyes que la regulan y organizan son atendidas y cumplidas por los ciudadanos y por las instituciones; si los derechos y libertades de los ciudadanos son tutelados y respetados por los poderes públicos».

Y concluye mirando al Govern que un mes después será cesado y parte del cual será encarcelado mientras Puigdemont se refugia en Bruselas: «Por eso, ante quienes se sitúan fuera de la legalidad constitucional y estatutaria y fracturan la sociedad, estoy seguro de que los derechos que pertenecen a todos los españoles serán preservados; de que las libertades de todos los ciudadanos serán garantizadas y protegidas; y de que, como ya he tenido ocasión de afirmar, la Constitución prevalecerá sobre cualquier quiebra de esa convivencia en democracia que es, ha sido y será base de nuestra vida en común en libertad, fundamento de nuestro progreso y pilar esencial de nuestra pertenencia a la Unión Europea».

Una semana después son detenidos en Barcelona catorce altos cargos de la Generalitat. Al igual que el 3-O, Felipe VI va marcando el camino. Sabe ya que tendrá que dirigirse a la nación de manera solemne y lo comprueba porque las palabras de Cuenca no satisfacen ni a unos ni a otros. A los más conservadores les saben a poco. A los más a la izquierda a demasiado. En medio, los que se contentan con que el rey se limite a tener un papel simbólico como embajador supremo de España como hace cuando envía una carta personal a la sargento canadiense Fiona Wilson, que perdió a su padre en el atentado de Barcelona.

Cuenca se convierte en Trending Topic para mal, y al hilo de sus palabras salen a relucir su familia, el caso Nóos, su supuesto origen franquista e incluso que se haya saltado él mismo la legalidad al interpretar que la Constitución del setenta y ocho acaba con la pragmática sanción y casarse con una plebeya sin renunciar al trono. El periodista independentista Ernest Prunera Aledo postea una foto del rey de niño dándole la mano a Franco: «Felipe VI saludando al inspirador de la Constitución», escribe bajo el *hashtag* #holadictadura que sube enteros durante el día. Pablo Iglesias calienta motores de cara al 3-O con un hilo del que forman parte estos dos tuits: 1. «Rey, Gobierno, partidos monárquicos y Fiscalía no proyectan su fuerza, sino debilidad y miedo a la democracia». 2. «Un jefe del Estado más cerca del PP que de la ciudadanía catalana, no augura un futuro fácil para la monarquía».

No saben sus críticos que esos diez días de agosto han curtido al rey de hierro, que ha recogido el guante lanzado por la Historia: esta vez sí, vale la

pena que un Borbón apueste seriamente por una Constitución.

El último *Bribón*

—¿*Tú eres de los que quieren que yo la espiche?*

Es Juan Carlos I, genio y figura, el que habla así a un alto cargo del Gobierno. Sin sitio, sin día, sin hora en un lugar que sólo podría ser Cádiz si uno se atiene a esta expresión tan de allí, tan irónica, tan capaz de reírse de uno mismo incluso en las situaciones más dramáticas. Han pasado más de tres años y el monarca, emérito muy a su pesar, sólo quiere ver a su hijo reinar con éxito en España mientras él se despide del mundo junto a un grupo de amigos que incluye, de nuevo, a Marta Gayá.

«¡Viva el rey! ¡Viva España! ¡Viva los toros!», le gritan unos chicos, animados por los cubatas, en el bar del coso de Bilbao. Es viernes, 25 de agosto, y el rey emérito reparte collejas y gracias como ha hecho siempre, pero ahora con más tiempo y menos guardaespaldas. Va a cumplir ochenta años, se ha liberado de tantas pulsiones que presidieron su vida y al quedarse sin corona sale ganando: se fueron los buscafavores y se quedaron los amigos, los de verdad, los suplentes de una vida familiar escasa. El grupo lo preside Gayá, eterna y última compañera de vida. Josep Cusí, el armador catalán que se parece tanto a él que podría ser su hermano, tan alto como él, con sus ojos, su perfil y un amor por el mar contra el que no pueden ni la edad ni la artrosis. Miguel Arias, el hombre de los fogones al que conoció hace cuarenta años en Baqueira y que nunca dejó de hablarle claro.

A éstos ha añadido otros que le han ayudado en su viaje de vuelta al mar azul y atlántico al que pertenecen sus recuerdos y los de su padre. El primero, Pedro Campos Calvo-Sotelo, el campeón de vela que lo liberó de Marivent y le creó otra corte, marinera y lejana, en Sanxenxo. Allí, gracias al microclima de las Rías Bajas, puede pasar unos diez días al mes entre abril y noviembre. La idea le vino a la cabeza cuando abdicó y empezó a pensar sobre el resto de su vida. Llamó a Pedro Campos y le contó su deseo de regresar al mar, del que se separó gradualmente cuando empezó su declive físico en 2010. Ahora tiene una movilidad reducida pero una voluntad de hierro. Él mismo se ha

inventado su propia silla de ruedas con la que, como dice un amigo, «va tirando». No dejó que su cuerpo maltrecho se interpusiera entre él y el mar, el único lugar donde desde niño se ha sentido verdaderamente libre.

«Se le metió en la cabeza que quería volver a navegar. Pedro Campos pasó muchas noches sin dormir. Hasta que se le ocurrió que en los barcos de seis metros, los clásicos, el señor puede ir sentado y mucho más seguro», recuerda una persona cercana. Así fue. En septiembre de 2015, bien sentado y pertrechado, regresó al mar con un velero de época llamado *Acacia* y propiedad de un amigo, Mauricio Sánchez-Bella Carswell, un piloto de Iberia que vive en Madrid pero que está enamorado de Galicia. El experimento del *Acacia* funcionó y un mes más tarde Juan Carlos I buscaba en Finlandia su propio velero de época. Encontró uno de 1929, Cusí lo costeó, y él se dejó llevar por la nostalgia: lo rebautizó como *Bribón*, el XVI, en honor del primero que tuvo en 1972 cuando participó en los Juegos Olímpicos de Múnich. Después, en la primavera de 2017 llegó el *Bribón XVII*, el último de la saga, construido en fibra de vidrio en los astilleros gallegos gracias a la generosidad del banquero venezolano José Álvarez Stelling. Con el último de los *Bribones* ha ganado en septiembre de 2017 la regata mundial de este tipo de barcos en Vancouver. Con setenta y nueve años. Para algunos de sus amigos, «un ejemplo de superación increíble, en vez de estar en casa esperando a morir, ir a pasar frío a Canadá. Una inspiración para mucha gente».

Nada de esto hubiera sido posible sin la ayuda desinteresada de personas que lo quieren y lo admiran, incluida la tripulación que se hizo con esa victoria de septiembre en Vancouver (Ross McDonald, Iñaki Castañer, Alberto Viejo, Ron Álvarez). Este verano, antes de la regata, quiso expresar su agradecimiento a Pedro Campos con un detalle personal: asistir a su boda en Torreldones (Madrid) con una mujer brasileña treinta años más joven que el regatista. Después de la boda, se despidió de su corte marinera para emprender viaje con la corte latina, uno de cuyos máximos representantes es Allen Sanginés-Krause, un financiero listísimo exdirector de Goldman Sachs en España junto al histórico Juan Antonio del Rivero, que introdujo la banca de inversión en nuestro país. Sanginés-Krause, veinte años más joven que Juan Carlos I, tiene un interesante periplo vital que lo convierte en un

catalán-mexicano-austríaco-británico que vive entre el Reino Unido, Irlanda y Mallorca. Ahora, Juan Carlos I y él son inseparables.

Sanginés es un hombre romántico, amante del arte y de la historia, que ha puesto su corazón y su dinero en un viejo castillo irlandés que compró en ruinas en el año 2000. Allí se establecieron en tiempos T. E. Lawrence y sir Walter Raleigh y allí consiguió vivir por primera vez en febrero de 2017 la familia Allen, Lorena y sus tres hijos. El minúsculo pueblo de Clonmellon donde está ubicado se hizo famoso en España muy a pesar de sus protagonistas, que el sábado 22 de julio de 2017 lo inauguraron con una cena a la que acudieron amigos españoles, ingleses y americanos. El invitado de honor: *King Juan Carlos from Spain*, que fue como presentó Sanginés al rey emérito ese mismo día durante la inauguración oficial, con habitantes del pueblo, de la iglesia que también compró catorce años después del castillo.

La gente del pueblo, que incluye a granjeros jubilados, estaba encantada con la presencia allí de un rey *de verdad*. Para darle un toque todavía más exótico, Sanginés se había disfrazado de gaitero. El rey, el gaitero y la arquitectura medieval le daban a la escena un aire de serie, como salida de *Juego de tronos*. Tan especial, que muchos sacaron el móvil para inmortalizarla. Marian Brannighe, una de las jubiladas, hizo un vídeo de la ceremonia y prestó especial atención a ese amable rey con bastón, venido desde España a su pueblo para inaugurar una sala restaurada generosamente por otro gentil extranjero. Para Brannighe, el vídeo número cincuenta y ocho de los tantos que había subido a YouTube.

El miércoles 9 de agosto, cuando los Sanginés, Juan Carlos I y Marta Gayá ya navegaban por aguas griegas, vieron horrorizados cómo empezaba a ser reproducido por los digitales en España. Era la primera imagen pública de Juan Carlos I con Gayá desde que se conocieron hace cuarenta años. Cortesía de la señora Brannighe, que se declaró «desolada» en la prensa local cuando supo del desaguisado.

«Jamás se les pasó por la cabeza que un acto informal entre amigos acabara en los periódicos. A Marta la conoce de toda la vida. Es supercorrecta y superdiscreta. Lo de divorciarse son tonterías. Se lleva mejor con la reina Sofía. A cierta edad, todo cambia. A Marta tampoco la ve tanto. Cada uno tiene su genio. Con la edad vamos perdiendo paciencia, también el

romanticismo de los catorce años», afirman en el entorno del rey emérito, donde destacan la «tranquilidad» que ha alcanzado en los últimos tiempos: «Lo principal es no hacerle sombra a don Felipe. Una sola cosa empaña su jubilación: el futuro de España, que le preocupa ampliamente, no porque su hijo lo esté haciendo mal, sino por cómo están las cosas. Como tú sabes, a Santiago Carrillo se lo metió en el bolsillo. Se hizo juancarlista. Tienes que hablar con aquel que no piensa como tú. Eso es muy importante. Una de las grandes lecciones de don Juan Carlos es que no se rodea uno sólo de la gente que piensa como tú. Tienes que hacerte amigo de tu enemigo».

La corte latina de Juan Carlos I es amplia. Está el cubano Pepe Fanjul, el hombre más rico de la isla hasta que llegó Fidel y su compañía de azúcar se trasladó a Miami. Allí, en Palm Beach, y también en su mansión de La Romana en República Dominicana, es frecuente ver a Juan Carlos I, a menudo acompañado por Gayá. El venezolano José Álvarez Stelling, conocido como el banquero de Carlos Andrés Pérez, que llegó a tener cuarenta y cinco escoltas cuando vivía en Caracas. Álvarez Stelling, que ahora reside en Londres, es el que costeó el *Bribón XVII*, en parte porque su hija mayor, Violeta, es una enamorada de la vela y navega también en Sanxenxo. En 1987, tras la intervención de Rumasa, Álvarez Stelling compró Williams & Humbert, la mítica bodega de Jerez que perteneció a la familia de doña Violeta Buck. En la corte hay otro banquero venezolano, Juan Carlos Escotet, de origen español, que compró Novagalicia, la renombró Abanca y ahora es responsable indirecto del 11 por ciento del PIB gallego. Por último, los hermanos chilenos Carlo y Reinaldo Solari, excompañeros de colegio de Juan Carlos I, exdueños de Falabella, una especie de Corte Inglés versión chilena y que ahora se han diversificado y están presentes en negocios en toda Latinoamérica.

«En La Zarzuela lo que quieren es que esté por ahí con sus amigos *millonetas*, sin molestar y a ser posible sin salir en fotos o en redes sociales», afirman fuentes cercanas a Juan Carlos I. «Las cosas no han salido como estaban diseñadas. No le dan cariño. Él es una bomba de relojería, y hay que cuidarlo, hay que ocuparse de él».

En España tiene a muchos que el propio rey denomina la corte del teléfono. Son los que llaman tres o cuatro veces al año para ver cómo van las cosas. Alfredo Pérez Rubalcaba, por ejemplo, que tanto se preocupó por él durante la abdicación. Rubalcaba, que sigue en primera línea de los acontecimientos en España, aunque ya no tiene cargo en el PSOE. Tan pronto hablan de política como de deportes y de salud.

La conexión árabe ha pasado a un segundo plano, aunque mantiene estrecha su amistad con el joven y atractivo Khaldún al-Mubarak, que no pertenece a la familia real emiratí pero lleva, *de facto*, todo el imperio económico del rico emirato del Golfo y es también presidente del Manchester City, a cuyos partidos invita con asiduidad al rey Juan Carlos.

Corinna ha desaparecido del mapa a pesar del incidente aislado en el verano de 2017 a cuenta de su apellido y su título. La germano-danesa tiene ahora una fortuna que gestionar con múltiples propiedades. De vital importancia es mantener un bajo perfil y no aparecer por error en redes sociales. España queda ya muy lejos.

«Juan Carlos I ha cometido errores, como todo el mundo, ¿quién no lo ha hecho? Pero ahí está, intentando dejar el nombre de España alto, como ha hecho siempre. Ahora, como puede, aunque sea en una regata en Canadá. O con esos viajes que se pega a Latinoamérica a las tomas de posesión. ¿Tú sabes lo que es viajar a los ochenta años? En la patata voladora, como él llama al Falcon en el que lo llevan», observan aquellos que le rodean, que destacan el trabajo que hace en Sanxenxo en el Centro Nacional de Vela Adaptada que lleva la Fundación Mapfre: «Ves a los discapacitados, se sienten útiles. El Gobierno de Sanxenxo, donde está Podemos, está también ahí, apoyando el proyecto. Juan Carlos se ha hecho amigo de todos».

«No va por ahí haciendo favores a nadie, ni engrasando contratos para los amigos. Va a todos los sitios invitado, con gente que lo cuida porque lo quiere. Desde La Zarzuela lo protegen mínimamente, no se ocupan casi de él, a pesar de haber protagonizado una página brillante de la historia de España. Se debería de tener más deferencia con él. Cometió errores y abdicó. La reina de Inglaterra ha cometido errores y no ha abdicado», concluyen estas fuentes, en la línea de pensamiento que impulsó al empresario José María Castañé, presidente de la fundación que lleva su nombre, a reunir a un grupo de

destacados pensadores para que escribieran un libro que hiciera justicia a la parte política de la trayectoria de Juan Carlos I.

Cansado de ver a Juan Carlos I vinculado a un elefante en África, Castañé quiso honrar su memoria a través del libro *El rey de la democracia* (Galaxia Gutenberg, 2016). Basta echar un vistazo al cuadernillo central de fotografías para entender el inmenso respeto que se granjeó Juan Carlos I por acompañar al pueblo español en su paso a la democracia tras cuarenta años de dictadura. El profesor Fuentes es uno de los que participa en esta obra coral. Él se queda con una fotografía en concreto. Bellísima, en blanco y negro. 20 de noviembre de 1978. La anciana Dolores Rivas Cherif, viuda de Manuel Azaña, presidente de la Segunda República, saluda a los reyes en la embajada de España en México. La imagen conmueve por su dulzura y por su significado político. No es un saludo formal. *Doña Lola*, que lleva treinta y siete años viviendo en el exilio mexicano sin más ayuda económica que la de su familia, coge las manos de Juan Carlos I y de la reina Sofía simultáneamente y se queda sujetándolas, como si quisiera subrayar un cariño sincero hacia dos personas que para ella simbolizan la reconciliación del pueblo español.

Es una fotografía que emociona y que está a años luz de ese monarca envejecido y enamorado de una mujer frívola con la que comparte aficiones de multimillonario *playboy* en Botsuana. Juan Carlos I ya ha tenido suficientes fiscales. Algunos, como el profesor Fuentes, han querido hacer de «abogados del diablo» para situar al personaje en su justo lugar histórico. La labor es ardua y se prolongará en el tiempo, sobre todo en un país cuya historia y cuya pulsión diaria se mueve entre el blanco y el negro, olvidando la amplia gama de grises que adorna nuestra vida diaria. La foto final vendrá dentro de mucho tiempo y será, con sus luces y sus sombras, fundamentalmente buena a pesar de la endiablada genética borbónica que atrapó a Juan Carlos I por dentro y por fuera.

Sin el peso de la corona, Juan Carlos I ha encontrado una suerte de estabilidad vital: «Ni su comportamiento presente, y menos aún su pasado, afectan a la institución porque él ya no es jefe del Estado. Que un octogenario separado y una septuagenaria divorciada viajen juntos por el mundo no

constituye un escándalo nacional como lo fue Botsuana», concluyen en su entorno.

Todos los entrevistados, que han pedido permanecer en el anonimato, están de acuerdo en que gestionar el final de Juan Carlos I sería más fácil y más beneficioso para la institución si desde la Casa del Rey se hiciera un mayor esfuerzo. Similar al que tendría que hacer Juan Carlos I, cuyo carácter volcánico sigue existiendo debajo de esa armadura cada día más frágil. «Hay vasos comunicantes entre Juan Carlos I y Felipe VI, y eso no se puede olvidar», concluye una persona que quiere bien a los dos, al padre y al hijo. Una persona que conoce bien los rigores de la cohabitación en vida de los reyes y el difícil papel de ser reina de España.

Desde el viejo e incómodo Alcázar de Sevilla se quejaba Isabel II a su regreso de Francia porque Cánovas del Castillo la quería lejos de su hijo, Alfonso XII, y de las decisiones en Madrid. El eco de esa cohabitación obligada en la distancia reverbera en el monte de El Pardo, hogar compartido de Juan Carlos I y Felipe VI. Uno en la recta final de su vida, el otro mediado el curso de su existencia. Ambos en el camino de la reconciliación. El padre, resignado, desde la línea infinita del mar. El hijo, entregado a la cuadratura del círculo.

*Cual el geómetra entregado entero
al cuadrado del círculo, y no encuentra,
pensando, ese principio que precisa,*

*estaba yo con esta visión nueva:
quería ver el modo en que se unía
al círculo la imagen y en qué parte;*

pero mis alas no eran para ello:

*si no hubiera en mi mente golpeado
un rayo que sus ansias satisfizo.*

*Aquí a la honda visión las fuerzas faltan;
mas ya mi voluntad y mi deseo
giraban como ruedas que movía
el mismo amor que mueve sol y estrellas.*

DANTE ALIGHIERI
(*Divina comedia*, XXXIII, 132-144)

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda de tantas personas que han accedido a hablar conmigo bajo condición de no ser citadas. Tampoco, sin el apoyo incondicional en la avenida de San Luis: Ymelda Navajo, Antonio Fernández-Galiano, Berenice Galaz.

Gracias por su paciencia a los líderes políticos a los que molesté durante meses —por tierra, mar, aire, WhatsApp y Telegram— para reconstruir el puzle de 2016. Luego vendría el 2017, aún más complicado.

Y a la familia y a los amigos, por su paciencia, su apoyo, sus ideas y sus consejos: mi madre, mi hermana Violeta, mis sobrinas Violeta y Anita, Marta García Solano, Doreen Carvajal, Salud (y Elena) Hernández-Mora, Rafael Planioll, Siri, Edward Oakden, Isabel Gonzalo, Miquel Alberola, Moeh Atitar, Carlos Jiménez (con Max Esposito y Lucho Pruge), Juan Francisco Fuentes, Antonio Rubio, Domingo Galán Villanueva, Raquel Agüeros, Fernando Lázaro y Carlota, la última en llegar.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Ana Romero Galán, 2017

© La Esfera de los Libros, S.L., 2017

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

ISBN: 978-84-9164-221-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.